

10

1910

LXXIII / 1910

LA PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA

L A

U. 517

GH Natural

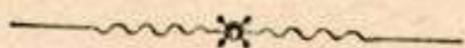
290

PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA

POR

U. GONZÁLEZ SERRANO

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE SAN ISIDRO



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1886

—————
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
—————

MADRID.—EST. TIP. DE RICARDO FÉ, CEDACEROS ,11.

LA PSICOLOGÍA FISIOLÓGICA

I

El problema psicológico; advertencias preliminares.

*Grammatici certant, et
adhuc sub iudice lis est.*

En litigio cada vez más enredado se halla hoy el sentido y alcance, con que se estudia el problema psicológico. En cantidad y en cualidad excede al presente la literatura psicológica á las demás manifestaciones del pensamiento, empleando ella más y mejor que ninguna otra cuestión de las tenidas por vitales, un empeño titánico en dilatar y condensar á la vez el inmenso tesoro de la cultura moderna como centro de irradiación, que ha de esparcir luz, claridad y precisión en estas inmersiones hondas y profundas, que los dos buzos del pensamiento, la experiencia y la especulación, ensayan incansablemente para que el hombre adquiriera conciencia de sí mismo y de la realidad que le rodea. — Poniendo por obra el aforismo de la antigua cábala, que establecía una conexión solidaria entre el microcosmos (el hombre) y el macrocosmos (el mundo), hacen los nuevos psicólogos del *hombre interior*, de que habla San Agustín, síntesis y resumen del



mundo que le rodea. Y la más amplia y comprensiva concepción de la realidad y del mundo, á que por igual han colaborado las anticipaciones ideales y el naturalismo experimental, determina, cual consecuencia lógica inmediatamente deducida, una más extensa y general idea del problema psicológico, que no satisfecho ante la indefinida expansión de la cultura, con su antiguo carácter antropológico, reviste como notas propias y específicas las de aparecer y revelarse cual problema cosmológico y en toda su resultancia final metafísico.

Ahondando sus raíces en lo fisiológico é inconsciente, elevando su punto de mira á las manifestaciones del misticismo y del genio, se coloca la Psicología actualmente en el corazón y en las entrañas de las más interesantes cuestiones, que se debaten en la cultura moderna. Ella aspira, quien sabe, si justificadamente, á imprimir nuevo sello á las ciencias naturales, esparciendo por las extensas regiones que exploran una Psiquis general, que anima y vivifica lo tenido antes por estadizo y muerto; ella anhela, y fuerza es declarar nobilísimo el empeño, al menos por la intención, precisar la línea media, el punto conjuntivo á que concurren las audacias de la iniciativa individual con la equilibrada ponderación del lastre y sedimento de la sociabilidad, fundando lo presuntuosamente denominado ciencia nueva ó sociología, que persigue la empresa de sustituir á la Filosofía de la historia; finalmente, ella se constituye cual arsenal, prevenido de toda clase de armas, esgrimiendo las que le ofrece el panteón de la Historia como las que recoge de la incesante palpitación de lo que vive y se mueve, para echar los delineamientos generales y las bases cada vez más legítimamente fundadas de la doctrina de la *inma-*

nencia, que ha de dar como resultado una renovación completa de la metafísica idealista y de la metafísica invertida ó empírica, que como híbrida superfetación ha brotado del formalismo lógico del Proteo del pensamiento humano, del Positivismo.—Influída por tales corrientes, animada por semejantes tendencias, solicitada por tan gigantescos anhelos, es en la hora presente la Psicología la ciencia, que cuenta con la literatura más rica y más fecunda, lo mismo en cantidad que en cualidad.

Cuantitativamente, por el número apenas si la literatura amena excede á la psicológica. Múltiples y gruesos volúmenes, frecuentes y continuas monografías y memorias acerca del problema psicológico pagan su contribución al maravilloso arte de Guttenberg en un grado, que no superan ni las publicaciones, consagradas á lo que goza de más favor en esta tormentosa y por demás práctica generación, las publicaciones dedicadas á estudios económicos, intereses materiales ó negocios bursátiles. Aún vive de algo más que de pan esta sociedad moderna.—Ocuparía un tomo de más de 400 páginas la enumeración solo del título de las obras de Psicología, publicadas en los últimos cincuenta años.—Aparte de ello, en Inglaterra, en Alemania y en Italia existen respectivamente tres, dos y una revistas mensuales, exclusivamente consagradas á los estudios psicológicos; y en Francia las tituladas *Revue Philosophique*, *Critique y des Cours scientifiques* dedican la mayor parte de sus páginas al problema psicológico. Por último, en España, donde como dice nuestro Larra, las manías de leer y escribir implican aceptar como buena la profesión de ejercitarse en un eterno monólogo, se inician esbozos y ensayos, que son algo más que un eco ó servil copia de lo pensado por los

demás en el extranjero.—Efecto de circunstancias que fuera muy prolijo enumerar, se ha señalado durante los últimos tiempos en nuestro país un renacimiento escolástico, á la par que una legítima y bien fundada restitución de la tradición aristotélica, sin que sirva de óbice (aunque su intención no sea tal) á que trabajosamente se filtre una mayor flexibilidad en las cerradas cuadrículas de la enseñanza oficial, orientada hoy con vista certera en la Psicología especulativa y empírica hacia derroteros cada vez más fructíferos, de que ha dado gallardas muestras, principalmente la Escuela médica en el Ateneo de Madrid en discusiones, conferencias y otra clase de trabajos.

Cualitativamente, por la intensidad é intención del pensamiento, no van los estudios psicológicos á la zaga de ningún otro; antes bien renuevan el arte, la crítica y las ciencias sociales, introduciendo en ellas un carácter orgánico y un sentido racional, que habrá de ser en su día semilla que fructifique, devolviendo abundante cosecha de sazonados frutos. Ha sustituido á la consideración descriptiva de los fenómenos empíricos (Psicología escocesa) y á la producción externa en serie de estos mismos fenómenos (Psicología de la asociación) el examen minucioso y detallado de la Psiquis en las múltiples manifestaciones de que es susceptible su graduada y jerárquica evolución. Y merced á este nuevo factor ha crecido en progresión geométrica el alcance de la ciencia, presentida, casi desde el tiempo de Aristóteles y hoy en vías de formación, con el nombre de Psicología comparada. De ella son elementos integrantes, cuya información sistemática queda encomendada á la lenta pero eficaz influencia del tiempo, los valiosos estudios acerca de las

manifestaciones de la energía anímica en el hombre prehistórico y salvaje (Lubbock y Taylor), los rudimentos iniciales de fenómenos semejantes en los irracionales (Psicología de las bestias de Reimarus), más acentuados en la infancia del hombre (Psicología de los niños de Kauffman, Taine, Egger y B. Pérez), más complejos en el *consensus* que supone la diversidad de factores de las razas humanas (Psicología etnográfica de Waitz, Gerland, Gobineau y C. Royer) y por último más condensados en la síntesis, inherente al espíritu colectivo (Psicología de los pueblos de Stheintal y Lazarus). Cual remate y cúpula de esta idea dinámica y de este *processus*, vivificador del mecanismo estático, que con su error primitivo detuviera por tiempo indefinido los progresos psicológicos, se anuncian en el momento que corre intentos muy dignos de ser mencionados en lo que toca al génesis, que sirve de eje principal al desarrollo de la Psiquis (Psicogenia de Siciliani). Sin que la mencionada amplitud de miras amengüe la intensidad cualitativa de lo específico y propio de las manifestaciones anímicas, son movimientos concurrentes con el ya indicado, el de las delicadas disquisiciones, que versan sobre puntos concretos. De ello son ejemplos, que no pueden pasarse en silencio, la Psicología matemática de Herbart con su Estática y Dinámica espirituales, la Psicología fisiológica y médica de Lotze, recuerdo lejano de la Monadología de Leibniz, las Monografías de Psicología mórbida (Enfermedades de la Memoria, de la voluntad y de la personalidad de Ribot, El sueño y los sueños de Maury, y El dolor, los venenos de la inteligencia, el histerismo y los endemoniados de Richet), la Psicología del éxtasis de H. Mayo, la del esfuerzo de A. Bertrand (eco de la Filosofía con anhelos dinámicos de Mai-

Proceso de la vida
psicológica

ne de Biran), la ciencia del carácter ó Etología de St. Mill, la Fisiología de las pasiones de Letourneau, la Psicología del genio de H. Joly, la Fisiognómica de Lemoine y Darwin y la Psicología estética de Benard y M. Schaller. A veces desviada y en ocasiones en completa coincidencia con estas direcciones, marcha la imbuída de un sentido mecánico por la Psicología realista (Hartsen y Sièrebois) hasta terminar en la Fisiología del espíritu (Mausdley), en la Psicología como ciencia natural (automatismo de Delbæuf), en la Psicología celular (O. Smith y Hæckel) y por último, en la paradoja de la Psicología sin alma, Física del alma ó Antropometría (Mantegazza y Quetelet). Campo neutral y punto de cita para todos estos obreros del progreso psicológico está siendo hasta ahora cuanto se escribe en monografías, trabajos de controversia y contestación á objeciones bajo la denominación genérica de Psico-Física (Weber, Fechner, Duhring, Delbœuf y Tannery). De toda esta vegetación frondosa y tropical en que aparece la literatura psicológica, surgen como residuos condensados las audacias geniales de las nuevas inducciones, basadas en lo inconsciente, que son el punto de partida de la Metafísica empírica del Monismo (Hartmann, Hæckel y Wundt).

Obvio es por demás (y casi toca en lo supérfluo la advertencia) que se impone como exigencia inevitable al pensamiento elaborar mesurada y discretamente, sin preocupaciones anticipadas, ni prejuicios irreflexivos, el concepto de la realidad anímica por virtud de una *selección intelectual*, que lleva á un sincretismo, precedente obligado de la síntesis que se anuncia para el progreso definitivo de una ciencia de los arranques y pretensiones que laten en la nueva Psicología. Si nos dejamos llevar

de un criterio exclusivo; si somos víctimas de la obsesión invasora de un punto de vista subjetivo (color del cristal por donde miramos), constituyendo las Psicologías latentes de que habla Janet ó las Psicologías subjetivas á que se refiere St. Mill, caeremos indefectiblemente en el pensamiento hecho, en la fórmula de una cuadrícula inflexible ó de un padrón fijo, vicios de que se resiente la Psicología oficial con sus *síntesis prematuras*, que se adaptan, cual anillo al dedo, á aparatosas y vacías clasificaciones, cuyo término final es el *mote del sistema*, que por querer decirlo todo genéricamente, nada significa en concreto, salvo servir de reclamo é incentivo ó de insidiosa acusación y padrón de ignominia. Aún es preciso ahora más que nunca recabar los fueros del pensamiento y enaltecer el principio del libre examen contra la *ignava ratio*, que nos inclina á jurar *in verba magistri*, para poder justificadamente dejar estatuído que debemos abrir nuestra inteligencia en todas direcciones, orientándonos dentro de esta complejidad en apariencia incoherente y en último término ordenada y lógica, que se impone cual señal de los tiempos á la cultura moderna. Contra el exclusivismo del criterio, la amplitud y flexibilidad del juicio; contra lo dogmático y cerrado, lo libre y progresivo del pensamiento, y frente al sentido estrecho de las Escuelas, el amplio de la verdad; tales son las condiciones requeridas para penetrar en la discreción y conocimiento de este prisma de infinitas caras, que se llama la realidad. La complejidad de lo real y la limitación de nuestra inteligencia se oponen por igual al dogmatismo cerrado del espíritu de sistema, sin que sea lícito dar por definitiva y para siempre concluída la discreción indefinida del análisis, pues aun la verdad evidentemente percibida es susceptible de nue-

vas indagaciones, ya que toda verdad puede estar interiormente preñada de otras. Tal es, en efecto, la nota más saliente de la cultura novísima, pues como dice Siciliani: (1) « el descubrimiento por excelencia del espíritu filosófico moderno consiste, sirviéndonos de una frase feliz de St. Mill contra la tendencia cerrada y sistemática de Comte, en *dejar abiertas* todas las cuestiones para adelantar con piés de plomo en el camino de la indagación... El espíritu filosófico moderno no es escéptico ni dogmático; es ante todo *crítico*... Con una neutralidad armada implica indagación, estudio, crítica, etc. » De igual modo estima Guyau (2) la cualidad más acentuada del pensamiento actual, cuando dice: « el carácter principal del espíritu filosófico y científico moderno consiste en no encerrarse exclusivamente en una doctrina, en *abrirse completamente* á todas, sin temor ni vacilación, dispuesto á rehacer todo su trabajo anterior y á romper con su pasado, poseído de tranquilidad semejante á la que la naturaleza sigue en sus metamorfosis que no tiene en cuenta para nada los sufrimientos del *yo*, sus preocupaciones desvanecidas ó sus esperanzas malogradas » (3).

(1) V. *Prolegomenes á la Psychogènie moderne*.

(2) V. GUYAU, *La Morale anglaise. Avant-propos*.

(3) Constituye para nosotros una convicción firmísima la de que el imperio de las Escuelas se derrumba, y que en ciencia, arte y vida valen pensamiento, creación y obra por lo universal y real, que en ellas toma plasticidad al calor del genio personal de quien concibe, crea ó cumple lo verdadero, lo bello y lo bueno. Contra el *mote del sistema* (V. nuestras *Preocupaciones sociales*) hemos protestado siempre y contra él hallamos protestas en nuestras continuas lecturas. Una de ellas y de las más expresivas y aun de actualidad por referirse á problemas, que hoy se debaten con un ardor inusitado en la forma, ocultando un fondo exclusivamente nomi-

II

La solución materialista desechada por las ciencias naturales.

Con ser muchas las dificultades, propias del problema psicológico, y con acrecerlas y aumentarlas la complejidad de elementos y multiplicidad de factores, aportados á su examen por la vasta extensión de la cultura novísima; debemos fiar á la acción del tiempo y á la ley del progreso la simplificación y reducción de dichas dificultades. De momento, ya puede señalarse como conquista definitiva, (cuanto cabe en semejantes asuntos, en que siempre está de por medio la virtualidad genésica de los nuevos horizontes que la indagación descubre á cada paso) la de la ineficacia del Materialismo para resolver el problema psicológico.—Hijo el materialismo de una Metafísica empí-

nalista y verbal, es la que trascribimos (V. L. ARREAT, *La Morale dans le drame*) tocante al arte: «Siguiendo la ley que rige las revoluciones literarias, dice Arreat, y todas las demás, se produjo (fines del siglo XVIII) una reacción igual á la acción, y en general la literatura moderna es pesimista al pasar de J. Sand á Balzac, del idealismo al realismo y de Balzac á sus continuadores, llamados naturalistas.» «No concedo, lo confieso, gran importancia á estos términos. *La bandera y el mote* (etiquette) *no significan nada*, y al querer definir precisamente con ellos un género literario, se toman telas de araña. Existen los genios y las medianías, las obras magistrales y las débiles. Lo esencial es ver certeramente y hacer bien, aunque sea poco. Un verso de Horacio lo expresa muy bien: *Scribendi rectè sapere est et principium et fons...* Las obras de arte son aspectos del vasto análisis de nuestra naturaleza moral; para ejecutar este análisis es necesario variar constantemente el punto de vista, y por consecuencia *renovar las formas del arte*.

rica, y en su fondo tan dogmática como la que pueda engendrar el idealismo más desenfrenado, alcanzó en los tiempos de la Enciclopedia al finalizar el siglo pasado y conservó durante la mitad del actual, efecto de los primeros descubrimientos de las ciencias naturales, un auge que va perdiendo gran predicamento y favor. Indicios seguros son los que manifiestan que el materialismo va en un plano inclinado, si se considera que las más incontestables objeciones que contra él se formulan, proceden de las mismas ciencias naturales, cuyo desarrollo fuera antes para él causa ocasional de su rehabilitación.

Aquella crudeza de inducciones *grosso modo*, de que tan prendados se mostraran los *enfants terribles* del materialismo, cuyo propagador fuera Büchner, que no se satisfacían con otras interpretaciones de la experiencia que las que dieran de sí conclusiones tan escuetas como las de que el pensamiento es secreción del cerebro, y que las ablaciones de los hemisferios y circunvoluciones cerebrales suprimen mecánicamente, y pedazo por pedazo, el sueño entitativo del alma, son estimadas hoy unánimemente como audacias injustificadas de una aparente y engañosa lógica, cuyo deleznable fundamento consiste en toscos razonamientos analógicos, en los cuales se olvida, y por lo mismo se diluye y pierde lo cualitativo y específico de lo observado y experimentado.

Con largo y dilatado abolengo en la historia del pensamiento, adquirió el materialismo nueva vida y logró gran boga, efecto de la aplicación al conocimiento de los fenómenos anímicos del método somático ó fisiológico. De las innumerables experiencias (cuantas quieran citarse) que prueban que se corresponden en cierta proporción el fenómeno psíquico, interno y sucesivo con el fisiológico

externo y continuo, indujo ilegítimamente el materialismo á la relación de causa á efecto, declarando de manera precipitada y por descaminos bien notorios que la materia, lo tenido neutra é indefinidamente por fijo y palpable, es el único principio exigido para explicar la complejidad de la vida humana.—A la sombra del dogmatismo vacío, secuela obligada de todo mote de sistema, creyóse el materialismo dueño absoluto y único de la verdad; desatendió, cuando no menospreció los continuos progresos de las ciencias naturales; miró de soslayo la serie indefinida de verdades parciales, que íban acaparando estas mismas ciencias para el acervo común de la cultura; se encastilló en la *suma cuantitativa* de sus experiencias con rapidez vertiginosa sistematizadas, para dar por buenas sus conclusiones dogmáticas, y ahora, en el momento presente, se encuentra con el peregrino, aunque previsto, suceso de que las ciencias naturales dan de sí como desprendimiento lógico de sus lentas y laboriosas investigaciones, una *discreción cualitativa*, que no cabe dentro de los moldes estrechos de aquellas generalizaciones tan precipitadas como falsas.—En su mismo campo, en el seno del Naturalismo empírico, donde toma su filiación inmediata, encuentra la solución materialista las más fuertes é incontrovertibles objeciones, sin que haya sido preciso para ello más que se cumpla la ley propia de todas las ciencias en formación, á saber, que las ciencias naturales hayan rebasado su estado primitivo, el de ser ciencias puramente descriptivas para convertirse en ciencias sistemáticamente constituídas y encaminadas á indagar con igual tesón la íntegra homogeneidad de sus cantidades ó fuerzas, y la cualitativa distinción y diferencia de las manifestaciones de estas mismas energías.

Nada supone por lo mismo, ni de momento significa nada concreto el materialismo como suma cuantitativa, cual montón hacinado de experiencias, si no contesta cumplida y satisfactoriamente á las exigencias impuestas para la discreción cualitativa de estas mismas observaciones empíricas, exigencias que brotan en primer lugar del naturalismo empírico. ¿Es por ventura el alma, tal cómo la concibe el materialista, simple resultado de una supuesta sustancia material y extensa como quiere el *Materialismo atómico* antiguo y moderno? ¿Es quizá el alma función de la materia como expresión de una cantidad constante de movimiento y semejando especie de *entidad intracraniada*, según quería Broussais, reincidiendo en un *Materialismo mecánico*, cuya ambigüedad llega por ejemplo en Lange á un idealismo vaporoso? ¿Rectifica acaso el materialismo su idea de la sustancia externa y la diluye en el complexus de la organización ó en el vaivén inestable de un dinamismo persistente de fuerzas, terminando en un *organicismo* más ó menos acentuado?

Toman cuerpo y relieve estas y parecidas objeciones contra la dogmática materialista, observando por ejemplo cómo las últimas y más fundadas hipótesis de la Física moderna señalan derroteros, que rebasan el círculo inflexible del mecanismo inherente á todo criterio materialista. Las teorías del dinamismo general de las fuerzas, de la existencia del éter, de la unidad y persistencia de la energía, del nuevo estado de la materia más sutil, efímero y movable que el gaseoso, llamado estado radiante, constituyen tendencias específicamente caracterizadas, que se encaminan á formar concepto del mundo radicalmente opuesto, al que late en la doctrina materialista. Al término de toda experiencia físico-química, al remate de las

observaciones y experimentaciones fisiológicas, sin exceptuar las vivisecciones, la materia se diluye, el substratum en apariencia estimado como lo único real y positivo por tangible y macizo se evapora, desaparece y solo queda como *quid incognitum*, irreducible á toda experiencia el *nexo* establecido por la combinación ó concurrencia, por la lucha ó ponderación, por el equilibrio ó predominio de las energías que laten, se mueven, trabajan y agitan en esa fenomenología exterior, que no tiene consistencia bastante para subsistir ante los pobres y deficientes medios de investigación y análisis de que el hombre dispone.

La Física, con la simplificación cualitativa y la reducción de lo que observa á fenómenos de movimiento; la Química, con sus análisis y síntesis reconstructivas, llegando á la unidad constitutiva, pero inseparable de diferencias cualitativas, en las combinaciones que estudia; la Fisiología, llevada en experiencias y vivisecciones al *complexus* de la organización, articulado por una idea directora, realizada en un medio interior orgánico, según piensa C. Bernard, las ciencias naturales todas marchan de consuno y paralelamente á sustituir el *concepto estático y geométrico* de la materia, tradicionalmente aceptado, por el *concepto dinámico y sucesivo* de la fuerza.

Consecuencias, ramificaciones y resultados prácticos de esta nueva concepción dinámica son todas aquellas aplicaciones en las cuales convergen las verdades naturales con las psíquicas y morales, llevando por delante, cual garantía de su legitimidad la confrontación y verificación, prescritas por todo método empírico. Así, por ejemplo, fisiólogos como Delbœuf y Wundt rechazan la idea de Descartes acerca del *juicio de exterioridad*. No entienden con el filósofo francés, obcecado ante la antici-

pación de lo extensivo y resistente por inerte como característico de lo material, que sea el tacto el medio adecuado para percibir el *no-yo* ó el mundo circundante, sino que estiman que el juicio de exterioridad es percibido mediante la cooperación insustituible del sentido *muscular*, del *esfuerzo* ó de la *motilidad* (1), atribuyendo como propio y específico á lo material, lo intensivo y dinámico. Un físico contemporáneo, Naville (2) afirma que « sin el » ejercicio de la voluntad, sin el esfuerzo no tendríamos » idea de nuestro cuerpo, ni de los extraños », y un pensador experimentalista del fuste de Mr. Ribot, cuando trata de medir el tiempo que gastan en su aparición y desaparición los fenómenos psíquicos, declara (3) « que el » tiempo fisiológico, necesario para la manifestación del » proceso mental, está en razón inversa del grado de » atención »; esfuerzo voluntario del primero, intensidad de atención del segundo, que rectifican por completo el mecanismo de los materialistas. Además, naturalistas como Robert Mayer entienden, comentando la hermosa frase de Goethe: « la naturaleza es un gran artista », que lo considerado como material, macizo y concreto sólo adquiere realidad y vida en la compleción típica de lo orgánico.

Las más respetables autoridades, entre las muchas que cuentan los partidarios del experimentalismo, se inclinan de un modo explícito á concebir la naturaleza bajo el molde de un *idealismo dinámico*, totalmente diferente de la obsesión mecánica, que informa las teorías materialis-

(1) V. DELBŒUF, *La Psychologie comme science naturelle*, y A. BERTRAND, *L'Apperception du corps humain*.

(2) V. E. NAVILLE, *La Physique moderne*.

(3) V. RIBOT, *La Psychologie allemande*.

tas. Al lado de un metafísico como Lotze, un fisiólogo como Wundt y un naturalista como Helmholtz, debaten la traída y llevada cuestión acerca del origen de la noción de espacio, y colocados entre *empíricos* y *nativistas* concuerdan en admitir y defender la teoría *de los signos locales*, del primero, refiriendo el génesis de la idea de espacio á un acto complejo de inervación, que tiene como correspondiente obligado una verdadera *síntesis psicológica* de la sensación y del movimiento. Por último, el sistematizador de todo el experimentalismo moderno, Spencer dice: « si hubiéramos de elegir entre la alternativa de traducir los fenómenos psíquicos por los físicos, ó éstos por aquéllos, la segunda hipótesis nos parecería más aceptable. Es más seguro traducir lo que se llama *materia* por lo que se llama *espíritu*, que lo inverso ».

Aparte la cita de autoridades, que pudiera prolongarse indefinidamente y que ofrecería datos siempre fehacientes aducidos contra el materialismo, no es pequeña la dificultad de esta hipótesis, cuando directamente se la interroga acerca de lo que entiende por materia. Si la corriente positivista domina en la información de esta hipótesis, hay que declarar que la materia es una *x* incognoscible, cuya misteriosa virtud, para explicar la compleción de la vida humana, procede del asentimiento arbitrario que la prestan sus partidarios. Cuando se trata de definir la materia, se obtiene por toda explicación la idea de un *substratum* ó sustentáculo de las experiencias con predicados negativos. Así St. Mill la define: « posibilidad permanente de sensaciones »; y Lange la concibe « como base y agente de las fuerzas reconocidas, lo que no podemos ó no queremos resolver en fuerza »; fórmulas

que condensa Lotze, estimando la materia como « sombra de la realidad. »

Siquiera sean negativas estas y las demás definiciones que se intenten de la materia, implican todas ellas una contradicción completa del criterio ortodoxo del empirismo positivista. Quien concibe la materia como *posibilidad permanente* de sensaciones, ha de admitir realidad *in potentiá*, incurriendo en el grave pecado de la Metafísica, porque la idea de la materia (como realidad, que no es toda ella sensible, ni está concretamente efectuada en el fenómeno, sino que tiene virtud y poder para manifestarse) es el objeto propio del estudio de la Filosofía y de la Metafísica. Pudiera, ante estas dificultades y el deseo de salvar una consecuencia aparatosa, aceptarse como bueno el expeditivo camino seguido por algunos, declarando que la materia es el *noumenos incognoscible* de Kant, aplicable por igual á la hipótesis materialista y á la espiritualista; pero ni tal conclusión es ya positiva, ni da de sí aquella decantada exactitud, con que matemáticamente se pesa y mide el proceso mental y se destruye y reconstituye el alma, pedazo á pedazo, como presume el Materialismo mecánico. En fin de cuenta, el Materialismo es una Psicología subjetiva ó latente, introducida violentamente en los movimientos mecánicos del organismo y en las conexiones de sus funciones vitales, sin que se añada más que una especie de *Deus ex machina*, la materia, completamente desconocida y elevada á la categoría de principio, causa y origen del proceso psíquico. Para explicar la complejidad de la vida humana, recurre el Materialismo á lo inexplicable. ¿Qué es lo que le impulsa por semejante camino?

Las experiencias, que de consuno ofrecen el organis-

mo y el cosmos, no justifican semejante hipótesis. De ello son cumplida prueba las autoridades mencionadas y aun los hechos por ellas aducidos. A esta síntesis prematura é infundada del Materialismo impulsan en primer término inducciones precipitadas, experiencias sujetas á una interpretación violenta, y además la idea concebida *a priori* de un Mecanismo que suma, como cantidades homogéneas, cualidades distintas. Pierde, afortunadamente, el Materialismo terreno en la opinión de las gentes científicas, y contribuye á ello en primer término lo que le sirviera de causa ocasional para su renacimiento, el progreso de las ciencias naturales. Pero al presente, el movimiento propio de las ciencias naturales más va á idealizar la materia que á materializar el espíritu. Combatido por las mismas ciencias experimentales, el Materialismo no ha podido nunca justificarse ante la Lógica y la Metafísica; de suerte que hoy es, en general, una *Metafísica dogmática*, con vestidura empírica, que no está sancionada por la lógica de sus especulaciones, ni puede ser comprobada por las experiencias del naturalismo.

El sedimento que deja el Materialismo, como abono utilizable para los progresos ulteriores de la cultura, se halla discretamente puntualizado en la historia del pensamiento, y sobre todo en la obra magistral de Lange (1). Actualmente las corrientes materialistas, salvo la cultura fisiológica, ejercen poca influencia en el problema psicológico, y sus más sinceros partidarios templan la crudeza de aquéllas sus primeras conclusiones y aceptan especie de *Materialismo doctrinario*, con las teorías organicistas que vamos á examinar.

(1) V. *Histoire du Materialisme*.

III

Apreciación general del Organicismo y de su génesis histórico. Carácter que imprime al problema psicológico.

Preñado de hipótesis más ó menos aceptables, y provisto de cuantos recursos proporciona el inmenso arsenal de la experimentación fisiológica, el organicismo con Lewes y Maudsley resuelve el proceso psíquico de los fenómenos mentales en el *plexus* de la combinación ya externa y anatómica, ya dinámica y funcional del conjunto de los órganos de nuestro cuerpo.—En el primer caso, encomendada la eficacia del proceso mental á la contextura anatómica y terminal de los órganos, se produce el *organicismo mecánico*, hermano gemelo del Materialismo; si por el contrario se concede al organismo en general, ó á cada órgano específico un poder plástico é informador, que se manifiesta en la diferencia funcional, surge el *organicismo dinámico*, eco lejano del antiguo vitalismo, que concluye identificando el alma con la fuerza vital; y, finalmente, si se añade el nuevo factor de la evolución como causa determinante del poder plástico del organismo dentro de la indefinida sucesión del tiempo, aparece el *organicismo embriológico ó genético* (embriogénico, del cual ofrece un ejemplo Hæckel en su *Psicología celular*).

Todas estas manifestaciones del Naturalismo empírico hieren de soslayo las dificultades inherentes al problema psicológico y conducen á la inteligencia, bajo las pedes- tres y aparentemente modestas pretensiones de un expe-

rimentalismo de bajo vuelo, al terreno de las conjeturas y de las hipótesis, sin que penetren nunca la observación é intuición en lo íntimo y específico de la energía anímica. No valga como acusación, pues no se nos oculta que, según dice Naville, la hipótesis es el principal instrumento de progreso de todas las ciencias, y si las cuestiones han de quedar, como hemos dicho, abiertas siempre á nuevas indagaciones (1), siendo lo dogmático y cerrado lo que enmohece y petrifica el sentido científico, bien puede compararse la inteligencia humana al horizonte visible, más allá del cual se dibuja la penumbra de la hipótesis, que ha de disiparse ante la luz, convirtiéndose por su verificación en verdad científica, ó confundirse con las sombras al ser desechada por absurda é inadmisibile. Tal es, en efecto, el destino de la hipótesis y sin traer á cuento más que la ya muy debatida en las ciencias matemáticas acerca del espacio de dimensiones indefinidas, ¿cómo hemos de negar, que aun desechada semejante hipótesis, ella sirvió de causa ocasional para que el cálculo matemático penetrara en regiones hasta entonces ni siquiera presentidas? Justificadamente, pues, ha podido afirmar Mr. Remusat, refiriéndose á la conocida obra de J. Reynaud, que las hipótesis revelan más cantidad de audacia en el pensamiento que caudal de pruebas para la demostración, pero que á la vez sirven, por lo menos, para obligar á pensar á todos aquellos á quienes no convencen.

Pero las hipótesis, que brotan del fondo de la doctrina

(1) « Los que declaman con tanta virulencia contra las teorías y las hipótesis obran como el eunuco, que declama contra la lujuria; la impotencia es necesariamente casta ». V. MAUSDLEY, *La Physiologie de l'Esprit*.

organicista, dimanar de un punto de vista parcial y exclusivo. El especialismo y los especialistas asumen la múltiple complejidad de aspectos y relaciones del problema psicológico, en un formalismo funcional de los órganos, que, aparte el olvido injustificado de lo específico y propio de la energía psíquica, implica una identificación de lo espiritual con lo corporal, no comprobada hasta ahora por ninguna observación empírica. Y efecto de este vicio de origen y de esta ilegitimidad del procedimiento, resulta que la apreciación general del organicismo nos autoriza cumplidamente para afirmar que lo exclusivo de su criterio prueba una vez más que los extremos se tocan y que su idea madre ofrece un parentesco inmediato con la doctrina en apariencia más opuesta á él, con el animismo. Así es, por ejemplo, que si concebimos con Maudsley (1) el cerebro, como *la encarnación del alma y su base orgánica*, dotado de un poder plástico é informador, que determina el desarrollo del resto del organismo corporal, descubriremos la conexión inmediata de semejante doctrina con la que le es más antitética, con el animismo de Stahl, que declara que es el alma el *arquitecto del cuerpo* y que tiene virtud formativa para imprimirle una organización adecuada.—En los dos polos extremos de este diámetro, de un lado en el organicismo, de otro en el animismo, se descubre igual base de raciocinio, un *substratum abstracto*, el cerebro para Maudsley, que identifica con lo psíquico, el alma para Stahl, que es el punto saliente de una pretendida fuerza misteriosa ó vital, *substratum*, que da de sí por milagro inexplicable la complejidad de la vida humana, que es precisamente el nudo

(1) V. *Physiologie de l'Esprit*.

de la dificultad. Ambos, pues, cortan la dificultad, ninguno la resuelve, y aunque parezca extraño, por especie de espejismo ú obsesión del criterio exclusivo que informa su doctrina, los dos dejan en el fondo intacta la cuestión principal, y apenas si logran más que atenerse á los resultados ya obtenidos por la observación interior en la Psicología tradicional. Ateniéndonos sólo á las afirmaciones de Maudsley, ¿qué significan, ni que valor tienen, por ejemplo, sus repetidas y hasta zumbonas censuras contra la *Psicología introspectiva* (refiriéndose al método de la observación interior ó de conciencia), á la cual niega valor científico para concedérsele exclusivamente á la Fisiología experimental y á la observación externa de las manifestaciones del proceso mental? Con todo el respeto debido á la perspicacia de juicio del ilustre psicólogo inglés, podemos anticipar que las mencionadas censuras carecen por completo de valor y alcance. En primer término, es imposible echar línea divisoria entre lo interior y lo exterior de la observación, obligando toda experiencia á declarar el comercio continuo de lo interno con lo externo, según ha probado satisfactoriamente Lange (1); pero además el mismo Maudsley repite hasta la saciedad que el proceso mental tiene un *sensorium* común y hasta un *motorium* común, que ha de servir de punto central á nuestro estudio de las manifestaciones de dicho proceso, por donde el enemigo de la Psicología introspectiva declina en ella y en ella señala el punto de cita para la inteligencia. ¿No es este un caso manifiesto, una prueba experimental de lo que con Janet hemos llamado Psicología latente y con St. Mill Psicología subjetiva? ¿Acaso

(1) V. *Histoire du Matérialisme*.—T. II, pág. 404.

no procede este especialismo de Maudsley como los demás, filtrando en el seno de su criterio exclusivo un conjunto de observaciones ó verdades tradicionalmente reconocidas, á las cuales se les presta un tecnicismo, que es el único aire de novedad que en ellas se descubre, salvo el aditamento de condiciones y causas concomitantes que del organismo acompañan al acto psíquico?

Con un instinto certero busca después el organicismo su génesis histórico y refiere su abolengo á Aristóteles. Las doctrinas del Estagirita expuestas en la *Périsuje*, su teoría de las tres almas, su idea de las especies sensibles, erróneamente interpretada por los Escolásticos y sus delicadas observaciones acerca de los temperamentos, son títulos de suyo suficientes para reconocer en Aristóteles el verdadero fundador del organicismo. Pero el filósofo griego, que siempre concibió la Psicología con carácter general y antropológico, nunca aisló como partes separadas las tres almas (vegetativa, animal y racional), sino que las consideró como etapas ó grados cuantitativos y cualitativos de la Psíquis, base de la evolución y de la Psicología comparada. Mal interpretado en este como en otros muchos puntos el Aristotelismo por la Escolástica y por los organicistas, han tomado carta de naturaleza en las doctrinas de la primera tendencias estáticas, de que nos haremos cargo más adelante, y en las de los segundos un sentido mecánico, contra el cual protestará siempre la virtud activa de la entelequia aristotélica. Aunque lenta y paulatinamente, nuestros filósofos Foxo, Luis Vives y Gómez Pereira, quizá aleccionados por las enseñanzas de la filosofía árabe y judía, intentaron una restitución de la tradición aristotélica contra las falsas interpretaciones de la Escolástica, restitución que hoy lleva á cabo en Alema-

nia con Trendelenbourg el célebre Zeller, historiador de la Filosofía griega. De esperar es que efectuada la restauración del Aristotelismo, reconozcan los organicistas, ante todo y en primer lugar, que su sentido mecánico es contrario al dinámico de Aristóteles, y además que la preocupación positivista contra lo que llaman el enemigo común de la *Psicología ontológica* (el sueño que dicen del sér anímico) jamás encontrará argumentos para su tesis empírica en las enseñanzas del maestro de Alejandro. No es lícito sostener ya tal contrasentido, pues la Psicología de Aristóteles tiene su complemento obligado en la teoría del ente y en la Metafísica; pero aparte esta consideración histórica, ¿qué valor y alcance atribuye el organicismo á su protesta contra la Psicología ontológica? ¿entienden, para que corra como moneda de ley su alarde de positivismo empírico, que el sér, el ente ó la sustancia (el nombre no hace al caso) es hipostasis alejandrina, quinta esencia hiperbórea, tipo platónico ó sueño metafísico? El sér es, como dice Lange, el centro específico de fuerzas (que adquiere en ocasiones y grados la cualidad de la conciencia) ó principio ordenador de la jerarquía interna de un conjunto de propiedades y relaciones. Y en tal acepción, dentro del ontologismo se hallan Lewes, Maudsley, Bain, Spencer y todos los partidarios del organicismo, que necesitan admitir germen ó realidad *in potentia* como centro de donde procede la serie de fenómenos que observan en las conexiones anatómicas ó funcionales de los órganos. En el grado y punto de la escala zoológica, donde llega este centro á ser consciente de la producción de sus fenómenos, se constituye la personalidad.

Con esta inmanencia del sér en sus propiedades ó del

centro en sus fenómenos, es absurda y anticientífica la usual escisión y separación establecida entre la llamada Psicología ontológica, que se estima como solaz de espíritus desocupados, útil si acaso para servir de base á los principios de la Estética y de la Moral, y la nueva Psicología, llamada científica ó natural. Es obvio que no puede existir alma ó proceso psíquico, observable en el gabinete del anatómico y del fisiólogo, totalmente contraria al alma, que inspira las creaciones geniales del artista ó las enseñanzas del moralista.

Á estas dos direcciones opuestas, más que por el objeto de estudio y más que por el método ó procedimiento, por el sentido estrecho de escuela y por el irracional dualismo entre empíricos é idealistas, se impone como exigencia ineludible la *unidad de la ciencia*, que de consuno revelan la unidad de asunto y las concordancias inevitables de métodos, procedimientos y direcciones. Porque hora es ya de decirlo con Siciliani (1): « hacer Psicología » sin Fisiología, sería como pretender construir la Astro-
» nomía sin las Matemáticas. » Y para afirmar que la Psicología ó no será ó *será fisiológica*, no hay necesidad de reincidir en los errores del organicismo, sino de añadir á éste que estimamos como aforismo, que esperamos justificar en adelante, que á su vez la Fisiología ha de ser *dinámica*, no mecánica, dando de sí una *Biología del alma*, no una Física del alma. Contra la afirmación gratuita de que la Psicología debe ser considerada como una ciencia natural, entendemos que es una *ciencia biológica*, que es precisamente el carácter fundamental con que el organicismo, señaladamente el dinámico, corrige la idea errónea

(1) V. *Prolegomenes á la Psychogènie moderne.*

de la Psicología tradicional, que concebía el alma estáticamente como una sustancia pasiva.

¿Qué diferencia existe entre lo mecánico de la ciencia natural y lo dinámico de la ciencia biológica? En su aspecto fisiológico la diferencia es igual á la que existe entre lo *inorgánico* y lo *orgánico*, y en su aspecto espiritual semejante á la que se reconoce entre lo *mecánico* y lo *libre*. Identificar ambas clases de cualidades, lo orgánico con lo inorgánico y lo libre con lo mecánico, es *inducir ilegítimamente* de relaciones de correspondencia á comunidad de origen de razonamientos cuantitativos con conclusiones cualitativas, menospreciando lo específico de cada elemento.—Así dice Lotze (1): « si comprendemos » como consecuencia de la vida de unión del alma con el » cuerpo que la Psicología tiene necesidad constante de » recurrir á una ciencia natural, estimamos la pretensión » de transformarla en una ciencia natural, semejante á la » de querer oír con los ojos y ver por medio de los oídos »; y más adelante añade: « contra el materialismo afirmare- » mos que las propiedades y reacciones de las cosas que » llamamos materiales, no pueden explicar nunca direc- » tamente lo espiritual, y por consecuencia la Psicología » no podrá convertirse en ciencia natural. »

Consecuencia, no sólo de las teorías organicistas, sino de la renovación general de toda la cultura, la Psicología ha rectificado su concepción estática del alma como sustancia pasiva y ha ampliado su criterio, al cual ha añadido entre otros el factor nada despreciable de la observación y experimentación fisiológicas; pero fuera injusticia notoria y error inadmisibles aceptar por bueno el papel

(1) V. *Metaphisique y Psychologie physiologique.*

absorbente que se atribuye el organicismo, refiriendo modestamente la generalidad de los fisiólogos á su intervención en el estudio del problema psicológico los progresos de la Psicología, apellidada unas veces realista, otras científica, otras natural y, por último, *nueva* como distinta de la tradicional, y aun opuesta á la filosófica. Precisamente se halla presentida y señalada esta ampliación de criterio, antes de que de ella se ocuparan los nuevos fisio-psicólogos, por los filósofos, pues ya en su tiempo refería Herbart: « la materia de la Psicología á la percepción » interna (criterio de la Psicología tradicional), al comercio » con los demás hombres en distintos grados de cultura » (Psicología infantil y etnográfica), á las observaciones del » pedagogo y del político (Psicología del espíritu colecti- » vo) y á las suministradas por el estudio de los locos, los » enfermos y los animales (Psicología comparada). »

Además, y sin negar que el carácter fundamental del problema psicológico puesto en claro por el organicismo, es el *carácter biológico*, no se puede prescindir respecto á este punto concreto y de tan vital interés para concebir la Psicología como una *Dinámica espiritual* y prepararse á entender que lo antes tenido por sustancia pasiva, cuando no indiferente, es un *processus* y energía, que colabora al cumplimiento del fin general; no se puede prescindir, decimos, de las pruebas aducidas por la Psicología misma, con independencia de la Fisiología, señaladamente por la denominada entre los alemanes *Volkerpsychologie*, Psicología de los pueblos ó del espíritu colectivo. Waitz, Steinthal y Lazarus (1) incorporan al problema psicológico el concepto orgánico y racional del *espíritu colectivo*, atmós-

(1) V. LAZARUS, *Das Leben der Seele*. 2. T.

fera moral, en cuyo seno se desenvuelve la vida de los individuos, y sin cuya condición no sería concebible el *carácter biológico*, con que debe estudiarse la energía anímica.

Así dice Lazarus con una observación perspícua, el espíritu colectivo, el total (*Allgeist*) no es la suma de unidades ó el montón ó conjunto de los espíritus individuales. De igual modo que un árbol no es una selva, y ésta exige otras condiciones que el árbol; el pueblo, tomado en conjunto, en una asamblea, en una fiesta pública, posee ciertas maneras de ser que cada individuo no tiene aisladamente.—De este *complexus*, que es una realidad *viva*, determinada por la conjunción y por el ponderado equilibrio de las cualidades medias de los espíritus individuales, surge el espíritu colectivo. En los flujos y reflujos de sus manifestaciones, la energía anímica vive individual y socialmente, revelándose por tanto el espíritu colectivo como un *consensus* que se objetiva, sirviéndose principalmente del lenguaje en su línea media y que se impone á lo subjetivo de los individuos. Este nivel medio, cuyo germen fecundante abraza multiplicidad de factores: mitología, religión, culto, poesía popular, costumbres, ocupaciones, etc., es el soporte del espíritu objetivo y además prueba tan empírica como las que pueda aducir el organicismo psicológico, de que la individualidad psíquica es una energía, que se mueve, agita, desarrolla y evoluciona. Está, pues, la Biología psíquica presentida y señalada por la especulación filosófica y si la Fisiología pone en claro esta cualidad y da relieve con sus experiencias á lo específico de la vida anímica, recozámolo enhorabuena, pero sin sentir la necesidad de declarar que sea una ciencia nueva, y menos aún que se pueda prescindir de la tradicional, á reserva de filtrar

subrepticamente el contenido de esta última en la Psicología, adornada con tantos y tan nuevos títulos, alguno de ellos tan paradójico como el de *Psicología sin alma*.

Con autoridad nada sospechosa, ganosa de enaltecer los nuevos estudios, podemos justificar que el único elemento asimilable, que *quedará* para el progreso definitivo del problema psicológico entre el enjambre de pretensiones de la nueva ciencia, es el carácter biológico, reconocido á la energía anímica. Sólo este carácter subsiste de los que asigna Ribot (1) á la nueva Psicología. De ella dice: « 1.º que no es *metafísica* », y podemos añadir que tampoco es contraria á la *Metafísica*, pues en ella termina, según lo revela la *Metafísica empírica* ó idealismo invertido del Positivismo; « 2.º que estudia principalmente la vida fenomenal ó es empírica », y debemos completar este carácter, teniendo en cuenta que estudia la nueva Psicología los fenómenos anímicos en el supuesto de un *substratum* meta-empírico é irreducible á toda experiencia, sea el *postulado* de la razón para Kant, lo *indiscernible* para Spencer, el *factor personal* de la síntesis psicológica para Wundt, ó la *unidad indeterminable* del Monismo de Hæckel; y « 3.º, que toma sus datos » *de observación principalmente á las ciencias biológicas* », debiendo por tanto resultar, no una *Mecánica* de lo subjetivo ó una *Física* del alma, sino una *Dinámica espiritual*, cuyas superiores manifestaciones se señalan en la jerarquía de los órganos y se acentúan en el más complicado, en el cerebro, explicándose de este modo la importancia concedida á la *Fisiología cerebral*, de que vamos á ocuparnos.

(1) V. RIBOT, *La Psychologie allemande contemporaine*.

IV

La Fisiología cerebral y la hipótesis de la localización de las facultades animicas.

De tiempo inmemorial viene la Psicología identificando la realidad del alma con la de la inteligencia. Así ha sido considerado el conjunto de los medios activos ó predisposiciones á obrar sólo como facultades intelectuales para la Psicología tradicional, que definía la conciencia por el sentido íntimo (escuela escocesa), los sentidos por la percepción externa (inteligencia sensible de la escolástica), la razón por las ideas generales (facultades abstractivas y poder generalizador del espiritualismo francés) y la memoria por el recuerdo (cual excitación prolongada indefinidamente y conservada en el sensorium). Procede este error del generalmente extendido y casi sin excepción, aceptado desde la filosofía de Descartes, que consideraba el alma solo como pensamiento, llegándose, mediante la influencia de este espiritualismo abstracto, á definir *el alma, inteligencia servida por órganos*, como si al lado del pensamiento no fueran voluntad y sentimiento igualmente esenciales para la complejidad de la vida anímica.

De esta asunción de lo anímico en lo intelectual, servido en las relaciones de la percepción exterior por los aparatos terminales que engranan con los centros, llamados superiores ó de ideación, dimana el aforismo de que *es el cerebro el órgano del pensamiento*, y con él la importancia que ha adquirido el estudio de la Fisiología

cerebral. Nunca se ha desconocido por completo la relación entre el alma y el cerebro, siempre se ha presentado que los fenómenos psíquicos tenían como punto de conjunción con los fisiológicos, la complicadísima contextura del cerebro. Ya Santo Tomás declaraba que el alma sin el cerebro no puede *nec esse, nec operari*, y que una determinada constitución del órgano cerebral, de que carecen los frenéticos, aletargados y otros, influye en una cierta perfección de la inteligencia, y nuestro Balmes consideraba el cerebro como el *receptáculo* de todas las sensaciones. En esta indefinición de concepto siguió la Psicología tradicional, reconociendo que en el organismo se producen los fenómenos vitales y los de la sensibilidad inconsciente, mientras que el cerebro es el *órgano de la diferenciación de todas las operaciones mentales* y el asiento de los centros superiores, en que se engranan y combinan los nervios sensibles y motores. Ignorada por los psicólogos, circunscritos al método introspectivo, la contextura del mecanismo cerebral, porque aún era desconocida para la Fisiología de aquel tiempo, comienzan con los ensayos y precedentes de la Psicología fisiológica, á acentuarse en la Frenología los vicios y errores capitales, de que aún no se ha librado por completo la moderna Fisiología cerebral, ni aun en sus más ilustres representantes, como Lyhus, Ferrier y otros. Estos vicios, reconocidos como errores de bulto en la antigua Frenología, y que se sostienen aún como sedimento en la Fisiología cerebral, pueden ser reducidos principalmente á dos: el de concebir el alma como adición mecánica de facultades ó funciones, y el de tender constantemente á tomar abstracciones por realidades y á personificar lo abstracto. De estos errores es producto la doctrina ó teoría de la loca-

lización de las facultades anímicas, referida por la Frenología á los aparatos terminales primero y á su configuración exterior ó amplitud de extensión en el ángulo facial, circunscrita más tarde á la contextura fija ó anatómica de los órganos, extendida después á las conexiones funcionales de unos con otros, y finalmente atribuída á una conexión interna y á una combinación dinámica, que implica todavía la falta de un concepto completo de la unidad del organismo y además del *processus* involutivo é interno, según el cual se manifiesta (que no se estratifica) la energía anímica dentro de la complicación creciente, pero jerárquica y evolutivamente graduada del organismo.

Aún libre del sentido mecánico y estratificado, con que antes se concebía la doctrina de las localizaciones, solo hallamos en ella como aceptable y verdadera la idea de la aplicación genérica al organismo de la ley de la división del trabajo, según afirman Spencer y Siciliani. Pero, si se prescinde de esta aplicación genérica, cuya determinación específica está contradicha por experiencias de muchos fisiólogos, desde los tiempos de Muller, *acerca de la indiferencia funcional de los órganos*, principalmente de los conductores de impresiones ó de actos de inervación, ¿qué es lo que se impone por igual al fondo latente de residuos en todas las experiencias llevadas á cabo, y aun en las intentadas ó ensayadas por medio de las vivisecciones?, ¿qué queda implícito en el pensamiento, que informa la hipótesis de las localizaciones, imponiéndose al razonamiento con la evidencia de una verdad positiva, claramente estatuída por C. Bernard (1) y no

(1) C. BERNARD, *Lecciones de Fisiología general*.

desechada por el mismo Wundt (1)? Lo que se impone y queda implícito, lo que brota del fondo de las experiencias, sin exceptuar las de Brocca y Brown-Sequard, ni aun las de Charcot, Richet y otros, es el concepto racional de la unidad del organismo, la originalidad viva del individuo, la espontaneidad del ser vivo, como elemento y factor reconstituyente de la función, cuyo ejercicio se suple imperfectamente, pero se suple por el esfuerzo y colaboración de todo el organismo ante la falta completa ó parcial del aparato ú órgano, adaptado á aquella función (2).

Si insistimos en este punto concreto, es porque entendemos que referida la hipótesis localizadora á la unidad cuantitativa y cualitativa del organismo en el centro asimilador y específico de fuerzas y combinaciones que le constituyen (bajo cuyo supuesto razona Lotze ingeniosa y sutilmente acerca de la debatida cuestión del *sitio del alma* ó lugar que ocupa en el cuerpo, inclinándose á considerarla como *un punto* (3)), hay que tener en cuenta, como dice acertadamente Lotze, para localizar una función, un sentimiento ó una idea, que son síntesis de toda la vida anterior, y de multitud de factores, que en enjambre indefinido de influencias y combinaciones han de dar mayor relieve á lo vivo y dinámico que á lo estratificado y mecánico de la localización. Verdad es que la hipótesis de las localizaciones se ha depurado de algunos de

(1) V. WUNDT, *Thierseele und Menschen*.

(2) La sustitución posible de la falta de un órgano por los demás ó por la compleción de todo el organismo, prueba primero la asociación de todos nuestros órganos como base de su perfección, y además la superioridad jerárquica de la función sobre el órgano. V. más adelante n.º VI.

(3) V. LOTZE, *Psychologie physiologique*. Chap. II. V. *Du siège de l'âme*.

los errores mecánicos, con que en un principio apareciera, y que no se refieren ya por Brocca ni por Brown-Sequard á contextura externa y anatómica ó á fijación determinada en punto exclusivo del organismo, sino á conexión interna y dinámica bajo el supuesto de que es la vida *unidad*, que se manifiesta en un *complexus* ordenado de energías y combinaciones, dentro de aparatos y procedimientos propios, pero aun con tales correctivos subsiste el mismo vicio de origen en la doctrina de las localizaciones, esto es, la *personificación de lo abstracto*. Así dice Lange (1) « si la reflexión del sabio se concentrara toda ella en el proceso del pensamiento y de la voluntad, su primer cuidado sería considerar la expansión de una parte del cerebro sobre la otra, y el desprendimiento progresivo de las fuerzas de tensión como lo objetivo del acto psíquico; no buscaría *el sitio de las diferentes fuerzas, sino las vías de estas corrientes, sus conexiones y combinaciones.* »

Y para precisar más la única significación positiva que se debe dar á la hipótesis de la localización, es decir, la referencia á la unidad general del organismo de los fenómenos psíquicos y la aplicación de sus manifestaciones á las vías ó combinaciones dinámicas, por donde se produce el proceso mental, aún añade Lange que si se le presentara como argumento concluyente la experiencia más decisiva que se pueda imaginar, por ejemplo, la de un gato herido en el cerebro, que pierde, consecuencia de la herida, su instinto de cazar ratones, todavía podría objetar con razonamientos semejantes al de que aun cuando un reloj no da la hora, porque se le ha descompuesto

(1) V. *Histoire du Matérialisme*, T. II, pág. 364.

una rueda, puede muy bien aquella rueda no tener directamente nada que ver con la parte del mecanismo, que desempeña en el reloj la función de dar la hora.

Nueva luz prestan al sentido, con que venimos considerando la hipótesis localizadora, las palabras de C. Bernard (1), inspiradas en el sentido racional que se forma siempre de lo orgánico, dentro de lo cual late la por él denominada *idea directora* de la vida, de cuya idea es una manifestación el poder reconstituyente, que atribuye á todos los miembros dentro del organismo. Dice Bernard « los progresos de la fisiología moderna han probado que » la *localización absoluta* de las condiciones de la vida es » una quimera. Los manantiales del calor están en todos » y en ninguna parte de una manera exclusiva. El cere- » bro no se exime de esta ley general que rige la circula- » ción de la sangre en todos los órganos; porque se ha » probado hasta la evidencia que el sueño coincide, no con » la congestión, sino por el contrario con la anemia del » cerebro. Cuando se quita el cerebro en los animales in- » feriores, se suprime necesariamente la función del ór- » gano; pero la persistencia de la vida en los seres *permi- » te al cerebro reformarse*; y á medida que se regenera el » órgano se ven aparecer sus funciones. Quitando á un » pichón los lóbulos cerebrales, el animal pierde los sen- » tidos y la facultad de ir á buscar su comida. Sin embar- » go, si se le introduce la comida al animal puede sobre- » vivir; porque las funciones nutritivas han quedado in- » tactas tanto cuanto se han respetado sus centros nervio- » sos especiales. Poco á poco se regenera el cerebro con

(1) C. BERNARD, *La ciencia experimental*.—*Las funciones del cerebro*.

» sus elementos anatómicos propios y á medida que se
» regenera aparece el uso de los sentidos y recobra el ani-
» mal la inteligencia. »

Es, pues, necesario tener en cuenta estas sabias advertencias de C. Bernard y además *la ley de la adaptación al medio*, según la cual se refieren las localizaciones, con un sentido superior al de la Frenología, á células y orden diferencial de células, donde *se halla presente todo el organismo*. Así las concibe Brown-Sequard, del cual decíamos con ocasión parecida á la presente: «defiende (1) » este célebre fisiólogo y experimenta con incuestionable » éxito en pro de su teoría, que la localización funcional » de las tenidas por facultades anímicas debe referirse á » la célula y á orden diferencial de células, que son sus- » tituíbles unas por otras, de forma que hay casos en que » la presión mecánica de un punto cualquiera del organis- » mo interrumpe una función, y casos en que no acontece » así; lo primero por la lesión de aquel orden de células » que sirven á la función, y lo segundo por la posible sus- » titución de las células lesionadas por otras adaptables á » la función interrumpida. » (2).

(1) V. nuestro folleto, *La Psicología contemporánea*. Madrid 1880, pág. 66.

(2) Nueva comprobación de lo que indicamos, hemos hallado en el bien pensado é ingenioso trabajo del ilustrado catedrático D. Alejandro San Martín: *¿La Psicología es ciencia natural?* (Revista de España, n.º 401), donde se lee: «... admitiendo á lo sumo » tendencias localistas dinámicas ó funcionales, la doctrina de las » localizaciones cerebrales, aún bajo el criterio fisiológico reinante, » lucha con los siguientes obstáculos: 1.º la sustitución funcional de » unos centros por otros; 2.º la inhibición ó refrenamiento de los » centros ya vislumbrados entre sí, que oscurece mucho la designa- » ción de un centro cualquiera sobre que se esté experimentando; » 3.º la incertidumbre regional que la homogeneidad de la sustancia » gris encefálica impone á toda localización, la cual se reduce á fijar

Por mucho que se concretara (más allá aún de donde los experimentalistas ponen su punto de mira) la localización de las facultades, sería ilegítima la identificación, latente en el organicismo, entre lo espiritual y lo fisiológico, pues siempre quedará lo específico y cualitativo de la energía anímica, excediendo las conexiones y combinaciones dinámicas de los órganos. Podríamos á este fin conceder generosamente á Mr. Taine (1) que está ya practicada la *Topografía del organismo*, y que las exploraciones de la por él denominada *Geografía cerebral* han obtenido un éxito más completo que las de Stanley y Livingstone en el viejo continente, y después de tales concesiones, habríamos de reargüir que el organismo sólo ofrece medios y condiciones para que se manifieste y ejercite la energía anímica, que se repliega á su interior y persiste y conserva sus funciones ante la interrupción temporal ó definitiva de las conexiones orgánicas, que sirven de base á su proceso. De ello son ejemplos los síncope, las anestias, los efectos de estos mismos anestésicos y las afaxias temporales. En condiciones normales (pues las patológicas y anormales son susceptibles de error en la interpretación empírica, por encontrarse el organismo esclavo del medio morboso, y la energía

18

» zonas ó puntos de superficie y espesor variables, pero de límites
» indecisos (condición que no se observa en ninguno de los órganos
» del cuerpo, en los cuales todas las zonas actúan del mismo modo);
» 4.º la experimentación de los animales, que consiente muy escasas
» aplicaciones á la fisiología cerebral humana, como es obvio, y
» la cirugía, verdadera fisiología experimental del hombre, que sin
» desmentir todas las localizaciones cerebrales hasta la fecha denun-
» ciadas, no puede dar valor decisivo ni á la del lenguaje, que es la
» más garantida.»

(1) V. TAINE, *L'Intelligence*, 2 T. y artículos de la *Revue Philosophique*.

psíquica oscurecida y aun anulada en sus manifestaciones) lo específico y cualitativo de la energía anímica excede las condiciones orgánicas, que sirven de base á su manifestación, sin que haya fisiólogo, por experimentalista que sea, que se atreva, por ejemplo, á identificar la risa intensiva, acre y mordaz de un Voltaire con los movimientos expansivos de los músculos de la faz, pues como dice Lotze (1), «no vemos sin el intermediario de las ondas luminosas; pero la risa que provoca un espectáculo cómico no es producida por leyes físicas ó por irradiación de las ondas luminosas. La idea de lo que se ve, recibida en el mundo del pensamiento, encuentra tendencias generales del espíritu, que no tienen nada común con el mundo físico, y produce, en fin, un estado de emoción, al cual ha ligado primitivamente la naturaleza un impulso hacia una función natural; aquí la de la risa.» Y más adelante añade: «el sentimiento estético que acompaña á la impresión, no puede explicarse por las relaciones de los colores que afectan simultáneamente á la retina, y que son reflejadas por el objeto que nos hace reir; el lado cómico no aparece si no *interpretamos* esta impresión óptica, si no la ponemos en relación con un mundo de ideas, que no dimanen de los movimientos producidos por los elementos nerviosos.»

Lo expuesto vale y se aplica con igual legitimidad á la relación general de toda la vida anímica con el organismo, en el cual halla condiciones para manifestarse su *base orgánica*, pero de ella excede el principio de individuación ó entelequia anímica. Con esta advertencia, admitimos

(1) LOTZE, *Psychologìe physiologique*.

todo género de compenetración entre lo psíquico y lo orgánico, según desea el organicismo, porque ella nos autoriza después para evitar los errores de las localizaciones mecánicas, para comprender lo característico de la energía anímica y para no dar alcance ilegítimo á las experimentaciones y vivisecciones. De estas últimas dice acertadamente Lange: «no aparece el cerebro como un alma, » ni como un órgano productor, de modo incomprensible » de la inteligencia y de la voluntad, sino como el órgano » que da nacimiento á las combinaciones más complicadas » de la sensación y del movimiento... En las ablaciones no » se amputa el alma pedazo por pedazo, como dice Büchner, sino que el escalpelo destruye un aparato de combinaciones, formado mecánicamente de moléculas distintas, que desempeñan un papel muy variado. El carácter individual del animal y su originalidad viva continúan subsistiendo hasta que se extingue el último soplo de la vida. »

Resulta, pues, implícito en cuantos razonamientos hemos citado y en todas las experiencias de que hemos hecho mención, que subordinadamente al principio de la vida ó á su idea directora, que diríamos con C. Bernard, existe un *complexus* ó resultado general de conexiones y combinaciones anatómicas, dinámicas y funcionales de los órganos, donde halla su *base orgánica* para manifestarse y producirse la energía específica del alma, cuya identificación con el organismo es una hipótesis, que no es justificable ni ante la experiencia, ni ante la razón.

V

Error del organicismo, copiado del Intelectualismo escolástico y cartesiano, que identifica el alma con la inteligencia.

El organicismo, cuya base principal está en la Fisiología del cerebro, ha referido, según ya hemos dicho, su génesis histórico á la Filosofía aristotélica, pero ha estudiado el Aristotelismo en la Escolástica, que no siempre interpretó con exactitud el pensamiento del Estagirita. Concebida el alma humana como racional, parte distinta y separada de la vegetativa y de la animal, apenas si los Escolásticos, con su estudio de los apetitos, considerados solo como impulsos de la inteligencia sensible y causa ocasional del ejercicio de las superiores potencias intelectivas, y con su reducción del apetito racional á la inteligencia, formaron nunca idea del alma, más que para identificarla con lo intelectual. Abstraía y separaba la Escolástica de la Psicología todo lo que no era el *intellectus*, y á esta concepción estrecha se adhiere Descartes y con él el Espiritualismo francés, conformes todos en proclamar como dogma que «el alma es ante todo y sobre todo pensamiento».

Buena prueba ofrecen de este intelectualismo abstracto las últimas manifestaciones del Espiritualismo francés (1), en cuyas obras doctrinales ocupa hasta en ex-

(1) V. JANET, *Traité élémentaire de Philosophie* y JOLY. *Cours de Philosophie*.

tensión material, más de las dos terceras partes de la Psicología el estudio del *intellecto* y cuanto toca al sentimiento (desconocido y aun negado en el alma por la Escolástica) y á la voluntad es considerado con una concisión parecida á la de un índice. Integra y completamente ha copiado este error del Intelectualismo abstracto el organicismo, de lo cual dimana la hipótesis de la localización y después la importancia concedida á la Fisiología del cerebro. Grandemente favorecida esta tendencia por la inflexibilidad mecánica, con que el hábito intelectual se produce (rigor ó inflexibilidad de la Lógica), han coincidido la Escolástica y el Espiritualismo francés de un lado y el organicismo, y con él la Fisiología cerebral de otro, para dar por inconcuso: 1.º que la vida toda (1) está en la relación exterior, y 2.º, que la realidad psíquica es principalmente inteligencia. *El alma es ante todo inteligencia*, decía la Escolástica, y hoy dice el organicismo, *el alma es principalmente el cerebro*.

Corregidos se hallan explícita y terminantemente estos errores por Kant y por la Psicología inglesa de la asociación. Cuando Kant con su célebre distinción de las dos Críticas, pone frente á la Razón pura (teórica y exclusivamente intelectual) la Razón práctica, que reconstruye y *plenifica* el conjunto de moldes vacíos hallados por la especulación, esparce al lado de los fundamentos de su

(1) Este error, cuya consideración especial no nos interesa de momento, está proclamado como base fundamental de todos los fenómenos vitales, en la definición dada por Spencer de la vida, que refiere á una adaptación en serie del organismo al medio natural. Fácilmente se percibe que queda preterido, cuando no negado en esta definición, el *proceso involutivo* (de dentro afuera, por intususcepción) que reconoce en el *núcleo* de todo sér vivo la Fisiología celular.

Moral, el germen de los demás elementos ó factores de la realidad anímica, olvidados, cuando no desconocidos por la Escolástica. Y entonces se elevan á la categoría y dignidad de facultades anímicas al igual de la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad, que han de determinar en lo sucesivo los componentes de toda síntesis espiritual.

Es este un progreso en el problema psicológico, cuya apreciación cumplida podrá formularse en lo sucesivo como precedente para el estudio de la complejidad de la vida anímica, supuesto necesario de todas aquellas luchas, contrariedades y desequilibrios, que el hombre siente dentro de sí mismo, mejor que los explica. Por si este progreso, anticipadamente señalado por la especulación filosófica pudiera menospreciarse ó concedérsele simplemente el valor provisional de un presentimiento, la Psicología inglesa de la asociación, desde el campo de la experiencia, colabora también á tan preciada obra, estatuyendo en el fondo y como conclusión final de su brillante evolución (1) que el hábito (voluntad) y la asociación (enlace formal de sensaciones) son los ejes, alrededor de los cuales gira toda nuestra vida anímica. Desde los comienzos de esta Escuela, que se engranan con las últimas manifestaciones de la Psicología escocesa, desde Hobbes, Hume y Hartley, hasta T. Brown, los Mill y Bain late y se agita en el problema psicológico la coexistencia, simultaneidad, y luchas recíprocas del conocimiento, sentimiento y volición de la realidad anímica. Con tales factores, la *Química mental* queda capacitada para explicar las diferencias cualitativas y las ponderaciones, desequilibrios y luchas entre sus componentes, y con todo ello la per-

(1) V. L. FERRÍ, *La Psychologie de l'Association*.

sonalidad humana adquiere complejidad, amplitud, diversidad de aspectos, multiplicidad de fases, que sirven como de causa ocasional para el gran predicamento, de que gozan hoy por ejemplo, entre las manifestaciones artísticas, la poesía lírica y la novela psicológica (1).

En comprobación de lo que indicamos, aparece el fenómeno en apariencia extraño, pero en el fondo lógico de la *pretendida sistematización científica del Pesimismo* (2). Sin parar mientes en la virtualidad y eficacia internas de este manjar fuerte, condimentado con mostaza demasiado viva, que la potencialidad especulativa de Alemania sirve á los paladares más estragados, creemos digno de llamar la atención el caso singular de que el Pesimismo implique, según entendemos y hemos procurado probar en otra parte, un *optimismo paradógico*, puesto que su génesis individual y social se debe principalmente al *desequilibrio* establecido por el pensamiento entre un ideal irrealizable y una vida que se menosprecia, porque en ella no se obtiene el triunfo que se desea. Es decir, que el pesimista maldice de la vida, no porque sea mala si no porque el ideal utópico que forja cual fruto del rudo batallar de la existencia, no encaja dentro de los moldes estrechos de las impurezas de la realidad.

Como el Pesimismo es de largo abolengo, siquiera no haya aparecido hasta nuestros días con pretensiones de constituirse cual doctrina científica (consideración en que

(1) Quizá no fuera divagación inútil mostrar por ejemplo, como la llamada *Novela naturalista*, que es la favorita del día, resulta en fin de cuenta una *Novela psicológica*, siquiera haga principalmente *Psicología del medio natural y moral*, en que los individuos se mueven.

(2) V. HUBER, *Der Pessimismus*.

nos ocuparemos en seguida, porque es la que de momento nos interesa), ya en su tiempo Epicuro, refutando la doctrina de Hegesias, precursor de Schopenhauer, según reconoce Guyau (1), se inspiraba seguramente en la idea de que el Pesimismo supone un optimismo paradójico, cuando dice: « es una locura desear la muerte por el hastío de la vida, cuando vuestro género de vida es lo que os lleva á desear la muerte, y es una ridiculez invocar-la, cuando el temor á ella, á la muerte, es lo que envenena vuestra vida. »

Pero prescindiendo de estas consideraciones, que exigirían un examen del valor intrínseco de la doctrina pesimista, que no es del caso, nos atenemos á la importancia que para el problema psicológico tiene su aparición como teoría científica.

El Pesimismo es una manifestación continua del pensamiento y sentido humanos, que no ha faltado nunca en las inspiraciones del genio (Jeremías, Ovidio, Quevedo, Leopardi, etc.), ni en los deliquios del Misticismo, y que no ha aspirado á ser sistematizada hasta los tiempos modernos con Schopenhauer y Hartmann (2). Esbozado se hallaba el intento de sistematizar científicamente el Pesimismo en el libro de Leopardi, *Infelicitá*; pero necesitaba ser precedida su organización científica de una teoría de la voluntad (3), y para ello que la Psicología reconociese que lo volitivo y lo sensible son, con lo intelectual, factores y elementos de la vida anímica. Mientras

(1) V. GUYAU, *La Morale d'Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines*.

(2) V. Nuestro estudio sobre el *Pesimismo* en el tomo *Cuestiones Contemporáneas*, pág. 65.

(3) SCHOPENHAUER, *El mundo como representación y voluntad*.

el problema psicológico no se ha emancipado del Intelectualismo abstracto, que le informara durante el imperio de la Escolástica y del Espiritualismo francés, tenía necesariamente que quedar recluso el concepto pesimista á los presentimientos geniales del poeta y á los arrobamientos etéreos del místico. Sólo cuando se ha ampliado el punto de mira, ha tenido su manifestación lógica y científica este prisma ó faceta de la realidad, que, sin apreciarla cualitativamente ahora, implica con entera evidencia algo más que un estado patológico de la mente humana, siquiera suponga á la vez é indivisamente algo menos que lo que presumen sus más empedernidos defensores. Y para revelar la gran ley de la unidad de la cultura humana, y para poner de manifiesto que siempre han marchado paralelas la enseñanza del mundo moral y la del mundo natural (1), también es de estos tiempos y aun debida á los mismos precedentes la intención de sistematizar científicamente los datos, que ofrece el mal y el dolor en lo fisiológico. De ello es un ejemplo valioso, por ser quizá el primero y atendible por las cuestiones que sugiere, el precioso trabajo de Mr. Richet sobre el dolor (2).

Pruebas son las aducidas bien concluyentes contra la identificación del alma con la inteligencia. Es falsa, enteramente falsa (el testimonio íntimo de las luchas sor-

(1) Paralelismo es éste comprobado, sin excepción alguna, por la Historia del pensamiento, que ofrece, entre otros, el hecho significativo de que coincidan los dos movimientos ó tendencias predominantes del Empirismo en las ciencias naturales con Bacon (*Novum organon*), y en las ciencias morales ó filosóficas con Descartes (*Discours sur la Méthode*).

(2) V. CH. RICHT, *La Douleur. Etude de Psychologie physiologique*.

das que cada cual siente dentro de sí lo declara con harta elocuencia) la ecuación algebraica que el cartesianismo formula, cuando dice: « alma = pensamiento ». Pero ¿será verdadera, tendrá más serios fundamentos la que establece el organicismo, imbuído de error semejante, cuando padeciendo especie de obsesión de un *phantos cerebral*, afirma « alma = cerebro »?

Ya deponen contra semejante idea la comprobación, experimentalmente llevada á cabo por la Anatomía y Fisiología comparadas, de que es el cerebro expansión y dilatación, cúpula y remate de la médula espinal, y la observación de multitud de fenómenos vitales y con ellos de manifestaciones psíquicas en los animales acéfalos. Pero cierra definitivamente contra este *pan-cerebrismo*, eco de la abstracción escolástica, el terreno descubierto para el problema psicológico con el estudio de los *actos reflejos*, cuya consideración detenida haremos más adelante. Ya Ribot (1) reconoce « en los reflejos todo lo constitutivo del acto psíquico menos la conciencia », y el reflejo se llama así, como excitación solicitada por agente exterior, seguida de contracción, en cuanto la contracción de motilidad más ó menos adaptada á la excitación ha sido determinada por alguno de los centros nerviosos de la médula *sin llegar al cerebro*.

Contra esta concentración más ideal y abstracta que real y positiva de toda la vida fisiológica (ni aun la de relación) y por ende de la vida anímica en el cerebro, hay que tener en cuenta la extensión generalísima á todo el organismo de la sensibilidad, causa ocasional con la sensación del conocimiento denominado por Wundt instintivo, y reco-

(1) V. RIBOT, *L'Heredité*.

nocido por él y por Spencer como madre de toda ciencia. Reforzada se halla esta idea por los experimentos de C. Bernard, que le autorizan á proclamar como la propiedad más general de todos (sin excepción ninguna) los seres vivos, la sensibilidad. Así dice « todo lo que vive, siente y puede ser anestesiado ». Igual concepto revelaba Haller en su tiempo, cuando refiriendo la sensibilidad al corazón, decía que « el corazón es el órgano *primum vivens* (aludiendo á que es el primero que se mueve en la vida intra-uterina), y *ultimum moriens* (por haberse observado en los decapitados que es también el corazón el órgano que deja de moverse el último y aun el que más fácilmente se consigue que vuelva á contraerse, mediante una ligera corriente eléctrica). Y para terminar respecto á este punto, Lyus (1) y Ferrier (2) hacen depender la vida del cerebro y aun la virtualidad de sus funciones de la dispersión de la sangre por todas sus partes, atribuyendo su decadencia y enfermedades al empobrecimiento cerebral (anemia), observación que parece comprobar el dicho escéptico: « dime lo que comes y te » diré cómo piensas. »

Si observamos de un lado que la Psicología especulativa con Kant y la empírica con la Escuela asociacionista inglesa y de otro la Anatomía y Fisiología comparadas coinciden para corregir el intelectualismo abstracto de la Escolástica y de la Filosofía cartesiana, que sólo consideraban el alma como inteligencia, y para referir la unidad y diversidad de las manifestaciones psíquicas á la complexión dinámica del organismo y á la múltiple com-

(1) V. LYUS, *El cerebro y sus funciones*.

(2) V. FERRIER, *Les fonctions du cerveau*.

binación de vías y procedimientos, que jerárquicamente se determinan dentro de la especialidad de aparatos de los seres vivos, ya podremos solicitar de las teorías organicistas que desechen estos mismos errores, que depuren el vicio mecánico de que se hallan inficionadas y que eleven gradualmente su punto de mira para concebir el paralelismo y equivalencia de lo fisiológico con lo espiritual, sin gravitar de modo fatal é inflexible hacia una identificación cuantitativa, dentro de la cual jamás cabrá la *diferenciación cualitativa*, que hace primero del individuo y superiormente del Cosmos algo más que una repetición uniforme, inalterable, igual y monotonía de una concepción abstracta, más abstracta que los asendereados sueños de la Metafísica.

VI

Objeción fundamental á la hipótesis organicista.

Si exceptuamos el carácter dinámico y biológico, con que debemos sustituir la antigua y falsa idea estática, inmóvil é indiferente del alma, nada hallamos en el organicismo aceptable más que la prueba y verificación experimentales de la compenetración de lo anímico con lo fisiológico. Fracasa y pierde terreno la hipótesis de las localizaciones, supone un error de bulto estimar el cerebro como el único asiento y órgano del alma (según lo prueban, á más de las indicaciones hechas, los estudios de Psicología celular) y se revela el organicismo mecánico como un Materialismo disimulado, que deja vivas y subsistentes todas las dificultades. Pero aun para el organicismo dinámico y

el genético ó embriológico, tocados fatalmente del vicio primordial del Materialismo, resulta como dificultad insuperable, la manera, según la cual concibe *la relación de la función con el órgano*. Si, como usualmente se dice, « nobleza obliga », el organicismo ha de considerar anterior y superior el órgano á la función, y entonces ¿ por qué no decirlo? el nudo gordiano se corta, pero no se desata, la dificultad se suprime (á reserva de que se reproduzca) pero no se resuelve.

La escrupulosa diligencia, conque la hipótesis organicista escudriña hasta en sus menores detalles de qué suerte la interrupción del engrane ó conexión de los órganos entre sí suspende y aun suprime la función correspondiente, induce á creer que el organicismo toma lo abstracto por realidad y además personifica lo abstracto, haciendo depender la función del órgano, que la crea con su ejercicio. Pero ya lo hemos indicado, la dificultad se disimula que no se resuelve y por tanto se reproduce con una rapidez vertiginosa. Se agolpan en tal caso, en número indefinido, en verdadera legión las objeciones. ¿ Cómo se explica entonces la *indiferencia funcional* de los órganos? ¿ Cómo se concibe el *fenómeno reconstituyente* de que habla C. Bernard; cómo el de la reconstitución ó reintegración, reconocido por la Patología (de lo cual es un ejemplo la cicatrización de las heridas y el dicho vulgar de que la Naturaleza es quien cura); cómo que el alma recupere el uso y ejercicio de la función luego que el órgano queda curado ó suplido? ¿ Cómo vamos á admitir que lo inferior (el órgano) engendre lo superior (la función)? Los datos con que enriquece el organicismo el problema psicológico, dimanen de experiencias, de experimentaciones ó de vivisecciones fisiológicas, prueban que en la

compleción de lo fisiológico se descubren condiciones, causas ocasionales y concomitantes para la manifestación de lo anímico; pero la suma de todas ellas no es término de ecuación con este elemento unitario, propio, de orden, del cual procede el impulso funcional, á que referimos la existencia del alma, pues como dice Lotze, «el alma no puede ser considerada como una resultante de algo, sino como una unidad, porque los diversos modos de su actividad propia no pueden ser repartidos entre sujetos diferentes, ni el conjunto de sus estados ser considerado como el desenvolvimiento de un sistema compuesto» (1). Y. Wundt afirma «que el fenómeno de la unificación aparece en todos los dominios de la vida del espíritu» y después añade «que la Psicología inglesa de la asociación y la especulativa en Alemania revelan la tendencia á la unificación de los fenómenos».

¿Procede de fuera el impulso funcional? Se reproduce en tal caso la teoría, en mal hora aceptada por los Escolásticos y atribuída por ellos con manifiesto error á Aristóteles, de las especies sensibles de Demócrito y se cae en un Materialismo atómico. Pero abandonemos, que no nos seduce el procedimiento, el argumento espeluznante de las consecuencias, é insistamos, sin embargo, en que la Fisiología de los sentidos autoriza con Wundt y con otros ilustres psicólogos y fisiólogos (aun el mismo Maudsley pudiera citarse en este caso concreto) á rechazar este impulso, *infundido y grabado* por la impresión exterior para determinar el ejercicio de la función. Cuando Maudsley declara que el espíritu no es una *hoja de papel blanco*, cuando Delbœuf afirma y prueba que el espíritu es sen-

(1) V. *Psychologie physiologique*, pág. 36.

sible, y que en él no se graban las impresiones como en blanda cera (1) se expresa claramente lo *insustituible* del agente interior ante las excitaciones externas. Los profundos y delicados análisis de las sensaciones generales y de las específicas confirman más y más el dicho de Aristóteles, de que la sensación es *acto* común de lo sentido con el senciente, *energía* (no impresión pasiva, ni imagen grabada) que es propia del excitante exterior, á la vez que del agente interno. Así dice Lotze: (2) «sería
» preciso volver al candor infantil de las primeras edades
» para hablar aún de *imágenes*, que, separándose de los
» objetos exteriores, penetran en nosotros por medio de
» los sentidos. Sabemos positivamente que todo lo exte-
» rior queda fuera de nosotros, y que las impresiones,
» que de lo exterior proceden, no pueden hacer más que
» excitar el alma á *percibir en el fondo de su propia na-*
» *turalidad* las sensaciones que responden á su llama-
» miento.»

Tesis contra tesis, quizá parezca (no ya ante el pensamiento especulativo, sino ante los resultados de la experiencia) más racional y justificado *que la función crea el órgano* y la Psíquica determina el desarrollo de la neurosis, semejando, según el tecnicismo aristotélico, entelequia, que informa el plexus de condiciones, de cuya síntesis surge después la manifestación psíquica. La función es y subsiste, el órgano se forma, se mueve y se reconstituye. Sin esta precedencia jerárquica de la función res-

(1) Estas observaciones son las que sirven á Delbœuf de base para aceptar la idea de que el *sentido muscular* ó del esfuerzo es el primer órgano, pero *órgano activo*, en el cual se esboza la percepción del mundo exterior.

(2) V. *Psychologie physiologique*.

sentido muscular

pecto al órgano, ¿cómo podrán explicar las ciencias naturales y sobre todo la Embriología la existencia de los *órganos rudimentarios*, que se conservan y transmiten de unos á otros seres, obedeciendo á la ley de la herencia, y que quedan inactivos, porque la función, que los creó, no se ejercita ó ha desaparecido por supérflua ante las nuevas necesidades sentidas en distintos medios naturales?

No es de pequeño alcance la objeción que puede también hacerse á la tesis de que el órgano crea la función, observando que en muchos casos desaparece aquél y subsiste ésta, ejercitándose con rozaduras y dificultades, pero al fin ejercitándose por ministerio de nuevas vías, procesos y conexiones, establecidas dentro del *complexus concéntrico* del organismo. Persiste el impulso de la energía funcional, faltando el órgano que sirve y está adaptado á su manifestación y ejercicio. Ejemplos bien fecundos para la legitimidad del principio que sustentamos (superioridad jerárquica y cualitativa de la función respecto al órgano) ofrece la sensibilidad humana, aun en aquellas conexiones más específicamente diferenciadas. Así se observa que puede faltar y de hecho falta en el cuerpo humano el órgano del oído, subsistiendo, sin embargo, la función de oír, cuyo ejercicio se suple aunque imperfectamente en los sordos por la penetrante y sagaz percepción visual del movimiento de los labios del que habla (1). El esfuerzo cualitativo y el exceso intensivo de acción funcional suplen el deterioro ó imperfección del órgano, inquiriendo nuevas conexiones, vías y procesos para sus-

(1) A este hecho se refiere el dicho usual «de que no existe sordo que no sea malicioso».

tituir la falta mediante el ejercicio de los demás órganos. Casos semejantes se observan en el excesivo desarrollo, que del tacto adquieren los ciegos y en la penetración y delicadeza, obtenidas para el olfato por aquellos que tienen torpe ó interrumpido el ejercicio de los demás sentidos.

Comprueba lo que decimos el nuevo método, que se emplea para la educación de los sordo-mudos, ó sea el *método oral*, que debe ir acompañado, con paciencia y perseverancia sin límites, del antiguo método, es decir, del desarrollo de la vista, siguiendo el movimiento de los labios. Grandes son en efecto los resultados que promete ó deja por lo menos entrever como esperanzas fundadas esta combinación del funcionalismo sensible (1). Consistiendo la base sintética de la educación de los sordo-mudos en suplir la falta del oído por el desarrollo de los demás sentidos, parece supérfluo insistir en la aplicación de la vista; pero, una vez reconocido que el sonido como resultado de vibraciones puede ser percibido, dentro de ciertos límites, por órganos distintos del oído, *el epigastrio* por ejemplo, resulta (y así se ha comprobado en sordo-mudos del Instituto nacional de París) que *oyen* los sordo-mudos, merced á las vibraciones, el tambor que anuncia las horas de clase y de recreo y la trepidación de un coche que rueda por la calle. A esta enseñanza elementalísima y rudimentaria, se asocian ejercicios para perfeccionar los sentidos de los sordo-mudos, empleando su aptitud en observar los movimientos delicados, que requiere la producción del soni-

(1) V. *Journal des Debats*, Setbre. 1884. *Informations Congrès des Instituteurs de sourds-muets*.

do, por ejemplo, al soplar globos ó burbujas de jabón, que enseñan á medir prácticamente la intensidad del aire. No ha usado nunca el sordo-mudo sus pulmones (que en él, como en todos desempeñan una doble función, sirven á la vez para respirar y para producir el sonido) más que para respirar, y es necesario que aprenda su empleo en la fonación. En esta nueva asociación del funcionalismo sensible, se puede obtener una regularización de la emisión del aire según la fuerza del sonido, para lo cual debe el profesor excitar al discípulo á repetir y dar relieve, de un modo gradual, á las contracciones del torax y de la laringe, que han de prestar más tarde flexibilidad á las cuerdas vocales.—De este modo puede confiarse en que á la vocalización ó emisión de sílabas ha de seguir la articulación de algunas palabras.

Con esta superioridad jerárquica de la función respecto al órgano, se prueba también que los sentidos se asocian y auxilian mutuamente, lo cual constituye la base para educar racionalmente nuestra sensibilidad, haciendo que repercutan unos en otros sentidos mediante su ejercicio recíproco, y que cooperen todos ellos ó al menos los mejor desenvueltos á una simetría concéntrica, cual signo de la unidad y racionalidad de nuestras emociones.—Resultan de este modo ponderados y equilibrados nuestros sentidos (por la superioridad jerárquica y cualitativa de la función respecto al órgano) sin que exista en el hombre, por ejemplo: la vista del lince ó del águila, el olfato del perro, etc., predominios que se desenvuelven en el animal á costa de los demás sentidos, pero siendo en la sensibilidad humana una dichosa realidad la cooperación y auxilio, que se prestan recíprocamente los sentidos. Así es que en el hombre semeja, por ejemplo, el oído es-

pejo en el cual nos vemos hablando, la vista oído más sutil y tacto anticipado, el olfato un órgano del gusto ejercido á gran distancia (1), y el tacto sentido genérico é indefinido, cuya fina delicadeza de matices suple el ejercicio interrumpido de los demás órganos. Se citan ejemplos de ciegos (no de nacimiento, aunque sí de larga fecha), que han adquirido tal y tan nimia precisión para orientarse en una ciudad, que saliendo á una plaza de gran amplitud, les bastaba adelantar la mejilla, percibir en ella la mayor ó menor violencia del aire y calcular su dirección, concluyendo por fijar el sitio, en que se encontraban, cual si tuvieran poder para oír lo que Maudsley llama la sorda y armoniosa música de las esferas.

Sin limitar la observación á esta esfera de la sensibilidad por ser ya muy diferenciada en sus órganos y aparatos y manifestarse habitualmente en un ejercicio consciente, pueden todavía citarse ejemplos bien significativos de esta persistencia funcional de la Psíquis en fenómenos sensibles, cuya aparición, supliendo la falta del órgano, no es susceptible de ser referida á recuerdo ó repetición de actos, ni á acción invasora de la conciencia. Bien explícito es el célebre caso de Laura Bridgman, sordo-muda y ciega, á quien sorprendían siempre los que cuidaban de su imperfecta educación en especie de coloquio íntimo, que seguía á solas, poniendo respectiva y recíprocamente sus manos derecha é izquierda sobre sus rodillas cual si la impresión producida por la primera,

(1) En las conexiones mutuas del gusto y del olfato se funda Brillat-Savarín para considerar ambos como un solo sentido, que tiene por laboratorio la boca y por chimenea la nariz, sirviendo esta última para gustar los gases, y la primera los cuerpos sólidos y líquidos.

fuera contestada por la que causaba la segunda. Excede y sale de sí el impulso psíquico de la energía funcional en Laura Brigdman y, aunque carece desde su nacimiento de órganos diferenciados conque ejercitar y manifestar las funciones propias de su sensibilidad, subsisten éstas y no desaparecen, se sobreponen á las faltas é imperfecciones orgánicas y el esfuerzo cualitativo del impulso funcional suple la ausencia de aparatos cuantitativos en el organismo. Esta tendencia implícita, intrínseca y espontánea va, consciente ó inconscientemente, que para el caso es igual, á conservar íntegra la función, á pesar de que carece de los órganos adecuados y la Laura ciega y sordo-muda emplea su esfuerzo en suplir vista, oído y lenguaje por *el sentido muscular* (1).

Reconocida esta superioridad jerárquica de la función, creando el órgano, declaramos á la vez que existe acuerdo entre la primera y el ejercicio y empleo del segundo, sin que abriguemos por ello la pretensión de explicar semejante acuerdo, limitándonos á rechazar la hipótesis mecánica por insuficiente y aún falsa.—El método somático descubre, mediante la observación, una relación directa entre las propiedades de los tejidos y las influencias del medio. Con lazo fácilmente perceptible la reacción y la acción, sin iniciativa, sufrida y no querida, se desenvuelve automáticamente en los seres, como acontece, por ejemplo, en los casos de las experimentaciones por uno ú otro procedimiento (vía húmeda, del fuego, corriente eléctrica, etc.) Pero el orden de las funciones

(1) V. sobre el caso curiosísimo de L. Brigdman y algunos otros de ciegos y sordo-mudos *Revue Philosophique*. T. 7.º, pág. 316, donde Mr. Ribot expone el libro interesante de *Mary S. Lamson*.

psíquicas (á cuya naturaleza específica hemos aludido para refutar el sentido mecánico de las localizaciones) es menos circunscrito y menos simple, y su complejidad queda olvidada, ni no desconocida por el organicismo. Al atravesar el organismo, la fuerza se desvía y se modifica (aunque no se desnaturalice) y cuando vuelve á aparecer en estado de acto (para constituir el acto común de lo sentido con el senciente) no se parece á lo que era al entrar en forma de sensación; que nunca es el movimiento (ni aun en los reflejos) contestación mecánica á la sensación. Esta modificación (ejemplo, la impresión y la risa que produce) implica el acuerdo (en su fondo misterioso) de la función con el órgano (1). Imbuído de estas ideas dice Mr. Bourdeau (2): « No se puede explicar, desde » la observación empírica, cómo una impresión se cambia » en estado de conciencia, en idea ó en voluntad, y cómo » de estos fenómenos puede resultar una causa de movi- » miento. La intervención y la conciencia rompen el hilo » del determinismo, de igual modo que la desviación por » la transformación de las fuerzas incidentes en estados de » conciencia rompe para nosotros la continuidad de los » fenómenos. »

De forma que siempre flota por cima de estas condiciones circundantes, de estas adiciones cuantitativas, que implican las conexiones y coordinación de los órganos, lo cualitativo y específico de la función, sin que el sistema nervioso « produzca por sí, como dice Lotze, las cua- » lidades propias de la vida espiritual, aunque sí sumi-

(1) En este intervalo surge la energía de la Psiquis y del misterio que la rodea han nacido todas las teorías y hipótesis, que pretenden explicar este *hiatus*, ó sea la unión del alma con el cuerpo.

(2) BOURDEAU, *Theorie des Sciences*.

» nistra á estas actividades, que son la propiedad original
» del alma, *el medio para responder á las circunstancias*
» *exteriores*, comunicándole impresiones ya combinadas
» de cierta manera. »

Ganosos de rodearnos de todas aquellas autoridades, que en las ciencias naturales gozan merecida fama, pues sin desconfiar del criterio propio, siempre le ponemos por reconocimiento de nuestra deficiencia en segundo término, queremos concluir respecto á este punto concreto con las siguientes palabras, dirigidas por Robert Mayer á los naturalistas alemanes en su discurso de Insbruck (1869) (1): « Se producen continuamente en el cerebro » vivo modificaciones materiales, que se caracterizan por » la expresión de actividades moleculares, á las cuales » están íntimamente unidas las operaciones del espíritu » individual; pero *es un error grosero identificar* estas dos » actividades, que se producen paralelamente. Se sabe, » por ejemplo, que no se puede transmitir un despacho telegráfico, sin la producción concomitante de una acción química; pero el contenido del despacho no puede ser » considerado de ningún modo como función de una acción electro-química. Lo mismo se puede decir del *cerebro*, que *es el instrumento y no el espíritu mismo.* »

A pesar de todo, aún sigue siendo verdad que no piensa el cerebro, sino que *pensamos con el cerebro.*

(1) V. *Revue des Cours Scientifiques*. Enero, 1870.

VII

Carácter de los datos con que enriquece la cultura actual el problema psicológico y relación entre las llamadas Psicología nueva y Psicología tradicional.

Variantes más ó menos acentuadas de lo que se denomina nueva Psicología son todas las Monografías, artículos y tratados especiales, que Maudsley, Ribot, Bain, el mismo Spencer, Mantegazza y Brentano, publican ya en folletos, ya en revistas; pero las tendencias generales en que se inspiran todos estos trabajos son las que ya dejamos indicadas, sin que hasta ahora hayan dado de sí más que renovaciones, bajo distintos puntos de vista, del organicismo dinámico y del embriológico, si se exceptúa el mayor *relieve metafísico* de algunos naturalistas y filósofos (Hæckel y Wundt) con la célebre teoría del *Monismo* ó *Unitarismo*, que examinaremos más adelante.

Parece pues exigencia lógica que no está reñida con la intención que nos mueve en este trabajo señalar el carácter de los datos con que enriquecen los nuevos estudios el problema psicológico. Desechado por irracional el dualismo entre la Psicología nueva y la tradicional y demostrado que en las hipótesis experimentales se halla latente la segunda, lograremos, precisando lo que queda de positivo é incorporable á la Psicología, dejar consignado á la vez cómo y de qué manera los procedimientos hoy en auge amplían su criterio y echan las bases de la Psicología fisiológica, que, sin contradecir ninguno de los aspectos, bajo los cuales se observan y estudian con

escrupulosa diligencia las manifestaciones de la energía anímica, depura de errores de largo abolengo la Psicología tradicional, y concibe la realidad de la Psíquis con raíces cada vez más hondas en estos profundos y hasta ahora menospreciados limbos de lo fisiológico y de lo orgánico. En la verdadera y racional línea media, que se dibuja dentro de la complejidad de la cultura moderna, la Psicología fisiológica será la tradicional, rejuvenecida y fecundada por los nuevos aspectos, fases y cuestiones, que surjen del problema psicológico, ante las indagaciones del Naturalismo empírico.

Para determinar de una manera genérica lo que en fin de cuenta da la Psicología nueva á la tradicional, y qué elementos positivos son aquellos con que contribuye á su progreso, distingamos con Lotze (1) las dos maneras que tenemos de conocer científicamente las cosas: « En » la primera, *cognitio rei*, nuestra inteligencia se repre- » senta el objeto, no solo en su manera de ser exterior, » sino en una intuición inmediata, á que colaboran nues- » tras ideas y nuestras percepciones sensibles, que nos » capacita para penetrar su naturaleza propia, transpor- » tándonos con el pensamiento á su interior, y para saber » por consecuencia cuáles deben ser, según su índole es- » pecífica, las disposiciones de tal objeto. La segunda, » *cognitio circa rem*, consiste en un conocimiento claro y » preciso de las condiciones, bajo las cuales aparece el » objeto y se relaciona con los demás de una manera re- » gular » (2). De esta última categoría, *cognitio circa*

(1) LOTZE, *Psychologie physiologique*, pág. 50.

(2) Estas dos clases de conocimiento, señaladas por Lotze, son semejantes á las ideas establecidas y admitidas generalmente como

rem, son todos los conocimientos que nos proporciona la llamada nueva Psicología, conocimientos de las condiciones circundantes, de las causas concomitantes y ocasionales, según las cuales se produce y manifiesta la energía anímica, á la vez que se relaciona inmediatamente con la realidad del organismo corporal y merced á ella con el medio natural que la rodea y circunda. Esta dilatación y expansión de la energía anímica, mediante la cual el agente interior (antes erróneamente concebido como prisionero recluso en la cárcel del cuerpo) *incrusta é introduce* el impulso de su iniciativa propia en el cumplimiento del fin general es la idea fecunda, puesta en claro por los nuevos estudios respecto al problema psicológico. Ha ampliado y rectificado por tanto el *cognitio rei*, porque en vez de explicar al presente, según hacía la Psicología tradicional, el alma, cual *sustancia pasiva*, se la concibe como una *energía viva*, que colabora con las demás al cumplimiento de su fin.

Pero estos nuevos datos no alteran, ni desnaturalizan los ya adquiridos y consagrados en *cognitio rei*, hasta el punto de que copian los nuevos psicólogos las verdades, y aun los errores de la Psicología tradicional, como lo prueba cumplidamente el organicismo, reproduciendo el error del Intelectualismo escolástico y cartesiano (1).

condiciones necesarias para conocer bien todo sér. Estas dos ideas son *la causa eficiente (cognitio circa rem)* ó antecedente inmediato de lo observado, propio de las ciencias naturales y que puede ser hallado mediante los procedimientos empíricos (V. ST. MILL Logique), y *la causa final (cognitio rei)*, fin ó razón á que obedece lo observado fácil de percibir en el método racional y muy aventurado precisarla por hipótesis y síntesis prematuras, que es la suprema condensación del procedimiento empírico.

(1) V. n.º V.

¿Qué ha cambiado por ejemplo la nueva Psicología, aun ayudada de la Fisiología cerebral respecto á lo típico y específico de la idea de la inteligencia? Para toda la Filosofía especulativa desde Platón á Hegel « el acto » intelectual es una síntesis que se desarrolla en análisis » *para asemejar lo homogéneo y diferenciar lo distinto y para establecer, cual *lumen vitæ*, el orden en las múltiples percepciones y relaciones que conocemos* ». Para todos los fisiólogos, sin exceptuar á Wundt, para todos los psicólogos empíricos, incluso Ribot y Baín, « el proceso mental es una evolución ó mejor una involución, » que *suma sensaciones homogéneas y resta las diferentes* ». Presumir ante esta *coincidencia evidente* que la nueva definición de la inteligencia sustituye y suple la anterior, es dar por nuevo lo viejo con distintas palabras y convertir disquisiciones ingeniosas pero verbales en problemas filosóficos. Nunca ha tenido mejor aplicación aquella certera diferencia establecida por Leibniz entre la paja de las palabras y el grano de las ideas.

También en este punto concreto abundan autoridades nada sospechosas, que confirman nuestra manera de ver. Si, por ejemplo, dice Ferrier (1) « que podemos determinar la índole exacta de los cambios moleculares, que se producen en la célula cerebral, cuando tenemos una sensación, sin que la explicación de su naturaleza constitutiva (*cognitio rei*) adelante con ello un ápice », afirma, coincidiendo en el mismo sentido Siciliani (2), que « ninguna indagación objetiva psíco-física, ningún escalpelo de anatómico, ningún microscopio de histólogo,

(1) V. FERRIER, *Les Fonctions du cerveau*.

(2) V. SICILIANI, *Prolegómenos á la Psychogenie moderne*.

» ningún alambique de químico, ningún aparato de fisió-
» logo, aunque se halle ingeniosamente dispuesto para
» escrutar un hecho psicológico por su lado externo y fisio-
» lógico, nos enseñarán nunca lo que es (*cognitio rei*) un
» sentimiento, una emoción, un deseo, una pasión, un
» juicio, etc.»

« Tendrán los fisiólogos, añade para confirmar este mis-
» mo sentido A. Bertrand (1), una noción cada vez más
» precisa de las condiciones de los fenómenos psicológi-
» cos; pero cuando conozcan perfectamente sus símbolos
» matemáticos y sus equivalentes químicos, aún necesita-
» rán recurrir á la *observación directa por la conciencia*.
» Tyndall ha dicho exactamente que si estuviéramos cier-
» tos de que el amor es un movimiento en espiral hacia
» la derecha y el odio un movimiento en espiral hacia la
» izquierda de ciertas fibras cerebrales, seguiríamos igno-
» rando la naturaleza del amor y del odio, mientras no los
» hubiéramos sentido y observado. » Contra esta sustitu-
ción de la ciencia del alma por la Fisiología, lo que se im-
pone es la Psicología fisiológica, en cuyo sentido se puede
afirmar que mientras los fisiólogos creen haber conquista-
do y suprimido la ciencia del hombre interior, quedan
ellos conquistados para la Psicología, que debe incorpo-
rar á su anterior concepto todos los datos asimilables del
cognitio circa rem. Todas las ciencias, y entre ellas la Psi-
cología fisiológica, deben tener muy presente, como dice
Lange, que « si la realidad es una síntesis, la ciencia es
» un análisis », y que para que este análisis sea todo lo
complejo que la síntesis de la realidad requiere por la di-
versidad de sus aspectos y todo lo ordenado, que esta

(1) V. ALEXIS BERTRAND, *L'Apperception du corps humain*.

misma síntesis exige por la unidad homogénea de sus elementos, es necesario complementar el *cognitio rei* con el *cognitio circa rem*, único medio para fijar el criterio amplio y racional propio de la Psicología fisiológica.

Pero ¿será posible, según desean algunos, cometiendo falta imperdonable contra la Lógica, ahondar diferencia y separación entre la Psicología racional y la empírica, ó estimar, cómo anhelan otros más lógicos, aunque no más acertados, que basta para el conocimiento del hombre circunscribir la ciencia al *cognitio circa rem*, reduciendo la Psicología á ser una ciencia natural, constituída sólo y exclusivamente por la experiencia en su sentido general? (observación empírica y experimentación).

Ya nos hemos explicado acerca de este dualismo psicológico, que en último término se debe á que los progresos de la inteligencia, como todos los humanos, se cumplen parcialmente, habiendo sido, por tanto, necesario un divorcio parcial entre la especulación y la experiencia, que se halla hoy ya corregido por declaración y acuerdo unánimes de los partidarios de uno y otro criterio. Frente á la segunda pretensión podemos aducir pruebas que ofrecen los mismos, imbuídos del método positivista, reconociendo que la Psicología empírica (la constituída según el *cognitio circa rem*) sólo sirve de base á una serie de hipótesis acerca de la energía anímica, cuya solución requiere el contenido doctrinal de la antigua Psicología ó Psicologías latentes y subjetivas, que manifiestan odio pueril á un nombre para caer en lo que éste significa (el idealismo). Las consecuencias finales del libro *L'Heredité* de Ribot, las implícitas en las obras de Hæckel y Wundt y las que surjen de las teorías psicológicas de Taine ponen más en claro que pudiéramos nos-

otros hacerlo la exigencia ineludible y el postulado lógico de la ampliación del criterio psicológico. Enhorabuena (que no es concesión gratuita, sino tributo debido á la justicia y á la verdad) que la experiencia (aun la denominada exterior ó fisiológica) recobre la importancia, que de un modo vago ya la señalara en su tiempo Aristóteles y que ha sido menospreciada por el Escolasticismo tradicional y subjetivo, puesto que sin ella la observación interior y las percepciones de conciencia sólo pueden dar de sí una Psicología estadiza y muerta que jamás rebase la categoría de ciencia descriptiva (1); pero la necesidad de que la Psicología atienda á la experiencia no justifica el abandono de los demás medios ó criterios de conocimiento y menos aún sanciona que se confundan las condiciones de producción de los fenómenos psíquicos con la energía causal en que tienen su base y su raiz, que es el error de que viene influído todo el empirismo. Según dice acertadamente Naville (2): « la experiencia, en su sentido general, es el punto de partida y aun la condición del ejercicio de la razón. Los elementos *à priori* de la razón *no entran en ejercicio*, sino con la condición de los datos experimentales. La experiencia es el impulso dado al péndulo, sin el cual el mecanismo no funciona. El error del empirismo consiste en creer que el impulso dado al péndulo puede explicar el conjunto de movimientos que van á producirse, olvidando la existencia previa de dicho mecanismo.»

La ingeniosa, pero certera y exacta distinción establecida por Lotze entre el *cognitio rei* y el *cognitio circa rem*,

(1) V. núm. IX.

(2) V. NAVILLE, *Logique de l'hypothèse*.

sirve de base á la distinción aún más fundamental é importante entre *la condición* y *la causa*. Identificadas ambas ideas, crecen, cual frondosa vegetación, los errores que pululan en el materialismo y en el organicismo. La nueva Psicología, cuyo alcance no excede nunca el *cognitio circa rem* ó sea el estudio de las condiciones fisiológicas que acompañan á la manifestación de la energía anímica, identifica la condición con la causa y convierte lo fisiológico en principio productor de lo psíquico, llegando por impulso de la lógica del error á concebir la Psicología sin alma.

La condición (según su significación etimológica lo indica: *dicere cum*) se halla constituída por el conjunto de circunstancias ó causas ocasionales que acompañan á la manifestación fenomenal de una energía, circunstancias que pueden ser de *naturaleza distinta* del fenómeno ó del efecto; pero la causa es siempre de *naturaleza idéntica* con la del efecto. Así es que mientras el conocimiento de las condiciones ó circunstancias, según las cuales se manifiesta un fenómeno, puede obtenerse cumplidamente por la observación y por la experiencia, requiere la idea de causa por lo menos un *procedimiento inductivo*. Y si, como dice Naville, «es la inducción la parte presente de la razón en los datos experimentales», tan pronto como hablamos de causa, aun al identificarla erróneamente con la condición, rebasamos los límites de la experiencia y penetramos en el *cognitio rei*.

Pero el conocimiento de la causa, complementado y no sustituido por el de la condición ó condiciones, según las cuales se manifiestan los efectos, puede circunscribirse, como se observa en algunos casos, á la simple declaración de su existencia ó avanzar á la de su naturaleza. Para lo

primero, es decir, para obtener el conocimiento de la existencia de una causa, basta el de la existencia de uno cualquiera de sus efectos, mientras que para lo segundo ó sea para conocer la naturaleza de una causa se necesita la percepción de la naturaleza de sus efectos en el número mayor posible, de todo lo cual se deduce que el conocimiento ideal de la causa se va nutriendo de los datos cada vez más amplios y extensos que ofrece la observación de sus efectos ó que el criterio completo para el conocimiento de una energía causal requiere la sucesiva reconstrucción del concepto ideal (1).

Como argumento práctico en pro de la distinción que dejamos establecida, puede citarse el célebre y conocido razonamiento de Descartes, punto de arranque de todo el espiritualismo francés, cuya parte de verdad y de error se percibe fácilmente si se distingue el conocimiento de la *existencia* de la causa del conocimiento de su *naturaleza*.

Cuando Descartes contrastaba el valor de todas sus ideas y conocimientos ante la piedra de toque de la duda, declarando que no alcanza ni se aplica la duda al sujeto que piensa (en cuanto duda y la duda es pensar), inducía legítimamente de la existencia del efecto de la duda y del pensamiento á la existencia de una causa (alma) que duda y piensa. Inducción es esta que más ó menos tocada de subjetivismo servirá siempre de piedra angular á la concepción de la realidad espiritual. Pero, al estimar Descartes que el conocimiento de la naturaleza de un efecto (la duda y el pensamiento) autoriza el conocimiento, no sólo de la existencia, sino de la *naturaleza* de la

(1) V. más adelante núm. VIII.

causa de este efecto, induce ilegítimamente, reduciendo toda la realidad del alma al pensamiento y desconociendo que son factores anímicos de igual valor la sensibilidad y la voluntad (1). En el primer caso está en lo cierto el cartesianismo y en el segundo cae en una inducción precipitada, que ha dado origen á errores sin cuento, de que ofrece ejemplos continuos el espiritualismo francés, cuyo estrecho sentido sirve hoy de rémora á los legítimos progresos que se inician en los nuevos derroteros que lleva el problema psicológico.

Contra este sentido exclusivo, subjetivista é ideal, protesta y toma su desquite el empirismo psicológico, amparado del *cognitio circa rem*, que rectifica muchos de los errores del método introspectivo ó de la observación interior, de que ha usado y abusado la Psicología tradicional (2).

Pero cual si fuera ley inherente á la flaca condición humana que los progresos que obtenga sean siempre parciales y vayan tocados de imperfección y error, ha caído el empirismo psicológico en el gravísimo, no de rectificar, sino de suprimir (ó al menos pretenderlo) el *cognitio rei*, identificando la condición, según la cual se producen los fenómenos anímicos con la causa de estos mismos fenómenos. Así es que, hallando el materialismo y el organicismo condensadas todas las condiciones de manifestación y diferenciación de los procesos psíquicos en el cerebro, han concluido precipitada y erróneamente, confundiendo la condición con la causa, proclamando que el cerebro no es sólo el órgano del pensamiento, sino que es el pensa-

(1) V. núm. V.

(2) V. más adelante núm. IX.

miento mismo y por tanto el espíritu (1) Rechazada esta hipótesis injustificada (base de la concepción paradógica de una Psicología sin alma), podremos reconocer que mientras es autorizado, según lo demuestra á cada paso la observación, afirmar que pensamos *con* el cerebro (como que este es condición para el ejercicio del pensamiento), es de todo punto falso que sea el cerebro el que piensa ó la *causa* del pensamiento, pues para legitimar esta conclusión sería preciso probar (extremo al cual no se ha llegado ni se llegará) que la naturaleza del efecto ó sea del pensamiento es idéntica con la naturaleza de lo que se estima su causa (el cerebro). Ya hemos demostrado con autoridades nada sospechosas, influídas todas ellas por las corrientes empíricas, que es un error grosero identificar ambas actividades (la del sistema nervioso cerebro-espinal y la del pensamiento) sólo porque se manifiesten paralelamente ó la una *con* la otra, es decir, bajo una relación de condicionalidad.

Coopera, sin que sea lícito ya hoy ponerlo en duda, la observación de las condiciones de manifestación de los fenómenos á concebir más exactamente la idea de su causa productora; pero si ésta se niega y nos atenemos sólo á aquéllas, cogemos la cáscara y arrojamos la nuez, nos apoderamos ficticiamente de la sombra ó de las apariencias fenomenales y abandonamos la realidad. Basta para confirmarlo observar que, según ya dejamos indicado, las condiciones para la producción de los fenómenos ó efectos pueden ser de naturaleza distinta de la que es propia de estos mismos fenómenos, como se observa por ejemplo en el conjunto de condiciones somáticas que sirven

(1) V. final del núm. VI.

de base al ejercicio de la energía psíquica (así es una condición para que estudiemos por la noche la luz, pero ésta no es causa productora de la actividad mental), mientras que la causa productora ha de ser siempre de naturaleza idéntica con la de sus fenómenos ó efectos. En suma, la condición ó *cognitio circa rem* como conjunto de circunstancias (causas ocasionales) que acompañan á la manifestación de los efectos propios de una energía causal es distinta de la causa productora ó *cognitio rei* de dichos efectos, pues ésta implica una realidad potencial que produce la actual en la forma sucesiva del tiempo.

En medio de tal distinción, que pone coto á las inducciones precipitadas, que separa la cizaña del trigo en las hipótesis ilegítimas y que niega el alcance de las síntesis prematuras, de que tan preñado se encuentra todo el empirismo psicológico; en medio de semejante distinción, sin negarla, antes bien confirmándola al reconocerla, ¿qué conexión ó entronque puede y debe establecerse, sin identificarlos, entre el *cognitio rei* y el *cognitio circa rem*; qué relación habrá de hallar entre la condición y la causa el progreso ulterior de la inteligencia humana?

De la posible conjunción entre ambos, presentida ya por Bacon al decir que debían unirse á las alas de la inteligencia los piés de plomo de la observación, habrá de resultar necesariamente ampliado y fecundado el criterio para estudiar y resolver el problema psicológico.

En el ínterin, declaremos que es ilegítima y falsa la pretensión de la nueva Psicología, cuando circunscribe el objeto de su estudio al conocimiento de las *condiciones de producción* de los procesos psíquicos. Estas condiciones son todas somáticas ó fisiológicas y no deben confun-

dirse, porque marchen paralelas, con las manifestaciones de la energía anímica.

Si se preescinde de la causa productora de los fenómenos psíquicos, ambicionando preveer y aún preparar ciertos efectos por virtud del determinismo de la fenomenología exterior, que se tenga en cuenta contra la validez aparatosa de semejante procedimiento el aforismo de Bacon « que solo mandamos é influímos en la naturaleza, obedeciendo sus leyes » y que se advierta que provocadas artificialmente por vías experimentales las condiciones de producción de los fenómenos, la aparición de éstos será debida en primer término á la insustituible intervención del *medio natural*, causa y agente de la realidad y substratum del fenómeno, que no podrán dar de sí las condiciones de su manifestación. Por probar mucho, no prueba nada este experimentalismo audaz, que cree, porque modifica con ciertos reactivos químicos ó con determinadas vivisecciones el estado del organismo, haber resuelto lo que para él será siempre una X indescifrable. Cuenta, aunque lo menosprecie, para la producción de ciertos fenómenos con la disposición funcional de los órganos, con la adaptación de estos mismos órganos, y por último, con la cooperación del *medio natural*, atmósfera dentro de la cual se agita constantemente el principio de individualización de la psíquis.

Las interpretaciones violentas de la experiencia, de que ofrece numerosos ejemplos la teoría de las localizaciones anímicas (1), encontrarán siempre su correctivo en esta distinción entre la condición y la causa; y la Psicología empírica, cuando audazmente se convierte en ex-

(1) V. núm. IV.

perimental, hallará el límite y la cortapisa á sus ambiciones en el *spiritus intus* ó vías dinámicas y de reacción propias del organismo, que sirven de asiento á la psíquis.

Si en lo exclusivamente fisiológico se afirma, por ejemplo, que el médico ayuda á la naturaleza, pero es ésta la que propiamente cura sus enfermedades y rectifica sus posibles desviaciones, con igual razón, cuando no mayor, se podrá declarar que en la vida psíquica, las condiciones de producción de los fenómenos serán excitantes de la energía anímica, pero de ningún modo la causa productora de los efectos, que necesita ser percibida en *congnitio rei*. De lo que decimos hemos de hallar prueba incontestable al examinar las interesantes y complejísimas cuestiones, que agita hoy la Psíco-física con el estudio de la relación entre la sensación y movimiento (1).

VIII

Criterio de la Psicología fisiológica.

Cuando se observa cómo el Naturalismo empírico ha enriquecido el problema psicológico con la percepción de todas aquellas condiciones circundantes y orgánicas, que favorecen ó de momento detienen é impiden las manifestaciones de la energía anímica, se adquiere la prueba experimental y convincente de que, según dice Delbæuf (2), «el conocimiento del hombre no puede progresar, sino » con el del mundo que le rodea». Parece, en efecto, que

(1) V. más adelante núm. XII.

(2) V DELBÆUF, *La Psychologie comme science naturelle*.

llevando á sus consecuencias finales la tendencia actual de las ciencias, « que se encaminan hacia el dinamismo en » igual grado que se desvían del materialismo » (1) y que comentando en vivo el antiguo pensamiento idealista « conocer es obrar », solo podremos conocer el objeto de la Psicología y cualquier otro asunto, esparciendo y derramando nuestra vista intelectual en medio de este montón á primera vista incoherente y en definitiva jerárquicamente ordenado de relaciones, que constituyen el medio que nos rodea.

De igual modo que hoy se prueba que un huevo barnizado exteriormente con un betún espeso, bastante denso para aislarle de toda comunicación con el medio, no germina, es indudable que el conocimiento, aun dotado de la intensa y profunda meditación de un Espinosa, cerrado y recluso dentro de sí, en las paredes del cráneo, es estéril y se convierte en visionario, de lo cual ofrece ejemplos la Psicología tradicional ó introspectiva, mientras que el conocimiento, extendido y ampliado para recibir las influencias á los cuatro vientos, *abierto* á todas las fases, que le ofrece el prisma de infinitas caras que se llama la realidad, descubre siempre nuevos horizontes que avaramente solicitan y aun satisfacen nuestro instinto de la curiosidad.

Fuera suficiente esta consideración, aun hecho caso omiso de las indicaciones que dejamos apuntadas respecto á la índole y carácter, que al problema psicológico presta el Naturalismo empírico, para aceptar como indudable, que la necesidad más urgente de la Psicología, que su exigencia más imperiosa *consiste en ampliar y exten-*

(1) V. L. A. DUMONT, *Hæckel et la Théorie de l'Evolution Préface.*

der su criterio. Encastillado el análisis psicológico en aquella *introspección* ó sentido íntimo de la percepción interna, según la concibiera la Psicología escocesa, dará de sí como *summum* de sus esfuerzos, cual preciado fruto de sus laboriosas meditaciones, un análisis subjetivo, cuan minucioso se quiera, pero subjetivo é individual, que tendrá el mismo eco y resonancia que cruz en el agua. Ni alcanzará siquiera esta descripción estadiza y muerta la categoría del *homo mensura veri*, pues no es lo percibido, por medio tan exclusivo, el hombre, sino éste determinado individuo, cuyas ocurrencias no van más allá de su singular idiosincrasia ó de su especialísima manera de ser.

Y por cima de estos ócios pueriles como debajo de estas híbridas meditaciones, siempre dentro de la complejidad de la vida humana, que queda enteramente desconocida, riñen cruentas batallas el ángel y la bestia, los sublimes apetitos de lo ideal y los insaciabiles instintos de la concupiscencia. ¿Qué conoce y qué influye en estas sordas pero terribles luchas la Psicología subjetiva? Semeja, como dice Bacon, aquel soñador, que buscaba las estrellas, contemplándolas en la atmósfera, sin poder percibir las por su distancia, que mirando sin cesar hacia arriba, caía dentro de un lago, en cuya superficie podía haber visto, si hubiera atendido, mucho mejor reflejada, la imagen de las estrellas.

Más que presentida, expresamente señalada está la exigencia de la ampliación del criterio por Kant, cuando declara que el conocimiento psicológico debe formarse *mediante la sucesiva reconstrucción del concepto*, á que han de cooperar por igual la especulación y la experiencia. La intuición y la observación, rectificándose recíprocamente y hallando en su mutua evolución puntos cada

vez más amplios de coincidencia; el *cognitio rei* y el *cognitio circa rem*, completándose entre sí y determinando graduales y cada vez más extensos puntos de conjunción; tal parece ser la índole propia del criterio psicológico, según le concibiera Kant y según le imponen de consuno lo estadizo é inmóvil de la Psicología tradicional y el período fecundo en audacias hipotéticas y conjeturales, que recorre la nueva Psicología. De todas estas condiciones reunidas surgirá el concierto de la Estática y Dinámica espirituales, concebidas ya en su tiempo por Herbart.

Sucedede á los tiempos de Kant el vertiginoso progreso del Naturalismo experimental y la invasión creciente de lo empírico confirma cumplidamente lo ya reconocido por el padre de la Filosofía novísima. Hartmann, que recoge y condensa todo el saber positivo de las ciencias naturales y á la vez sintetiza, con vista genial, el alcance de la Filosofía especulativa, expresa en un símil hermoso la necesidad de que coincidan especulación y experiencia, que parecen como él dice dos mineros, que trabajan en galerías subterráneas, abiertas en dirección opuesta, que oyen recíprocamente los golpes que dan, que esperan encontrarse, aunque ignoran el punto de cruce. Se halla éste ya señalado *en la conciencia personal del hombre y del mundo que le rodea* por lo que toca al problema psicológico, ampliando de esta suerte su antiguo carácter antropológico para que sea cosmológico y superiormente metafísico. ¿Qué alcance tiene este criterio y cómo se compadecen dentro de él el *cognitio rei* y el *cognitio circa rem*? El progreso ulterior de la ciencia psicológica irá delineando sus derroteros. En el ínterin consignemos que la conciencia es una realidad, pues, como decía

Kant, es un sentimiento vivo, incomunicable, distinto. Impulsos, hábitos, tendencias, pasiones, luchas, facultad locomotriz, fuerza moral, carácter, todo en suma, demuestra la presencia de una actividad real, de un *conatus* para llegar á ser conciencia personificada. Es un *sujeto pensante* opuesto á la cosa pensada y á esta condición, como dice Sicialini, puede servir de punto de partida para la ciencia, pues, según afirma Maine de Biran, « la » realidad consciente es el punto de partida, el primer » dato, el hecho primordial de toda ciencia de nosotros » mismos. » Pero el postulado de la conciencia no se puede convertir en fundamento de la ciencia (1), pues como cualidad característica de nuestra personalidad y plena luz para el saber, principio *cognoscendi*, la conciencia no llega á fundamento de ser, principio *essendi*, cual si pudiera decir el hombre de sí lo que de la sustancia absoluta predica Espinosa. *Homo causa sui*.

Estas relaciones trascendentes, cuyo pedúnculo y raíz viva se hallan en la conciencia (inmanencia), son el venturoso anuncio, que surge del fondo del experimentalismo, de la intersección y cruce de la inmanencia con la trascendencia ó de la Psicología con la Metafísica; porque, contra todas las huera declamaciones positivistas, primero anti-filosóficas y después solo anti-metafísicas, subsiste la eterna verdad del aforismo de Schopenhauer « todo lo » físico es metafísico», y con ella el hecho comprobado de que Voltaire pasó y la Metafísica permanece cual exigencia inextinguible y cúpula y remate de toda pretensión científica.

(1) Contra esta pretensión son justificadas las censuras á la Psicología introspectiva, formuladas por Maudsley y ampliadas por Bain.

Reconocer este límite inherente al criterio psicológico es anticipar la declaración de que la ciencia de conciencia tiene su complemento obligado en la Cosmología y superiormente en la Metafísica, sin que estas dos ciencias puedan ser educidas de una masa indigesta de hipótesis, que toman causa ocasional para su aparición en datos empíricos ó intuitivos, pues en tal caso semejaría el psicólogo, como dice acertadamente Maudsley, hombre metido en un lodazal, que intentara salir de él tirando hacia arriba de sus cabellos.

Presentida por el sentido común la afirmación que dejamos indicada de que la conciencia es principio *cognoscendi* ó de interna composición de lo empírico ú observado con lo intuitivo é ideal, se ha olvidado sin embargo la verdad y trascendencia de tal afirmación, estableciendo escolásticamente y de tiempo inmemorial una *separación*, que ha dado lugar á errores sin cuento, entre la *representación*, llamada por Aristóteles y Kant *forma ó idea* (1), y lo dado como presente por el objeto y denominado *materia*. De este dualismo surge la perenne división del pensamiento entre empíricos é idealistas y como consecuencia la separación entre la Psicología empírica y la filosófica, recrudecida hoy con el desarrollo del positivismo experimental. Aunque éste templó el rigor absurdo de sus primeras afirmaciones, pues son escasos los representantes del positivismo que no hablen de las ideas como elemento necesario del conocimiento, hemos de hacer notar, ante todo, que este error procede de olvidar que,

(1) A la forma corresponde el *noumenos* del Kantismo, que tenido por incognoscible, se le considera á distancia inmensa del *fenómeno*, como si éste no fuera revelación del substratum, que persiste en medio de todas las apariencias fenomenales.

según enseña la Lógica, el conocimiento es primeramente una composición ó cópula de materia con forma. Esta es determinada por el sujeto en supuesto de la materia, que el objeto con su presencia le ofrece y la conciencia reflexiva recoge y compone cuantos datos le ofrecen experiencia (materia) y razón (forma) en una obra real-ideal, que resulta de la conjunción de la idea con el hecho y de la especulación con la experiencia, pues, según dice Naville, «la experiencia no produce la razón, ni ésta aquélla, pero » nuestro conocimiento resulta de la armonía de ambas.»

Por distinto camino que el seguido por los positivistas han contribuído á dar carta de naturaleza al error en que nos ocupamos (el de concebir el criterio de la conciencia con un valor exclusivamente subjetivo) los partidarios del espiritualismo francés ó cartesiano (1) que sólo reconocen un valor *subjetivo* (ideal) á las percepciones de conciencia, favoreciendo y justificando así el menosprecio de los naturalistas hacia la Psicología tradicional, que estiman solo como especulación subjetiva, que debe ser sustituida por lo que ellos denominan *Psicología real ó realista*.

Para los espiritualistas franceses, influídos por el empirismo subjetivo que late en el fondo del cartesianismo, cuyo principio *cogito ergo sum* pone el fundamento de toda evidencia en un hecho (el de la existencia efectiva

(1) Maine de Biran, Joly, Liard, Caro y todos los colaboradores al *Diccionario de ciencias filosóficas* de Franck, participan del error que combatimos, sin que apenas se pueda contar entre las excepciones á Janet, que, aunque se atreve á declarar, con Hamilton, que todas las facultades intelectuales constituyen *la conciencia transformada*, deja todavía su pensamiento oscilar, cuando se trata de afirmar el valor incuestionablemente real del conocimiento de conciencia.

de un sujeto que piensa ó duda), se cae en los errores del panteísmo, cuando se entiende que la conciencia percibe con valor real sus estados interiores, á la vez que los objetos que con ella se relacionan. Confunden en este punto, que toca ya á los linderos de la Metafísica, la *inmanencia* de la percepción consciente con su *trascendencia* y ahondan la secular escisión entre empíricos é idealistas, que tantas dificultades ha opuesto al progreso real de la ciencia psicológica. Olvidan además que no es lo mismo declarar que la conciencia puede y debe percibir *principio real de composición* (principio *cognoscendi*) en el conocimiento sobre la división de materia y forma y aun como base de su posible distinción, que asentar que este principio (principio *essendi*) lo da de sí la conciencia, en cuyo caso habría lugar á establecer parentesco doctrinal de semejante teoría con el panteísmo fichtiano.

Ignoramos dónde exista la divergencia, que supone el espiritualismo francés, entre la doctrina que defendemos (el valor real de las percepciones empíricas é intuitivas de la conciencia) y la profesada por el sentido piadoso de todos los tiempos, estimando siempre que el hombre tiene por principal misión en el mundo dar testimonio de las maravillas de la creación y de la majestad del Creador, en cuanto adquiere conciencia de aquéllas y de éste. Precisamente lo que aquí se afirma, cuando se pretende ampliar el criterio de la Psicología, concertando el *cognitio rei* de la tradicional con el *cognitio circa rem* del empirismo psicológico hoy en boga, es que la conciencia *atestigua, pero no crea* el principio de toda verdad, ante el cual no tiene razón de ser el dualismo entre empíricos é idealistas. Pero si la conciencia es principio *cognoscendi*, sin llegar á la categoría de principio *essendi*, claro está

que la ciencia de conciencia, la Psicología tiene que hallar el fundamento y raíz de la realidad que conoce en la Cosmología y superiormente en la Metafísica.

Se debate por tanto en medio de tan injustificadas y contrarias pretensiones, (nacidas las unas al calor de un positivismo empírico y las otras por virtud de un empirismo subjetivo) acerca de la necesidad imperiosa de que los moldes cerrados, dogmáticos, oficiales y aun académicos de la Psicología tradicional se *abran* á las legítimas influencias de la cultura novísima, enriqueciendo el conocimiento que de su interior adquiere el hombre por la observación directa de la conciencia con los copiosos datos que la experiencia fisiológica aporta al acerbo común; que sí, según dice el Evangelio, el hombre no sólo vive de pan, tampoco existe en la tierra como *espíritu puro*, sino unido con el cuerpo, cuyo conocimiento ha de completar el de la realidad interior, á que sirve de sostén y base orgánica.

IX

Errores de la Psicología tradicional.

La Psicología tradicional de largo tiempo influída por la estrechez del método introspectivo, por las abstracciones escolásticas, por las exageraciones del espiritualismo cristiano que consideraba el cuerpo como cárcel del alma, por la ausencia completa del conocimiento complementario del psicológico (*cognitio circa rem*) y por un sentido dogmático, contrario á toda reforma y progreso, había de conservar en su seno errores, cuyas consecuencias quizá

alcanzan al presente á determinar el descrédito y menosprecio conque el Naturalismo empírico apellida hoy con intención denigrante á la antigua Psicología *oficial, académica y metafísica*.

De estos errores, el geocéntrico, desechado hacía ya largos años, produjo consecuencias que hoy mismo se tocan de cerca en la Psicología. Efecto del sedimento y lastre que el error geocéntrico dejara en la cultura general, desestimando la vida presente, fué la manera abstracta como se formuló y aún conserva el problema *de la inmortalidad del alma*, que en vano espera una solución científica, pues ni los datos de la experiencia, ni la especulación racional que de aquélla surge, suministran indicio alguno que conduzca al examen de dicha cuestión con carácter científico. Jamás excederá el análisis psicológico para la solución de este problema de la indefinición, en que le dejara la vista sagaz y penetrante de Kant, consignando que es un postulado de la Razón práctica; siempre quedará este punto, ofreciendo ancho campo para que se mueva la fe del creyente, sin que la convicción científica pueda añadir un ápice de precisión y claridad á la manera, según la cual se formula. Late en las concepciones cosmológicas, que el Naturalismo empírico informa con ayuda de las hipótesis y con el auxilio de los datos experimentales un sentido más real y vivo, haciendo insidir las dificultades inherentes á dicho problema en el mejor formulado con el nombre de *trascendencia de la vida* como corolario de la teoría de la conservación de la energía ó persistencia de la fuerza. Al más míope se le alcanza que la trascendencia de la vida es principio que arraiga más en las entrañas de la realidad como cuestión previa para examinar después la inmortalidad del al-

ma (1). Que ésta no es susceptible, al menos como se formula, de solución científica lo revela la atendible consideración de que se parte de la abstracción completa de la vida real y positiva, que al presente cumplimos. También debe á Kant en este punto la cultura psicológica el sentido certero, que su sagacidad imprime á todas las cuestiones que dilucida. Cuando declara Kant que la inmortalidad del alma es un postulado de la Razón práctica, que la prueba de dicha inmortalidad es una *prueba moral*, obvio y claro es que el filósofo de Kœnisberg anhela tomar base y punto de arranque del examen de la vida aquí realizada para estimar y concebir la vida ulterior.

El error antropocéntrico, más cohonestado aún que el anterior con la cultura general, ha contribuído á arraigar preocupaciones sin cuento en la ciencia psicológica. De la falsa idea que el hombre se ha formado de sí como rey de la creación y dueño del mundo, ha resultado cual consecuencia obligada el falso y perturbador concepto del *libre albedrío* ó libertad subjetiva, equivalente á la arbitrariedad y falta de ley ó al menos al poder del hombre para abolirla. Con este sentido negativo de la intervención del hombre en la obra general, con esta rebeldía perdurable de su flaca condición, le sucede lo que á Icaro;

(1) «Todos los organismos son mortales; pero merced á la pro-
»pagación por vía de generación y en la humanidad, merced á la
»tradición, sus obras adquieren una persistencia que se extiende
»más allá de la muerte, y cuyo límite excede toda determinación.
»No existe aún exposición completa de los fenómenos relativos á la
»muerte, de la ciencia de la muerte ó *Zanatologia* en armonía con
»las nuevas concepciones de la naturaleza, y como parte esencial
»de la fisiología general». V. PREYER, *Physiologie générale*, traduit
par J. Soury.

cuanto más irracional é ilegítimamente se eleva, llevado por las alas de cera de abstracciones, que toma por realidades engañosas, tanto más resulta, al fin de la jornada, rebajada y envilecida su rebelde naturaleza. Claro está que si el hombre obra sin ley, ni motivo, á capricho, porque sí, arbitrariamente, es veleta que lleva el aire más fuerte, es el rebelde, que, queriendo dominarlo todo, no es siquiera capaz de hacerse dueño de sí; soñador inocente, que construye castillos de naipes, tendrá que concluir impetrando la *gracia* y solicitando ayuda del ángel de la guarda para que venza al Satán, que anida en el fondo de sus debilidades y flaquezas. Contra este sentido estrecho, abstracto y falso del libre albedrío, (1) equiparado con la arbitrariedad, protesta con la elocuencia del hecho la experiencia diaria, que revela cómo la ley se impone en el mismo desorden, según declara el antiguo aforismo: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*. Puesto que hemos de examinar más adelante el concepto racional y orgánico de la libertad, bástenos aquí anticipar la indicación de que el determinismo inflexible de la fenomenología exterior es la negativa más rotunda del libre albedrío á la par que la condición complementaria de la libertad *sub lege*, según manifiesta y aun prueba experimentalmente C. Bernard. Si se pudiera abrigar aun alguna duda respecto á este punto, sería suficiente para desecharla observar que el determinismo positivista (inflexible

(1) «La libertad no existe en el sentido que se la atribuye de *libertad de indiferencia*, como si la conducta moral pudiera depender exclusivamente del capricho. No es cierto (salvo circunstancias insignificantes), que el hombre se determine á obrar por motivos únicamente arbitrarios, sin más valor que la elección, que se les atribuye.» V. E. VERON, *La Morale* y V. más adelante núm. XIV.

en lo que toca al engrane de unos con otros fenómenos para su ejecución) (1) especie de fatalismo psicológico, reúne arsenal de bien templadas armas para refutar el libre albedrío ó libertad de indiferencia, pero es y será siempre impotente para negar la realidad de la libertad racional, mientras tenga que reconocer, por imposición de la Lógica, que no vive ni obra el hombre exclusivamente determinado por los antecedentes cronológicos, que condicionan sus actos é influyen en sus voliciones, sino que obra y vive también igualmente movido y solicitado por anticipaciones de lo porvenir y por esperanzas en lo futuro, que se condensan en lo denominado *dón de previsión* y que la *perennis Philosophía* ó el pensamiento secular ha llamado idealidad. De aquí resulta la libertad humana, condicionada en todas direcciones contra el libre albedrío ó la voluntad indiferente y arbitraria; pero sin que deje de subsistir en lo que toca á la *parte directora* de nuestros actos una intervención propia y personal, signo característico de nuestra libertad de acción. Sin ella, no tiene explicación posible el mentís frecuente que la observación da á la que el determinismo empírico llama ley fundamental, á saber, que siempre triunfa en nuestras deliberaciones el motivo más fuerte, contra lo cual depone elocuentemente el inconsecuente, el mártir, el héroe, el hipócrita y aun el que vence los acicates del mal. Aunque nunca queremos sin motivos, no es el más fuerte el que nos arrastra; al contrario, es nuestra voluntad la que decidiéndose por uno de los motivos, le da la preponderancia sobre los demás. Por último, la concepción estática de la realidad y del mundo ha sido

(1) V. más adelante, números XV y XVI.

una falsa idea, que ha connaturalizado, dentro de la Psicología tradicional, la errónea consideración, que parte para el estudio del alma, del hombre desarrollado en el grado superior de su cultura y en estado adulto. Implica esta idea la del alma como una sustancia pasiva, extraña á todo progreso y desarrollo, sin que se presienta siquiera que es una *energía que vive*. Se precipitan, por tanto (que el error lo mismo que la verdad está sujeto en sus manifestaciones á las leyes lógicas) conceptos falsos acerca de la naturaleza del alma; quién entiende con Platón que es tipo ó arquetipo de la mente divina, quién que es pedazo de la Divinidad, quién, sustituyendo con el fuego fátuo de la metáfora la luz de la verdad, que es reflejo de Dios, etc., para llegar á las disquisiciones ingeniosas pero estériles del Traducianismo, Generacionismo, Mesmerismo y Trasmigración, hipótesis que apenas si conservan interés histórico.

Y mientras nos hallamos envueltos en estas densas penumbras, cuando no rodeados de profundas tinieblas, asoma su investigadora curiosidad el buen sentido y pregunta á esta arquitectónica formalista de la Psicología tradicional ¿qué es, en qué consiste la vida anímica, cuál es la característica de esta energía, que lucha, que sufre, que goza, que cae, que se levanta? Fórmula tras fórmula, vacía de realidad, habremos de llegar á un silencio pitagórico, que á él equivale la serie indefinida de abstracciones negativas á que se reduce todo el saber de la Psicología tradicional. Después de esta retorsión del pensamiento y del lenguaje, bordeando un cúmulo de dificultades y problemas, heridos de soslayo, nunca examinados de frente, tendremos que terminar definiendo el

alma con Jouffroy y los escoceses « *causa desconocida de fenómenos conocidos* ».

Esta cristalización abstracta del análisis introspectivo, característica de la Psicología tradicional, divorciada por completo de la realidad viva, anula la virtud regeneradora del sabio y antiguo precepto: *Nosce te ipsum*. El impulso regulador de la práctica, que debiera hallar el hombre en el conocimiento de sí mismo, se pierde y disuelve en un nominalismo verbal, ergotista y vacío, que carece de toda eficacia, cuando las luchas interiores y exteriores le solicitan para que tome sitio y lugar (1). Prueba cumplidísima de lo que indicamos ofrece la situación inmóvil, infructífera y abstracta en que se hallan todas aquellas ciencias que reciben directamente su savia de la psicológica.

Si la Moral, por ejemplo, tocada é influída por los errores geocéntrico y antropocéntrico, formula preceptos abstractos que no encarnan en el continuo latir del hervor agitadísimo de la vida presente, concluyendo, al término de la jornada, en un utilitarismo á larga fecha (la conquista de la vida eterna á cambio del menosprecio de la presente) y en una confianza ciega en la virtud providente que anula la energía individual; á su vez la Lógica y la Estética, dominadas por aquellos mismos vicios y por el que se desprende del estudio exclusivo de la realidad espiritual en el hombre adulto y ya educado, coinciden con aquélla para acentuar su progresivo desvío de la realidad y de la práctica. Así es que mientras la Lógica

(1) «Toda esta Psicología nos parece, dice Secretan, construída mediante raciocinios puramente formales y dentro de cuadros ya dados; pero no percibimos en ella, por ninguna parte, la observación de lo que vive», V. SECRETAN, *La Restauration du Thomisme. Revue Philosophique*, t. XVIII.

degenera en un ergotismo de fórmulas que no aplica nadie, ni aun el que diligentemente las estudia, para el uso del razonamiento, señala la Estética preceptos inspirados en un pseudo-clasicismo, que es patrimonio exclusivo de retóricos y sima de que huyen la inspiración y el buen gusto.

Y como consecuencia inevitable de lo insustancial de esta educación abstracta, la vida toda, que se reconoce víctima de la obsesión creciente de los intereses materiales y de los cruentos combates á ellos anejos, marcha de tropiezo en tropiezo, revelando un continuo desvío de la teoría respecto á la práctica. Germen este desvío del escepticismo, que como enfermedad crónica afecta á la generación actual, persigue el empeño irrealizable de dar por buena la separación entre la teoría y la práctica, entre lo que se piensa y lo que se vive, ó de establecer acomodamientos ficticios y doctrinarios entre lo uno y lo otro, que son máscaras hipócritas para disimular el descrédito de ciertas opiniones y el culto consagrado á una utilidad egoísta, á la cual se la concede la palma de la victoria siempre que no se compadece con principios y convicciones, cuya defensa no pasa de los labios y cuyo amor reside sólo en las apariencias.

Quizá la falta no es toda de la realidad, cuyas exigencias no admiten aplazamiento; tal vez proceda, en gran parte, de la ineficacia y error de los principios; porque se observa que el contenido cualitativo, doctrinal de la Psicología escolástica, es una cadena indefinida de juicios *exponibles*. Llaman así los lógicos aquellas proposiciones, cuyo predicado es negativo, *sin que se exponga* en ellas la cualidad ó atributo que conviene al sujeto, el cual queda por lo mismo indefinido y sin ser conocido, según su característica específica. Son algo semejante al índice

de un libro ó al programa de un asunto doctrinal, indicación vaga, aérea, indefinida, con aspiraciones á abrazarlo y contenerlo todo y sin significar expresamente nada.

Con la más completa esterilidad de resultados atribuiremos al acto de la conciencia su cualidad sintética y unificadora, porque no hallará, como Arquímedes, su punto de apoyo; y cómo ha de hallarlo, si la Psicología escolástica le ofrece únicamente series como esta de juicios exponibles ó indefinidos: «el alma es inmaterial, *inmortal*, *indivisible*, *inseparable* en sus elementos, *incorruptible*,» etc., predicados todos ellos negativos. La realidad queda suplantada por un nominalismo simbólico, por una filosofía verbal y la ciencia se convierte en un diccionario de sinónimos. Abstracción tras abstracción, se encuentra la fórmula típica de toda definición en la conocidísima del opio: *virtus dormitiva*.

En este cuadro de tintas simpáticas todo se supone, nada es real y se acentúa con un impulso invasor el escepticismo, que afecta á la sana razón común, cuando se ve víctima de argucias escolásticas y de sutilezas del ingenio, que jamás podrán suplantar esta realidad viva, que se mueve, que se agita, que ahora quiere volar como un ángel para caer después como una bestia. Cuando la razón calla, cuando la reflexión enmudece, cuando la conciencia sigue sorda á las voces íntimas, ayes y gritos de un dolor tanto más intenso cuanto menos se comunica; audaz, veloz é irreflexiva se levanta, crece y desarrolla gigantescamente la imaginación y con ella la superstición (1).

(1) El cuadro desolador que ofrece esta orfandad de concepto é idea de la realidad espiritual, se halla descrito de mano maestra

Del exceso del mal nace el remedio con frecuencia en este como en todos los asuntos en que es el principal factor la flaca condición humana; le inicia Descartes llevando la Psicología y la Filosofía toda á la intimidad de la conciencia, pero copia servilmente el filósofo francés la falsa identificación, consagrada por la Escolástica, del alma con la inteligencia, y sobre todo esteriliza su valioso intento, cuando concibe, quizá como eco de sus grandes conocimientos matemáticos, la Filosofía bajo el *sentido mecánico y geométrico* de la vida natural, que dificulta de momento acabar con la excisión y el dualismo entre las ciencias naturales y las morales. El ángel y la bestia siguen cada cual su camino. Las ciencias naturales aceptan los preceptos de Bacon, pero desviadas de la cultura espiritual llegan á la crudeza del materialismo de Broussais, y las ciencias morales, señaladamente la Psicología, aunque más en contacto con la realidad merced á una observación minuciosa y detallada, terminan con la Psicología escocesa, en un *polismo abstracto*, en virtud del cual cada fenómeno queda elevado á la categoría de una facultad. Alambicada la observación, centuplicadas las facultades anímicas, que constituyen más que cuadros ordenados, Danza Macabra de entidades, producto de una abstracción imaginativa sin freno, semeja la Psicología escocesa, como dice St. Mill, *Psicología feudal*, donde no aparece la energía anímica más que para ser proclamada, según ya hemos dicho, *causa desconocida*.

Malograda la reforma cartesiana y sólo esbozada la ex-

por Richet, en el estudio que hace de los *endemoniados y poseídos*.
V. RICHEL, *L'Homme et l'Intelligence. Fragments de Physiologie et de Psychologie*.

perencia por la Psicología escocesa, el impulso innovador renace con más pujanza y más altas miras en Kant y en la Psicología inglesa de la asociación. Profundiza Kant en el análisis del problema psicológico y con su distinción de la Razón teórica y de la Razón práctica echa las bases para que Herbart, con su Psicología matemática y su distinción de la Estática y Dinámica espirituales, ponga de relieve la energía anímica y su vida, en lo que él llama la lucha de las representaciones. Desde este momento, la Psicología no permanecerá más en el estado *descriptivo* y de análisis puramente exterior; tendrá que referirse directamente ó suponer á cada paso una energía, que obra y vive, que lucha, se desarrolla y evoluciona. Queda pues en la esfera de la Psicología especulativa ó filosófica sustituida la antigua idea del alma como sustancia pasiva por la más real de una energía, que colabora primero con el cuerpo y mediante él con todo lo que le rodea al cumplimiento del fin general. Como movimiento concurrente con este para determinar un estado sincrético en el pensamiento, la Psicología empírica, esterilizada por el atomismo de la Escuela escocesa, es cultivada después por la llamada Psicología inglesa de la asociación, que trabaja hondo y recio en la observación interno-externa del mecanismo, con que aparentemente se produce el proceso mental. Una y otra dirección, representando la primera el *cognitio rei* y la segunda el *cognitio circa rem*, que tanta ampliación ha de recibir después merced á los progresos de la Fisiología, ambas direcciones acumulan el material de cultura para la constitución de la Psicología *dinámica* ó *biológica*, y parecen canales que van á afluir al río de la conciencia, donde, por virtud de la sucesiva reconstrucción del concepto, se delinea el co-

Alma

nocimiento real y positivo de la energía anímica, á la vez que el del mundo que la rodea. Se acercan, casi se tocan los dos mineros del símil de Hartmann, oyendo ambos los golpes que da cada uno. ¿Dónde se encontrarán? El estudio del estado actual del problema psicológico podrá ayudarnos á presentir, y quizá en día no lejano, á precisar el sitio y momento de esta conjunción fecunda de la experiencia con la especulación.

Sin dar por cumplida la obra gigantesca, que implica la renovación del sentido y concepto de la energía anímica, y por consiguiente, el de la realidad en que aquélla se mueve, ya es lícito dar por adquiridas algunas verdades positivas, y lo que es quizá todavía más fecundo, tendencias bien acentuadas en el problema psicológico, cuyos frutos se habrán de cosechar en día no lejano como progresos definitivos para la ciencia y para la vida. La concepción dinámica del alma, como una energía que vive condicionada é influída por la realidad y que obra y es activa condicionando é influyendo en la realidad, de la cual toma su alimento ó pan espiritual merced á la educación; la idea de que el alma es agente que colabora con todo lo que le rodea inmediatamente al cumplimiento de su fin y de un modo mediato al del fin general, desarrollándose cual semilla fructificada por influencias que proceden de todas partes y direcciones, y finalmente, el pensamiento de lo orgánico y racional, que como principio ordenador rige la complejidad de relaciones que libran la batalla de la vida en un flujo y reflujo continuos, constituyen otras tantas piedras angulares que han de servir de cimiento á la reconstrucción completa de la ciencia psicológica.

La Psicología infantil ó de los niños, que permite al

adulto reconstruir en vivo el desarrollo seguido por su energía anímica para llegar á la conciencia reflexiva en que se encuentra; la Psico-física, que autoriza á declarar la íntima compenetración de lo espiritual con lo corporal, extendiendo así la esfera de acción y ampliando el punto de mira de nuestros anhelos é impulsos y además la idea fecunda de la solidaridad universal, son otros tantos jalones que pueden señalarse, sin optimismos cándidos ni entusiasmos pueriles, como condiciones abonadas para preparar la *objetivación* del criterio psicológico que ha de rectificar los múltiples errores, y entre ellos los principales que dejamos señalados, que engendrara de largo tiempo el *subjetivismo* empírico ó idealista, talón de Aquiles de la Psicología tradicional.

X

Nueva posición del problema psicológico.

El alma y el cuerpo, los amigo-enemigos, que diríamos con Calderón de la Barca, se acercan. Ya Jouffroi (1) citado por Renan y Siciliani, dice: «La mejor refutación del espiritualismo es el materialismo, y la mejor refutación del materialismo es el espiritualismo,» y Carpenter (citado también por Siciliani) afirma que: «la eterna disputa entre espiritualistas y materialistas parece el duelo de dos caballeros que vinieran á las manos por el color de un escudo que ninguno de ellos hubiera visto.» Es señal clarísima de que la ciencia se des-

(1) V. JOUFFROI, *Mélanges philosophiques*, pág. 136.

vía del mote del sistema y quiere atenerse al realismo de los hechos y á la concreción de las intuiciones, rechazando el nominalismo verbal á que nos lleva la *ignava ratio* con las estériles polémicas de toda clase de escolasticismo.

Pero, ¿cuáles son los caracteres de la nueva Psicología? Sustituye como dice Ribot (1) la nueva ciencia á las entidades contradictorias de alma y cuerpo «la de » dos grupos de fenómenos: 1.º los concebidos como externos, inconscientes y sometidos á la doble condición » del espacio y del tiempo, y 2.º los que se ofrecen » como conscientes, internos y sucesivos, descubriendo » entre ellos relaciones de coexistencia y sucesión.» Aunque Ribot pretende caracterizar la nueva Psicología (que en último término no añade á la tradicional, según ya hemos indicado, más que la idea dinámica y el aspecto biológico de la energía psíquica), diciendo que es, ante todo, *empírica* y que se ocupa principalmente del estudio de los fenómenos; claramente se percibe que no atiende para nada á lo *cualitativo y específico* de dichos fenómenos, y que ateniéndose al *cognitio circa rem* (2) se preocupa casi exclusivamente de la *forma*, en que se producen estos fenómenos, según se observa en el *asociacionismo* de la Psicología inglesa, en el *logismo* de Wundt y en la *evolución* de Spencer.

No se presenta, aunque algunos así precipitadamente lo supongan, la nueva Psicología como negación de la filosofía (cuando se observa que cede la crudeza del positivismo y camina el pensamiento empírico tras las cons-

(1) V. final del núm. III.

(2) V. núm. VII.

trucciones filosóficas), sino que aparece como un progreso y desarrollo del pensamiento filosófico, en cuanto ofrece el problema del alma enriquecido y ampliado con los datos que la observación y la cultura ofrecen. Nadie presintió la transformación del problema psicológico antes que Herbart (1), que es un metafísico. Beneke aspira á interpretar los datos sensibles, mediante los de la conciencia, y á fundar la metafísica en la Psicología; para Lotze la teoría de los *signos locales*, base del juicio de exterioridad y del desarrollo de la noción de espacio, es una deducción metafísica. Helmholtz es un kantiano, Fechner es un pensador especulativo de altos vuelos, y Wundt, aunque con reservas, toma su genealogía de Leibniz y Kant, abundando en sus preciados trabajos declaraciones tomadas de la Monadología leibniziana (2).

¿Qué ha acontecido como consecuencia de esta renovación del problema psicológico bajo más amplias fases? Explorando nuevas regiones la observación psicológica (entre ellas la de lo inconsciente), hallándose con nuevos datos en un estado descriptivo y mezclando á la ventura, casual y audazmente, descripciones ó hipótesis, ensayó la nueva Psicología de un modo precipitado construcciones y síntesis que han sido después desechadas.

A pesar de tales audacias, la literatura psicológica, lo mismo la ideal ó filosófica que arranca de Herbart, que la empírica ó fisiológica, cuyo desarrollo se debe al positivismo empírico, se acercan por grados merced á la ley de recíproca influencia entre el orden ideal ó lógico y el

(1) V. núm. III.

(2) V. *Philosophische studien*. Herausgeben von W. WUNDT. (Estudios filosóficos bajo la dirección de Wundt en el Laboratorio de observaciones psico-físicas de Leipzig.)

orden real ó práctico. Tan pronto como la observación empírica ha cosechado datos suficientes para rebasar los moldes estadizos, dentro de los cuales la Psicología tradicional pretendiera cristalizar el pensamiento, la actividad ideal ha roto estos mismos moldes, y si un desenfreno sin límite del procedimiento *a priori* parecía alejar indefinidamente la ciencia psicológica de la realidad anímica, una lógica inmanente en el pensamiento y en la vida, que corrige las posibles desviaciones de la segunda y los errores del primero, ha guiado á la inteligencia humana llevándola por derroteros cuya meta había de ser la coincidencia con los datos positivos de la observación empírica. Baste para comprobarlo recordar de nuevo el empalme que se puede establecer entre muchos de los resultados obtenidos por la experiencia en la Psicología inglesa con algunas de las conclusiones alcanzadas por el cálculo racional y la especulación metafísica en la Psicología herbartiana. Ambas llegan, por caminos opuestos y por métodos distintos, á consagrar en el orden lógico y en el práctico un *dinamismo fenoménico*, que corrige la idea del alma como sustancia pasiva á la vez que deja semilla germinal de un substratum persistente en la producción de estos mismos fenómenos.

Semeja, en efecto, la marcha de la inteligencia humana en este irracional dualismo que se da por definitivo y estatuído entre la especulación y la experiencia, la seguida por dos caminantes que, encerrados dentro de un inmenso círculo y colocados en el centro, se despidieran siguiendo direcciones opuestas, caminaran mucho y muy deprisa, entendiendo que cada vez se alejaban más y cuando llegaran cada uno al límite del radio, se vieran necesariamente obligados ya á volver á su centro, ya á

continuar, girando alrededor de la línea circular, teniendo que encontrarse en ambos casos.

Para que ambas direcciones coincidan, ya que una y otra recogen las huellas que la contraria va dejando, tiene necesidad hoy la literatura psicológica (tomada en un sentido amplísimo, cual ensayo venturoso de la reconstrucción completa de la ciencia del hombre, base del conocimiento del mundo) de establecer una escrupulosa distinción entre lo que se ha averiguado con carácter de exactitud y todo aquello que queda como campo por explorar ante los nuevos horizontes ó presentidos ó vistos de lejos por medio de conjeturas, hipótesis y síntesis precipitadas. Esta *selección intelectual*, que no justifica nunca lo híbrido de ciertos eclecticismos, implica aquella primera y fundamental condición, que asignamos (1) al espíritu filosófico y en general á todo empeño científico, cuando declarábamos que el pensamiento moderno, sin ser excéptico ni dogmático, debe aspirar á ser crítico y á quedar abierto á todas las legítimas influencias de la cultura. Y en tal sentido, no puede, sin faltar á las leyes de la lógica y de la realidad, la nueva Psicología negar (y cómo ha de negarlo, si planta y ahonda sus raíces en la crítica kantiana) que el espíritu es elemento necesariamente metafísico y como sujeto el principio inmediato de todo conocimiento y de todo fenómeno interno. Pero á la vez necesita reconocer que este mismo espíritu puede y debe ser considerado *como objeto* susceptible de observación y aun experimentación en sus manifestaciones, de lo cual son ejemplo la Psicología infantil y las inducciones de la Fisiología cerebral. Bajo este último aspecto, distinto aun-

(1) V. núm. I.

que inseparable del anterior, la Psicología entra en la categoría de las ciencias positivas á la par que *objetiva su criterio* (1). Se halla entonces el psicólogo con la piedra de toque de la experiencia cual válvula de seguridad, que presta á la especulación ideal el inestimable servicio de ofrecerla lastre y punto de apoyo para gravitar constantemente hacia la realidad viva, de la cual pudiera divorciarle, con inducciones precipitadas, una abstracción lógica de aparatoso rigor ó un hábito vicioso de su inteligencia.

Al constituirse la Psicología como ciencia *empírico-ideal* sustituye las entidades escolásticas con la observación de la realidad viva, dentro de la cual se agita la energía psíquica. No toma la pirámide por el vértice, antes bien reconoce que son igualmente necesarias la tendencia *unitaria* ó *monista*, que impone la racionalidad del pensamiento, y la realidad *compleja* y *dualista*, que revela la observación propia y ajena; no entiende que el pensamiento psicológico ha cristalizado en forma definitiva entre los güelfos y gibelinos, que riñen cruentas batallas contra los cíclopes quijotescos, que oculta el mote del sistema de espiritualismo ó materialismo, sino que concibe y pone el problema psicológico, procediendo de los hechos generalmente observados en todas condiciones y circunstancias; comienza por idealizar lo real, aplazando realizar lo ideal, y finalmente inicia el estudio del hombre, declarando su complejidad. *Homo duplex*.

Esta complejidad, cúpula y remate del orden real, es el punto de partida del procedimiento lógico. Asentarla sobre bases ciertas es más fructífero que dar un salto

(1) V. final del número anterior.

mortal, acometiendo el empeño homérico de atribuirle un alcance ontológico ó metafísico, sin penetrar con el análisis en la multiplicidad de sus elementos, como lo han verificado de un lado el dualismo metafísico y de otro el idealismo al revés de la Metafísica empírica ó monista, probando una vez más que en la lógica del error los extremos se tocan.

Ateniéndonos, pues, á la distinción de la complejidad humana, consignemos, ante todo, que en pro de esta distinción, persistente é imborrable, deponen la experiencia propia de las contrariedades y luchas que cada cual siente dentro de sí (las dos almas de Fausto, la materia y el alma, entre las cuales no cabe la paz, según nuestro Espronceda, el ángel y la bestia de Pascal, el abismo de bestialidad y racionalidad de Montaigne, el ángel bueno y el ángel malo de la sabiduría popular, el *video meliora proboque deteriora sequor* del poeta latino, etc.) y los conocidísimos fenómenos de la doble sensación (dolor que tortura las entrañas del mártir y á la vez le proporciona goce al dar su vida en holocausto de la fe) y el doble movimiento (pereza del cuerpo y acicate del deber). Esta distinción se halla implícita también en el mismo estudio de la Física (1) y aun como *lección real ó de cosa* se cita el siguiente ó parecido ejemplo en los Liceos extranjeros, fijando la distinción entre lo psíquico y lo corporal.

Las sensaciones del calor y del frío, como todas las demás, tienen un carácter relativo, son variables según la constitución del individuo (ya lo hacía notar Platon en medio de su idealismo recordando que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo) y para el mismo indi-

(1) V. NAVILLE, *La Phisique moderne*.

viduo según el estado de su organismo. No se hubiera podido estudiar científicamente el calor á no hallar un medio que manifestase sus diversos grados con independencia de las impresiones personales, en los movimientos que producen la dilatación de la mayor parte de los cuerpos y que son el principio común de los termómetros. Aislar el estudio del calor de las impresiones personales es poner aparte el sujeto de las sensaciones, distinguiéndole de los elementos objetivos de éstas; es, pues, reconocer *la existencia distinta del sér sensible*. Decir que en los fenómenos naturales sólo existe forma y movimiento equivale á proclamar la inmaterialidad del sujeto que piensa y siente.

Esta distinción, aunque con el pensamiento preconcebido de asimilarla á la síntesis prematura del Monismo, es reconocida por Wundt, cuando habla de un *factor personal*, en el cual se engranan el Mecanismo de lo externo y el Logismo de lo interno, por Fechner, cuando dice que «lo que desde el punto de vista interior nos parece »el espíritu, desde el exterior se revela como el substratum corporal de este mismo espíritu, es decir, algo semejante al lado cóncavo y convexo del círculo;» y finalmente por el mismo Ribot, cuando señala como objeto de la Psicología «los fenómenos nerviosos acompañados »de conciencia ó *el proceso nervioso de doble faz.*»

En su aspecto fundamental ú ontológico encontramos el problema reproducido tal como le concibiera la Psicología tradicional, moviéndose entre dos escollos igualmente peligrosos. Acentuada la distinción surge el *dualismo* y la oposición insoluble entre espiritualistas y materialistas, mientras que si se desconoce ú olvida, toma relieve el monismo, que identifica y suma cualidades dis-

tintas en una cantidad hipotéticamente considerada como homogénea. En ambas hipótesis avasalla la discreción del pensamiento científico la tendencia habitual de nuestro entendimiento á *personificar lo abstracto*, abandonando el nudo y corazón del problema, que en el caso presente consiste en *fixar específicamente el objeto de la Psicología*.

¿Qué enseña la Psicología fisiológica? Se esfuerza por atenerse á los datos empíricos y á las percepciones de la conciencia, reconoce que el problema formulado en semejantes términos es, más que psicológico, propiamente cosmológico, y en un sentido superior metafísico. Aplaza la solución del problema (que también la inteligencia necesita saber esperar, y cuando no sabe ó no quiere y se precipita, la circunspección científica impone dicha exigencia) y estudia la vida humana y en ella reconoce, como verdad general que de consuno comprueban las intuiciones de la conciencia y las enseñanzas de la observación exterior, *que todo es psico-físico*, pues si el hecho vulgar de que una bota nos oprima el pie dificulta la concentración del pensamiento, el acto en apariencia pura y exclusivamente espiritual del arrobamiento ó delirio del místico tiene su eco obligado en la exacerbación del sistema nervioso.

Circundado el espíritu de la atmósfera de los fenómenos exteriores, de ella se alimenta como el cuerpo absorbe el aire que le rodea. Estas formas fenomenales producen en nosotros disposiciones (de ello es ejemplo la viva, movable y excitable impresionabilidad de los niños) que se fijan en los centros del encéfalo para convertirse de nuevo, bajo el impulso psíquico, en el estado fenomenal y sensible, sin que proceda la fenomenología sólo del

macrocosmos (cual si el alma fuera sustancia pasiva ú hoja de papel blanco, según dice Maudsley), sino también del microcosmos, de este pequeño mundo de lo orgánico. Así, según la fórmula de Pomponat, *el alma es espiritua! por el sujeto y material por el objeto*, y aunque el elemento corporal no es su término único, no está nunca separada de él. A esta comunicación continua y nunca interrumpida entre la sensación que del exterior dimana, y el impulso psíquico, que procede de lo interno, hay que referir en general toda manifestación de la vida.

Pero la vida toda comienza, como dice Hæckel, aun en la materia amorfa, caracterizándose como *un centro atractivo y asimilador de fuerzas con movilidad excesiva* en los elementos que combina. Son estas combinaciones cuaternarias las que constituyen el *medio interior orgánico* (sangre y líquidos blastemáticos) de Claudio Bernard como asiento y base del centro asimilador y raíz morfológica de la diferenciación. La propiedad más genérica de este complexus, que se aísla ó esboza su aislamiento, es la *irritabilidad ó sensibilidad*, en la cual comienza la manifestación más rudimentaria de la Psíquis.

Lejos de identificar la Psíquis con la inteligencia, es preciso reconocer su intervención insustituible en los organismos vivos como *principio de individuación*. De forma, que en *cognitio circa rem* podríamos definir la Psíquis, principio de individuación, cuya base es lo inconsciente y cuyo desarrollo lleva á la conciencia.

Aun tomada como provisional (que no necesitamos de momento darla más valor) esta definición, ella nos ofrece indicio suficiente para inferir con criterio certero en qué consiste el vicio de origen de la hipótesis de las loca-

lizaciones (1), á la cual objeta un organicista como Lewes « que la unidad está en todo el organismo, y por » tanto que no es el cerebro, sino todo el hombre el que » piensa y siente. »

*Localiza
ciones*

La hipótesis mecanicista, implícita en la de las localizaciones, queda previamente refutada por los resultados que ofrece la meditación más somera sobre el principio de individuación, en que se manifiesta la psíquis.

En el *complexus* rítmico de funciones, órganos, aparatos y procesos que constituyen la vida y que revela la experiencia en un divergente atomismo reside como centro y núcleo el principio de la *unidad cuantitativa y cualitativa* (característica del orden y jerarquía que manifiesta la escala de los seres vivos) propia del individuo y base de la aparición del ser vivo.— Hasta en lo fisiológico hay necesidad de concebir el núcleo de la célula como el centro asimilador de los elementos, que la individualidad viva toma del medio natural, elementos diferenciados en sus manifestaciones externas por el ejercicio de los órganos y en sus impulsos iniciales (aun cuando la espontaneidad se considere como fuerza tomada del exterior y almacenada en el organismo) por el núcleo específico y enteramente propio, que cual sello y carácter imprime el nuevo ser á lo que genéricamente denominamos su constitución ó naturaleza.

Esta concreción efectiva de la multiplicidad subordinada á la unidad ó de lo mecánico á lo dinámico acusa ya que en el comienzo más rudimentario del principio de individuación, ó sea el germen de la psíquis, se encuentra *in potentia*, esperando á que la obra del tiempo ofrezca

(1) V. núm. IV.

las condiciones necesarias para su manifestación, todas aquellas cualidades, que integran el desarrollo y evolución del ser vivo, y entre ellas, la superior: la de la racionalidad.

Indicación es esta que dejamos aquí apuntada solo como precedente, para apreciar más tarde la ley de la evolución (1), que debe aplicarse al estudio del alma, en cuanto es considerada como una energía viva, pero que implica un error de suma trascendencia, cuando queda convertida en hipótesis transformista, atribuyéndola un poder productor ó creador por la virtud misteriosa que gratuitamente se concede á la acción del tiempo. Se repite de nuevo en este caso el error filtrado en las entrañas del naturalismo empírico, que confunde en el orden lógico el *cognitio rei* con el *cognitio circa rem* y en el orden metafísico la condición con la causa.—Más todavía, para que la inconsecuencia inherente á dicho error tenga más resalte, el naturalismo empírico, que toma su génesis del positivismo, niega el *cognitio rei* y la percepción de las causas, y concluye después dando por adquiridos aquel conocimiento y esta percepción con las inducciones empíricas, que hace surgir de las condiciones de producción de los fenómenos. Merced á tan peregrino procedimiento el positivismo empírico se convierte en un idealismo al revés.

(1) V. más adelante . núm. XVI.

XI

El principio de la individuación ó la Psíquis. Lo inconsciente y los reflejos.

Combinadas ordenadamente la unidad y la multiplicidad constituyen la *base orgánica* para que surja y se concrete el *principio de individuación*, anuncio de la existencia de la Psíquis, cuya manifestación externa se señala en *movimiento perceptible*. La vida intra-uterina del feto, que comienza con los movimientos, el aislamiento gradualmente acentuado de la célula dentro de las sustancias albuminosas y el delineamiento concentrado del núcleo celular ó protoplasmático son otros tantos fenómenos que comprueban este movimiento perceptible de lo que es á la vez uno y múltiple ó individual. El movimiento de lo múltiple y vario, sin ser á la vez uno, que desaparece y no subsiste, es vértigo, que se traduce para nosotros en el mareo, de igual modo que el movimiento de lo uno, sin ser múltiple, es uniforme y no puede ser percibido, pues tiene apariencias de inerte, según lo prueba el movimiento de la tierra, que percibimos como fijeza aparente (1).

Pero ¿qué implica este principio de individuación, cuando parece que basta referir la Psíquis, con Hœckel á la célula, quedando en la Psicología celular?

(1) La percepción del movimiento implica siempre un punto fijo, al cual se refería aquél, pues la movilidad completa produce el mareo ó la pérdida completa de la percepción de las distancias y la interpretación del movimiento como reposo.

La aparición de la célula no puede explicarse por el simple movimiento ó desarrollo de lo inorgánico. Todos los resultados de la cultura convergen á mostrar con imperio creciente (1), por imposición ideal y por necesidad ingénita en lo empírico y en sus legítimas interpretaciones, la existencia real de la vida y de lo orgánico con caracteres propios, que no proceden de la mera adición de elementos inorgánicos ó de su misteriosa transformación.

Las consecuencias finales de todas las experiencias fisiológicas concuerdan con la distinción, que ya dejamos establecida, entre las condiciones de manifestación de los fenómenos y su causa productora. El *complexus* orgánico no es toda la vida, ni la concepción mecánica puede por consiguiente explicar la síntesis primordial, que rige y preside el desarrollo del ser vivo desde sus primeras manifestaciones en el germen hasta el término de su ciclo evolutivo. Los elementos inorgánicos y las combinaciones de que son susceptibles representan condiciones, circunstancias y materiales, que son laborables y aprovechables para el gradual desarrollo del ser vivo; pero la intervención insustituible del medio natural y con él del principio de individuación representa la *causa determinante* de la aparición y desarrollo de la individualidad viva (2).

Si la abstracción prescinde de lo *específico* y *cualitativo*, que constituye los caracteres propios de la individualidad

(1) V. nuestro trabajo, *El Naturalismo contemporáneo*, en el tomo *Ensayos de crítica y de Filosofía*.

(2) De no preexistir *in potentia* dentro del protoplasma la fuerza ó disposición necesaria para el desenvolvimiento morfológico, funcional y sobre todo psíquico, sería absolutamente imposible concebir este poder evolutivo (fuerza ó idea directora) que no es reducible á las propiedades físicas ó químicas, ni á las partes constitutivas del protoplasma.

y presta su sello á la asimilación enteramente propia de los elementos circundantes, no se consigue, como pretende el empirismo, identificar lo orgánico con lo inorgánico y aun explicar la aparición de lo primero por virtud de lo segundo, sino que se circunscribe la observación al examen de las condiciones de existencia de los fenómenos, que no equivale al conocimiento de la realidad de la vida, antecedente racional, lógico y explicativo de aquéllas. Tanto es así que contribuyen los últimos datos de la experiencia á considerar con Fechner y Gerland la realidad toda organizada y viva y lo inorgánico como residuo de lo orgánico, asimilable en ulterior evolución (1). En tal sentido, « fuerza será reconocer, dice el Sr. Linares (2), que son los minerales y demás cuerpos inorgánicos productos ó residuos de la tierra y demás astros y de los restantes organismos, de ningún modo seres verdaderos, unidades naturales; que las fuerzas generales de la naturaleza son puras manifestaciones de la vida » (3). Y Mr. Delbæuf (4) « en lugar de hacer que proceda la materia viva de la materia bruta, adelanta la

(1) « La naturaleza inorgánica depende de los procesos biológicos de las plantas y de los animales, como se observa en las capas de la corteza terrestre que han formado montañas enteras y que á su vez reobran en el mundo orgánico, modificándolo. El resto de la materia inorgánica actual, cuyo origen es para nosotros un problema, puede haber sido producido por los procesos vitales de los seres vivos que han perecido y que nos son desconocidos ». V. PREYER, *Physiologie générale*, traduit par J. Soury.

(2) V. LINARES, *La vida de los astros*. Conferencia en la Institución libre de Enseñanza.

(3) V. los estudios de TYNDALL sobre las *Fermentaciones* y las *Enfermedades* y los experimentos de HUXLEY, para señalar la zona fronteriza entre el reino animal y el vegetal.

(4) V. DELBÆUF, *La Matière brute et la matière vivante*.

»tesis de que la materia bruta deriva de la primera».

Las *síntesis químicas* de Mr. Berthelot, que han formado la mayor parte de los principios inmediatos de la materia, son productos químicos sin ninguno de los caracteres de la vida. Aparecen como residuos de alteración, oxidación y restitución á la materia orgánica, no son la materia orgánica misma, ni son un órgano, ni un rudimento de él, ni poseen ninguna forma viva. ¿Qué existe en la célula, que no puede concretarse para que el verbo se haga carne mediante las síntesis químicas de Mr. Berthelot ó de cualquier otro sabio? En la célula la síntesis química está determinada por un agente, que *es todo el medio natural*, en el cual inside el principio de individuación. Así afirma el mismo Mr. Berthelot que ningún químico pretenderá formar en su laboratorio una hoja, un fruto ó un músculo. Para ello se necesita la combinación arquitectónica, la disposición morfológica, la *idea directora* de C. Bernard, que es idéntica con la *causa final* de Aristóteles. Pero dirigir y combinar, según dice Janet, es preveer, es razonar, es pensar y ordenar y por tanto el principio de individuación, en toda su trascendencia, tiene parentesco inmediato (aunque no se debe precipitar el juicio, personificando lo abstracto) con el aforismo: *Mens agit at molem* (1).

Este elemento irreducible á la experiencia fisiológica debe ser tomado por el empirismo al menos como aviso y enseñanza para no incurrir en las falsas inversiones del razonamiento. Aunque es innegable la relación y mutua

(1) «Comprender, dice Guyau, es enlazar las causas con los efectos, es *universalizar*», es decir, descubrir ó hallar lo universal (el medio) que sirve de principio determinante á la aparición y desarrollo de lo individual.

influencia entre el orden lógico y el orden práctico, nunca se debe olvidar, como con frecuencia lo olvida el naturalismo empírico, la oposición que existe entre ambos, de tal suerte que lo que aparece lo primero (antecedente cronológico) en la experiencia con la concreción completa del fenómeno es resultado de lo que ella estima como segundo y último (antecedente lógico). Así es que todas las inducciones del empirismo tienen el mismo vicio de origen y todos sus empeños explicativos dan un alcance ilegítimo á la observación, consecuencia de esta inversión de términos á que venimos refiriéndonos. Si hemos visto anteriormente (1) que el organicismo explica la función mediante el desarrollo del órgano (cuando se observa que este es el que se adapta á la manifestación de las funciones), hallamos ahora que la fisiología empírica quiere concebir mecánicamente la vida, explicando su realidad orgánica por el agregado ó *complexus* de sus materiales, es decir, lo orgánico por lo inorgánico, y nos encontramos más tarde con que la Metafísica empírica discurre bajo el supuesto igualmente falso de que lo inconsciente explica la conciencia.—Pero si nos atenemos á la experiencia y desechamos sus violentas interpretaciones, habremos de reconocer que obliga la experiencia misma (no la especulación metafísica) á distinguir en la vida el *complexus* ó resultante de las leyes físico-químicas (piedra angular de las hipótesis organicistas) del *principio ordenador* ó combinador (de individuación) de la Psíquis como elemento irreducible. Con esta distinción podremos ahora corregir más expresamente el error, inherente al organicismo y al procedimiento induc-

(1) V. núm. VI.

tivo, sobre todo en aquellas relaciones que más de cerca tocan á la Psicología fisiológica, y que se refieren á la pretensión que abriga de explicar el naturalismo empírico, aun con vestiduras filosóficas en Wundt y Hartmann, lo consciente por lo inconsciente.

Explicar *la conciencia por lo inconsciente* es violar la ley científica de la experiencia, que prescribe vayamos siempre de lo más conocido á lo menos conocido, y cuando Wundt declara la característica del alma, definiéndola una cosa que razona, una energía que busca la unidad en la complejidad por medio de esta gigantesca incógnita de lo inconsciente, vuelca la pirámide y se empeña, como dice Mr. Pressensé (1), en que tome por punto de apoyo el vértice.

Es necesario distinguir entre el alma como energía (si no se quiere reconocer que es sustancia) y la conciencia, que es su cualidad, y que en términos generales, como dice Alexis Bertrand, ilumina sólo las grandes alturas, lo mismo que el sol saliente, dejando en la sombra el fondo de los valles, lo que pudiéramos llamar con Bacon *causas sordas*. Pero si al fijar el criterio (2) hemos dicho ya que la conciencia es principio *cognoscendi* y no principio *essendi*; con mayor razón puede negarse que sea principio *essendi* (fundamento ó causa) lo inconsciente, que es el resultado complejo del principio de individuación.

Además, ¿conseguiríamos algo con referir el principio de todo juicio á lo incognoscible? Lo inconsciente es lo irreflexivo para el sujeto, *el limite de la conciencia sub-*

(1) V. PRESSENSÉ, *Les Origenes*.

(2) V. núm. VIII.

jetiva, que, según dice Mr. Bourdeau (1) «no equivale á »la negación de lo consciente (2), sino que representa un »nivel más bajo de la conciencia, como el frío respecto al calor.» Implica, pues, lo inconsciente un *concepto negativo*, que existe *in actu* en relación al sujeto, pero que carece de realidad *in potentiâ*, pues, según afirmaba la Escolástica, «la nada es negación del sér actual, pero no »del sér virtual.» Lo inconsciente es del sujeto, pues la realidad se ofrece como un todo cognoscible (escible), aunque para el estado del individuo no resulte conocido. Así se explica que posea la conciencia individual (la del sujeto) una base inconsciente, que está constituída por las condiciones objetivas ó base real, de que no es íntimo el sujeto, que solo adquiere, en el tiempo, conciencia de la función y de sus resultados. Esta base real se halla en las *condiciones naturales* (idiosincrasia moral) de una persona (equivalentes á lo que Schopenhauer llama carácter racional y primitivo), en cuanto se refieren á elementos que el sujeto se apropia de su constitución ó del medio en que vive.

La cualidad *consciente* del espíritu es adquirida por el sujeto merced á su educación como nota distintiva respecto al cuerpo; pero no puede atribuirse tal cualidad á la energía anímica, pretendiendo hacerla extensiva á toda su realidad específica, cuando precisamente se observa (y pruebas á granel ofrecen de ello los ensayos de Psicología de los niños) que la vida del espíritu arranca y procede de lo inconsciente, y dentro de dicho elemento se mueve en todo el largo período de la infancia, con sus

(1) V. BOURDEAU, *Theorie des Sciences*.

(2) Todo límite es á la vez negativo y positivo.

manifestaciones espontáneas é irreflexivas. De igual modo, las máspreciadas obras del espíritu, la creación artística del génio, el supremo deliquio del místico y la sublime majestad del héroe revisten el carácter de inconscientes (1). Así es que lo inconsciente rodea y circunda la existencia toda de la energía anímica, revelándose por lo tanto como el *antecedente cronológico* de la elaboración reflexiva de parte del alma, mientras que la conciencia es el *antecedente lógico* (explicativo) de lo inconsciente. Sólo de este modo puede obtener satisfactoria explicación la marcha que sigue el desarrollo de la vida anímica que, comenzando por un período espontáneo é irreflexivo, termina en la reflexión y en la conciencia, de lo cual ofrecen cumplida prueba las manifestaciones rudimentarias é inconscientes de la Psíquis en los actos reflejos, que vamos á examinar en seguida, hallando la explicación del carácter teleológico que les es inherente á la luz de la conciencia.

Las ideas explicativas, que la reflexión consciente halla como antecedente lógico de los fenómenos psíquicos, surgen del fondo de nuestra inteligencia (donde se hallan

(1) Las obras geniales, las acciones heróicas, los sublimes arrebatos de la pasión en pro de lo justo y el arrobamiento del místico son determinaciones de la energía anímica, cuyo impulso primordial procede de lo inconsciente, siquiera luego el alma humana pueda, en virtud de su reflexión, convertir en conscientes los resultados de estas determinaciones. Y si esto es posible, lo es á condición de que lo inconsciente, como lo espontáneo ó irreflexivo, represente sólo *estado del sujeto* y no un principio real ó metafísico, génesis explicativo de todas las cosas, según dice Hartmann. La importancia del período espontáneo de la inspiración artística y del predominio del sentimiento en el héroe y en el místico, son otras tantas señales de lo que dejamos dicho.

implícitas) solicitadas por el antecedente cronológico de la experiencia, ó sea de la observación de lo fisiológico é inconsciente, y se convierten en conocimiento *explícito*. En cuanto conocimiento implícito en el fondo de nuestra inteligencia y de lo pensado son las ideas *a priori* y concebidas intuitivamente por la razón (que es algo más que la experiencia acumulada de la especie, según pretende el positivismo) y consideradas como conocimiento explícito se confirman en la experiencia mediante el ejercicio discursivo y racional de nuestro pensamiento. Merced á esta relación entre el conocimiento empírico y el ideal (lo consciente y lo inconsciente) se comprende cómo pueden concertar entre sí, dada la verdad parcial que contienen, el empirismo de un lado y el idealismo de otro, armonizando la especulación con la experiencia. Cuando Locke afirmaba que nada existe en la inteligencia *quod prius non fuerit in sensu*, declaraba una verdad de hecho, á saber: que la experiencia es el antecedente cronológico del ejercicio de la razón y en el caso concreto que nos ocupa, que lo inconsciente es la base que precede en el tiempo al ejercicio de la reflexión, y cuando Leibniz rectificaba las exageraciones de Locke, añadiendo que nada existe en efecto dentro del pensamiento *nisi intellectus ipse*, declaraba también una verdad de hecho, á saber, que la razón contiene nociones ó ideas, que no puede darnos aunque no las sugiera la experiencia. Así queda el criterio lógico y por consecuencia el psicológico tan lejos de un idealismo estático y concebido de una vez como del sensualismo que reduce la inteligencia á una *tabulla rasa*, en la cual se pintan las impresiones materiales, sensualismo desechado unánimemente por los mismos positivistas que no niegan la existencia de un elemento *a priori*

en la inteligencia humana (1) siquiera lo expliquen de una manera nada satisfactoria, cuando resuelven la dificultad, referente al origen de las ideas, en la indefinición del tiempo ó en la experiencia acumulada de la raza y de la especie (2).

Fácil es precisar la aplicación que como consecuencia podemos deducir para el criterio psicológico en el punto concreto á que venimos refiriéndonos. Esta aplicación obliga á reconocer la innegable importancia de lo inconsciente como antecedente cronológico de la vida reflexiva del alma; pero pone correctivo suficiente á la teoría metafísica de Hartmann, en cuanto demuestra que es la conciencia el antecedente lógico y explicativo de lo irreflexivo y espontáneo (único sentido aceptable de la doctrina de lo inconsciente) de la vida espiritual.

Tal vez, y como anuncio de aquel anhelado concierto de la especulación con la experiencia á que ya hemos hecho referencia, se conseguirá, con la distinción entre el antecedente lógico y el cronológico, traer á un acuerdo la doctrina expuesta con la defendida por Wundt, al afirmar que el pensamiento comienza por el raciocinio ó conclusión, cuando caracteriza ó define el espíritu una cosa que razona. Ofrece, en efecto, la concreción de la realidad una serie de elementos, cuyo enlace racional en forma de dis-

(1) No existe en tal sentido cuestión lógica ni ontológica en la exclusiva que se quiere establecer entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, pues como dice Maudsley (*Physiologie de l'Esprit*): «Los defensores de lo *a priori* tienen razón cuando afirman que el individuo no recibe todo su saber por medio de los órganos de los sentidos, sino que la constitución del espíritu da á los materiales, suministrados por los sentidos, formas ó maneras de ser percibidos, que son un elemento importante del resultado final.»

(2) V. LEWES, *Realismo razonado*.

curso se requiere, y en este sentido parece ser cierto lo que dice Wundt, si se estima el raciocinio (y los elementos complejos de la realidad que nutren las ideas de nuestra inteligencia) como antecedente cronológico del juicio y de nuestras ideas explicativas, implícitas cual verdaderas *semillas* en nuestra conciencia. Pero á su vez no se establecen estas conexiones del raciocinio, sin que se entiendan y aprehendan (para ser aplicadas) las ideas explicativas de las mencionadas conexiones, cuyo enlace caracteriza al raciocinio, y en esta acepción preceden como antecedente lógico al razonamiento discursivo.

Van encaminadas, en el caso presente, estas consideraciones á acentuar la índole negativa de lo inconsciente, que solo se concibe como negación *in actu* (1) de la conciencia, y estado por el cual pasa el pensamiento humano en su desarrollo, pero sin que en él pueda hallar la explicación de la cualidad reflexiva y consciente de la energía anímica, puesto que se observa precisamente lo contrario, á saber, que la conciencia explica la vida inconsciente. Así se confirma también la verdad inconcusa de que la evolución de la vida anímica procede de lo inconsciente para llegar á la conciencia, principio ya presentido por el idealismo, cuando reconocía la relación inversa entre el orden real y el lógico, necesaria para que coincidan y principio también anunciado por la Escolástica al afirmar la precedencia en el orden inteligible de los elementos re-

(1) «El término inconsciente puede ser traducido mediante esta »perifrasis: estado fisiológico que yendo á veces y con frecuencia »acompañado de conciencia, ó habiendo sido en su origen consciente, no lo es actualmente.» RIBOT, *Bases affectives de la personnalité. Revue philosophique*. Agosto, 1884.

guladores de la práctica: *quod prius est in intentione, ultimum est in executione.*

Concebido con sentido absoluto lo inconsciente cual principio objetivado y explicativo (cuando es solo estado del pensamiento del sujeto), como pretenden Hartmann y aun Spencer, se cae en un *idealismo invertido* y se transforma en base de la realidad la apariencia, según la cual se manifiesta, como si fuera posible imaginar que la luz, ó sea la conciencia, tenga por foco de irradiación las tinieblas ó lo inconsciente.

Aparte de que esta inducción, que es el germen de todos los errores que contiene la Filosofía de Hartmann, identifica la apariencia con la realidad, al desconocer ú olvidar la relación inversa entre el orden real y el lógico, revela á la vez el achaque común á todo procedimiento exclusivamente empírico, que es víctima de una ilusión subjetiva. Cuando más engreído se halla el empirismo con las correcciones que impone al método ideal, porque cree que se atiene á la realidad de los hechos, acontece que no penetra en ellos, que se atiene solo á las apariencias y con la obsesión creciente de ellas jamás alcanza la *objetivación de su criterio*. Según ya hemos dicho, lo inconsciente es para el sujeto el antecedente cronológico del ejercicio reflexivo y consciente del pensamiento; pero no tiene *cualidad ninguna positiva* (si se exceptúa la apariencia con que se manifiesta al sujeto como irreflexivo) ni puede atribuírsele; puesto que tan pronto como aplicamos nuestra reflexión, se convierte en consciente — ¿A que queda pues reducido este decantado principio de lo inconsciente? A un *estado subjetivo*, que ni siquiera es fijo y definitivo, pues lo inconsciente deja de serlo para convertirse en reflexivo, luego que la me-

ditación hace que penetre en él la luz de la conciencia y explique su aparente inaccesibilidad. De suerte que Hartmann, Hæckel y Wundt, que tantos alardes prodigan de positivismo y exactitud en sus razonamientos, caen en el *subjetivismo* del criterio, que ha sido siempre la base de toda abstracción idealista.

Si acaso se pretendiera afirmar que lo inconsciente es algo más que lo *irreflexivo para el sujeto*, pero consciente para él luego que aplica la reflexión, habríamos de preguntar sin obtener contestación satisfactoria, ¿cómo lo inconsciente tiene cualidad positiva y cómo la reconocemos, cuando ello es incognoscible y en tal sentido ha de carecer hasta de signo para su expresión? Será siempre una nonada, una Atlántida imaginaria, un círculo vicioso ó sofisma, al cual puede aplicarse el dicho de Gorgias: «lo inconsciente (como principio real) no existe; si » existiera, no podríamos conocerlo, y si lo conociéramos » no podríamos hablar de ello.» Es evidente que en el fenómeno tenido por inconsciente debe encontrarse el germen de la conciencia futura ó el vestigio de la conciencia pasada; porque no se concibe que exista tránsito del cero de la conciencia á la conciencia, ni que lo haya de la conciencia á cero.

Análogas conclusiones á las que dejamos ya expuestas pueden y deben recogerse del examen atento de todas aquellas complejas relaciones, dentro de las cuales se manifiesta la vida de unión del alma con el cuerpo, pues en todas ellas palpita como base y sedimento interno que ha de servir de principio explicativo, la energía de la psíquica, cuya esplendorosa aparición en la vida consciente ilumina estas sinuosidades oscuras de lo fisiológico é inconsciente. De momento hemos de hallar nueva compro-

bación de lo que dejamos indicado en el estudio de los actos reflejos que, siendo la base de las manifestaciones de nuestra vida psíquica, solo pueden ser explicados mediante la luz de la conciencia al descubrir en ellos su carácter fundamental, el de *adaptarse á un fin*.

La manifestación más rudimentaria del principio de individuación es el *acto reflejo*, excitación solicitada por agente exterior, seguida de contracción (1). La médula, cordón conductor, que trasmite al encéfalo las sensaciones y refiere á él las excitaciones motoras, es el centro nervioso, que sirve de asiento á los actos reflejos. Contra el pretendido mecanismo de los actos reflejos (en cuyo caso la Psíquis no quedaría oscurecida, sino anulada) podemos aducir las autoridades de Hartmann, que los llama «posiciones defensivas y actos de finalidad interna», Prockaska, que los denomina «fenómenos de reflexión de las impresiones sensitivas en impresiones motoras», Ribot que los considera como «actos coordinados», Spencer cual «adaptaciones instintivas», y Lyus, que ve en ellos «consensus preestablecido, regularidad y coordinación.» Además Flourens y Vulpian dicen que no son los reflejos «actos coordinados como los de una máquina, sino adaptados á un fin» y Ribot halla en ellos «todo lo constitutivo del acto psicológico, menos la conciencia». Si nosotros atendiéramos á la ley evolutiva, que preside las manifestaciones de la vida anímica, podríamos decir que los actos reflejos son el antecedente cronológico de la vida consciente porque no son mecánicos,

(1) Se llaman estos actos *reflejos*, porque la excitación del nervio sensitivo se refleja en el nervio motor, siendo por lo mismo involuntarios.

sino inconscientes, es decir, irreflexivos y pueden convertirse por el esfuerzo del sujeto en conscientes.

Que el acto reflejo no es mecánico, se reconoce sólo con atender á la característica permanente de este último. El acto mecánico se halla siempre en *relación exacta* con la excitación, sin que pueda dar de sí, en el movimiento devuelto, ni más ni menos que lo recibido de la impresión exterior. Desde el momento en que existe alguna *desigualdad* (que es el caso del acto reflejo) entre la excitación recibida y el movimiento devuelto, salimos del mecanismo.

Tomando base para razonar de los comentados movimientos de la rana decapitada, observaremos que no se mueve de igual manera cuando está viva, en cuyo caso salta al sentirse pinchada, que cuando se la decapita, pues entonces contrae las patas. Falta en ambos casos proporción entre la excitación recibida y el movimiento devuelto, lo cual hace suponer que el arco nervioso *no es simplemente un conductor*, sino que en él se determina y produce un movimiento *espontáneo* (1). ¿Cuál es su carácter específico? Que el movimiento espontáneo acompañado de las rudimentarias manifestaciones de la complejión orgánica, adherida al medio natural, se produce siempre *obedeciendo á un fin*, implícito ó intrínseco en la combinación arquitectónica del organismo, siquiera la tendencia á su cumplimiento, por ser en este caso concreto inconsciente, se revele como *instintiva*.

En efecto, el movimiento espontáneo, en que traduce su existencia el principio de individuación de la Psíquis, marcha gradual y ascendentemente, acentuando su adap-

(1) V. CHAUFARD, *La vie*.

tación al fin, que le impone el instinto de conservación. Así es, por ejemplo, que si volviendo al hecho citado colocamos en la palma de la mano una rana decapitada, ésta se adhiere á la superficie (1); si poco á poco inclinamos nuestra mano para aproximarla á la posición vertical, que obligue á la rana á caerse, obedeciendo á la ley de la gravitación, observaremos en sus patas movimientos de verdadero tanteo ó ensayo para adherirse á nuestra mano y evitar la caída. Vemos, pues, que en los actos reflejos existe el movimiento espontáneo, y que éste revela su carácter específico en la gradual adaptación á un fin, al cual se siente inclinado el organismo por virtud del acicate del instinto de conservación.

La cualidad intrínseca de la finalidad, el *carácter teleológico* del sér vivo, acusa la existencia del principio de individuación ó de la Psíquis, pero la mencionada finalidad se halla implícita en la conexión dinámica del organismo, pues como dice Maudsley (2), «merced á las diferencias» que caracterizan los tejidos del animal superior y á la «especialización de los órganos de este animal, no puede existir en él simpatía molecular íntima entre todas las partes del cuerpo, como observamos en la sustancia homogénea de la mónada (3). La trasmisión fácil y rápida de una molécula á otra de la sustancia homogénea no puede tener lugar en el cuerpo heterogéneo, en el cual los elementos son de naturaleza diferente, resultando

(1) V. JUAN SETCHÉNOF, *Etudes Psychologiques traduits du russe par V. Derély.*

(2) V. MAUSDLEY, *Physiologie de l'esprit.*

(3) Cita el ejemplo de un hombre, dotado de la elocuencia de Demóstenes, reducido al mutismo, si se le cortan los nervios motores de la lengua, y balbuciente como un idlota.

»de aquí la necesidad de una *disposición especial*, que
»asegure la comunicación de las diferentes partes del
»cuerpo entre sí y coordene y armonice la actividad de
»los diversos órganos. En una palabra, el animal debe
»ser capaz de asociar un gran número de acciones diver-
»sas y dirigirlas hacia un fin determinado.»

Este mismo carácter teleológico es el que inspira á Grant Allen (1) la explicación del origen del *sentido de la simetría*, que estima como característica esbozada en el organismo de todo sér vivo y acentuada gradual y superiormente en el hombre. El gusto por la simetría que se observa en las obras humanas se halla también en todo el reino animal: telas de las arañas, nidos de los pájaros, celdillas de las abejas, etc. Y no basta para explicar su origen, según dice el sabio inglés, ni el instinto, ni lo inconsciente, pues debe tener alguna razón de ser. Las causas que explican esta simetría se hallan en el ritmo y concurrencia de los movimientos orgánicos del cuerpo, que presenta dos mitades simétricas en los animales superiores y en la existencia de este mismo orden simétrico en toda la naturaleza orgánica (simetría de las hojas, de los frutos, etc.)

Obedeciendo el sér vivo á esta tendencia intrínseca, que le señalan su naturaleza y la resultante de su organización como producto de la idea directora, toma más cuerpo y relieve el deseo de la simetría, cuando los actos cumplidos por el hombre son conscientes. Parece en tal caso que el hombre se esfuerza y aun complace, cual colaborador á la obra general, en establecer un cierto plan

(1) V. GRANT ALLEN, *A Quarterly Review*, Julio 1879.

inteligible en medio de la indefinición caótica y confusa de elementos que le excitan á obrar.

Con la base que nos ofrecen las experiencias de los actos reflejos y con la autoridad que nos prestan las declaraciones de Maudsley, partidario decidido del organicismo, podemos inferir para la Psíquis como cualidad específica la de su adaptación á un fin (por lo menos el instintivo de la propia conservación) su carácter teleológico, y añadir á la anterior definición (1) esta nueva nota, diciendo que es la Psíquis principio de individuación, que parte de lo inconsciente para llegar en su desarrollo á la conciencia, y que persigue el cumplimiento de un fin, al cual se adapta por una serie gradual de actos reflejos, que son en el fondo movimientos espontáneos (2).

Para perseguir el principio de individuación, ayudado por las conexiones dinámicas del organismo, el cumplimiento de su fin, adaptándose, en cada caso y momento, á las exigencias de éste, tiene que seguir el sér vivo la ley constante del *cambio sucesivo ó evolutivo*, contraria á la rutinaria uniformidad de lo inorgánico é inerte. No puede pues el sér sensible, al recibir las excitaciones, permanecer *inactivo* (nueva corrección que impone la experiencia al error de concebir el alma como sustancia

(1) V. n.º X.

(2) Como ejemplos que no dejan lugar á duda respecto al carácter de movimientos espontáneos que tienen los actos reflejos, se pueden citar los muchos casos, en que el organismo *no devuelve la excitación recibida*, sino que la conserva y almacena como base de la espontaneidad. De estos casos prácticos se observan varios en la lenta incubación de los gérmenes mórbidos ó microbios, existentes dentro del organismo, que no se manifiestan hasta que las condiciones circundantes del medio favorecen su desarrollo, lo mismo en animales que en vegetales. Esta conservación ó almacenamiento se convierte después dentro del organismo *en acto virtual*.

pasiva), sino que al contrario necesita estar siempre en movimiento, ya interior, ya exterior, ora consciente, ora inconsciente. «Diversidad y cambio es mi divisa» decía Lafontaine, pues tal es también la divisa del sistema nervioso sensitivo. A tal punto es cierta semejante ley que como ya hacen notar Hobbes y Bain, «sentir siempre» una misma cosa equivale á no sentir», *sentire semper idem et non sentire ad idem recidunt* y Spencer declara «que una conciencia uniforme equivale á la falta total de conciencia.»

El ejemplo del relojero, que trabaja en su taller sin notar el tic-tac acompasado de los relojes que tiene en marcha, percibiendo solo el *cambio* que ocurre ante la detención repentina, efecto de una trepidación ó de otra causa, de varios ó todos los relojes; el hecho general y frecuente de que el hombre concentrado en sí *mira y no ve* á no ser que acontezca algún cambio rápido dentro del horizonte sensible y el caso del molinero, que duerme á pierna suelta al lado del ruido infernal que produce la piedra del molino en movimiento, y que despierta sobresaltado, cuando cesa de andar el molino, y se produce un silencio por él percibido como ruido que le interrumpe el sueño, son otras tantas pruebas, entre otras muchas que pudieran citarse, de la energía activa, que emplea el sér sensible ó el espíritu para percibir ante excitantes nuevos, energía que queda apaciguada y hasta dormida, cuando persisten los antiguos excitantes y no se presentan otros distintos.

No obtienen cumplida y satisfactoria explicación estos fenómenos y otros muchos de índole análoga, recurriendo á la ley de la adaptación ó á las influencias del hábito, sino que hay necesidad de tener en cuenta que la carac-

terística de la psíquis ó principio de individuación consiste sobre todo en su *tendencia teleológica* ó encaminada constantemente al cumplimiento de un fin según hemos visto comprobado hasta en sus manifestaciones más rudimentarias, en los actos reflejos. Cuando aquello que nos rodea es uniforme, monótono y constante, no ofrece excitante alguno nuevo, ni presenta medios para ejercitar la actividad, la psíquis se concentra en sí misma, es energía que vuelve sobre sí, no para negar su cualidad específica, sino para confirmarla, entregándose al trabajo de la elaboración interior y combinación interna de medios para fines, que no le ofrece de momento el mundo exterior y que halla almacenados dentro de sí como residuo de percepciones anteriores. La meditación, la concentración, la *reverie*, el delirio, el éxtasis y arrobamiento, estados en los cuales el sujeto se encuentra absorto y se halla *solo en medio de la multitud*, explican cómo y por qué cuando el espíritu no encuentra medios en que emplear su energía al exterior, careciendo por tanto de percepciones externas en aquel caso y de manifestación concreta de su conciencia, la vuelve hacia sí propio, interrumpiéndose temporalmente la relación entre el microcosmos y el macrocosmos, aunque sin alterarse la índole específica de cada uno de ellos.

La índole específica del espíritu, esbozada de modo incoherente en los senos de lo inconsciente ó fisiológico, anunciada con más relieve en los actos reflejos y acentuada hasta constituirse como agente personal en la vida reflexiva, desde la discreción de los elementos que le ofrece conglobados la sensación para condensarlos en un tipo hasta el reverberar semi-mágico del pensamiento genial, consiste en *que es una energía* (entelequia que diríamos con Aristó-

teles) *teleológica* ó una actividad que persigue el cumplimiento de un fin.—No es nuestro intento dar, como en patrón fijo ó en dogma cerrado, fórmula definitiva ó definición lógica y abstracta, que represente el *Nolli me tangere* de la cualidad de la psíquis.—De realidad simplicísima en su fondo, de condición por demás compleja en sus manifestaciones, no es la síntesis primordial de la energía anímica adaptable á una fórmula inflexible; antes bien requiere su índole característica que recordemos una y otra vez lo ya dicho acerca del criterio psicológico, cuya primera y fundamental exigencia se refiere á la necesidad de que se forme el conocimiento completo del alma, mediante la sucesiva reconstrucción del concepto ó sea ampliando y rectificando constantemente la percepción externa de las condiciones de manifestación de la psíquis (*cognitio circa rem*) y la intuición propia de la causa determinante de los fenómenos anímicos como elemento irreducible á toda experimentación (*cognitio rei*). Pero hemos de anticipar (para salir al paso á ciertas preven- ciones de marcado sentido escolástico, pues de él también adolece el positivismo) que no es la definición expuesta producto exclusivo de una abstracción ideal, sino que sus notas fundamentales se hallan virtualmente implícitas en los resultados de la misma Psicología empírica. Si Vignolli, por ejemplo, afirma que «una de las funciones esenciales de la actividad consciente es referir á la uni- dad, según reglas constantes, lo múltiple de los fenó- menos y la esencia de la facultad psíquica consiste en la condensación espontánea y consciente de los medios en relación á un fin»; entiende Carpenter que «la inte- ligencia (tomada como la realidad del espíritu) es la adaptación razonada de los medios al fin», y por último

Ribot concibe la vida psíquica como una serie de estados de conciencia, unidos con estados fisiológicos, que comienzan en la sensación y « terminan en actos » á la vez que Wundt declara « que el hecho individual no puede explicarse completamente, sino mediante la existencia de un » *factor personal*, que se engrana de modo enigmático » con la serie de causas y efectos naturales. »

Coinciden pues los resultados de la Psicología empírica ó experimental con la nota fundamental, que atribuimos á la realidad anímica y que significamos, señalándola un *carácter teleológico*, gradualmente acentuado desde los limbos y senos de lo inconsciente hasta la completa luz y discreción de la vida de conciencia, escala que sucesivamente recorre el principio de individuación en un completo paralelismo con el desarrollo y perfeccionamiento del organismo corporal. Para probarlo en el ciclo evolutivo, que sigue el alma racional, son indicios dignos de tenerse en cuenta y que se convertirán en datos completamente verificados los ya recogidos por la observación de las primeras manifestaciones psíquicas en los niños. La dificultad insuperable para un niño de corta edad de fijar en un punto sus ojos indecisos, la falta de persistencia en este mismo niño de todas las impresiones que recibe por la carencia de fijeza en la constitución aún indecisa y movable de su sistema nervioso y la indeterminación, según la cual el niño confunde su individualidad con la de los objetos que le rodean, no formando idea de sí y aun hablando de él mismo en tercera persona, según ha hecho notar Taine, son otros tantos hechos que revelan, por que ocultas y complejísimas vías, la realidad anímica va acentuando su existencia y adquiriendo de ella percepción consciente de una manera paralela con

el desarrollo de su organismo y señaladamente del sistema nervioso.

¿Qué es pues lo que añade, puesto que en el resultado final coinciden, la nueva Psicología á la tradicional? Ya lo hemos indicado repetidas veces, el sentido real y fecundo, según el cual se sustituye la falsa y abstracta idea del alma como sustancia pasiva por la más exacta de *una energía que vive*, siente, se mueve y palpita, no encarcelada dentro del cuerpo, sino favorablemente condicionada por el organismo fisiológico para que adquiriera conciencia de sí misma y de su fin, poniéndose en relación con el medio natural y social.—El aspecto *dinámico ó biológico* de la energía anímica es lo que constituye el elemento científico, real y positivo, con el cual la nueva Psicología colabora al progreso innegable del problema psicológico. Todo el resto, conjunto de hipótesis prematuras, de inducciones precipitadas, de síntesis sin base y de audacias conjeturales constituye una vegetación frondosa pero estéril, y que únicamente sirve para enseñarnos cómo la verdad surge del fondo del error. *Errando, errando, deponitur error.*

En efecto, cuando nos atenemos con estricta circunspección á lo que enseñan la observación y la experiencia, y á la vez huimos cuidadosamente las violentas interpretaciones de lo observado y experimentado, encontramos que empíricos é idealistas, los nuevos y antiguos psicólogos coinciden, señalando como punto de cruce para la intervención del agente psíquico la distinción imborrable entre lo *concreto* de la sensación y lo *discreto* de la percepción, donde toma plaza en la existencia como una realidad positiva la energía anímica, que encamina sus esfuerzos moviéndose siempre dentro de las condiciones

que le rodean, al cumplimiento de su fin, ya irreflexivamente al obedecer al instinto de conservación en los actos reflejos, ya con perfecta conciencia de lo que se propone en la vida propiamente racional. ¿Es por ventura, como dicen algunos empíricos para hacer declinar en el absurdo las doctrinas que se proponen refutar, la realidad anímica así concebida elemento genesiaco, virtud creadora, algo que toca en los límites de lo contradictorio, negando el determinismo y la continuidad de la fenomenología exterior? Si equivaliera á tal idea la de la realidad anímica, todavía no quedaría justificado más que el *positivismo crítico*, grandemente influído por el excepticismo kantiano y limitado á declarar lo inconcebible de tal idea, circunscribiendo la indagación científica al examen en serie de las condiciones de producción de los fenómenos; pero no llegaría nunca á legitimarse el *positivismo dogmático* que, reconociendo la dificultad, violenta é ilógicamente la suprime, declarando única realidad la de lo material y tangible, que resulta en último análisis, según hemos dicho (1), *apariencia y sombra de realidad*. Ni aquel ni éste son lógicamente defendibles, si se páramientos en el génesis laborioso que trae el concepto de la realidad anímica, debido en su formación á la obligada coincidencia de las exploraciones empíricas con las indagaciones racionales, cuyo remate final se halla en el carácter teleológico que á aquélla dejamos asignado. En virtud de este carácter, el espíritu inquiere y elige medios dentro de sí y en todo lo que le rodea para el cumplimiento de su fin, viviendo en íntima compenetración inmediatamente con el cuerpo y mediante éste con toda

(1) V. núm. II,

la realidad natural. ¿Cómo halla y encuentra estos medios para el cumplimiento de su fin? Por el cambio incesante entre la sensación y el movimiento, que ha dado ocasión para los estudios de la Psico-física y que explica el contenido cualitativo y cuantitativo de toda la realidad viva, concibiéndolo en sus manifestaciones dentro del ciclo ó comercio psico-físico, ó sea en virtud de la relación y complejas ponderaciones de la sensación con el movimiento y viceversa.

En este comercio psico-físico no se diluye ni pierde, como pretende la hipótesis mecánica, la realidad espiritual, sino que adquiere mayor relieve cuando se observa que es irreducible á la suma de factores externos, que no aparece como un todo de adición ó suma, sino que existe como un todo racional y cual síntesis primordial que rige y regula la combinación de los elementos que se asimila, en cuyo sentido pudiéramos afirmar no sólo lo que dice Goethe «que es el espíritu una fuerza centrípeta» sino lo que declara Magy «que es una fuerza analítico-sintética y sintético-analítica.»

XII

La sensación y el movimiento. — La Psico-física.

La ley del cambio entre la sensación y el movimiento como expresión de la naturaleza intrínseca de toda la realidad viva hace que se revele, aun en los más profundos, tenues y delicados limbos de la existencia, la complejidad de sus fenómenos tan indivisible (lo cual justifica la necesidad de abandonar la idea de la Psicología co-

mo una Estática espiritual y concebirla como una Biología psíquica ó estática y dinámica combinadas) que el análisis más perspicuo no se atreve á decidir de plano sobre su naturaleza espiritual ó corporal, puesto que no existe estado ó determinación psíquica á que no corresponda cambio ó alteración de lo fisiológico y viceversa. Concebida la psiquis cual reclusa en la cárcel del cuerpo, según pensara un espiritualismo dogmático y exagerado, queda en el estado de aquel á quien se le condena á morir asfixiado, y semeja el huevo, cuyo desarrollo germinal se interrumpe cuando se le barniza exteriormente con un betún espeso que impida toda comunicación con las fuerzas que se hallan en estado latente dentro del medio natural y que necesita asimilarse para su evolución; de suerte que no pierde su integridad la vida anímica, antes bien la dilata y esparce con el concurso y colaboración de la orgánica, en cuyo seno toma relieve el principio de individuación. Cuanto más se abre á las legítimas influencias del cuerpo y del mundo exterior, más y mejor vive el alma, sin que la anestesia, la acción de los agentes tóxicos, el advenimiento natural ó artificial de efectos, que momentáneamente interrumpen la vida de relación, sean argumentos contra la subsistencia del espíritu, sino otras tantas observaciones que prueban que el alma, al recobrar el uso y manifestación de su sensibilidad, al decrecer la influencia de los agentes tóxicos ó al volver en sí de un síncope, sale de tales estados anormales con la acción completa sobre sus aptitudes y con toda la predisposición que el restablecimiento corporal consiente para el ejercicio y manifestación fenomenal de su existencia, porque según dice Huxley, «la »psicogénesis está invariablemente asociada á la neuro-

»sis.» Aunque refiera Ribot la persistencia de la personalidad sólo á un *substratum* orgánico, todavía reconoce y declara que en los casos anormales de doble personalidad queda un residuo idéntico y persistente en el fondo incomunicable de la unión de lo espiritual con lo corporal (1).

Se efectúa esta asociación mediante los hechos primarios y rudimentarios (siquiera su desarrollo ulterior implique una complejidad creciente) de la *sensación*, merced á la cual recibe el alma las impresiones de lo exterior, y el *movimiento*, con que el alma devuelve las impresiones recibidas, más ó menos modificadas. En este círculo (cuyo radio prolonga indefinidamente la evolución progresiva, que señala el intento de hallar los peldaños de la escala de los seres vivos, desde el *batibius* y la moneda de Hæckel hasta el hombre) se comprenden todos los actos y manifestaciones de la energía, cuyo límite mínimo exige la ruda labor de los buzos del pensamiento, estudiando los actos reflejos y más bajo aún los gérmenes vivos y bacterios que descubre la diligente observación de un Pasteur en el polvo de los muebles de una habitación y de un Huxley en el heno ó hierba seca, y cuyo límite máximo requiere la vista de águila y mirada genial que supone la creación del artista ó el delirio del místico. Dentro de esta escala de Jacob (cuya gradual diferenciación cuantitativa y cualitativa necesita una clasificación zootáxica, que parece hasta ahora ideal inaccesible para el estado de la cultura actual) late una concepción del cosmos y de su principio informador, la psíquis, que

(1) V. RIBOT, *Bases affectives de la personnalité*. *Revue Philosophique* Agosto, 1884.

vale apuntar como presentimiento y venturoso anuncio de una construcción sistemática de la ciencia en Enciclopedia racional, tierra de promisión para el progreso de la inteligencia humana.

Mediante el ciclo (exterior-interior y á la vez interior-exterior) de la sensación y del movimiento, podemos representarnos sensiblemente la vida psico-física (pero procurando no caer en el vicio, á que varias veces hemos aludido, de personificar lo abstracto), constituyendo un ángulo cuyo primer lado, la sensación, llega al vértice (al órgano central desde la periferie del organismo, «receptáculo de la sensibilidad, como la llama Delbœuf, y »punto de unión entre lo interior y lo exterior,») de donde parte el otro, el movimiento, para terminar en la periferie del cuerpo. En el vértice, donde se cortan los dos lados, hemos de hallar la psíquis ó principio de individuación como centro de reacción, dirección y combinación propias, que adapta los medios al cumplimiento del fin (1).

El estudio del comercio psico-físico entre la sensación y el movimiento ha servido de causa ocasional para que la cultura de aluvión, formada por el naturalismo empírico auxiliado de un idealismo más ó menos pedestre, ensaye la constitución de una ciencia engranada con la nueva Psicología, la Psíco-física. Su rica y abundante literatura (2), cuyas primeras producciones son debidas á We-

(1) En el cruce de la sensación con el movimiento se halla también la base para que el hombre adquiriera conciencia exacta de sí y no se exalte en idealismos místicos ó en falsas apreciaciones de su naturaleza. Así se dice que sólo cuando Alejandro *se sentía* herido, se inclinaba á pensar que no era un Dios.

(2) V. *Revue Philosophique*, y DELBŒUF, *Examen critique de la Loi psychophysique*.

ber y Fechner, revela un intento laudable, dentro del cual, con errores que debemos prevenir, palpitan verdades que cuidadosamente debemos recoger, siguiendo la empresa, si nada agradable, á nuestro entender provechosa de determinar especie de *selección intelectual* en el seno de este enjambre de observaciones, hipótesis, síntesis prematuras, datos positivos é idealismos disimulados, que en verdadero montón constituyen hoy el saber inmenso del naturalismo empírico. Entre los primeros el error más capital y aquél en el cual necesitamos fijarnos expresamente es el mismo ya notado en la hipótesis organicista y que hemos de ver reproducido en los moldes externos, dentro de los cuales encierra el Experimentalismo la fenomenología que observa (Determinismo, Evolución y Monismo (1)), es decir, el *mecanismo* (2).

La ley fundamental de la Psico-física, sea la que quiera la interpretación que se la dé (3), que declara que *la sensación crece en proporción aritmética, cuando la excitación aumenta en progresión geométrica*, expresa ya su vicio de origen, que consiste, aparte el olvido inconcebible de la $\sqrt{\quad}$ relación entre la cantidad y la cualidad, en aplicar (los trabajos de Hering y Tannery en la *Revue*

(1) V. más adelante núm. XVI.

(2) Como verdad de gran trascendencia para el problema psicológico, la Psico-física ha conquistado la que ya no se perderá nunca, á saber: la de hacer entrar en el examen y consideración de las relaciones entre el alma y el cuerpo el elemento *dinámico y biológico*, preñado todo él interiormente de consecuencias fecundas para el progreso de la Psicología y de la Cosmología.

(3) Nadie ha estudiado con tanto detenimiento y discreción la comentada ley de Fechner y Weber como el eminente profesor belga DELBŒUF, que en todas sus obras la examina y aun la señala correcciones atendibles.

Philosophique lo declaran) al fondo real y vivo, movable y espontáneo del sér sensible la inflexibilidad de la ley matemática como apreciación cuantitativa, sin tener en cuenta para nada la cualidad específica y su diferenciación creciente que lucha y á veces se contradice y niega dentro del molde abstracto de la cantidad matemática. No existe, ni puede existir, *equivalente mecánico* entre la sensación y la excitación, pues aquélla es *subjetiva, individual y falible*, y la excitación es *fatal, necesaria é infalible* (1). El *sujeto que siente* se halla dotado de actividad y energía propias para recibir y asimilarse las impresiones y no es, como hemos dicho varias veces recordando á Maudsley, una hoja de papel en blanco ó un elemento pasivo, ya que la sensación, *acto común de lo sentido con el senciente* según la gráfica expresión de Aristóteles, supone desde luego una *energía común* á ambos. Aparte esta objeción fundamental, conviene recordar que existen *excitaciones subjetivas* (sensaciones de calor y frío en la fiebre, mal gusto de boca, ráfagas en el órgano visual, inervaciones del tacto, zumbido interior de los oídos) en las cuales nuestros sentidos obedecen únicamente á la impresión exterior en cuanto poseen cada uno dentro de sí el excitante natural que corresponde á la sensación especificada que les afecta. (2)

Puede y debe ser provocada, la mayor parte de las veces, la sensación por una acción mecánica, pero entre ésta ó sea la excitación y la sensación que la sigue existe el sér sensible, cuyo estado específico dentro de su

(1) Para la distinción entre la sensación y la excitación. V. nuestro *Manual de Psicología*, pág. 22.

(2) V. DELBŒUF, *Elements de Psychophysique*.

organismo y en relación al medio es un factor tan importante como la causa mecánica para determinar la cantidad y cualidad de la sensación. El disparo de un arma de fuego produce en un sujeto habituado á las detonaciones una sensación débil, y en otro más nervioso puede aumentar la cantidad y la cualidad de la sensación hasta el extremo de provocar en él, como dice Goethe, la fiebre del cañón. Así es que ni aún Taine (1), que jamás gusta probar de hecho el dicho de Bacon «el genio es la paciencia» y que siempre precipita sus generalizaciones é inducciones, se atreve á aceptar *equivalente mecánico* entre la excitación y sensación, limitándose á reconocer una correlación indefinida entre ambos fenómenos. Pesar y medir la sensación es un empeño absurdo, porque, como dice St. Mill, «el antecedente inmediato de la sensación es un estado del cuerpo, pero la sensación misma es un estado del espíritu», cuya situación especial, co-determinada por la del organismo y las influencias del medio, no obedece á las cifras ni al cálculo, sino que, según indica un determinista tan crudo como Zola, sufre sobresaltos, caprichos y contradicciones.

Derivan estas cualidades especiales de la sensación de que es ante todo *interior* y tiene lugar dentro del sér sensible, en el cual se combinan muchos elementos é influyen diversos factores. Cuando se ata, por ejemplo (2), fuertemente la pata de un perro y se toca por bajo de la ligadura con un hierro candente, el animal no siente nada, pero cuando se le desata arroja un ladrido de dolor. La

(1) V. TAINÉ, *L'Intelligence*.

(2) Caso citado por ALEXIS BERTRAND en *L'Apperception du corps* como experimento llevado á cabo por C. Bernard.

ligadura impidió que se propagase la excitación y se despertase la sensibilidad, porque carece el aparato terminal ú órgano sensible (aislado de su centro por la ligadura ó porque se corta el nervio) del principio comprensivo para convertir la multitud de choques de la excitación en la unidad cualitativa de la sensación. Además, toda *sensación es una síntesis* (1), que desde luego resulta del almacenamiento de fuerzas é impresiones sensibles, que acapara dentro de sí el organismo en lo que se llama su energía potencial (germen biológico), y por consiguiente se unen, asocian, precipitan y crecen gigantesicamente las sensaciones con independencia de la excitación. Así ocurre en el ejemplo citado por Lange de un banquero que recibe el telegrama de que una quiebra le ha arruinado. ¿Dónde y cómo, con qué balanza vamos á pesar el equivalente mecánico entre esta excitación del telegrama y el enjambre de sensaciones (algunas hasta de carácter moral, como el dolor por lo que padecerá su honra, la pena por la miseria que amenaza á su familia, etc.), cuyo análisis y discreción requieren (otra vez con independencia de la excitación) un trabajo de elaboración, que cumple la psíquis, tomando para ello ocasión de esta lucha de emociones dentro de su organismo sensible? Lo cualitativo y cuantitativo de este conjunto de sensaciones ha de ser determinado, no sólo por el equivalente de la influencia mecánica de la excitación, sino por ella y por la energía psíquica que el sér sensible ma-

(1) V. TAINE y WUNDT y los preciosos trabajos de DELBŒUF sobre el *umbral* de la sensación (sensación sorda de Leibniz) y las sensaciones inconscientes, que resultan elementos imperceptibles por sí y que constituyen después la síntesis á que debe su existencia la sensación consciente.

nifiesta según el estado de su organismo dentro del medio natural.

Circunspecto, á pesar de su marcada predilección por el empirismo psicológico, el célebre Wundt (1) declara « que la investigación experimental ha demostrado que la » ley solo tiene un valor empírico aproximado. Se aplica » casi exactamente á las excitaciones de una energía me- » dia, pero cercana al umbral ó al summum de la excita- » ción ofrece desviaciones muy considerables ». Y después añade: « no se puede desconocer que allí donde el experi- » mentador llega á dominar de una manera exacta las re- » laciones existentes entre la energía del irritante y su » efecto, la ley de Weber solo tiene un *valor de aproxi- » mación*. Esta ley posee alguna exactitud en las experien- » cias que tienen por objeto el sonido; alcanza un valor más » restringido para las sensaciones luminosas, de presión » y de movimiento; es incierta respecto á las sensaciones » de temperatura y las del gusto, y carece de aplicación » experimental para las sensaciones olfativas y para las » generales. En suma, la ley de Weber *no tiene un valor » universal*; se aplica solo á algunos dominios sensoriales » y no conviene sino con aproximaciones á la mayor parte » de ellos dentro de ciertos límites. »

Cuanto más se esfuerce la Psico-física en pesar y medir lo espiritual, dejando implícita la consecuencia de que la vida es producto de fenómenos mecánicos (2), más precisa y exactamente demostrarán el examen de los procesos de la sensación en sus relaciones con la naturaleza

(1) WUNDT, *Psychologie physiologique*, págs. 378 y 391.

(2) Consecuencia ya expresamente deducida por WUNDT al considerar el *Logismo* (determinismo de los fenómenos internos) como eco del *Mecanismo* (determinismo de los fenómenos externos).

y los modos de funcionar de los órganos que, con inflexibilidad semejante á la del mecanismo, nacen también en nosotros *representaciones que deben su cualidad específica á nuestra organización*, aunque sean provocadas por excitaciones del mundo exterior (1). Se traduce siempre la sensación por un cambio de estado del organismo sensible bajo el influjo (aunque no único ni exclusivo, sino *ocasional* para todos los demás) del excitante. Este cambio es á la vez *afectivo* (que causa placer ó dolor) y *representativo* (que nos enseña ó ayuda á conocer algo del objeto exterior). En el primer aspecto, la sensación es fenómeno de la sensibilidad y se llama *emoción*, y en el segundo es fenómeno de la inteligencia (la inteligencia sensible de los escolásticos) y se denomina *representación* (precedente de la percepción sensible) (2). Aunque estos dos aspectos son distintos no son separables, (toda sensación es á la vez emocional y representativa) (3), pero se hallan dentro de la síntesis sensible en proporción inversa, lo cual implica nueva dificultad, como las anteriores invencible, para señalar matemáticamente

(1) V. RICHET, *La Douleur*, que refiere la percepción del dolor casi exclusivamente á la sensibilidad subjetiva, y de lo cual es un ejemplo la mayor excitabilidad nerviosa de las mujeres comparada su sensibilidad con la de los hombres.

(2) «El fenómeno de la sensación, á pesar de su simplicidad, es á la vez una afección agradable ó desagradable para la sensibilidad que es modificada y un signo determinado para la inteligencia que lo percibe; merced á este doble carácter, da lugar á dos series de fenómenos psicológicos, una que se desarrolla en la misma sensibilidad y otra que se produce en la inteligencia.» V. JOUFFROI, *Mélanges philosophiques*, pág. 202.

(3) Por esta razón es inadmisibile la división de las sensaciones en afectivas é instructivas, pues todas ellas á la vez nos afectan ó emocionan é instruyen ó enseñan.

la excitación como equivalente mecánico de la sensación. Así es que cuanto más débil es la excitación y con ella la sensación, más aumenta el elemento representativo y mejor se percibe la afección sensible, (serenidad de juicio, dominio de impresiones, etc.) y por el contrario, cuanto más violenta es la primera y más viva la segunda, más prepondera el elemento afectivo (loco de placer, ciego de dolor, etc.) y menos se percibe la sensación. Son estos fenómenos de tanto relieve que el mismo Fechner ha puesto á su ley la cortapisa de que solo se realiza dentro de los límites máximo y mínimo de la sensibilidad; pero por huir de un obstáculo damos con otro, ¿cómo se señala la línea media de la sensibilidad, supuesto su carácter subjetivo?

Condensando estas objeciones contra el error mecánico de la Psico-física, que quiere medir la sensación por medio de la excitación y en su virtud lo psíquico por lo material, consignaremos: 1.º *Que excitaciones distintas pueden producir sensaciones iguales* (un enfermo de la vista sentirá, ante la luz crepuscular, impresión desagradable semejante á la del sano, que contempla directamente la luz del sol). 2.º *Que la sensación no es jamás efecto único de la excitación* (el tic-tac del péndulo más perceptible con el silencio de la noche que durante el día, la conversación que se sigue dentro de un tren en marcha, que requiere una excitación alta). Y 3.º *Que el organismo sensible tiende siempre á la adaptación al medio, buscando el equilibrio de la sensibilidad* (reacción del organismo, cuando entra en un baño de agua fría, á cuya temperatura se va adaptando). Observada de este modo la índole propia de nuestras sensaciones, sustituímos á la pretendida ley de la Psico-física las siguientes: 1.ª *La*

sensación tiende á decrecer, buscando el equilibrio del organismo sensible con el medio que le rodea, lo cual sirve de base á la ley ó exigencia de repetir las para dominar nuestras impresiones, educar la sensibilidad y aminorar la explosión emocional, que perturba el dominio sobre nuestro sér (1). 2.^a Para que la sensación aumente, se necesita un crecimiento indefinido de la excitación, que depende del estado del organismo y del medio, sin que pueda señalarse definida y cuantitativamente lo que crece la sensación por lo que aumente la excitación, pues el crecimiento de la primera depende, no sólo de la influencia mecánica de la excitación, sino de la reacción que sobre ella consiente el estado específico del organismo (cuya situación sólo puede apreciarse por estados sintomáticos, según prueba la medicina experimental) y por los factores que ejercen determinada acción sobre el organismo, procedentes del medio natural. 3.^a Que el crecimiento indefinido de la sensación disminuye su elemento representativo, produce dolor y acaba por destruir la sensibilidad y su decrecimiento indefinido llega al suelo ó UMBRAL de la sensación, en el cual ésta se convierte en sorda ó inconsciente (imperceptible); de forma que sólo en una línea media, sin regla fija, pues para cada individuo será mayor ó menor, según el estado específico de su organismo (2) y

(1) Del ejercicio de esta ley y de sus consecuencias favorables ofrece ejemplos harto elocuentes Goethe, que avaro del dominio sobre sí mismo, cura su excitabilidad nerviosa y domina sus impresiones, previniéndose contra su propensión al vértigo, recorriendo los chapiteles exteriores y elevadísimos de la catedral de Estrasburgo y arrojando de sí la impresionabilidad de las excitaciones súbitas, proporcionándose lo que él llama la *fiebre del cañón*.

(2) «Del estado del organismo humano depende, sin duda alguna, en gran manera el resultado sensible de las impresiones de los

las influencias del medio, puede tener aplicación el intento ó ensayo de medir las sensaciones. Esta dificultad, reconocida por Fechner con el nombre de límites máximo y mínimo, enseña que la ley, hacia la cual gravita la sensibilidad, á veces hasta contra la acción mecánica de la excitación, es la de *su equilibrio* con el estado del organismo y las influencias del medio. Puede en tal sentido compararse nuestra sensibilidad con la elasticidad de una cuerda (1); se extiende ésta en términos regulares, sue-

« cuerpos; de modo que éstas aparecen diferentes en el mismo hombre, según las condiciones normales ó anormales de su idiosincrasia; y muchas, conocidamente difieren de hombre á hombre. A mí, agitado, me parece fría una atmósfera que después de descansar, se me antoja sofocante. Al tísico le incomodan sonidos que en salud toleraba, y que los demás escuchan indiferentemente. Con jaqueca, oyen bien sujetos tardos de oído. Resfriados, perdemos temporalmente el olfato. Muchas personas no distinguen de colores; quizá el cinco por ciento de los hombres y el dos por ciento de las mujeres. Esta incapacidad de percepción cromática, llamada Daltonismo, porque la padecía el famoso Dalton, ha sido causa de horrendas colisiones de buques y de terribles naufragios en noches serenas, por no poder diferenciar los oficiales de guardia las luces roja y verde de los buques que, conforme al Código marítimo internacional, indican el rumbo... Personas hay que no pueden comer fresas, sin experimentar fiebre urticosa. A otras estremece el contacto de la cáscara de un melocotón, aun comiendo gustosísimos la fruta, si otro se la monda. Ha habido quien no podía oír cantar á un gallo sin horripilarse. Las telas rayadas de dos colores causan náuseas en algunos. El olor y el sabor de los ajos es para muchos enteramente insoportable. Los persas llaman «manjar de los dioses» á la asa fétida. Las cloróticas comen con pasión pedazos de búcaro, creto, carbón y hasta ceniza. Así como no hay dos relojes iguales, cada organismo tiene su *característica* especial, que lo diferencia de todos los demás sus similares.» EDUARDO BENOT, *Temas varios*, páginas 155, 156 y 157. — Madrid, 1884.

(1) En un estudio histórico-crítico de la Psicología valdría la pena poner en claro, si presintió y aun señaló esta misma idea la sagacidad penetrante de Aristóteles con su pensamiento del *aurea*

na y vibra, sentimos placer ó se ejercita la sensibilidad, según su índole propia; se extiende la cuerda de una manera brusca, disuena, desentona y aun salta rota, sentimos dolor ó va el ejercicio de la sensibilidad contra su índole y marcha precipitadamente á su interrupción ó destrucción (anestesia). Fenómeno es éste que se observa y verifica hasta en la esfera de la *sensibilidad moral*, en la cual el remordimiento ante una mala acción es vivo é intenso en los primeros momentos, y si la voluntad continua pervertida, engendra la fuerza del hábito cierto amortiguamiento de la sensibilidad y especie de sordera temporal de la conciencia al grito del remordimiento, cohonestando la voluntad su perversión (el corazón del malvado, empedernido é indiferente ante el crimen, el corazón, que cría callos, que no siente, etc.). Regla fija es, fundada en esta verdad, la que se refiere á la educación moral y á la manera de adquirir y formar hábitos, buenos ó malos, respecto á los cuales los moralistas están conformes en declarar que la dificultad principal consiste en los comienzos, en los primeros actos malos que debilitan el remordimiento. *Principiis obsta*, enseña la Moral, pues que, vencidas las dificultades de los primeros impulsos, la reincidencia adquiere probabilidades á su favor. La regularidad ó equilibrio de la sensibilidad tiene sus raíces lo mismo en la cantidad (los extremos son viciosos) que en la cualidad de la sensación. Es, por ejemplo, hecho generalmente observado que el exceso del placer (en su disfrute ó goce intensivo y hasta en su manifes-

mediocritas, tomado de la enseñanza socrática acerca de la igualdad de ánimo ó *ecuanimidad*, que sirvió también de germen á la exaltación de la personalidad, llevada á cabo por el Estoicismo clásico en la esfera de la Moral.

tación; en la risa (1), que á veces nos causa molestia y provoca el llanto, como *cuando lloramos de risa* ó sentimos en el diafragma dolores tan vivos que pueden llegar á convertir la risa violenta en risa sarcástica ó destructora de la sensibilidad, terminando en un síncope, ataque de histerismo ú otra perturbación de nuestro organismo) causa dolor, y recíprocamente un dolor intenso y persistente, sin desaparecer, pierde su carácter agudo y sentimos cierta complacencia en medio del dolor (melancolía que interesa y que á veces se convierte, según la ingeniosa observación de algunos novelistas, por las mujeres en arma para ejercitar su coquetería) y aun en dolores profundos del alma se siente á veces lo que se llama el *placer del dolor* (aspecto poético y agradable del pesimismo (2), que pone bien en claro Hartmann, cuando el pesimista invita á los cándidos optimistas á que le contemplen como *paradoja viva* en la felicidad de que goza, cultivando su inteligencia en una rica biblioteca y dando culto á lo inconsciente en el amor á su mujer y al fruto de este amor en un hermoso niño) propio del que sólo goza, recordando y llorando persona muy querida, á quien ha perdido. Y esta tendencia es ley también para la sensibilidad artística y para la emoción estética; que si ya dijo la sabiduría popular «que las cañas se vuelven lanzas», sabe la crítica literaria que entre lo sublime y lo ridículo sólo media una línea casi imperceptible. Por esta razón

(1) Profunda es en este sentido la observación de PROUDHON, aplicada al placer más intenso y más vivo entre los corporales, cuando dice, recordando máxima ya muy antigua: *Animalia post coitum tristia*.

(2) V. J. SURY, *Le Pessimisme et la Poesie*.

hemos dicho (1) « ¡Singular y misteriosa armonía la del
» mundo moral con el fisiológico! Lo exagerado de lo có-
» mico produce lo trágico en el arte, de modo semejante
» que el exceso de la risa, la dilatación excesiva de los
» músculos de la fisonomía sobreexcita las mucosas, que
» segregan lágrimas, como lo prueba el hecho vulgar de
» que muchas veces lloramos de risa, y obligándonos á
» reir, llegamos á llorar. Si la fuerza inconsciente, que
» cuida y preserva nuestra vida fisiológica, tiende y gravi-
» ta á la armonía, obedezcamos conscientemente en el
» mundo del arte á movimiento tan previsor y fecundo.»

La ley del equilibrio, que oscila entre los límites má-
ximo y mínimo, el uno destruyendo ó interrumpiendo la
sensibilidad, ya por exceso de placer ó por violencia del
dolor, y el otro convirtiéndola en imperceptible ó incons-
ciente, no puede ni debe ser *predeterminada* cual si se
encajara dentro de marco inflexible con el equivalente de
la excitación. Además, los datos y observaciones recogi-
dos por Fechner y Weber para justificar su pretendida
ley mecánica se refieren principalmente á las sensacio-
nes táctiles y á las musculares, sin que hayan obtenido
aplicación, con visos de realidad, á las demás sensacio-
nes, á pesar de los esfuerzos de Helmholtz, Wundt, Tan-
nery y el mismo Delbœuf, encaminados á precisar la re-
lación matemática entre la excitación y la sensación en los
órganos de la vista y del oído. Los resultados obtenidos con
cierta aparente exactitud (siempre muy indefinida, pues
los límites máximo ó desaparición temporal de la sensibi-
lidad, y mínimo ó umbral de la sensación, exceden de la

(1) V. nuestro estudio del *Naturalismo artistico* en el tomo *Cues-
tiones contemporáneas*.

ley de Fechner, y solo obtienen satisfactoria explicación mediante el equilibrio de la sensibilidad) respecto á las sensaciones del tacto y del sentido muscular dependen, más que de la legitimidad del empeño dirigido á pesar lo espiritual de la sensación, de que aquellos sentidos son *mecánicos* en la recepción y trasmisión, á través del organismo, de las impresiones; pero las dificultades de este análisis agigantan hasta el extremo de hacerse invencibles, sin que sirvan los datos ni aun de causa ocasional para inducir (en todo caso precipitada é ilegítimamente), cuando se trata de pesar aquellas sensaciones, que se efectúan en lo que Wundt denomina *sentidos químicos*. En ellos, ya la reacción propia y específica de parte del organismo ante el excitante exterior es tan acentuada, que el mismo proceso fisiológico revela, contra la marcha inflexible del mecanismo, la intervención necesaria de la espontaneidad orgánica, inherente al sér vivo. Todavía en los llamados sentidos mecánicos parece que la excitación llega hasta el cerebro tal como ella se ha producido exteriormente, sin que se modifique más que en el centro de parada ó receptáculo de todas las impresiones (en los centros superiores nerviosos del cerebro); pero en los sentidos químicos la reacción y modificación de las impresiones son perceptibles tan pronto como el acicate del excitante externo pone en acción el organismo. Proceda esta necesaria distinción de la establecida por Wundt entre lo que llama sentidos *mecánicos* y *químicos*, ó de que los aparatos terminales de los primeros, extendidos por toda la superficie exterior é interior del cuerpo, se hallan menos *diferenciados* que los propios de los sentidos químicos, es lo cierto é indudable que ninguna experiencia lealmente interpretada autoriza á establecer lazo mecáni-

co ó proporción inflexible y matemática entre la sensación y la excitación, pues aun prescindiendo del aspecto psíquico de la primera y ateniéndonos solo á su proceso fisiológico, hallamos que no depende solo de la excitación, sino que su intensidad y extensión se explican á la vez por otros factores, que son el estado específico del organismo y la influencia del medio. A fin de cuentas se acentúa, sobre la concepción mecánica de la Psico-física, el centro atractivo y asimilador de fuerzas que caracteriza al sér vivo, es decir, la *espontaneidad*, que como cualidad constante de la psíquis hemos hallado en los actos reflejos (1). ¿Se revela esta misma cualidad en los *movimientos* con que el alma devuelve, más ó menos modificadas, al exterior las impresiones recibidas en la sensación?

A medida que más complejo se va haciendo el análisis de las condiciones, dentro de las cuales se manifiesta la vida psico-física, más nos vamos acercando al nudo de la dificultad y al corazón del problema. En efecto, si el movimiento que emitimos del interior es eco y resonancia, simple contestación, en cantidad y cualidad iguales á la sensación recibida, entonces lo interior, el principio de individuación, adherido á la unidad del organismo como centro asimilador de fuerzas, en una palabra, la psíquis es sencillamente un tornillo ó resorte mecánico, una especie de estación telegráfica que recibe y trasmite el parte, un punto de cruce al cual podrán aplicarse las consecuencias que infieren Herzen en su Fisiología de la voluntad y Quetelet en su Antropometría. El hombre, rueda de este inmenso mecanismo del Cosmos, debe engranar, como se enlazan los movimientos de sístole y diástole del

(1) V. núm. XI.

corazón, los actos de su vida vegetativa con los que se convierten á igual condición, los propios de su vida racional. Toda ésta deberá ser pesada, medida, prevenida y prevista, siendo llevados y arrastrados los actos que la integran; por el vendabal de los precedentes, como la hoja caída del árbol, es juguete del viento. Pero si en el movimiento emitido existe algo que no está en la impresión recibida, siquiera sea un impulso inicial propio y característico ó una modificación combinada de modo distinto cuantitativa y cualitativamente de los elementos y factores que entraran á determinar la sensación; habremos de reconocer que este elemento interior *pone algo suyo, propio, espontáneo*, inconsciente ó irreflexivo en un principio si se quiere, que obedece (no hay peligro en confesarlo) cuando se inicia al sentido ciego pero certero del instinto. Con ello basta y sobra para hallar, dentro de la psíquis, cuya evolución llegará al acto genesiaco de la inspiración artística, un *agente que colabora* con los demás al cumplimiento del fin general, es decir, una *energía teleológica*.

Los momentos, señalados generalmente como necesarios para establecer la comunicación entre las sensaciones y el movimiento (aplicables á los actos automáticos, á los reflejos, á los instintivos y á los subjetivos ó pre-determinados, en virtud de la fuerza que envían los precedentes) son tres, á saber: 1.º, *trasmisión* del exterior al centro, donde ha de llegar la causa mecánica de la excitación; 2.º, *elaboración* ó asimilación en los centros de la impresión (inervación que ha de convertirse en esfuerzo muscular ó de motilidad por la relación de los centros nerviosos con los nervios eferentes ó motores), y 3.º, *reacción* ó *trasmisión* del centro al exterior, *devolviendo lo*

mismo en cantidad y cualidad que se ha recibido en el primer momento por el ejercicio de los nervios aferentes ó sensibles en relación con los centros nerviosos.

Observemos, en primer lugar, contra esta pretendida concatenación inflexible de unos con otros momentos, semejando los engranes de dos ruedas dentadas, que son frecuentes los casos en que no existe el primero, el de la impresión ó excitación, ya porque efectuado antes se ha almacenado y conservado, ya porque la energía potencial del sér vivo (germen del huevo ó célula) educa de sí relaciones con el medio natural que adapta gradualmente á su evolución y desarrollo. Ejemplos de ello son los caracteres atribuidos por el mismo Hæckel á la materia organizada, aunque aparentemente se muestre como *amorfa*, de lo cual son casos en lo mínimo los bacterios, los microbios, etc., y en lo máximo la sustancia ó materia que racionalmente atribuye, en una de sus hipótesis más fundadas, la astronomía moderna á las nebulosas. Estos caracteres son: la *inestabilidad* de las combinaciones cuaternarias que se descubren en los seres vivos y la excesiva *movilidad* para la asimilación de cuanto les rodea. Dentro ya del sér constituido, su elemento interior, principio de individuación ó psíquis, emite *sponte sua* por sí mismo movimiento, sin necesidad de recibir en aquel instante del exterior impresión alguna. Las *ocurrencias* del espíritu, las *corazonadas*, estar *comunicativo* ó *retraído* (de lo cual son manifestaciones acentuadas el *esprit* del francés, la *gracia* ó el ángel del andaluz en un sentido y en el contrario el *spleen* del inglés, la nostalgia, aburrimiento y misantropía del pesimista), con independencia de las condiciones circundantes, son otros tantos casos en que prácticamente (no en teoría) se percibe roto el meca-

nismo inflexible que se supone entre lo interior y lo exterior. Las objeciones que una interpretación inductiva guiada por un *parti pris* puede formular serán tocantes á puntos, fases ó aspectos, cuyo examen no nos interesa de momento, porque se atribuyan ó no estos casos á efectos de impresiones almacenadas ó á modificaciones de la dirección de la fuerza general cósmica por parte de un agente, siempre resultará que el elemento interior obra con una *espontaneidad* que no cabe dentro del determinismo mecánico. Tendrán, pues, estas y otras consideraciones de igual orden su adecuada aplicación para explicar pero no para negar la espontaneidad, que ésta no padece ni pierde su cualidad intrínseca, porque su origen se refiera, como quiere Espinas, á almacenamiento de impresiones recibidas de la energía cósmica, con tal de que se la reconozca virtud y poder para modificar y cambiar la dirección de esta misma energía.

Consecuencia de lo que dejamos indicado será la discreción y aun aislamiento con que puede producirse el segundo momento, el de la *elaboración* en los centros sin el engrane mecánico con el primero y tercero. Hoy que se reconoce como efecto del dinamismo, que sustituye á la antigua concepción estática de la realidad, que la vida no está toda ella en la relación exterior, sino que su idea directora, impulso del complexus de la organización, es una *involución* que se esparce y dilata para convertir el germen en sér vivo, la energía potencial en actual, el protoplasma de la célula en diferenciación creciente de órganos y aparatos, apenas si es necesario citar casos de estas explosiones germinales, sordas, lentas, pero verdaderamente esplendorosas para una observación perspícua. Dentro ya del sér constituido, la *meditación*, el *racioci-*

nio abstracto, la *revérie*, el *delirio* del místico, el *arrobamiento* de los alucinados, *delirio sagrado* ó inspiración del génio, son otros tantos estados de elaboración en que la energía específica de la psíquis se agita con movimientos cuya contemplación obliga al génio intuitivo de Víctor Hugo á exclamar: « Existe algo más infinito y más in-
» menso que lo inconmensurable del cielo; existe algo más
» hondo y más gigantesco que el fondo de los mares; existe
» el fondo del alma, » de la cual hace Gœthe decir á su Werther, que es reflejo de un espíritu infinito.

Por último, el tercer momento, la transmisión al exterior falta también cuando la impresión no aparece restituida ó devuelta. El que domina sus impresiones y cumple el sublime precepto de devolver bien por mal, el que repite una y otra vez impresiones desagradables para dominarlas (como acontece en los casos que hemos citado de Gœthe y en los ejemplos elocuentes de los estóicos) y hacerse superior á ellas, bien claramente demuestra que existe entre la sensación recibida y el movimiento emitido *algo intermediario*, una *energía espontánea* que revela por sí, aunque adaptándose para sus manifestaciones al conjunto de condiciones complejas ofrecidas por el organismo, la iniciativa ó dirección del movimiento con que *introduce* ó *incrusta* en la marcha general de los sucesos su indispensable colaboración al cumplimiento del fin común. En suma, pues, la psíquis actúa, obra, no como un agente mecánico sino como un agente espontáneo. ¿Qué es y qué alcance tiene la espontaneidad como cualidad de la psíquis?

XIII

Cualidad espontánea de la Psiquis

Procedamos, ante todo, guiados por lo que los lógicos llaman *método de eliminación*, comenzando por decir *lo que no es* la espontaneidad, á fin de evitar interpretaciones erróneas, que levantan en el pensamiento preocupaciones innumerables y que convierten problemas de alta trascendencia en juego de vocablos ó en identificación de términos. Así, por ejemplo, se dice, aplicándolo á la cuestión que nos ocupa, «saber es limitar, determinar», «la » espontaneidad equivale á la indeterminación ó indefinición », « admitir agentes espontáneos es aceptar causas » ocultas, entidades misteriosas que disimulan nuestra ignorancia, es, finalmente, caminar contra las tendencias » del espíritu científico moderno.» En estas afirmaciones existe mucha parte de error, y concretamente fijando de un modo negativo la significación de los términos, anticipemos desde luego que la espontaneidad no es ni significa indeterminación ó indefinición. La espontaneidad (de *sponte sua*, por sí mismo por movimiento propio) no es la arbitrariedad ni la indeterminación, cual si el agente, tenido por espontáneo, hubiera de moverse necesariamente en el vacío, sin punto fijo al cual encaminarse y sin móviles según los cuales ordenadamente se produce su ejercicio.

Obrar espontáneamente es obrar, hallando el agente dentro de sí mismo el motivo ó la causa de su acción, sin que imponga el derrotero á la energía espontánea un ca-

rril predeterminado, cual la bala que sale del cañón de la pistola impulsada por la fuerza explosiva de la pólvora. Este movimiento y el de la máquina, sostenido por la fuerza del vapor, son mecánicos, mientras que la reacción del organismo cuando extiende sus miembros entumecidos, poniendo de su parte algo, es movimiento espontáneo. Como centro de asimilación específica de fuerzas es el sér espontáneo *co-activo* con las excitaciones exteriores; no crea, pues, la fuerza, sino que la halla, ó recibida del exterior y almacenada dentro de sí ó constituída como una virtualidad de su naturaleza específica (energía potencial condensada dentro del tipo morfológico del sér vivo, por la intervención del agente total que llamamos medio circundante). Al obrar espontáneamente, el sér vivo *modifica la dirección* de las fuerzas, (aunque no las crea ni cambia su naturaleza) *combina* (1) estas mismas fuerzas según la manera específica de su naturaleza propia *é incrusta é introduce*, en el decurso de los sucesos, el sello de su iniciativa.

Lo mismo cuando hemos refutado la tendencia estratificadora de la hipótesis de la localización (núm. IV), que cuando hemos procurado rectificar el error inherente al organicismo, asumiendo todo el proceso mental en un *pan-cerebrismo* injustificado (núm. V), que al precisar las primeras manifestaciones de la psíquis ó principio de individuación (núms. X y XI), ha sido nuestro intento, que quizá inmodestamente nos atrevemos á dar por rea-

(1) Ya hemos dicho con Janet que combinar es ordenar y en sentido superior (cuando se llega á la claridad de la conciencia) razonar, es decir, obrar conforme á un plan y orden y según un fin, inherente al sér vivo, idea directora ó causa final.

lizado, indicar un paralelismo y correspondencia completas entre la psíquis y la neurosis, referida á *la unidad del organismo*. Y en tal sentido estimamos que son valederos y perfectamente admisibles en un estudio psicológico todos aquellos argumentos que de una manera concluyente aduce C. Bernard para poner en claro la *espontaneidad orgánica* ó la espontaneidad de los seres vivos, que es cualidad aplicable con igual y tal vez superior relieve á la psíquis ó principio de individuación. La característica negativa de aquélla (la propia de los seres vivos) consiste en que no existe equivalencia mecánica entre la causa exterior de la excitación y el efecto psíquico sensible, traducido en el movimiento, á que colabora el impulso inicial del principio de individuación, pues, como ya hacía notar Gratiolet, una causa tan mínima como el cosquilleo puede producir un efecto tan grande como la muerte. La característica positiva de esta misma espontaneidad se refiere á que toda asimilación de fuerzas, impresiones, elementos, etc., es llevada á cabo dentro del organismo merced á una reacción propia ó co-participación del sér vivo con el excitante exterior para producir el efecto. Así es que el movimiento mecánico se convierte en vivo ó espontáneo mediante la reacción del organismo, que anula la simple pasividad y equivalencia cuantitativa propias del movimiento mecánico.

Numerosas y decisivas son las experiencias citadas por C. Bernard, que palpablemente demuestran la energía inherente al organismo. La actividad interior de algunas membranas del estómago, gradualmente enrojecidas por la potencia asimiladora que desenvuelven, ha quedado fuera de duda y cuestión en las vivisecciones y en casos raros de hombres (entre ellos uno que tomó como

criado un médico norte-americano), que han dejado al descubierto, efecto de heridas recibidas y mal cicatrizadas, algunas vísceras del estómago. Como contraprueba, que expresamente revela la necesidad de que el organismo sea *co-activo* con los excitantes exteriores en todo movimiento vivo, ¿quién será tan míope que no perciba lo que enseña, por ejemplo, la pupila de un hombre profundamente dormido, inerte ante la acción del objeto luminoso, acción devuelta sin que impresione al sér vivo, cual si su influencia se ejerciera sobre la superficie tersa de un cristal endurecido? Por tal razón, dice Lyus, « es » necesaria una *participación activa* de la célula sensorial » con el movimiento vibratorio, que le es comunicado.» El fenómeno llamado por la Patología de *reconstitución* ó *reintegración* (cicatrización de heridas) es indicio innegable de la coexistencia de las fuerzas del medio-ambiente con las propias del organismo, de cuya síntesis resulta el *complexus* de la vida. Sentido es este que confirma la definición parcial, pero exacta en lo que expresa, de la vida como el núcleo de fuerzas y energías que resisten á la muerte y que depone en pró del aforismo « de que cura la naturaleza », ayudando al organismo ó siendo el organismo co-activo con ella en el límite que le consienten las fuerzas propias que se ha asimilado. Los ensayos, algunos coronados con el éxito, de la trasfusión de la sangre filtran virtud asimiladora al organismo, sin cuya cooperación es nula la influencia de la Terapéutica, según se observa en las muertes por anemia y por consumeión. Emanan y procede este impulso, que colabora con los excitantes exteriores á la vida, de la unidad morfológica, de la forma típica ó plan arquitectural, que rige y preside todos los fenómenos vitales. Dentro de esta unidad típica,

sin más localización, encuentra su *base orgánica* lo que pudiéramos denominar *protoplasma moral*, el principio de individuación ó la psíquis, que acentúa esta misma cualidad espontánea. Sin el paralelismo de lo anímico con lo corporal, sin la coincidencia de la unidad del organismo con el principio de individuación, la actividad general y la específica del espíritu quedaría cual si no existiese; por que como toda ella es interior termina en la fantasía, de la cual no saldría para incrustarse en la realidad exterior y colaborar con ella al fin general, á no ser por la correspondencia entre la fantasía y el sistema nervioso. Si suponemos, por ejemplo, un gran artista, un Miguel Angel paralítico, que careciendo de dominio sobre su cuerpo tiene su espíritu preñado de geniales inspiraciones, no llegará á concretar en acto y obra cuanto se agita en su interior. Pero con la base orgánica la psíquis se muestra dotada de una *receptividad universal*, y mediante ella recibe en todas direcciones y en una orientación universal relaciones, influencias y excitantes del exterior, que forman el material de su cultura y educación. Manifiesta, pues, el análisis que la *unidad morfológica*, persistente y típica del organismo vivo (que se acentúa principalmente en la fisonomía, subsistiendo por cima del cambio incesante de materiales) es la *base y condición* de la *espontaneidad* inherente al espíritu como centro de reacción específica de todas aquellas fuerzas, que se asimila del exterior. Se halla constituido este centro de espontaneidad por las propiedades generales y subsistentes de la psíquis (Estática espiritual), á las cuales se añaden las cualidades y condiciones que con su receptividad universal se asimila el espíritu del organismo y mediante él del mundo exterior. Así es el espíritu *co-activo* con los exci-

tantes exteriores, cuya dirección modifica, sin negar el determinismo de la fenomenología externa, ni caer en una indeterminación que le llevara á moverse en el vacío. Al apropiarse el espíritu todos los elementos que le ofrece la receptividad universal de que se halla dotado, rehace sobre ellos y obra espontáneamente. Nos circunda, como la atmósfera que respiramos, la prueba de la espontaneidad del espíritu, señaladamente en la que á cada paso nos ofrecen la formación y vida del lenguaje. Ya Egger (1) afirma que, aparte que los niños estropean las palabras que oyen y aprenden (media lengua del niño, que constituye una de las manifestaciones más seductoras de su prixtina espontaneidad y de su cándida inocencia) por la debilidad de sus órganos en la articulación, tienen, sin embargo, una verdadera *iniciativa verbal*, que sería mayor si no se les diera la lengua hecha, y Turgot declara, « que el lenguaje fué obra de una razón que no estaba » presente á sí misma (espontaneidad). » Pero son más evidentes aún los indicios de la espontaneidad anímica en la producción del movimiento sintomático ó expresivo del lenguaje, cuando se observa la iniciativa conque se establecen conexiones entre el signo y lo significado, primero de un modo irreflexivo en el lenguaje emocional y mímico, y después en el *timbre* de la voz, en la *fisonomía* ó carácter de la palabra, lo mismo hablada que escrita, dando lugar al estilo, y, finalmente, en todo el conjunto del organismo, tomado como signo total y sistema de signos de que nos servimos para expresar nuestra vida interior.

¿Cómo nos servimos del organismo para significarnos?

(1) V. EGGER, *La parole interieure*.

Todos con *iguales* factores y elementos y cada uno de una manera *propia y especial*, que es característica de nuestra espontaneidad. Refieren varios hombres, por ejemplo, un mismo suceso, idéntico en el fondo, y cada cual lo expone á su manera, es decir, revelando en la información del signo su espontaneidad individual. Así resulta que es el lenguaje para el hombre una obra espontánea, es decir, una *cópula mental* ó conversación interior del sujeto que habla consigo mismo como precedente de la significación externa. Contra el pretendido enlace mecánico entre el pensamiento y la palabra observemos, dentro de nuestro organismo, el paralelismo fisiológico de los órganos vocales con el aparato del oído, que parece un espejo en el cual nos vemos hablando (1) y que ayuda á que busquemos siempre el signo más adecuado para lo que nos proponemos expresar; fijémonos en que la palabra interior, la mental es tan viva y tan intensa á veces que puede producir alucinaciones (2); que los estados interiores que queremos significar preceden á la palabra y aun se producen sin ella, cuando nos cortamos hablando ó no encontramos palabra adecuada para expresar nuestro pensamiento, y, finalmente, cuidemos de no inducir con error por la fuerza del hábito, entendiendo que pensamos y hablamos á la vez, en cuyo caso no podríamos decir de algunos oradores que tienen pensamiento fecundo y palabra premiosa y de otros que son sus discursos mar de palabras y desierto de ideas.

La espontaneidad que se señala en lo orgánico y que

(1) De ello es ejemplo el tono bajo conque suelen hablar los sordos.

(2) V. J. SULLY, *Les illusions des sens et de l'esprit*.

se inicia en los bajos fondos de lo inconsciente, donde se revelan las manifestaciones más rudimentarias de la psíquis, se encuentra, merced al progreso evolutivo de la psíquis y de la neurosis, acompañada de la reflexión consciente en los actos ya relativamente superiores de la vida psico-física.

Poco ó nada importa de momento el sentido con que se conciba la conciencia. Sea cualidad encargada del oficio pedestre de sumar sensaciones homogéneas y restar las diferentes, especie de contador automático como pretenden los físicos del alma; tenga por el contrario más alta y noble misión, como quieren los idealistas; siempre resultará una *luz* que establece discreción, orden ó previsión dentro de los excitantes ó factores, en medio de los cuales ha de producir el alma su impulso inicial y espontáneo. Esta espontaneidad consciente que inquiere y elige medios dentro de sí y en todo lo que la rodea para el cumplimiento de su fin se revela como *causa propria* de sus actos (aunque condicionada é influída según se desprende de las consideraciones expuestas), infunde en todas sus obras el sello de su iniciativa y eleva la psíquis á la categoría de *agente personal*, es decir, de agente *libre*. Quizá más que la idea en ella expresada, la palabra libertad, mágica en otros tiempos para despertar en el alma las más nobles energías, á cuya invocación héroes, mártires, santos y aún malvados han excedido siempre los límites de lo vulgar, concita hoy las iras del experimentalismo científico y hace surgir, por especie de esfuerzos acumulados y denuestos repetidos, acusaciones sin fin de anti-científicos, soñadores, metafísicos, utópicos, idealistas y otros calificativos contra los pensadores, que cifran en su virtud redentora el áncora de salvación

para los más altos y nobles empeños que anidan en el interior del hombre. ¿Qué son y qué valen; qué significan y hasta qué punto contradicen la idea y con la idea la realidad de la libertad las tendencias deterministas del experimentalismo científico?

XIV

La espontaneidad consciente ó libertad.

Múltiples y muy contradictorios son los sentidos en que se toma la *libertad* y la *complejidad de su naturaleza*, irreducible, como quieren algunos (1), á la *idea* y expresable solo en la práctica, para lo cual más necesita de la flor de nuestras fuerzas que de entusiasmos ficticios ó de apasionamientos momentáneos. No basta, en efecto, el propósito de ser libre, se necesita saber serlo. Importa, pues, en primer término, precisar la significación y acepciones de la libertad (2), corrigiendo de paso las exageraciones con que algunos pretenden darla un alcance que jamás logrará. Los que creen con J. Simon (3) que la libertad es un fin cuya trascendencia excede todo límite principalmente en la vida política (liberalismo abstracto, individualista y atómico), olvidan que es una *condición* (á su vez necesitada de otras, *condición de condiciones*, que ya decía el apóstol *et veritas liberabit vos*) ó manera característica de ejecutar nuestros actos, cuya

(1) V. FOUILLÉE, *La Liberté et le Determinisme*.

(2) V. P. JANET, *Traité elementaire de Philosophie*.

(3) V. J. SIMON, *Le Devoir. La Liberté*.

naturaleza compleja exige precedentes y requiere circunstancias que no se obtienen de momento. De ello ofrecen ejemplo individuos y pueblos, que si se han hallado en servidumbre constante son incapaces para entrar de momento en el ejercicio de sus libertades.

Suele definirse la libertad de un modo negativo (libre albedrío, que ha contribuído á perturbar el sentido recto de la libertad interior, V. núm. IX), diciendo que es la carencia de toda necesidad (obrar por que sí, por que nos da la gana ó se nos antoja), de donde proceden luego la licencia, el desorden y la anarquía. La voluntad indeterminada no es la libre y yerra el determinismo cuando concibe de ese modo la libertad para negarla, y á la vez se equivoca, reduciendo los motivos determinantes de nuestros actos á sus precedentes cronológicos. ¿Acaso no vivimos tanto de esperanzas en lo porvenir como de recuerdos de lo pasado? Si así es, aun cuando los actos se engranan unos con otros, por cima de esta série, que no es mecánica ni inflexible, existe en el hombre poder para rehacer sobre sus actos anteriores y enlazar la continuidad de los sucesivos á precedentes puestos de nuevo. La única significación exacta del sentido negativo de este concepto se aplica á la *libertad corporal* concebida como poder *para obrar sin coacción exterior*, con disposición completa de nuestro cuerpo y sus órganos, dirigidos según su naturaleza á la ejecución de lo que nos proponemos, sin que se encuentre en ellos cortapisa ó límite para dicha ejecución.

Ni aun á la *libertad corporal* es aplicable la interpretación exclusivamente negativa de esta idea, desde que se reconoce al organismo fisiológico un valor propio, aplicable por igual á las energías anímicas, todo lo cual constituye

fundamento incontrovertible de la *Psicología fisiológica*.

Que no es empeño realizado pero sí asequible lo muestra la serie de consideraciones en que venimos ocupándonos. Si la ley de unidad del pensamiento con lo pensado es semilla que está fructificando, sin que la argucia é ingenio del sujeto puedan precipitar su madurez, si la sistematización general de las ideas es tierra de promisión cuyos límites se delinean allá en lejano horizonte, ya puede proseguirse la ruda labor del pensamiento, señalando en la cultura moderna como signo precursor de aquella anhelada unidad los *movimientos concurrentes*, sincréticos y concertados de la exploración científica con la especulación filosófica.

De estos movimientos concurrentes ofrece prueba y justificación cumplidas la ponderación y paralelismo que se observa entre los estudios ardorosamente proseguidos de la naturaleza, cuya idea se transforma por completo, y los nuevos y superiores conceptos que del cuerpo y de su vida se infieren de aquéllos cual lastre y sedimento de una continuidad orgánica y de una racionalidad insustituible, ya que cuando no se perciben con entera discreción se presienten con gran fuerza de colorido.

A la vez que el moderno experimentalismo reconoce un carácter dinámico, una energía viva en todas las manifestaciones de la naturaleza, que fuera antes estimada como lo estadizo, inmóvil y muerto, descubre el pensamiento actual que el cuerpo, considerado de tiempos atrás como enemigo del alma, posee un *valor psicológico* incuestionable. Basta para probarlo atenerse al paralelismo que resulta entre la diferenciación y perfecciones del sistema nervioso de un lado y la jerarquía cada vez más creciente de los fenómenos psíquicos de otro.

Wundt, Lotze, Ribot y otros muchos ilustres científicos y pensadores convienen en que el cuerpo, *psicológicamente considerado*, es un sistema de instrumentos destinados á concentrar en el interior las influencias de las impresiones exteriores y recíprocamente á distribuir sobre los objetos externos la acción del alma. Es en tal sentido el cuerpo, según ya hemos dicho, órgano de expresión y manifestación de toda la vida del espíritu y medio para comunicar con toda la realidad, revelándose el espíritu en el cuerpo como su signo total y especialmente en la fisonomía como la parte más delicada y complejamente constituída, lo cual confirma el aforismo vulgar « que la » cara es el espejo del alma. » Encontramos, según dice Mantegazza (1), en la fisonomía reunidos en un pequeño espacio, con los órganos de los cinco sentidos, nervios muy delicados y músculos bastante movibles para formar uno de los cuadros más expresivos de la naturaleza humana. Sin que hablemos, nuestro rostro expresa la alegría y el dolor, el amor y el odio, el desprecio y la adoración, la crueldad y la compasión, el delirio y la poesía, la esperanza y el temor... toda la vida multiforme que se desprende á cada momento del órgano supremo del cerebro.

Obvio es por demás que la plasticidad que el cuerpo presta á la vida psíquica ha de alcanzar también á todas sus manifestaciones y á la série de los fenómenos anímicos. Es por lo mismo innegable el *valor intelectual ó lógico* del cuerpo, reconocido unánimemente aún por la más estrecha ortodoxia espiritualista en la importancia concedida al desarrollo de los sentidos para la educación inte-

(1) P. MANTEGAZZA, *La Physionomie et l'expresion des sentiments*.

lectual y para aumentar nuestras percepciones, que descubren nuevos horizontes en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande, á medida que los sentidos ó los instrumentos que multiplican su alcance ofrecen materia perceptible á la atención del espíritu. « Ojos de listo, » cara de torpe », ha dicho siempre la sabiduría popular, presintiendo el valor insustituible del cuerpo en las percepciones, y hoy, corregidos los errores de la antigua Fisiognómica, todavía la ciencia estudia cuidadosamente el ángulo facial y el peso de los cerebros para inducir de tales datos á cualidades determinadas de la inteligencia.

Así es que las excitaciones exteriores recibidas mediante el cuerpo dan á la realidad del alma que se halla en estado *latente* y con una espontaneidad virtual, una dirección determinada que hace después posible su manifestación, como lo prueban, por ejemplo, lecturas en un sentido predominante que dejan huella en nuestra educación y lo que llamamos espíritus soñadores por haber leído muchas obras de imaginación.

Pero anticipemos, contra inducciones anticipadas y sofismas de los denominados de tránsito á que pudiera ir el pensamiento dominado por la preocupación materialista, que excitada el alma por la impresión material sale de su estado latente, rebasa aquel primer impulso, produce, según sus propias leyes, fenómenos que no pueden explicarse solo por el concurso de las actividades corporales y *excede* de las leyes físicas, es decir, que el alma supera siempre el concurso que la presta el mecanismo fisiológico (1).

Esta cooperación se extiende en todas las energías aní-

(1) V. distinción entre *condición* y *causa*, pág. 69.

micas y por tanto en la intelectual á la realidad exterior, con la cual está unido el cuerpo. De este modo la conciencia expresa y traduce en representaciones los movimientos corporales, pero como nuestro cuerpo recoge á su vez en los órganos de los sentidos las impresiones exteriores, se puede afirmar con Leibniz « que la conciencia es » un espejo del cuerpo y mediante el cuerpo un espejo del » universo. »

Abundan en la sabiduría popular los presentimientos y en el arte las llamaradas del génio, poniendo de relieve el *valor estético* del cuerpo, que se patentiza principalmente en todas las manifestaciones de la escultura. Además, el arte en general siempre describe la belleza espiritual en íntima correspondencia con la corporal y el sentido piadoso establece de modo intuitivo y espontáneo una alianza constante entre las cualidades físicas y las interiores, hablando de la belleza de la imagen y concibiendo la sublimidad de la hermosura física unida con la espiritual. Apenas si se puede señalar más excepción contra esta idea y sentido generales que la de la protesta revolucionaria del romanticismo exagerando la ley del contraste, al exaltar en alguna de sus creaciones la belleza del alma reclusa en la deformidad del cuerpo. (Cuasimodo de Víctor Hugo, por ejemplo).

Más complejo pero igualmente patente es el *valor moral* del cuerpo. El cuidado y vigilancia de su salud se ha estimado siempre como base de una conducta honrada, en el supuesto de que es la higiene especie de moral preventiva (1). Aun prescindiendo de lo implícito en las

(1) De tiempo inmemorial se viene considerando la templanza (que es en último término aplicación de la higiene) como una virtud moral.

frases usuales, «ojos atravesados, cara de pocos amigos, » aspecto de santo, etc.», en las cuales se pretende descubrir plásticamente realizadas en lo corporal determinadas cualidades morales, ¿cómo no recordar que el sentimiento del pudor, el rubor y la vergüenza, anuncios de que el sentido moral se despierta, son factores cuya manifestación y desarrollo son paralelos con los propios de la vida corporal?

La moral real y viva, la que se practica y pone en acción, tiene que contar con el factor indispensable del cuerpo. El sér moral de una teoría ética ó de una moral exclusivamente especulativa es una abstracción, un ente de razón que no se encuentra nunca en la vida. El individuo de carne y hueso no personifica ninguna teoría. Ni el estóico puro, ni el cristiano, ni el kantiano, ni el utilitario indiferente se encuentran en el mundo. El corazón humano es un abismo insondable, y la voluntad del hombre es tan compleja que no admite un solo y único móvil, cual si pudiera producir todos sus actos con el rigor inflexible que se deduce un corolario de un teorema ó una conclusión de una premisa. Los hombres hechos de una pieza son, según decía Goethe, héroes de melodrama y no realidades vivas. Los caracteres humanos, aún los mejor formados, son contradictorios.

El más puro idealismo moral, la vida de perfección descrita en el Evangelio, ante la pregunta de aquél que no se satisfacía con la observancia de los mandamientos, es vida de consejo y no de precepto, según reconocen autoridades ortodoxas. La diversidad de los motivos, siquiera se sujete á una jerarquía, es insustituible é impedirá siempre que el agente moral sea encarnación plástica de un solo y único principio de obrar. Aun el orden de lo

justo sería brutal si no estuviera templado por la piedad (*summa lex, summa injuria*); así es que ninguna doctrina moral ni ninguna creencia religiosa conciben á Dios sólo como la suma justicia, sino también como la suma bondad. Pero además la suma justicia resultaría, al menos en la esfera de lo humano, utópica ó quimérica, si no se hallara influída por la utilidad y contrapesada por los demás móviles. La moral que directamente interesa y que gradualmente mejora las costumbres del individuo y de la colectividad es *la que es vivida*, la que toma sus móviles é impulsos de las entrañas mismas del agente moral y del fondo de lo factible.

Con tales advertencias se concibe que la violación del precepto moral hace surgir, ante todo, el sentimiento de un desacuerdo ó desequilibrio de la persona con sus fines, que es á lo que referimos el remordimiento. Pero este es un sentimiento al cual se une alguna perturbación del cerebro y cierta depresión de las fuerzas físicas como consecuencia de la falta, sea efecto del temor á las leyes, á la opinión, ó finalmente, á un celo desinteresado por el bien, traducido en el amor á Dios. En este sentimiento se descubre ya, más que el esbozo, el completo alcance del valor moral del cuerpo. La fealdad corporal, la ridiculez ó grosería de sus movimientos, lo inadecuado de sus esfuerzos (que se significan en lo cómico) son decepciones de nuestra personalidad, si no en el cumplimiento de sus fines, en la elección de los medios adecuados para realizarlos; mientras que en el aspecto contrario la belleza corporal, el ritmo de los movimientos, la habilidad para la ejecución, etc., son elementos del arte moral de que sólo podrá prescindir una teoría abstracta.

La primera consecuencia que produce el remordimiento, al aparecer como desequilibrio entre los esfuerzos del agente moral y la consecución de sus fines, es la de que con él adquirimos la conciencia efectiva de una imperfección, sea en los fines proyectados, sea en los medios puestos en práctica. Nos sirve en tal caso para rehacer sobre la depresión de nuestras fuerzas físicas cual acicate que nos incita á obrar. A ello colabora también el sufrimiento que le es inherente. El dolor del remordimiento es una medicina moral, el tónico que puede restablecer la perdida armonía de nuestras energías.

La virtud curativa del dolor se convierte en un principio activo y enérgico para rehacer sobre nosotros mismos y nuestros actos. Los más sencillos de nuestros actos, lo mismo fisiológicos que morales (si se exceptúan los exclusivamente instintivos) requieren una serie de ensayos y un largo aprendizaje. Para las decepciones del ensayo y para las dificultades sirven el dolor del remordimiento y la perturbación de la integridad del organismo, como aviso y enseñanza de fecundidad indudable.

Estas consecuencias del remordimiento, recogidas en las duras lecciones que la práctica ofrece, prestan al organismo fisiológico el dominio sobre sus miembros y energías, necesario para la hábil y bella realización de sus actos. Parece, sin embargo, supérfluo advertir que no identificamos las condiciones exteriores del cuerpo con la moralidad de nuestra conducta y que no establecemos ecuación entre la belleza física y la bondad de alma, pues no se puede negar que hay individuos, como dice el proverbio, con cara de ángel y alma de demonio y que el arma más terrible del hipócrita consiste en que, según refiere la tradición, imita con el llanto del cocodrilo el de

la madre para atraer la víctima á sus garras. Enumeramos condiciones y causas complementarias que rodean y completan la determinante de nuestros actos.

Y en esta enumeración se ofrece el remordimiento, por lo que toca al valor moral del cuerpo, *como expresión de una ley de integridad de nuestro organismo*. Esta integridad ó armonía es la que se busca en las manifestaciones rudimentarias de las ideas de justicia y de moralidad, propias de individuos y pueblos incultos. Como noción en un principio exclusivamente lógica toma la forma brutal de la reintegración mecánica con la pena del Talión ó de la compensación pecuniaria, siendo fenómeno digno de tenerse en cuenta que individuos y colectividades, víctimas del paroxismo de sus pasiones, dan un salto atrás (atavismo) y recurren en situaciones extremas á la rigurosa lógica del error para encomendar la venganza de sus ofensas al temperamento propio de los salvajes. ¿Quién no observa en los demás y en sí mismo que el talión reaparece lo mismo en las épocas violentas de la historia que en las situaciones difíciles de la vida?

Aquel sentido implícito en el fondo del remordimiento persiste á través de todas las transformaciones de que sea susceptible nuestro criterio moral. El primer elemento consiste en un falso cálculo, cuyas consecuencias (la mala cara que ponemos cuando no conseguimos lo que nos proponemos) son las alteraciones orgánicas que indican la ruptura del estado de integridad ó de equilibrio como eco del mal del individuo. Estas perturbaciones, que afectan principalmente al sistema nervioso, pueden llegar á tomar un aspecto trágico de tan gran alcance que parece demasiado castigo, aun para las faltas más graves. No citaremos más que dos creaciones artísticas de los

géneros más opuestos, la de V. Hugo en su *Leyenda de los siglos* y la de E. Zola en su *Theresa Raquin*, que describen magistralmente los efectos y consecuencias terribles que produce el remordimiento, perturbando la ley de integridad del organismo. Aquellos ojos de brillo inextinguible que persiguen á Caín y que le obligan á huir de sí mismo son el tormento continuo del fratricida y el castigo impuesto por el gran poeta á la conciencia del criminal. El marido de Teresa, asesinado por ella y por su amante, y la paralítica Mme. Raquin son los ojos de fuego, que cual hierro candente hace penetrar Zola en la conciencia de Teresa Raquin y su segundo marido para castigarlos con tan excesiva crueldad que concluyen por suicidarse. Estos desórdenes cerebrales, aun dado el carácter orgánico del remordimiento, efecto del terror puesto en juego por el novelista, no pueden producirse sino como consecuencia de una violentísima excitación de la voluntad y de una lucha que supone la conciencia del precepto moral.

La índole específica del remordimiento moral, cuyas primeras y más sensibles manifestaciones se acentúan en la base orgánica de nuestra existencia, se halla claramente expuesta en dos observaciones certeramente formuladas por L. Arréat (1). La una se refiere á la persistencia del remordimiento por medio de la impresión orgánica, hasta el punto de que la vergüenza de una falta cometida sin testigos es más duradera si las consecuencias de la falta siguen pesando sobre el individuo; así es que la vergüenza de un vicio ya abandonado es mayor cuando se sufre como consecuencia de él una depresión de fuerzas.

(1) V. L. ARRÉAT, *La Morale dans le drame, l'épopée et le roman.*

Concierne la segunda á la eficacia singularísima que atribuimos á la pena para purgar nuestro remordimiento. En el *Heautontimorumenos* de Terencio, Menedemo, que se acusa de haber tratado con excesiva severidad á su hijo, se castiga á sí mismo y se impone privaciones que le consuelan. De igual modo obran el criminal que se entrega á la justicia para recobrar la paz de su conciencia y el ladrón que restituye lo que no le pertenece para sobrellevar su falta como carga menos pesada.

Parece que la noción lógica que constituye el fondo de la idea de justicia (expresada rudimentariamente en una ecuación y llevada á la práctica por el medio brutal y violento del talión) exige una equivalencia, una satisfacción, ya material, ya moral, y que se atenúa el remordimiento á medida que se realiza aquélla. Todo el sentido moral que inspira V. Hugo al protagonista de su novela *Los Miserables*, á Juan Valjean, se halla calcado en esta idea.

Y esta idea, templada en su crudeza primitiva por la complejidad de elementos que se condensan en el agente moral, es un eco y lejano recuerdo de la *ley de integridad* de nuestro organismo corporal. Cuando el remordimiento manifiesta que está violada dicha ley y que por tanto existe un desequilibrio entre los esfuerzos del agente moral y los fines que intenta realizar, nuestra razón no puede recusar la prueba de esta verdad, siquiera sea del orden físico, prueba tanto más admisible cuanto que lo que demuestra concuerda con la verdad del orden moral. La demostración se patentiza en la falta ó perturbación de nuestro organismo y en el sentimiento del deber en el agente moral. La falta orgánica y el deber moral preceptúan lo mismo, la armonía de las fuerzas personales y la pérdida menor posible de energía, es decir, la ad-

quisición y conservación de la fuerza ó *virtud* para adaptar los medios al cumplimiento del fin moral. Así penetra la razón en los elementos complejísimos de la voluntad, amplía su base de sustentación, recogiendo los múltiples móviles de sus determinaciones, y entre ellos los excitantes de nuestro organismo fisiológico para aplicar todas nuestras energías al fin práctico del bien. Estableciendo una exacta correspondencia de nuestra razón con nuestra voluntad (sin olvidar su base fisiológica) podrá ésta, guiada por la primera, constituirse como voluntad racional y como jardinero que ha de cultivar el jardín del cuerpo, condición de nuestra moralidad, logrando así tomar por guía de toda educación el conocido aforismo: *Mens sana in corpore sano*.

De esta libertad corporal, complemento de la interior, carecen el enfermo, el paralítico, el que sufre la imposición de fuerza mayor (el maniatado), etc. No es, sin embargo, la condición fundamental de la libertad interior, la cual, aún en el caso de que exista coacción externa, persiste según reconocían los escolásticos cuando decían: *voluntas, etiam coacta, tamen voluntas est*.

De la libertad interior ó moral es de la que hemos de tratar. Ella es erróneamente interpretada como idea negativa, cual indeterminación ó indiferencia para el obrar; ella es la confundida con el concepto irracional del libre albedrío para refutarla más fácilmente, y es, por último, el blanco al cual dirige todos sus tiros el empirismo científico. Dentro de la absurda excisión proclamada entre el determinismo de la fenomenología externa y la libre iniciativa del principio de individuación se mueve hoy el problema psicológico, alimentando con audacias hipotéticas y con violentas interpretaciones empíricas pro-

pósitos tan extremadamente antitéticos como el de constituir la Psicología sin alma, la Física y Mecánica del fenómeno interior y á la vez la espiritualización de lo material y externo.

El nudo de la dificultad se halla en la lucha cerrada que hoy libra todo el empirismo científico contra la libertad interior. Si aquél obtiene el éxito, si el mecanismo cuantitativo sustituye al carácter teleológico y específicamente cualitativo del principio de individuación; si el determinismo, con lo inflexible de su apreciación cuantitativa, llega á suplir, merced al cálculo, la libertad interior por las ruedas dentadas de engrane rutinario de unos con otros fenómenos, la indiferencia dinámica del tiempo tendrá su eco en la indiferencia cualitativa de nuestra energía y de nuestros actos, y el molde vacío del espacio y del movimiento tendrá su resonancia en la vacuidad de nuestro destino. En este caso, el problema psicológico no se transforma para enriquecerse, sino que queda suprimido y suplantado por el empirismo que proclama principio y fin de todas las cosas una fuerza ciega, que mueve los individuos humanos como se mueven los peones de un tablero de ajedrez.

Importa, pues, fijar exactamente el sentido de la libertad interior, porque de ella depende concebir la vida y destino del hombre como obra, á la cual éste colabora con todo lo que le rodea ó como término y resultante, en parábola inflexible, de una fuerza que toma asiento y vestidura exterior para que se manifieste el maniquí de los individuos humanos.

La libertad interior ó espontaneidad consciente (1)

(1) «La libertad es la espontaneidad misma, á partir del instante » (imperceptible para testigo exterior), en el cual la inteligencia que

consiste en que el agente obra impulsado por motivos internos y propios con conocimiento del fin que persigue. Se halla descrita magistralmente por los Estóicos y en especial por Epicteto. Narra la conversación sostenida entre un esbirro de Nerón y Luteranus, acusado de conspiración contra la vida del César, en los siguientes términos: «Cuando tenga algo que contestar, dice Luteranus, negándose á satisfacer las preguntas insidiosas del esbirro, se lo diré á tu amo. Te prenderán. No veo la necesidad de entrar en la prisión llorando. Te desterrarán. Iré alegre y satisfecho al destierro. Te darán tormento. Les reto á que lo hagan, pues sólo conseguirán torturar mis miembros. Te van á cortar el cuello. Jamás he dicho que mi cuello gozase del privilegio de no poder ser cortado.»

Esta enérgica y expresiva concisión presta relieve escultural á la realidad innegable de la libertad, aun rodeada de todos aquellos límites que la confirman, siquiera impidan de momento (que es á lo más que llega la acción del ciego despotismo humano ó del no menos deplorable de las circunstancias) su ejercicio. Para establecer esta distinción ya queda indicada la que existe entre la libertad exterior ó corporal (ausencia de coacción externa) y la interna ó psicológica (poder de iniciativa en el agente). Además hemos dicho que todo límite (y lo humano los tiene) es á la vez positivo y negativo; de suerte que los propios de la libertad humana *niegan in actu* su ejercicio si faltan aquellas condiciones que constituyen su com-

» implica se convierte en reflexión y es capaz de discernimiento» (espontaneidad consciente). — V. H. MARION, *De la solidarité morale*.

plemento obligado (1); pero en medio de sus negaciones actuales, *afirman in potentia* el principio mismo de la libertad, que subsiste aun impedido su ejercicio, revelándose en las luchas constantes y en las victorias frecuentes que individuos y pueblos sostienen y alcanzan para recobrarla, una vez perdida, y para conservarla si se conquistó antes. Pero aun en el caso (que es el descrito por Epicteto) de que ninguna de las condiciones circundantes abone para su ejercicio todavía la libertad subsiste con energía tan viva y eficaz, que si no puede volcar la inmensa pesadumbre con que sobre ella gravitan las circunstancias, impidiéndole manifestarse, infunde al individuo el valor estóico suficiente para luchar y para morir (*Prius mori quam fœdari*) proclamando con Lutero su libertad y con el mártir su libre adhesión al Dios de la Cruz.

Esclavizado el individuo é impedido el ejercicio de su libertad, se probará que ésta no es un *fuerza creadora*, merced á la cual el agente pudiera dotarse milagrosamente de aquellas condiciones que se le niegan ó de las circunstancias que le faltan, lo cual significa, en último término, una gran verdad, á saber: que no es la libertad el único factor en el mundo, sino elemento *que colabora* con los demás (representados por la necesidad) al cumplimiento del fin común. Pero en medio de tales obstáculos se afirma la libertad como energía de iniciativa propia

(1) Por esta razón hemos llamado á la libertad condición de condiciones ó condición condicionada, y añadimos ahora que, aun siendo don natural, pues radica en el fondo de nuestra índole, necesita ser conquistada por esfuerzo propio, sin el cual su ejercicio flaquea por la base y llama la anarquía, precedente á su vez del despotismo personal ó de las circunstancias.

en el individuo para poder *modificar la dirección de sus actos*. Ordena, combina y modifica el agente libre la dirección de los actos; hállese ésta detenida ante un valla-
dar insuperable, la voluntad arbitraria de un déspota, la fuerza incontrastable de circunstancias adversas ó la falta completa de aquellas condiciones que han de cooperar á la realización de sus propósitos, pues todavía el agente libre tiene eficacia bastante dentro de sí para negarse á estos obstáculos; *perece en la demanda*, afirma su libertad (aunque el ejercicio momentáneo quede férreamente encadenado), reafirma su carácter y se rompe pero no se dobla.

Quizá pudiera aún decirse con Aristóteles que el hombre, en cuanto agente libre, es el padre de sus actos, de la propia suerte que lo es de sus hijos, pues ni aquéllos ni éstos son creados por él de la nada (1).

Voluntad siempre motivada la libre (nunca indeterminada) halla en los motivos que constantemente la rodean las condiciones complementarias para su ejercicio (2). Cuando éstas son totalmente adversas, todavía la libertad, como el heroe griego, puede retirarse á sus tiendas

(1) Este mismo sentido es el implícito en el pensamiento de Schopenhauer cuando dice (*Le libre Arbitre*): «la libertad no puede existir en el *operari*, debe residir en el *esse*» y añade, (*Le Fondement de la Morale*) «*operari sequitur esse*».

(2) Importa fijar bien el papel de los motivos, que son *conceptos* ó *ideas* de la inteligencia. La inteligencia, que es por su naturaleza *representativa* ó *contemplativa*, guía á la voluntad, la indica su fin; pero es la voluntad quien llega á él mediante su poder *automotor*. Cuando un hombre se halla rodeado de tinieblas, permanece inmóvil; al aparecer la luz ve su fin y su camino y marcha. ¿Es la luz quien ha puesto en movimiento sus nervios y sus músculos? Así, el motivo convierte el acto de la voluntad en *posible*, pero no le produce; es la condición previa y no suficiente, la causa *ocasional*, pero no la *eficiente*.» E. RABIER, *Leçons de Philosophie*.

proclamando la realidad del principio mismo, aunque de momento no lo revele con el ejercicio. Sólo ante la multiplicidad de motivos que solicitan la voluntad, se comprende el uso y aun empleo de la iniciativa libre, propia de la energía anímica para combinarlos de modo adecuado al cumplimiento del fin, cuya realización persigue. Ya decía Leibniz: *astra inclinant, non necessitant*, con lo cual queda reconocida la insustituible acción de los motivos, sin negar por ello la propia de la libertad. Merced á la posibilidad de los distintos excitantes, que solicitan la voluntad (sin que siempre sea arrastrada ésta por el más fuerte, como dice el determinismo, pues en tal caso no se explicaría el carácter contradictorio, según el cual se manifiestan las flaquezas de la condición humana), se concibe que el hombre emplee este poder combinador y director en mostrar ante el peligro la serenidad y épica majestad con que da su vida en holocausto por sus ideas y convicciones, cómo en sentido contrario que el agente libre goce del triste privilegio de ser hipócrita, simulando lo contrario de lo que siente y desea para engañar á los demás, aunque sin engañarse á sí mismo. Pone el hipócrita el punto de mira en móvil y excitante, distinto de aquel que en la apariencia contempla y elige; porque ve y percibe á la vez la posibilidad de los varios excitantes ó motivos que constituyen la esfera de acción de su poder libre.

Así es que debemos concebir la idea de la causa libre cual si fuera la de un antecedente, que contiene la posibilidad de varios consiguientes (1). Bajo tal supuesto en-

(1) « No se acusa á una piedra porque cae, ni al agua porque corre. El hombre que se arrepiente de haber cedido á un movimien-

tendemos, contra lo que opina Renouvier, que no es preciso para la subsistencia de la libertad negar el principio, unánimemente admitido por todas las ciencias naturales de la conservación de la energía ó persistencia de la fuerza. No pueden hallarse dos verdades en contradicción (pues la contradicción, que es el símbolo del absurdo, toca en los límites del mundo lógico), á no ser por un examen parcial é imperfecto de nuestra parte, ni es lícito, cuando aparentemente se niegan, preferir subjetivamente una y desechar otra, sino que es necesario (así lo exigen de consuno el buen sentido y la lógica) labrar hondo en el pensamiento y ampliar nuestro análisis para llegar á su conciliación, pues si ambas son tales verdades, desaparecerá su apariencia contradictoria. Así acontece, en efecto, con la libertad y el principio de la conservación de la energía, pues según dice Delbœuf (1), «no implica el ejercicio de la libertad creación de fuerza, y la ley de la conservación de la energía únicamente se opone á que los seres libres creen ó destruyan fuerzas, pero no á que dispongan de las que existen.» La libertad, entendida cual principio que modifica la dirección de las fuerzas que en forma de motivos rodean al sér vivo, no puede ser negada á nombre de la ley de la conservación de la energía. Ésta quedaría contradicha ó negada, cuando atribuyésemos á la libertad un poder genesiaco ó creador (libertad de indiferencia), que introdu-

» to de cólera ó á una pasión cualquiera, declara por lo mismo que
» habría *podido* resistir y por consecuencia reconoce que habría *de-*
» *bido*. Es lo que expresa el poeta en el verso tan citado: *Video me-*
» *liora proboque, deteriora sequor.*» EUGENIE VÉRON, *La morale*.

(1) V. DELBŒUF, *Determinisme et liberté*. *Revue Philosophique*.
T. 13 y 14.

jese en el mundo un agente perturbador del orden; por consecuencia valdrán las objeciones que á la luz de esta ley general se formulan cuando van dirigidas contra el *libre albedrío* ó libertad de indiferencia como poder creador *ex nihilo* de energías y elementos nuevos (1), pero no serán aplicables á la libertad, concebida como poder combinador, que modifica y cambia la dirección de los factores, que le ofrece la conservación de la fuerza.

Admitido, sin excepción alguna, el principio de la conservación de la energía, considerado dicho principio no sólo como inducción empírica, sino como ley racional con carácter necesario, de la futura Filosofía de la naturaleza, podemos todavía llamar la atención sobre dos hechos importantísimos, que señalan taxativamente la esfera de acción dentro de la cual se mueve la iniciativa libre del agente psíquico (2). Estos hechos son: 1.º que bajo la relación del espacio, la dirección de los movimientos puede ser *modificada*, aun permaneciendo la misma su cantidad; y 2.º que bajo la relación del tiempo, las manifestaciones actuales de una suma constante de fuerza pueden producirse en momentos diversos (3) sin que varíe la cantidad de esta misma fuerza.

Se observa, por ejemplo, que en el orden cósmico la presencia de un cuerpo no cambia la cantidad de movimiento, sino *su dirección*, porque el cuerpo representa *resistencia* y la fuerza *impulso*, lo cual es consecuencia de cuanto dejamos indicado acerca de la rectificación del

(1) V. núm. IX.

(2) V. NAVILLE, *La Phisique moderne*.

(3) Ya que todo sér espontáneo, como centro de asimilación específica de fuerzas, puede almacenar y conservar dentro de sí estas mismas fuerzas. V. núms. XII y XIII.

concepto estático y geométrico de la materia por el dinámico de la energía (1). Si ya se observa esta conexión en el orden cósmico, donde el principio de individuación sólo se concreta en grandes masas, cuya individualidad concibe la razón, pero no percibe la experiencia por la indefinición de sus límites ante el horizonte de nuestra observación; se acentúa mucho más, tanto ante la exigencia lógica de la especulación racional como ante la percepción circunscrita de la experiencia en el orden biológico. En él todo organismo es, como indica C. Bernard, una energía plástica que cambia la dirección de los movimientos sin alterar su cantidad, cuya verdad primordial sirve de base para distinguir en todo sér vivo la energía *potencial* de la *actual*. Resulta, por consecuencia, que todo organismo es un almacén de energía potencial, que, al convertirla en actual, puede hallarse dotado de la luz de la conciencia (2) y mediante ella dar á la energía una dirección con iniciativa propia, aunque de ningún modo contraria (que es el error del libre albedrío, cuya contradicción sólo se salva por medio del dogma teológico de la *gracia*) á su naturaleza (ni el hombre puede volar ni ser un Dios), ó bien puede este mismo organismo (por condiciones complejísimas que no es del caso examinar y cuya procedencia genérica es necesario referir á la exaltación del medio natural y al decrecimiento del principio de individuación) carecer de la luz de la conciencia y dejarse arrastrar del mecanismo de fuerzas que le circundan y obsedian y del vendabal de circunstancias que ex-

(1) V. núm. II.

(2) Para inquirir y elegir, dentro de sí y de todo lo que le rodea, medios que le ayuden al cumplimiento de su fin (entelequia aristotélica).

ceden su iniciativa é inflexiblemente se le imponen. En el primer caso, el sér vivo es libre; en el segundo se convierte en un agente mecánico.

Todo el cuerpo humano está sometido al determinismo fisiológico, en cuanto á la *parte ejecutiva* de sus fenómenos (1). Con él ha de contar la energía anímica para introducir é incrustar dentro de la complejidad de condiciones circundantes la iniciativa libre. Consiste ésta en modificar la dirección de las fuerzas, inflexiblemente engranadas por el determinismo, llevando á él la discreción y luz con que dirigimos nuestros actos auxiliados por la espontaneidad consciente. Sin tener presente estas condiciones, existirá constantemente un hiatus, que ahonda el cómodo escepticismo del razonar de bajo vuelo, entre la teoría y la práctica ó entre el dicho y el hecho (2).

(1) La distinción entre la *parte ejecutiva* de los fenómenos, donde tiene su esfera de acción el determinismo, y la *parte directiva*, en la cual se emplea la iniciativa libre, se halla implícita en lo que dice VACHEROT en su bellissimo libro *Le nouveau Spiritualisme*. Dice el ilustre pensador francés: «La libertad no excede la esfera de los
» actos voluntarios; más allá de ellos se encuentra con la acción fa-
» tal de las leyes de la naturaleza. Sólo se obra libremente cuando
» el movimiento que siguió al acto es efecto de él... hablando con
» todo rigor, la libertad está solo en el acto voluntario. Cuando se
» niega la libertad porque no se la encuentra en la acción propia-
» mente dicha, se confunde lo que toda buena psicología ha distin-
» guido siempre. Aunque se demuestra mediante la experiencia
» fisiológica que el acto voluntario, el único libre, tiene casi siempre
» como condición para su ejercicio tal ó cual sensación trasmitida á
» través del organismo, se concluye ilegítimamente cuando se re-
» duce el acto voluntario á una acción refleja sometida á las leyes
» de la mecánica, es confundir la acción con la causa.»

(2) En el segundo de los hechos citados (el de que bajo la relación del tiempo las manifestaciones actuales de una suma constante de fuerza pueden producirse en momentos diversos) se funda mon-

Pero si en la parte ejecutiva hemos de contar con el determinismo, queda y subsiste el postulado de la libertad intacto en la *parte directiva*, es decir, en el empleo de una fuerza dada, que es á lo que refiere Kant su concepto especulativo de la libertad como poder que inicia nueva dirección en los movimientos (autonomía). Para que subsista la libertad no es necesario concebir el agente libre como *autor ó creador* de lo que no existe (el sentido de la creación artística lo confirma), sino como *colaborador* á la obra universal. En una palabra, la voluntad libre es una energía ó una fuerza que *no se crea á sí misma* (*Homo causa sui*), ni crea fuerzas nuevas, sino que modifica el movimiento y dirección de aquellas con las cuales colabora al cumplimiento de su fin. Tal es, en efecto, la acepción que naturalistas y filósofos dan á la idea de fuerza ó de energía. Citemos, en comprobación de lo que dejamos dicho, algunas de las autoridades que se ocupan del asunto. Saint-Robert dice (1) «que por fuerza se entiende la causa que modifica todo movimiento variable;» Delaunay (2) entiende «que la fuerza es causa de la modificación del movimiento» y Naville explica del mismo modo la idea de la energía. Como autoridad definitiva, bien vale la pena de transcribir el pensamiento final del ilustre sistematizador del determi-

sieur DELBŒUF para declarar (V. su trabajo ya citado *Determinisme et Liberté*) que «los seres libres tienen la facultad de adelantar ó retrasar la transformación en fuerza viva de las fuerzas de tensión que poseen en su interior,» y añadir que «basta al individuo para ser libre tener la facultad de no contestar inmediatamente á la excitación que le solicita (espontaneidad), retardando el momento de desenvolver la fuerza que almacena en estado de tensión.»

(1) V. DE SAINT ROBERT, *¿Qu'est que la force?*

(2) V. DELAUNAY, *Traité de mécanique rationnelle.*

nismo fisiológico, del sabio C. Bernard (1), que se expresa en los siguientes términos: « Me limitaré á decir » que el determinismo que el filósofo reconoce en los fenómenos de la vida es *una condición necesaria de la libertad*. No comprendería, en efecto, el sabio que un fenómeno, sea el que quiera, puede manifestarse libremente, no estando regido por ninguna ley ó quedando indeterminado.» Late, pues, implícita en la explicación de C. Bernard la idea que dejamos expuesta de la energía, siendo evidente que allí donde existiera la arbitrariedad ó indeterminación que implica el concepto subjetivo y escolástico del libre albedrío no tendría razón de ser la libertad.

Presentimiento bellísimo de esta fecunda verdad que circunscribe la esfera de acción de la libertad al poder *director y combinador*, se halla en las frases de Páris á Hector (2), « no nos faltará el valor mientras nos quedemos fuerzas, pero es imposible sostener la lucha más allá de donde alcancen nuestras fuerzas.» La libertad solicitada por motivos propios no encuentra en el determinismo ni en la conservación de la energía, cuando va á poner por obra sus propósitos, factores antitéticos que la nieguen ó contradigan, sino condiciones para su ejercicio en la parte ejecutiva de los actos. Así es que yo, como agente libre, no creo fuerzas nuevas, pero dispongo de las que poseo en el momento que elijo para el bien ó para el mal; de suerte que no me es lícito suprimir las leyes que dimanen de la índole de las fuerzas que me rodean, en cuyo caso fuera la libertad principio de desorden y perturba-

(1) V. C. BERNARD, *Problema de la Fisiología general*.

(2) Canto trece de la *Iliada*.

ción, pero sí puedo modificar su dirección é incorporar á la obra general la mía propia (mi iniciativa libre) como *co-agente* y colaborador á ella.

No puede el hombre, por ejemplo, (contrariando las leyes de la naturaleza y entre ellas la de la gravitación) volar, pero sí logra, estudiando el peso específico de los cuerpos, variar su punto de apoyo, modificar la gravitación á que obedece y elevarse en los aires por medio del globo, cuyo cambio en la dirección de la fuerza es obra de su libre iniciativa, que combina y presta impulsos adecuados á las fuerzas naturales. De igual modo es impotente el hombre si trata de privar á la pólvora y á la dinamita de su fuerza explosiva, pero consigue convertirla de elemento de destrucción y muerte en auxiliar de la explotación y fuente de riqueza, aplicándola, mediante barrenos, á arrancar á la tierra sus minerales. En esta combinación, aplicación y cambio, en esta energía directora radica la cualidad libre de nuestra energía anímica, base de la responsabilidad moral, pues según dice Saint-Venant (1), « cuando disparo un arma de fuego puedo librar » á la comarca de un animal dañino ó alarmar la sociedad » matando á una persona honrada ».

No se nos oculta que la consideración de la libertad, bajo el aspecto mecánico, que es como la examinan Naville, Delbœuf, Saint-Venant y Tannery, deja intacto el problema psicológico de la libertad misma que hay necesidad de referir á un agente específico y cualitativo que coopera con todas las fuerzas circundantes al cumplimiento del fin general, ¿y cómo no ha de dejarlo intacto?

(1) SAINT-VENANT, *Accord des lois de la mécanique avec la liberté de l'homme dans son action sur la matière.*

La mecánica, las matemáticas, la evolución y la misma hipótesis determinista tocan y hieren de frente la cuestión en la *cantidad* pero no en la *cualidad*, y de ellas puede decirse lo que Arreat del silogismo (considerado como molde formal de la lógica) que parecen rueda de molino que tritura el grano, prescindiendo de la clase de grano que sea, pensamiento semejante al de Huxley que, hablando de las matemáticas como ciencia de la cantidad abstracta separada de la cualidad, declara que son como el molino que solo puede dar harina de trigo si se le ha echado antes el trigo. Pero tomaríamos abstracciones por realidades si diéramos por inconcusa y aceptable sin límite alguno esta separación completa entre la cantidad y la cualidad, como desea Mr. Fouillée cuando pretende refutar toda explicación que no se funde en su hipótesis de las ideas-fuerzas (1). Después de todo, el principio á que ya hemos aludido diferentes veces de la correlación entre la cantidad y la cualidad se impone aún al examen del problema bajo su aspecto mecánico, y así lo reconoce el mismo Mr. Fouillée cuando discute con Mr. Tannery (2), que concibe las fuerzas como *funciones del tiempo*. Buscando el primero puntos de coincidencia con Mr. Tannery, llega á decir: « El tiempo puede producir fenómenos de » *suspensión* (refiriéndose á las manifestaciones de la fuerza) y de nueva *dirección* como si dispusiéramos de él » en cierto límite, por la idea misma del mecanismo, lo » cual es nueva confirmación de nuestra doctrina sobre la » fuerza eficaz de las ideas. Cuando surge ante la manifestación mecánica de la pasión la *idea* del porvenir,

(1) V. *Revue Philosophique*. T. 14, 15 y 16.

(2) V. *R. Philosophique*. T. 15.

» esta idea produce lo que Mr. Ribot (1) llamaría un fenómeno de detención ó parada (*arrêt*). Lo que distingue el acto exclusivamente reflejo del más ó menos voluntario (2) es la conciencia, la cual supone gastado cierto *tiempo* de la excitación al movimiento devuelto. Colocad en esta conciencia la idea del tiempo y obtenéis una complicación de gran importancia. El sér consciente vivirá por anticipación en el porvenir y tendrá como una reacción del porvenir anticipado sobre el presente, reacción sometida á leyes determinadas y que sin embargo nos revela un ideal de libertad ».

Estas declaraciones de Mr. Fouillée concuerdan con los principios sentados por Delbæuf y principalmente por Naville, á los cuales pretende refutar. Y además ofrecen la prueba palpable de que la idea de la cantidad gravita indefectiblemente hacia la de cualidad, reconocida en su existencia previa ó supuesta como resultante de combinaciones que palpitan en la cantidad misma, sin que esta intrincada cuestión de la libertad y del determinismo se emancipe nunca de una serie de círculos viciosos, cuyo origen hay que atribuir á la *indiferencia* en el obrar (mal atribuída por el determinismo á la idea de la libertad) y al *mecanismo*, que resalta en la hipótesis determinista, y cuya consecuencia más inmediata consiste en desconocer el alcance y la aplicación del principio de la libertad.

¿Cuál es, según lo que dejamos indicado, la esfera de

(1) Este fenómeno es el característico, según hemos dicho (V. núm. XIII), del sér vivo, que se constituye como centro de reacción y asimilación específica de fuerzas, es decir, dotado de *espontaneidad*, base y condición de las manifestaciones del agente libre, ya que éste es sér que obra con espontaneidad consciente.

(2) V. núm. XI.

la voluntad libre? Es *nula* para crear nuevas energías que ya no se hallen en nuestra naturaleza específica (1), ó para dar realidad á factores que no preexistan (2) ó á elementos, con los cuales no contemos previamente dentro de la receptividad universal de que nos hallamos dotados; en una palabra, es inconcebible como generador de la energía potencial, pero es *completa* su intervención en el empleo y dirección del movimiento posible, al par que en el cambio de la energía potencial en actual.

Aunque el agente libre, según dice Naville, no posea más cantidad de fuerza que la que recibe y se asimila del aire, del sol, del alimento y del medio natural y social, basta que disponga libremente de ella para que sea responsable de sus actos. Con este sentido y alcance, nuestra libertad, que es condición de condiciones ó condición condicionada, se muestra *finita en acto* (no se puede realizar todo lo que se quiere ó intenta, porque hay necesidad de tener en cuenta las circunstancias que el determinismo de los precedentes impone á la parte ejecutiva) é *infinita in potentia* mediante el acicate del ideal. Este persiste, aún malogrados los primeros intentos ó ensayos para implantarle en la práctica, sin que el empleo y combinación de los consiguientes (contenidos in potentia dentro de los antecedentes) de su poder director admitan predeterminación fija. Así pasan los hechos, se suceden los éxitos y las derrotas, fluyen y refluyen circunstancias

(1) Lo mismo en lo biológico que en lo psíquico existe como principio ordenador una *síntesis primordial*, que rige y preside el ciclo evolutivo de los seres y al cual marca un límite, que olvida la hipótesis transformista.

(2) Por cuya razón es inconcebible que la evolución ó decurso del tiempo engendre lo que no se halle *in potentia* dentro del germen del sér vivo.

favorables ó adversas, pero quedan y subsisten la virtud y la eficacia regeneradoras de las ideas, obreras silenciosas é incansables de la civilización y del progreso. Quien paga tributo á los primeros factores de una manera exclusiva, persigue el imposible (negando su racionalidad) de firmar pacto con la voluble divinidad de la fortuna, quiere ser siempre y estar al lado de los que triunfan, mientras que los que rinden culto á las ideas dan testimonio claro de su racionalidad y con ella de la persistencia de su carácter (1).

Como nuestra libertad jamás se ejercita vaga é indeterminadamente y siempre se efectúa motivada (*sub lege libertas*), semeja una variable que puede moverse desde *cero á lo indefinido*, sin anularse por completo, ni ser tampoco absoluta. Se acerca al cero ó á la negación, (aunque no desaparece por completo pues se acentúa su naturaleza en medio de las desviaciones que dificultan su ejercicio) cuando el hombre se *hace esclavo de sí mismo* (de sus flaquezas y pasiones) ó cuando se deja llevar del vértigo de los sucesos. Se aproxima á lo indefinido, (aunque sin llegar á ser absoluta porque subsiste constantemente el límite de su índole propia, el de ser poder modificador y combinador no creador) cuando el agente se apropia y domina los obstáculos que de momento se opo-

(1) A esta exigencia de nuestra racionalidad se refiere *la lógica en la conducta, la consecuencia en la vida*, etc., cualidades que constituyen nuestro carácter, acentuándose más y más á medida que vamos venciendo los movimientos instintivos del organismo ó los ciegos acicates de la pasión. Contra el determinismo tiene el hombre el valladar de su racionalidad, que fortalece el carácter y con él aporta á la vida el valioso contingente del elemento director, propio de nuestra libre iniciativa.

nen á su ejercicio, grabando en ellos el sello de su iniciativa personal.

Si se ha de concebir la idea de la libertad, según ya hemos dicho, como la de un antecedente que contiene la posibilidad de varios consiguientes, resultará que la *práctica de la libertad misma* no consiste sólo en su idea, sino en el adecuado concierto de la parte directiva de nuestros actos con la ejecutiva, tal cual la ofrecen las condiciones circundantes del determinismo externo. Sin esta ponderación, á que se refiere *el arte de la vida*, nos movemos de extremo á extremo en una servidumbre interna (con apariencias libres) ó en una exaltación idealista y abstracta de nuestro elemento director, que queda como factor híbrido, si no toma en cuenta, según se dice, las exigencias de la realidad (1). Ambos extremos se hallan magistralmente descritos en la posición contradictoria y absurda del exaltado idealismo de Diógenes y del endiosamiento ciego del héroe macedón. «Eres amo y señor del mundo y esclavo de tí mismo» decía Diógenes con soberano desdén á Alejandro Magno, al que necesitaba sentirse herido para abandonar su creencia de que era un Dios; y añadía el sabio griego, cayendo en el extremo contrario: «Ni te envidio, ni temo; sólo deseo que no me quites el sol.»

(1) La separación y pugna que se establece de modo abstracto é irracional entre *la parte directiva* (fin, idea ó tendencia) y *la ejecutiva* de nuestros actos, da ocasión á dividir los hombres en *teóricos* (idealistas y soñadores) y *prácticos* (doctrinarios y rutinarios), constituyéndose una lucha y enemiga, á que dan margen las *antinomias humanas* (V. nuestro folleto *La Sociología científica*, pág. 143), cuyas tristes consecuencias engendran un divorcio completo entre la teoría y la práctica. (V. nuestro folleto *La sabiduría popular*, págs. 31 y siguientes).

La creencia del sucesor de Filipo y la exaltación del partidario de las teorías cínicas adolecen de igual vicio, aunque por extremo contrario. Mientras el uno se cree libre, porque domina con su poder creciente el determinismo externo, siendo esclavo de sus pasiones; entiende el otro, recluso en lo inviolable de su pensamiento abstracto, que basta tener la idea de la libertad, el elemento director para ser libre, cuando la adversidad de las circunstancias es siempre un valladar insuperable. Ambos extremos se tocan y desde un principio manifiestan su próximo parentesco, quedando en la esfera de la *idealidad*, sin que lleguen directamente á la fecundación de la práctica, mientras no establecen el equilibrio de que venimos haciendo mención entre el impulso interno de la iniciativa del agente y el lastre de las exigencias de la realidad, equilibrio que se lleva á cabo por virtud del progreso humano. Así, el peregrino menosprecio de la vida y de sus grandezas que revela la frase del filósofo griego es uno de tantos gérmenes fructíferos de las manifestaciones que toma el pensamiento humano para hacer surgir del fondo deleznable de lo temporal y perecedero *ideales eternos*, que enamoran, atraen y seducen á las almas bien sentidas y que caen, por paradoja inevitable, en el extremo opuesto; de igual modo que el endiosamiento satánico, que produce el vértigo de las alturas, gravita indefectiblemente hacia el polo contrario, concluyendo por proclamar humo, ceniza y viento las ansiadas y mentidas pompas exteriores. De la exaltación idealista brotan la semilla del estoicismo clásico, la robusta planta del cristianismo, los éxtasis del místico y las sublimes hiperemnesias del asceta; mientras que de la posesión, goce y disfrute del poder exterior (que no va con fre-

cuencia acompañado del dominio de sí mismo) surgen la nostalgia del tenido por dichoso (cuando puede ser imagen de los *sepulcros blanqueados* de que habla el Evangelio), el hastío del satisfecho, el menosprecio y cansancio pesimistas de la vida y la traducción grosera de estas premisas en la consecuencia final de todo idealismo desenfrenado y fuera de su asiento (lo mismo del soñador y místico que del vulgar y pedestre que ataca al enagnado de sí y siervo de lo exterior) en el *Wertherismo* ideal ó práctico como predisposición al suicidio lento del asceta ó al material del descreído.

Tal es el resultado final de esta ausencia de ponderación y equilibrio, que requiere la naturaleza compleja de la libertad, dón que es necesario conquistar y merecer diariamente. Las desviaciones que imprime nuestro subjetivismo á la marcha ordenada de los sucesos siguen su ley propia, pues lo mismo que el error de la naturaleza, la enfermedad está regida según un cánón (aunque á veces se desconozca), la enfermedad del espíritu va impulsada también según leyes lógicas. Y ¡qué cadena tan inflexible y cuán lúgubre hermosura irradia esta lógica inflexible del error! ¡Cuántas y cuán sustanciosas meditaciones surgen ante esta concatenación, jamás interrumpida, del desenfreno de deseos nobilísimos y aspiraciones infinitas con los fracasos continuos y los desengaños sangrientos que ofrecen las impurezas de la realidad! Para que no nos sorprendan, para que el ideal no degenerere en una desesperación estéril ó en un grosero egoísmo ante la radical impotencia de parte del individuo de alcanzar el éxito por sus esfuerzos aislados, interesa en primer lugar, sin caer en las exageraciones de Diógenes, hacerse cargo de que la mejor victoria que puede alcanzar el hombre es la que

logra *venciéndose á sí mismo* y que el más firme baluarte de la libertad es la *libertad interior*. De ello ofrecen prueba cumplida todos los escritores, reconociendo unánimemente que las llamadas *libertades necesarias* y todas las demás políticas y civiles tienen su base y asiento en la libertad interior de la conciencia y del pensamiento.

Se persigue un sueño, cuando se pretende que sin esta libertad primordial sean el individuo y la especie libres, contradicción que no salvará el determinismo, enemigo declarado de la libertad interior y partidario decidido de la externa y política, que nunca puede llegar más que á ofrecer medios y condiciones para hacer viable la primera. El idealismo desenfrenado del estóico, que sonríe con Epicteto cuando se le rompe una pierna, del asceta que se arroja desnudo en un zarzal, del pesimista y del dominado por el *spleen*, que buscan, cual nuevos gladiadores, postura artística para morir, menospreciando siempre la parte ejecutiva, las impurezas de lo real; este idealismo, en la diversidad de sus manifestaciones, implica una negación absurda, una derrota confesada y una retirada de la lucha, que no es siempre honrosa, aunque en muchas ocasiones sea respetable. La exaltación semi-mágica de la individualidad ante el menosprecio del mundo, del cual se huye y cuya comunicación se evita quizá por un orgullo exagerado que dimana de la sobreestima de la personalidad propia, es un síntoma que acusa el vicio de origen de estas manifestaciones patológicas de la energía espiritual. Con su habitual sagacidad se apercibía Voltaire á combatir uno y otro día lo que él llamaba su germen de *hurón*, tendencia que le hubiera obligado á anularse de no haberse acomodado á las imperiosas exigencias de su tiempo y de su época, que encarnaban el elemento de *necesidad*,

dentro del cual tenía que poner por obra su libertad propia. A esta necesidad, que es la ley traducida en el tiempo para regir nuestra voluntad, representando la parte ejecutiva dentro de la cual hemos de engarzar el elemento director de nuestra iniciativa libre, á esta necesidad se refiere la doctrina racional del *medio*, lo mismo natural que social y moral, considerado como factor de nuestra vida (1), (que por esto nos llamamos hijos de nuestro tiempo y representantes del espíritu social). A él hemos de *adaptarnos* y con sus exigencias ineludibles hemos de contar en la delicada combinación que suponen el arte de la vida y la naturaleza compleja de la libertad. Con el medio la acción del individuo se agiganta, sin él se anula, contra él se destruye y desaparece. La ley de la adaptación requiere que el individuo no se aisle, encastillándose en un endiosamiento pueril, sino

(1) Esta doctrina del *medio*, aplicada á todas las esferas y en alguna de ellas exagerada hasta un límite inconcebible, semeja especie de patente, con la cual el determinismo psicológico va filtrándose por todas partes. Si en la política cohonesta un doctrinarismo escéptico que se burla de la virtud redentora de los principios, en la vida del arte implica su aplicación un determinismo contrario á la libre espontaneidad que caracteriza la inspiración artística. Ya hemos dicho (V. nota del núm. V) que la novela psicológica, hoy en boga, es la llamada novela naturalista, que hace Psicología del *medio natural*. Muchos son los críticos que así lo presienten y aun declaran, pues reconocen, por ejemplo, que Zola, como Esquilo convertía al Oceano en un personaje, considera á París cual símbolo de los factores que se mueven en su nueva *Comedia humana* (*Les Rouffon-Mackart*). Las cinco descripciones de París (V. *Une page d'amour*), que se destaca en la diversidad de sus aspectos á través de una ventana del Trocadero y presencia cual testigo indiferente, á veces como juez inexorable, el museo viviente de dolores y miserias de esta epopeya; estas descripciones representan el coro antiguo de los clásicos, y como él son más que complemento, sustitución de la libertad negada á los personajes.

que luche, dentro de las condiciones que el medio moral le ofrezca y acomodando su acción á aquéllas que no rebajan ni dañan gravemente la dignidad y que á veces favorecen el esfuerzo para avasallar *el enemigo interior*, el orgullo. Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles (1) y de que son manifestación el uso y abuso en los seres débiles de los ataques de nervios y de los síncope (reales ó fingidos), va el severo precepto de Espinosa, que prohíbe sacrificar á condiciones subjetivas y variables el fondo real y persistente de los buenos propósitos (2). Aplicando esta norma de conducta á la complejidad (característica de nuestra libertad), dentro de la cual luchan y ante una aparente abdicación de la voluntad se anulan nuestras diversas tendencias morales, es lícito esperar que el hombre forme su carácter, dominándose á sí mismo y haciéndose superior á las contrariedades que le rodean. De tal modo, venciendo el hombre á sí propio, pagando el justo tributo que debe al fin real que persigue, reconocerá (y en virtud de esta idea obrará) que el individuo es *libre en medio del todo* (3), porque oponiéndose á él y dejando de establecer entre la parte directiva y ejecutiva la ponderación que requiere la naturaleza compleja de la libertad, se

(1) Son debidas estas reglas de conducta precipitadamente inducidas á lo que hemos denominado *subjetivismo* del criterio, que se traduce prácticamente en consecuencias tan fatales como las ya notadas en el orden social ó lógico.

(2) Nadie ha superado en estas silenciosas y heróicas luchas contra sí mismo á Goethe, según hemos hecho notar cuando hemos expuesto de qué modo dominaba su excesiva impresionabilidad. V. número XII.

(3) Es decir, libre, á pesar del determinismo de la fenomenología exterior, con cuyo determinismo necesita contar en la parte ejecutiva de sus actos.

anula por completo, mientras que adaptando sus energías á las condiciones que el todo le ofrece (salvo su esfuerzo por mejorarlas) aumenta la virtualidad de estas mismas energías, con lo cual alcanza una *trascendencia para su vida* que excede los límites del presente (1) y colabora, en una existencia temporal, á un fin eterno ó vive, según dice Espinosa, *sub specie aeternitatis*. A la efectividad y exigencia del momento, al sentido de la realidad y á la necesidad urgente se refiere la parte ejecutiva de los fenómenos que han de engranar con el determinismo de las circunstancias precedentes. A la *specie aeternitatis*, á la trascendencia, según la cual el sér racional vive, como con hermosa frase dice Leibniz, en un presente lleno del pasado y preñado del porvenir, corresponde la parte directiva de nuestros actos, el elemento combinador de la libertad, que con el acicate del ideal conduce esta preñez de lo porvenir á la fecundación y feliz alumbramiento, que convierte la utopia primero en hipótesis, después en teoría, más tarde en idea viable, posteriormente en anhelo instigador, y finalmente, en dichosa realidad. La gradual reforma y mejora del individuo, filtrándose en él ordenadamente el *hombre nuevo* dentro del *hombre viejo*, según la frase del Evangelio, y la sucesiva evolución, en su desarrollo social y político impulsado por el acicate del progreso y refrenado por el instinto conservador, son ejemplos en el orden práctico de lo que dejamos indicado en el orden ideal y lógico (2).

(1) V. núm. IX.

(2) «Quien dude de la eficacia de la teoría, recuerde que las especulaciones idealistas de Platon y las sagaces disquisiciones de Aristóteles, condensadas en el gran hecho del Cristianismo, dan sentido moral á toda una edad de la historia (la edad media); quien estime

La síntesis primordial, que implican las manifestaciones de la psíquis, dificulta discernir taxativamente el alcance de la intervención de nuestra realidad espiritual mediante su iniciativa libre en el cumplimiento del fin que la es inherente. A ello contribuye además la perenne convivencia del alma con el cuerpo, que se expresa principalmente en la continuidad del sistema nervioso con la fantasía como punto de cruce de la sensación con el movimiento (1). Entre aquélla y éste (como elementos constitutivos del comercio psico-físico) existe *algo intermedio*, que determina la *dirección y modificación* del movimiento y que es lo que constituye la naturaleza compleja de la libertad.

Al recoger la fantasía ó imaginación en forma de síntesis ó de *imagen* (representación, *vorstellung* que dicen (2) los alemanes) las condiciones que ofrecen el mundo exterior y el organismo como elementos constitutivos del acto espiritual (percepción, emoción é impulso), se apropia, *siente* el espíritu la acción del objeto exterior, rehace sobre ella (3) y á su vez *manda* (intervención

«la teoría como utopia inútil, tenga presente que cuestiones tan estériles en apariencia como las que dieron margen al descontento de un fraile ambicioso, producen la reforma, cuya consecuencia práctica es la consagración de la libertad más preciada del hombre, de la libertad de conciencia; quien entienda que para nada vale lo teórico, observe la teoría hecha carne en el suceso más grande de los tiempos presentes, en la Revolución francesa, que trae á la vida la libertad política». V. *La sabiduría popular*, pág. 35.

(1) V. núm. XII.

(2) Ya hemos dicho que el carácter práctico de la Psicología no se debe al empirismo positivista, sino á Herbart, que concibió la Dinámica espiritual, explicando la vida del espíritu por la lucha de las representaciones.

(3) Tal es, en efecto, la característica de la espontaneidad, V. núm. XIII.

propia y libre) á esta misma fantasía el impulso y determinación de la actividad propia. De esta suerte la fantasía (puente intermediario entre el mundo exterior y el organismo de un lado y el principio interno de individuación de otro) parece que espiritualiza lo corporal y juntamente corporaliza lo espiritual, que es á lo que llama Maudsley con profundo sentido poder *plástico, informador* (1), cuya superior manifestación se halla en el lenguaje (2).

Pero la fantasía no se limita á copiar los elementos que le ofrece la sensación ó no es sólo *reproductora*, en cuyo caso el espíritu sería á lo más agente mecánico, sino que una vez recibidos los elementos sensibles los *da nuevas formas*, los combina según un tipo concebido por el espíritu. Tal es la función propia de la fantasía llamada *creadora ó artística*, que expresa plásticamente nuestro poder de libre iniciativa.

¿De qué modo? No crea la fantasía en el sentido de sacar de la nada los materiales de su tipo ó de su acto

(1) Favorece grandemente este superior ministerio de la fantasía la continuidad inalterable con que en ella aparecen las formas en que los objetos sensibles se manifiestan (espacio, tiempo y movimiento); de suerte que la fantasía posee tiempo y espacio propios, siquiera sean más libres que los del mundo exterior, para señalar en ellos la conjunción de lo espiritual con lo corporal, es decir, para *informar* la síntesis que lo espiritual toma como base de su acción en lo concreto de las impresiones sensibles, pudiendo *espiritualizar lo corporal* al recibir la sensación y depurarla mediante su representación en un tipo ideal (ejemplo los *Universales*) y á la vez *corporalizar lo espiritual* al transmitir el impulso inicial del espíritu al sistema nervioso y después al muscular (de ello son ejemplos el lenguaje y los símbolos, en que traducimos al exterior las concepciones espirituales, como el símbolo de lo eterno entre los egipcios, la culebra enroscada que se muerde la cola).

(2) Sólo en este sentido es válida la afirmación de Maudsley de que *el espíritu se encarna en el organismo*.

(de igual modo que, según ya hemos dicho, no es la libertad un poder creador), sino que los recibe del exterior ó de la contemplación de la realidad espiritual; pero una vez recibidos los materiales los informa en tipo que no tiene correspondencia exterior, siendo *reproductora* en cuanto al material y *productora* de nuevas formas y combinaciones. En este último aspecto, como productora de nuevas formas, la fantasía expresa plásticamente la naturaleza compleja de la libertad, pues la producción no es sólo reunión de materiales, sino su combinación y desenvolvimiento orgánico. Una y otra son factores que modifican y combinan según impulso propio lo ya recibido; se refieren por tanto á la forma que imprimen la fantasía á los elementos que recibe de la sensación y la libertad á las condiciones y circunstancias que el medio le ofrece. Siendo la representación de la fantasía y el impulso informador de la libertad copia aquélla más ó menos fiel de la sensación y eco éste de las condiciones que le rodean, pueden existir en las primeras caracteres que no se reproduzcan fielmente en las segundas (puede la fantasía equivocarse y el agente libre obrar mal); pero nunca fantasía ni libertad podrán suplir los materiales sobre los cuales han de obrar.

Con este sentido de la libertad como poder informador que *dirige y combina* los actos conforma el de la creación artística. Unánimemente se entiende hoy que *el poeta no crea* en el sentido de sacar de la nada, sino en cuanto toma los elementos para su obra de la realidad y de la vida, combinándolos artísticamente. Combinar según ideas, tal es el sentido de la creación artística, distante *toto orbe* de la imaginación calenturienta y arrebatada que pretenda, según decía nuestro Espronceda en su delirante

protesta contra el reglamentarismo rutinario de los retóricos, cantar lo primero que le salte á la mollera.

Resulta pues que la libertad es la forma de nuestra causalidad. Representa el molde, en que expresa el agente responsable su iniciativa y coparticipación para el cumplimiento de su fin, señalándole nuevos derroteros, formas y combinaciones, que *incrusta* (sello personal) en lo que toca á la parte ejecutiva, según lo consienta la flexibilidad de las condiciones del determinismo externo (1).

Omitimos enumerar (ya que los estimamos evidentes) los resultados que para el conocimiento de lo específico de la energía anímica y para la persistencia de la vida moral se deducen de las indicaciones expuestas, y nos proponemos ante todo examinar una consecuencia de capital importancia en el estado actual de la cultura, que se refiere á la anhelada conciliación de la libertad con el mecanismo, expresamente anunciada, desde el campo experimental, por M. Boussinesq, cuando dice (2): «puede » el fisiólogo, sin separarse del más severo espiritualismo, » extender las leyes mecánicas, físicas y químicas á toda » la materia, incluso á las moléculas del cerebro vivo.»

Y antes de examinar este punto, relativo al acuerdo de la libertad con el determinismo ó sea del elemento director de nuestros actos con todas las circunstancias complementarias de su ejecución, séanos permitido, para concluir con este asunto que representa el aspecto más interesante del problema psicológico, volver de nuevo á la consideración de la causa ocasional, que explica aun-

(1) En este sentido suele decirse «lo mejor es enemigo de lo bueno».

(2) V. BOUSSINESQ, *Conciliation du véritable déterminisme mécanique avec l'existence de la vie et de la liberté morale.*

que no justifica el error del determinismo, cuando niega la libertad.

Como la realidad es sintética y orgánica, en cualquiera de sus fases ó aspectos se revela toda ella y se acepta como verdad definitiva la afirmación de que « todo está en todo, » desconociendo la complejidad inherente á la realidad é infiriendo después la subordinación del todo á la parte que constituye el aspecto bajo el cual le examinamos. Se olvida en semejante caso que si las grandes perspectivas de la inteligencia descubren relaciones de homogeneidad entre todas las cosas, la realidad es sin embargo interiormente diferenciada y compleja y sobre todo menos homogénea de lo que á primera vista parece. De tal olvido procede la traducción violenta de lo que percibimos interior y subjetivamente por la realidad misma y su contenido. *Este subjetivismo del criterio*, que nos hace ver las cosas sólo del color del cristal con que se miran, según la frase del poeta, engendra con una completa inversión de términos errores sin cuento y entre ellos el capital de conceder preponderancia exclusiva á la cara ó fase de lo real, que percibimos con exclusión de las demás, lo cual explica la imposibilidad de *objetivar el criterio* y formar percepción exacta de las cosas. Así, por ejemplo, los que de un lado consideran sólo la cantidad, los deterministas estiman que nada queda para la cualidad, que aparece si acaso como *una forma de la cantidad*, único principio que, según ellos, rige el conjunto de los fenómenos. Los que del lado opuesto atienden exclusivamente á la cualidad, los idealistas partidarios de una libertad indeterminada y de indiferencia, hablan de la cantidad como asunto de menor cuantía y la conciben como *forma de la cualidad*, llegando á decir

que la historia del mundo es la historia de la libertad, y que basta que nos creamos libres para serlo en la efectividad, pues la libertad consiste en la idea. (1) Pero aquellos y éstos, todos de consuno olvidan el principio de la correlación jerárquica de la cantidad con la cualidad, y parten del falso supuesto de que las ideas de necesidad y libertad no son sólo contrarias ú opuestas, sino contradictorias cuando la experiencia y la razón concurren á demostrar que son susceptibles de acuerdo en la síntesis compleja de la realidad, en la cual no es todo necesidad ni todo libertad. De esta suerte lo reconocía ya Goethe en su tiempo, al decir que «es nuestra existencia lo mismo que el todo, dentro del cual se mueve, *una inefable composición de libertad y necesidad.*»

XV

La libertad y el mecanismo.

Necesitamos dar aquí por repetidas cuantas consideraciones y citas hemos hecho (2), demostrando que la solución materialista se encuentra desechada en primer término y con autoridad incuestionable por las tendencias que dominan en el naturalismo contemporáneo. El dinamismo general de las fuerzas, la concepción evolutiva de sus manifestaciones fenomenales y el *processus* del desarrollo de la vida natural, eco lejano del *devenir* de Hegel son anuncios por demás significativos, que no

(1) FOULLÉE, J. SIMÓN y especialmente CARO.

(2) V. núm. II.

se compadecen con la idea estática del antiguo materialismo. Podemos sintetizar todas estas diferencias, que en el orden práctico se ofrecen entre el materialismo antiguo y el naturalismo contemporáneo, refiriéndolas á la principal, á la que se debe al *génesis* lógico, que diera de sí causa ocasional, cuando no determinante, para la aparición y desenvolvimiento sistemático de las dos hipótesis.

Con frases de doble sentido y de significación ambigua anuncia esta diferencia Lange (1); con alguna mayor precisión la expresa Hartman (2), pero con una evidencia libre de toda duda demuestra el carácter distintivo entre el antiguo materialismo y el naturalismo actual el estudio de la historia de la filosofía, principalmente en lo que toca al origen lógico de las dos hipótesis. Estimamos la historia de la filosofía como la serie sistemática de estudios reflexivos, llevados á cabo por la conciencia racional del hombre para saberse del principio, en virtud del cual se ha de hallar *la unidad* (sin identificación) *del ser* y del *conocer*, único testimonio posible de verdad (3).

Examinando á la luz de semejante criterio los sistemas filosóficos y sus naturales consecuencias y descubriendo en todos ellos su aspiración latente ó implícita á formar conciencia de tal principio, bien podemos anticipar la afirmación que es consecuencia obligada de la índole del problema, á saber: que, efecto de la naturaleza complejísima de la realidad, prisma de infinitas caras, y resultado de las limitaciones inherentes á nuestra inteligencia, el pensamiento concebido *en sistema cerrado*, sin orien-

(1) V. LANGE, *Histoire du Materialisme*.

(2) V. HARTMAN, *Le Darwinisme*.

(3) V. nuestros *Ensayos de crítica y de Filosofía*.—*La Filosofía en su historia*.

tarse en todas direcciones y *sin abrirse* á las legítimas influencias, según las cuales debe ampliarse el horizonte intelectual, representará siempre *parte de la verdad*, pero no toda ella. (1) Más que presentida, claramente expresada se halla esta afirmación por Jouffroi (2) cuando dice: «La marcha del espíritu humano alrededor de la
»realidad vasta y compleja para percibirla á la vez bajo
»todas sus fases constituye el espectáculo que nos ofrece la historia de la filosofía. Los diferentes sistemas
»son los puntos de vista que ha ido señalando el espíritu humano. *Siempre verdaderos, pero siempre parciales*
»estos puntos de vista adolecen de la falta común á la inscripción que cada filósofo les ha puesto. En vez de
»escribir debajo: *esta es la gran pirámide*, debían haber escrito: *este es el lado oriental de la gran pirámide*; á la historia de la filosofía compete borrar debajo de cada sistema la inscripción pretenciosa para sustituirla con la verdadera.» Semejante y hasta idéntico es el sentido de Renan (3), cuando afirma «que una ley fatal
»condena á toda teoría á ser legítima sólo por mitad y que cada sistema filosófico es un gran *parti pris* que es preciso juzgar no representando toda la verdad, sino ocupando dentro de ella un rango más ó menos elevado.»

Teniendo en cuenta estas consideraciones, la historia de la filosofía puede explicar, sin eclecticismos de nin-

(1) De lo cual procede la necesidad urgentemente sentida de ampliar nuestro criterio científico, determinando de una manera sucesiva especie de *selección intelectual*, que nos libre del exclusivismo y miopía del pensamiento.

(2) JOUFFROI, *Mélanges philosophiques*, pág. 185.

(3) V. RENAN, *Questions contemporaines*.

guna clase, la aparición y desarrollo de los sistemas filosóficos y la necesidad de *abrir* sus moldes estrechos y exclusivos, afirmando la libertad del pensamiento en sus constantes esfuerzos para realizar la empresa que acomete. Si no se consideran los sistemas filosóficos como instantes imprescindibles (prescritos por las leyes biológicas del pensamiento) de la continua evolución de la inteligencia humana, la enseñanza que se desprende del estudio de la historia de la filosofía satisfará cumplidamente nuestro instinto, á veces pueril, de la curiosidad, y aun nutrirá el voraz apetito de la erudición; pero el resultado final será convertirla en *escuela del escepticismo*, que enerve las energías del espíritu humano y ahogue en germen sus más preciados frutos. Aunque es cierto, por tanto, que se repiten y renuevan las mismas cuestiones filosóficas, no lo es menos que cada evolución del pensamiento trae alguna mejora sobre la antigua, aumentando el rico tesoro del saber humano mediante los esfuerzos siempre progresivos de la crítica. (1) Puede, pues, afirmarse que el naturalismo empírico de hoy es reproducción del materialismo antiguo; pero en vez de ser una repetición rutinaria de sus errores, representa el primero un progreso evidente respecto al segundo.

(1) «Toda doctrina que es obra sincera del pensamiento humano debe contener una parte de verdad. Criticar es sencillamente mostrar que esta parte no es toda la verdad; la crítica es el límite impuesto por la razón á los sistemas, que á su vez son limitados por las cosas. Fijando de este modo el término á que ha llegado el esfuerzo de la inteligencia, señala la crítica el punto desde donde ha de partir la indagación, descubre un espacio más allá del ya recorrido y amplía el horizonte intelectual que todo sistema quiere reducir á sus proporciones siempre estrechas.» V. GUYAU, *La Morale anglaise contemporaine*.

El mayor mérito del naturalismo actual respecto al materialismo antiguo procede de que engarza la posición del problema, que en él palpita, con todos los demás de la ciencia y de la vida y muy especialmente de que condensa en el orden teórico y práctico todos los caracteres más salientes y las necesidades más perentorias de la cultura actual. Con génesis lógico distinto, coinciden en algunas conclusiones (quizá en las de más bulto y alcance) el naturalismo contemporáneo y el materialismo tradicional; pero su desarrollo y tendencias se distinguen según veremos en muchos y muy capitales puntos.

Todos los precedentes históricos (y los posee numerosos y de muy dilatado abolengo) del materialismo antiguo enseñan que es hijo de una *Metafísica dogmática*, mientras que son los factores que colaboran al esplendoroso desarrollo que hoy presenciamos del naturalismo empírico procedentes de una *Metafísica crítica*, la de Kant, cuya resultancia definitiva en el orden especulativo conserva, bajo las apariencias de una decantada discreción y prudencia científicas, resabios acentuadísimos de una desconfianza excesiva, rayana en los límites del escepticismo respecto á las fuerzas de la razón humana. No menosprecia el experimentalismo científico de hoy, como lo hicieran precipitadamente las ortodoxias del positivismo de Comte y de sus inmediatos secuaces, el poder de idear, sino que el llamado *Neo-kantismo* ó positivismo crítico admite semejante poder, pero con tales reservas que apenas si se decide (¡cuán nimia audacia en la teoría lógica negada en la práctica por los empeños temerarios de la hipótesis!) á aceptar que sea la razón la experiencia condensada, y ésta, á su vez, la razón dilatada.

Efecto de este criticismo exagerado, que supone por lo menos *resuelto* en forma negativa, problema que el mismo Kant declara sólo *puesto*, es el alcance, sin límite fijo, concedido á la experiencia á costa de la especulación ideal. De esta inconsecuencia lógica y brotando del límite, prematuramente señalado á la inteligencia humana (de ello es un ejemplo el célebre Bois-Rymond con sus enigmas), ha surgido la cortapisa, establecida para el pensamiento, prohibiéndole por completo que ni aun auxiliado por las audacias de la hipótesis lleve al conocimiento general del mundo y de la realidad concepción *a priori* cual molde hecho para encajar en su seno la serie de las experiencias recogidas. Por virtud de esta ruda y lenta labor se cumple el progreso de la inteligencia humana, que conquista verdades parciales, depurando y rectificando lo exclusivo de los errores que sirven de causa ocasional ó excitante para iniciar nuevos derroteros á la reflexión. En la obra del pensamiento no se puede fiar á virtud misteriosa, á poder revelador ó á sabiduría infusa el incesante acrecentamiento de la verdad. Como la luz de la chispa salta ante el choque del acero contra el pedernal, la discreción gradual de la verdad es debida al contraste continuo frente al error. De suma importancia es aquél, con el cual viene coonestado el materialismo dogmático anterior á Kant, y que queda depurado y rectificado por el naturalismo moderno, siquiera se halle la nueva verdad conquistada tocada á su vez de error.

Emancipado el naturalismo de la concepción *a priori*, no comenzó asentando cual hecho inconcuso el desorden, la casualidad y el acaso en su idea general del mundo. Verdad es que no admitió de momento la idea del *Cosmos* como la de un todo ordenado, cual la presintiera

Humboldt en su preciosa obra (1); pero á medida que la experiencia en orden serial iba revelando jerarquía interna de conexiones y relaciones entre los fenómenos observados, iba disponiéndose el pensamiento á concebir la realidad, por lo menos, como un orden jerárquico de relaciones.

Tal resultado es ya la señal distintiva en el orden especulativo y en el práctico entre el materialismo antiguo y el naturalismo actual. Expresamente consigna esta diferencia capital Hartmann, cuando dice (2): «mientras tras el materialismo anterior á Darwin, menospreciando los hechos (3) había negado en absoluto el orden en la naturaleza, el Darwinismo lo ha reconocido de nuevo.» Solo este reconocimiento, verificado en la experiencia diaria, de un orden implícito en la fenomenología exterior y de un ritmo inmanente en la realidad observable, nos parece dato suficiente para esperar de la influencia benéfica de la multitud de factores que contribuyen al progreso del pensamiento, bases y condiciones que fructifiquen en sazón oportuna y den de sí la sistematización de la filosofía de la naturaleza con percepciones comprensivas de la complejidad del mundo que nos rodea (4). *La*

(1) V. HUMBOLDT, *Cosmos*.

(2) V. HARTMANN, *Le Darwinisme*, pág. 151.

(3) Porque le imponía la lógica del error tal menosprecio como consecuencia de su dogmatismo.

(4) Aun cuando presuntuosamente se atribuye de modo exclusivo este y otros triunfos el método experimental, una crítica histórico-filosófica algo detenida podría demostrar cumplidamente, que el pensamiento madre del empirismo moderno está tomado, por una asimilación inconsciente, de la Metafísica de Espinosa y de Hegel. El *natura naturans* del primero, el *devenir* del segundo y la crítica lógica de Kant constituyen, en efecto, la armazón interna de todas las disquisiciones del moderno naturalismo.

ininteligibilidad del mundo de los fenómenos es la premisa insustituible de la futura idealización de la ciencia natural. Síntomas favorables de este renacimiento de la especulación filosófica, rejuvenecida y fecundada por las verdades y observaciones que al acerbo común trae el experimentalismo científico, son la concepción dinámica de la realidad fenomenal y con ella el gradual ascenso de la observación empírica, preparando hoy más que ayer y mañana más que hoy el concierto de la especulación con la experiencia, suprema condensación del *Realidealismus*, que pensadores contemporáneos estiman como símbolo y compendio de la Filosofía científica. Ni en el pensamiento ni en ninguna otra esfera de la vida se cumple el progreso, se realiza lo positivo y el bien y se lleva á cabo el fin deseado y concebido por el acicate del ideal en la dirección uniforme de la línea recta. La compleción creciente, que es característica propia de la síntesis de la realidad, requiere desviaciones parciales, obstáculos momentáneos y dificultades sucesivas, que determinan el proceso de la perfectibilidad, siguiendo línea espiral en dirección compleja y variadísima. Entre estas desviaciones, obstáculos y dificultades se cuenta el afán inmoderado con que el naturalismo sistematiza precipitadamente síntesis prematuras (monismo, evolución, etc.), que por el momento detienen, cual errores parciales, el progreso de la verdad. Pero de esperar es, dada la virtud y eficacia de la reflexión, que estas síntesis prematuras sirvan de advertencias, que enseñen al pensamiento vías y procedimientos cada vez más legítimos para concebir exactamente la realidad. A una de estas síntesis prematuras se debe el error del naturalismo contemporáneo, que después de reconocer el orden del cosmos ha creído poder

explicarlo como el resultado de procesos puramente mecánicos.

La síntesis prematura del mecanismo, bajo el cual se conciben (1) todas las conexiones ya percibidas y aun las que quedan por percibir de los fenómenos de la vida, es una hipótesis que, sin fundamentos para justificar su existencia, resulta insuficiente como molde comprensivo de la complejidad con que se manifiesta la fenomenología exterior. Si ha de subsistir como explicación de las *relaciones cuantitativas* entre los precedentes y consiguientes externos de los fenómenos reales, satisficiendo así una de las funciones propias del procedimiento empírico, la de *integrar* lo homogéneo y común, que es la base y sustentáculo de lo distinto y diferente; ha de ser, como dice Hartmann, á condición de que la hipótesis mecánica se concilie con el principio real de la libertad interior, cuya esfera de acción no puede ser sustituida por una adición cuantitativa de sumandos indiferentes, que adquieren valor en cuanto el agente libre los acepta como *medios cualitativos* para el cumplimiento de su fin (teleología característica de todo sér vivo) (2).

(1) «Acostumbrados á contemplar *exteriormente* el juego de las » fuerzas físicas, que solo percibimos por los *movimientos* en que se » manifiestan; impresionados al verlas obedecer, en sus coincidencias, á las leyes de la mecánica, nos imaginamos que el mecanismo » es el *fondo* de las cosas, mientras que no es más que la *forma*. Así » como la forma no es idéntica con el movimiento, la realidad, en » su esencia, no es idéntica con la necesidad mecánica. La esencia de » la fuerza es la espontaneidad.»—H. MARION, *De la Solidarité moral*.

(2) Nunca creeremos que se insiste demasiado cuando se trata de demostrar *la inconsecuencia lógica*, de que viene viciado desde sus comienzos el positivismo y que alcanza en sus efectos á todo el empirismo actual. Porque después de todo, el problema capital que se debate en aquél y en éste es, en primer término, un *problema*

Pero, ¿cómo podrá conciliarse el mecanismo con la teleología? La disyuntiva es precisa y todo lo concreta que consienten estas realidades que existen en el pensamiento.

Si el orden de los fenómenos, que se revela como un *complexus* y resultante del mecanismo de la naturaleza, no procede de la índole propia de las leyes mecánicas (inmanencia de la finalidad ó principio ordenador intrínseco), sólo existe en ellas como un *accidente*, y por el afán inmoderado de atar todos los hilos de la concreción fenomenológica, huyendo de la indefinición se cae en otra mayor, pues queda por completo indeterminada la esfera de la realidad posible.

Por el contrario, si el orden de los fenómenos cósmicos es una consecuencia ineludible de las leyes mecánicas y dimana de su índole propia, sin que dicho orden sea

lógico, tocante al orden y realidad del conocimiento ¿Desconocemos por completo, como pretendía la ortodoxia primitiva del positivismo, el *quiditas* ó cualidad específica de las cosas? Pues es contraproducente *cualificar* lo conocido al *cuantificarlo*, según viene haciendo con sus síntesis prematuras el naturalismo corriente. ¿Existe, según revela la marcha del pensamiento en la historia, una correlación continua entre la cantidad y la cualidad hasta el punto de que el conocimiento de la una implica y requiere el de la otra y vice-versa? Pues en tal caso es imprescindible reconocer la radical impotencia de los métodos experimentales para llegar al conocimiento de la diferenciación cualitativa y específica de los objetos que integran la realidad. En uno y otro caso el positivismo antes, el empirismo hoy, pecan gravemente contra las leyes más rudimentarias de la lógica, y su pecado se traduce después en inconsecuencias que alcanzan al orden real y práctico hasta un grado que ni siquiera es presumible ante una consideración puramente genérica. Es para ello necesario poseer la *ingenuidad* profunda y bien sentida de Littré, que reconoce haber salido fallidas y quedado desmentidas por la práctica muchas de las tenidas como verdades positivas.

sólo un resultado, sino que se manifiesta como efecto de un principio ordenador que adapta los fenómenos como medios á la realización de un plan; habrá posibilidad de conciliar el mecanismo con la teleología como la consecuencia más fecunda del principio de libertad, que sirve de condición para que se lleve á cabo, lo mismo en la lógica que en la realidad, la segunda función propia del método empírico, la de *diferenciar* como elementos cualitativos los fenómenos en lo que tienen de varios y distintos, sirviendo de *medios* para el cumplimiento del fin general. Es decir, que se reproduce, ante ésta como ante toda concepción puramente naturalista y empírica, dificultad insuperable cuya solución no pueden dar satisfactoriamente la hipótesis organicista (1), ni la mecánica, pues implican ambas conjeturas el absurdo de que lo inferior ha de engendrar lo superior y el órgano ha de crear la función.

Volviendo á los extremos de la disyunción, preciso es reconocer que en el primer caso la *casualidad* (es decir lo desconocido é indeterminado) viene á ser el factor decisivo de la presencia del orden (dualismo en que se halla Hæckel), cuya solución es impotente hasta para el resultado preconcebido que busca, pues, como ya dejamos indicado, la indeterminación alcanza á la esfera de la realidad posible, identificada con la *x* de lo inconsciente que no puede ser ley ni principio ordenador de relaciones, ya que su existencia es exclusivamente lógica y sólo tiene aplicación á lo irreflexivo, es decir, al límite temporal de nuestro saber (2). En el segundo caso, si concebimos

(1) V. núm. VI.

(2) V. núm. XI.

que es el orden cósmico consecuencia ineludible de la índole de las leyes mecánicas, hay que aceptar la *idea teleológica* como parte integrante de la del mecanismo, reconociendo que es inherente á este poder la producción de actos conformes con un plan (1).

Conciliados el mecanismo y la teleología, fácil es concebir la misión del agente libre como principio dinámico, que en la diferenciación cuantitativa que efectúa entre los elementos que le rodean, con su poder director y modificador del movimiento (convirtiéndolo de mecánico en

(1) La dificultad que implica la conciliación del mecanismo con la teleología, estimada por el empirismo cual obstáculo insuperable, procede de un error de método y del olvido de la distinción necesaria entre el antecedente *cronológico* y el *lógico* ó explicativo. (V. n.º XI). Ateniéndose exclusivamente el empirismo al orden cronológico, según el cual surgen y se desarrollan en nuestra inteligencia los pensamientos en serie sucesiva, concibe el mecanismo (que es la forma exterior, según la cual percibimos los fenómenos) como símbolo de toda la realidad, cuando es por el contrario una abstracción formal de nuestra inteligencia. Halla después el empirismo el ritmo en los fenómenos considerados como mecánicos, y en vez de aplicar la ley del orden invertido entre lo cronológico y lo lógico, y por consiguiente, concebir que la teleología (posterior en el orden cronológico) es el antecedente lógico y explicativo del mecanismo, entiende que es el orden ó adaptación de los medios al fin una simple resultante, *casual*, *fortuita* é indeterminada. Aunque se precie de una circunspección exagerada el empirismo, evitando diligentemente invadir el terreno propio de las especulaciones ideales, siempre se hallará dentro del círculo de hierro del dilema lógico y real que le imponen las exigencias de la práctica y las leyes de la inteligencia: ó el orden es inherente é intrínseco al mecanismo (finalidad interna), ó es un resultado casual y fortuito (lo cual es un absurdo) de los fenómenos mecánicos. Para aceptar el primer extremo (que es el único racional), el empirismo debe reconocer desde el comienzo de sus observaciones el *postulado racional* del orden y declarar después *resultado* y *substratum* (en conformidad con aquel postulado ó supuesto) de los fenómenos mecánicos este mismo orden, conciliando el mecanismo con la teleología.

coordinado, adaptado al fin, vivo y racional) *colabora* al cumplimiento del fin general (1).

Muchas de las objeciones que puedan formularse contra la conciliación del mecanismo y la teleología, quedan implícitamente contestadas por el sentido crítico y doctrinal que nos viene guiando en este trabajo. Es con entera seguridad el criterio que se impone al examen del problema psicológico (el de la sucesiva reconstrucción del concepto, concertando á la luz de la conciencia la especulación con la experiencia) el más adecuado para concebir esta conciliación, previniendo objeciones que puedan dimanar, ya del orden práctico, ya del especulativo.

Con cierta apariencia de rigor lógico combate Hæckel la teleología, declarando que es hipótesis propia de inteligencias infantiles, cuando dice (2) que del mismo modo que un salvaje, asombrado por la contemplación de una locomotora, la dota de un espíritu extraordinario y personifica en ella cuantas cualidades desconoce, el metafísico, que se extasía y maravilla ante las percepciones de conjunto ó síntesis de su pensamiento, concibe para explicar el mecanismo que los empíricos desmontan y desengranan con sus análisis un poder trascendental, cuya personificación, por la tendencia antropomórfica de la imaginación creadora, señala la coincidencia del arte, la religión y la metafísica como manifestaciones igualmente distintas de la ciencia experimental.

Rearguye acertadamente Hartmann (3) á Hæckel, y declara que el ejemplo va contra su tesis; pues del mismo modo que el salvaje considera con razón la locomoto-

(1) V. núm. XIV.

(2) V. HÆCKEL, *Histoire de la creation naturelle*.

(3) V. HARTMANN, *Le Darwinisme*.

ra como signo de una inteligencia superior á la suya, y cuya admirable apropiación á un fin no disminuye de valor, porque se conozca cumplidamente su mecanismo; somos también nosotros lógicos, cuando contemplamos el gran mecanismo del cosmos y lo interpretamos como manifestación de una inteligencia superior á la nuestra, verificando y comprobando dicha idea en el mismo grado en que vamos percibiendo el conjunto y detalles del mecanismo cósmico. Puede, por consecuencia, recordarse una vez más y autorizadamente el antiguo aforismo de que poca ciencia ó inducciones superficiales desvían el pensamiento de la idea de un principio ordenador (Dios); pero que la resultancia definitiva del proceso lógico en toda su complejidad, cual proceso empírico-ideal, debe llegar á conclusiones enteramente distintas.

En igual sentido se expresa Mr. Janet (1) cuando distingue la *finalidad intrínseca* (conciliable con el mecanismo) de la *extrínseca*, que es producto de inducciones precipitadas, de síntesis prematuras ó de cándidos optimismos, más propios para ganar adeptos al ateísmo que para afirmar al creyente en su fe (2). Tal como examina Mr. Janet el problema, quedan intactos los derechos de la ciencia positiva y los de la metafísica. La finalidad no excluye el mecanismo, porque los materiales empleados para realizar los fines perseguidos en la naturaleza (*la parte ejecutiva* de nuestros actos) (3) estén sometidos á las leyes mecánicas; la finalidad no es la permanencia del

(1) V. P. JANET, *Les causes finales*.

(2) Entre los que más han abusado de la idea de las causas finales se pueden citar FENELON y B. SAINT-PIERRE, flagelados por la crítica ingeniosa de VOLTAIRE en su zumbona novela de *Cándido*.

(3) V. núm. XIV.

milagro, como el agente libre no es el autor ó creador de lo que no existe; coordena aquélla como dirige éste hacia su fin series de fenómenos, sin violar las leyes físicas á que se hallan sometidos. La ciencia cumple su misión al inquirir en la fenomenología que observa sus causas mecánicas; porque sin éstas los fines de la naturaleza permanecerían en un estado ideal y los de los seres vivos concentrados en sus gérmenes; pero yerra cuando se opone á la indagación de las causas finales, porque en este caso integra y no diferencia. El orden físico y mecánico no excluye la finalidad. Para probarlo Mr. Janet repite la objeción que ya indicó Hartmann discutiendo con Hæckel y considerando los dos términos de la disyunción, razona de este modo: «Si el orden existe en el mundo sujeto á leyes matemáticas indiferentes por sí mismas, ó la resultante del orden es un accidente efecto de la casualidad, ó existe un principio ordenador que dirige el presente hacia lo porvenir.» Bajo este punto de vista sintético (1), propio de la especulación, distinto del analítico, predominante en la experiencia, el mecanismo, que obedece á las leyes matemáticas como enlace entre sus di-

(1) En esta síntesis se debe considerar la *causa final* con una existencia *potencial* ó ideal, anterior (en razón y jerarquía) al hecho mismo que la expresa en su existencia *actual*. HARTMANN, (*Philosophie de lo inconscient*), distingue acertadamente cuatro *elementos* en la causa final. 1.º, representación del fin (idea, que corresponde á su existencia potencial); 2.º, representación de los medios; 3.º, realización de los medios (parte ejecutiva, en la cual entra el mecanismo para determinar la existencia actual del fin. *Et verbum caro factum est*); 4.º, cumplimiento del fin. Se observa, por consecuencia, que el orden de la ejecución reproduce en sentido inverso el propio de la representación, y que lo que es lo último (fin) en la ejecución es lo primero en la representación (idea del fin) según el aforismo escolástico: *Quod prius est in intentione, ultimum est in executione*.

versos elementos, está también subordinado á una ley de armonía, símbolo del interés supremo de la naturaleza, expresado hasta por los mismos empíricos, cuando reconocen con Goethe «que la naturaleza es un gran artista» por la simplicidad de sus procedimientos en la división del trabajo.

Si del punto de vista exclusivamente natural pasamos, sin abandonar el criterio empírico, al histórico, al social y al propiamente humano, en los cuales las leyes mecánicas no dominan con la inflexibilidad con que se realizan en los fenómenos cósmicos, sino que se traducen en una gradual y progresiva adaptación á medios cada vez más adecuados para el cumplimiento del fin general, podremos recoger multitud de observaciones y casos, en los cuales el mecanismo lucha, pero acaba por conciliarse con la teleología. No queremos con lo dicho expresar que el mecanismo natural, el de todos los fenómenos cósmicos, no sea también gradualmente adaptable á las exigencias del fin, pero en él las observaciones y pruebas han de recogerse, según indican Lamark, Darwín y aun el mismo Hæckel en un lapso indefinido, aunque siempre muy largo del tiempo, referido á las transformaciones lentas de faunas y floras en el medio natural y de órganos y aparatos en los seres vivos (1).

(1) Así como hemos observado (V. núm. XI) que la experiencia fisiológica no explica ni da idea adecuada de la vida y del organismo, pues halla en la célula y en el protoplasma *elementos irreducibles á los métodos empíricos*, sin que las síntesis químicas den más que resultados parciales, y éstos ayudados por la intervención del *medio natural* (principio de orden que no percibe la experiencia); del mismo modo tenemos que reconocer aquí que la Psicología empírica, necesariamente mecánica, se encierra en un callejón sin salida, de que es expresión el dilema formulado por Hartmann y

¿Cómo es asequible una explicación racional de la historia y sus luchas, de la vida social, á que colaboramos, y de las contrariedades inherentes á nuestra existencia individual? Todas estas luchas se inician y se continúan por la rémora y obstáculos que el mecanismo tradicional y de los hábitos (rutina) opone á las crecientes exigencias de la teleología, que se traduce como agente motor é innovador en el acicate del ideal, y si de momento triunfa el primero, en su hora y sazón oportunas la ruda labor de la historia da la victoria al ideal y á la teleología por las graduales apropiaciones del mecanismo al mejor cumplimiento del fin. De otro modo, no se podría concebir la perfectibilidad del individuo ni el progreso de la especie, sino que sustituiríamos lo propio y cualitativo de los agentes, que cooperan á la obra social, por moldes abstractos ó fórmulas vacías, según veremos al examinar las formas de expresión de la hipótesis mecánica en el determinismo evolucionista.

Más fácilmente perceptible, aunque siempre dentro de una complejidad sistemática, característica de todo lo que pertenece al orden teórico-práctico, es el acuerdo del mecanismo con la teleología, considerado en la realidad psicológica del individuo. Puntualizar taxativamente de

7 Janet, al no aceptar la teleología como *synthesis primordial*, que rige y dirige todo el mecanismo fenoménico. Bien está que al comienzo del proceso empírico se dé á semejante síntesis, aun intrínseca en lo real, el alcance sencillo de un supuesto ó postulado de la razón; pero cuando esta síntesis surge, renace, vuelve á aparecer, y cada vez toma mayor relieve al término de toda experiencia, hay que declararla ley de la realidad á la vez que de nuestra inteligencia. En el primer aspecto se presenta como principio real, ontológico y ordenador, y en el segundo como principio formal, explicativo y lógico, y en ninguno de ellos contradice ni niega aquello que precisamente ordena y dirige, es decir, el mecanismo.

qué modo se concilian el mecanismo (hábito) de los precedentes con la teleología (virtud previsora de la iniciativa libre) dentro del individuo es empresa encomendada á la observación propia, y que debe ser llevada á cabo, teniendo en cuenta el factor importante del tiempo. En él se cumple y traduce á la práctica la ley de la continuidad racional de nuestra existencia, que consagra y convierte en realidad positiva muchas de las que á primera vista parecen contradicciones y antinomias de nuestra flaca condición.

Seremos siempre víctimas del *subjetivismo* en el criterio, no llegaremos jamás á *objetivar* nuestro punto de vista, si no cuidamos diligentemente de observar la serie de procedimientos diversos por medio de los cuales en nuestra vida individual *el vino nuevo* llena los odres viejos, es decir, nuestra libertad reforma nuestros antiguos hábitos. Por demás interesante estimamos desde luego consignar la manera cómo se realiza este hecho total, no instantánea ni repentinamente, sino por procedimiento lento é inalterable en nuestras apreciaciones y juicios. Cuando éstos se trasforman por completo, cuando rectificamos nuestras primeras apreciaciones al modificar el apasionamiento con que estimamos cosas que fueron, y al apreciar ciertos acontecimientos, según dice el poeta, á *inmensa distancia de la vida* (1), fuerza es reconocer que á la suma de los precedentes se añade la intervención de otro factor, cuya obra lenta se cumple dentro de la marcha sucesiva del tiempo.

Frecuentemente la sabiduría popular, con ciertos re-

(1) A distancia de la vida que tuvieron los acontecimientos juzgados.

sabios escépticos y con no pocos ribetes pesimistas, repite como verdad de hecho « que la hora de la muerte es » el momento de las alabanzas, que sólo se ensalza á los » muertos, que á ellos únicamente se les hace justicia, » quizá porque ya no estorban ni llenan hueco. »

Aunque pueda parecer de momento supérflua, es necesaria la explicación del hecho. Tal vez la malicia inherente al razonar de bajo vuelo encuentra justificación en muchos casos, cuando violando el sagrado de las intenciones, atribuye los móviles determinantes de los juicios favorables á los que fueron, á flaquezas y debilidades de los que son. Pero sin negar el fundamento que tiene esta malicia recelosa del sentido común, no nos resignamos á creer que el único móvil de la alabanza al que fué y del vituperio al que vive consista en la horrible lucha por la existencia ó cruenta batalla librada por las concupiscencias materiales y morales que anidan en la quebradiza vasija del organismo humano.

Nos parece el asunto algo más complejo y desde luego no se compadece con nuestro criterio aceptar como verdad incuestionable que, efecto del negro velo que la ruín envidia extiende por el cielo del pensamiento, sea la justicia un pagaré á larga fecha cuya realización haya que esperar de la muerte. Sin caer en la necia candidez de un optimismo insustancial y exclusivamente teórico, contra el cual argumentan con páginas sangrientas los desengaños recogidos en abundosa cosecha por todos en su experiencia propia, no se nos alcanza el motivo para inclinarse y caer al extremo contrario (1) en las insulsas jere-

(1) Las hipótesis relativamente opuestas del optimismo y del pesimismo son por igual inaceptables y falsas. Toman ambas como

miadas de un pesimismo exotérico, contra el cual protesta siete veces al día el acicate invencible de nuestro instinto de conservación; porque, después de todo, ¿es verdad, como entiende la sabiduría popular, que sólo la falta de envidia respecto á los muertos es la que determina la exactitud de nuestros juicios? ¿Es cierto, como ha dicho un escritor humorista, que lo bueno, lo noble, lo digno de encomio y de elogio tiene para ser reconocido que sufrir *la ley del optimismo de la distancia*? Aunque el hecho es general, tiene sus excepciones honrosísimas, pues no todos los genios han necesitado pasar por el calvario del hambre, del olvido y del abandono para ser consagrados y reconocidos como tales, ni de otro lado es la especie humana tan perversa como se esfuerza en pintarla el negro humor del pesimista. Más que del ruín sentimiento de la envidia, proceden las falsas apreciaciones del ardor de la lucha y de la *miopía* del criterio con que juzgamos.

base para concebir la vida y único criterio para explicar la realidad el *criterio subjetivo* de la sensibilidad. Como ésta más se presta á ser sentida y explicada y su elemento representativo se halla en proporción inversa del emocional (V. núm. XII), resulta, dada la *verdad parcial* del criterio posible y engañoso que se acepta, que la vida á veces parece buena y en ocasiones semeja infierno de dolores. Por tal razón debemos desechar ambas hipótesis y contra la desesperación pesimista, que lleva al quietismo y á la inacción porque se estiman ineficaces y malas la acción y la vida, lo mismo que contra el optimismo sofista, cómodo y perezoso de los árabes que conduce á la indiferencia y al abandono, porque todo se fía á ley superior que nos arrastra hacia un bien soñado, hay que proclamar el *meliorismo* ó sea la doctrina que enseña que el hombre es dueño de su destino y de su vida y que en ella obtiene los resultados á que se hace acreedor, consagrándose á su perfectibilidad y trabajando por el progreso de los demás. (V. nuestras *Cuestiones contemporáneas*, *El Pesimismo*, y además nuestro folleto *La Sociología científica*, páginas 151 y 152).

Aparte esta consideración, conviene no olvidar que todo hombre de alguna representación funda sus valiosas condiciones en el relieve innovador que da á la empresa que acomete, con lo cual hiere lo tenido por definitivo y bueno en la rutina uniforme á que conduce la fuerza del hábito. Así es que lo mismo en la vida individual que en la social es preciso detener la crítica histórica cuando se llega á lo contemporáneo, á lo que existe á nuestro alrededor. El hervor de la vida social que nos circunda y dentro del cual nos movemos, agita las pasiones, suscita intereses contrapuestos y mezcla los elementos objetivos de nuestros juicios con el subjetivismo endiosado del orgullo.

En medio de condiciones tan desfavorables se perturba la serenidad del ánimo, se ofusca la discreción reflexiva y se ausenta por completo de la inteligencia, la imparcialidad, sobreponiéndose á todo el interés propio, la tendencia de escuela ó el fin exclusivo de partido. Por otra parte los anhelos innovadores contradicen lo que existe. El *beati qui possident* se revuelve airado contra el que se mueve, y desea el cambio, y resulta (como dice el proverbio árabe) que el que está bien, descansando en la cómoda posición horizontal, se siente molestado por el que pretende desalojarle del lugar que ocupa sin ver en él más que el deseo de sustituirle, y éste, á su vez, protesta contra el que viene detrás con mayores impulsos y con idénticas aspiraciones. Y en esta incesante contienda, cada cual percibe y juzga desde su punto de vista y quizá la razón del primero consiste en la sinrazón del segundo é inversamente. Dentro de esta movilidad continua de la lucha diaria, la contingencia que envuelve el secreto de lo porvenir condiciona favorablemente para un cálculo

de probabilidades, pero no ayuda para formular juicios definitivos ni exactos. Hay que aplazar éstos para la resultante final de la lucha, es preciso esperar á que se restañen las heridas, á que las represalias no se sucedan como las oscilaciones de los platillos de una balanza que no está en el fiel. Así se dice « que el tiempo es el crisol definitivo de toda verdad », « que la distancia da colorido optimista á las negras tintas con que hemos recargado nuestros juicios », y finalmente, que con la muerte, con el no sér comienza para lo que ha desaparecido una nueva vida, la consagración por el espíritu colectivo de todos aquellos nobilísimos empeños que han intentado y perseguido los mineros de lo ideal. Mientras el ideal lucha por tomar carta de naturaleza en la vida, adquiriendo el relieve escultural que presta la concreción de lo real y positivo; mientras el ardor de la contienda persigue destruir lo que estorba para sustituirlo con lo más fecundo, la flor de las energías espirituales se consagra por entero á ensayar aquí y allá á toda hora y en todo momento y ante las exigencias vertiginosas de la lucha, medios que le conduzcan á su fin, y de esta suerte el espíritu innovador individual ó social semeja Proteo, revistiendo multiplicidad de formas y si ayer era canto de sirena, sueño de profeta, utopia de reformador, es hoy energía viva, tensión práctica y fecundación gradual de semillas esparcidas para ser mañana interés consagrado y ulteriormente grito de guerra ó desesperación ante el temor de su posible muerte (1).

(1) Por esto se dice que todo ideal es un Cristo, que ha de llevar la pesada cruz y sufrir el cruento Calvario antes de conquistar la palma del triunfo, que le da derecho á la existencia y á la vida.

Por el contrario, cuando personas y acontecimientos han dejado su estela luminosa en la complejidad de la existencia humana, fructificando su desarrollo con nuevos gérmenes, viene la crítica histórica, libre de la herumbre de pasiones encontradas y de intereses contrapuestos, y acompañada de la imparcialidad á que convidan el lapso de tiempo transcurrido y el silencio que sucede al término de la lucha á formular sus juicios sin la miopía anterior.

Mientras la acción del tiempo colabora á que fructifique el espíritu innovador, debemos evitar en lo posible *vivir al día*, confundiendo la apariencia con la realidad. Para ello huyamos los fanatismos de todas clases, que sobreponen lo subjetivo á lo impersonal; cumplamos cada cual en su esfera y dentro de su círculo de acción la empresa grande ó pequeña que hayamos acometido, fiando sin temores pueriles, ni desconfianzas débiles, ni desalientos injustificados, en que podrá faltar á veces la acción individual, pero que si ésta trabaja hondo y recio, nunca se moverá en el vacío, siempre encontrará el auxilio y cooperación del todo social, cuyo ritmo no altera ninguna impaciencia, y cuya virtualidad fecundiza cuanto es y existe con la semilla siempre fértil de lo que será; fe racional sin fanatismos es la que mueve las montañas; la del sectario es la que engendra la superstición y el error. Esta fe racional ha de alentarnos para dar por establecido el acuerdo en la vida social entre la teleología y el mecanismo, y en la vida individual entre la libertad y el hábito. Si alguna duda cupiera aún sobre este punto,

Aunque la ley general de la tolerancia dulcifica, no suprime este período de prueba.

las relaciones y conexiones que diariamente podemos observar en nosotros mismos entre la libertad y el hábito disiparían por completo todo género de incertidumbres.

El hábito ó repetición de un mismo acto, que aumenta nuestra virtualidad activa (*fit fabricando faber*), pues nos proporciona facilidad y prontitud en la ejecución de los actos, es lo más parecido con la naturaleza, por lo cual se le llama *una segunda naturaleza*. Pero no crea fuerzas nuevas que no existieran en el sér vivo (1); aumenta con el ejercicio, el poder de las que ya posee el sér vivo, y si acaso las combina en nuevas formas ó direcciones, que por eso se llama el hábito segunda naturaleza, porque supone una primera que perfecciona. Se puede de este modo puntualizar el alcance del hábito.

«El efecto más importante del hábito, según dice Mr. Lemoine (2), es establecer entre las diferentes partes del tiempo, que simplemente se suceden para los objetos incapaces de hábito, *una relación* (3), sin la

(1) Como segunda naturaleza perfecciona el hábito la primitiva, pero no crea otra distinta, á lo cual se oponen los límites inherentes al germen ó síntesis primordial que preside el desarrollo del sér vivo en todo su ciclo evolutivo y la conocida ley psicológica de que el hábito lucha contra el hábito. La *especialidad* de los actos y la constitución primitiva del sér vivo se oponen constantemente á las inducciones precipitadas, que tomando base del hábito, formula el transformismo.

(2) V. A. LEMOINE, *L'habitude et l'instinct*.

(3) La relación establecida por el hábito entre las diferentes divisiones del tiempo se refiere á la *continuidad* ó enlace formal de unos con otros actos de la vida, que en cuanto obedecen todos ellos en medio de su múltiple variedad á un fin común, necesitan producirse continuamente, dando de sí un orden ó estableciéndolo en el mismo desorden (ley de periodicidad en las enfermedades, leyes lógicas del error, etc.) merced á la espontaneidad característica de los seres vivos, y por ende de los seres susceptibles de hábito. Esta continuidad racional explica los caracteres propios de toda energía

»cual la vida es imposible. El pasado no existe; el por-
»venir no es aún; sólo es real el presente; pero ¿qué es
»el presente? Como dicen á la vez Platón, Aristóteles y
»Leibniz, es un punto sin dimensión; es el *límite siempre*
»*móvil* que separa lo que ha sido de lo que será; de suer-
»te que el presente mismo es incomprensible para los se-
»res que duran. Fijar este perpétuo *venir á ser*; consti-
»tuir un presente positivo con estos elementos negativos;
»hacer que dure este presente; convertir este punto ma-
»temático en una línea ó en un sólido; resolver la difi-
»cultad de detener el tiempo, que nada detiene, tal es la
»obra del hábito.»

Resulta, por consiguiente (y ya veremos más adelante que tomando uno solo de los elementos de la complejidad del hábito se induce erróneamente al transformismo evolutivo) que á la conjunción y síntesis de la experiencia con la previsión bajo el principio de la identidad de nuestro sér se refiere principalmente el efecto más importante del hábito, y del cual son todos los demás consecuencias indefectibles (1).

Si mediante la forma continua y enlazada que da el hombre á su voluntad con el hábito aumenta su poder, mediante la iniciativa propia y sustantiva (poder director) que con la libertad presta á esta misma voluntad, la abre nuevos horizontes.

espontánea (que no son aplicables á las fuerzas mecánicas), á saber, la *fatiga ó cansancio*, el *desarrollo gradual* mediante la edad y la *perfección ó progreso*. V. nuestro *Manual de Psicología*, pág. 42.

(1) El hábito que da continuidad y enlace á los diversos momentos del tiempo, infunde á éste una *racionalidad* que le hace servir al cumplimiento del fin propio del sér vivo. Cuando hablamos de «las exigencias del tiempo,» de «lo prematuro y estemporáneo,» nos referimos á la falta de continuidad racional entre los distintos instantes de la sucesión.

De este modo ambas formas, la libertad y el hábito, representan la primera la *parte directiva* y el segundo la *parte ejecutiva* que los precedentes imponen á la realización de nuestros actos (1), y las dos juntas rítmicamente ponderadas, la fuerza acumuladora y conservadora del hábito y la innovadora y progresiva de la libertad son condición inexcusable para la racionalidad y el orden de la vida individual y colectiva. Si ésta se produce exclusivamente dirigida por el hábito, se convierte en rutina que extratifica la energía anímica, y si se mueve impulsada sólo por la libertad, sin el contrapeso del hábito, va á la anarquía y á la licencia, que perturban su ritmo. Para ponderar y equilibrar ambas formas se suceden en el individuo las luchas interiores y en las sociedades los impulsos revolucionarios y las reacciones. Así es que el espíritu racional, el individual y el colectivo, obra con iniciativa propia mediante su libertad y en colaboración con el medio circundante mediante el hábito. Del concierto entre ambos resulta la *solidaridad humana*, que nunca queda por completo anulada, pues la relativa preponderancia del hábito ó de la libertad no acusa jamás exclusión de la forma que se halla por el momento supeditada. Nada prueba más cumplidamente esta conexión interna y subsistente entre la libertad y el hábito que los actos denominados por Descartes y Hartley de *automatismo secundario* para distinguirlo del primitivo de los animales (2).

(1) V. núm. XIV.

(2) Este automatismo se observa, por ejemplo, en el acto de andar que hemos aprendido guiados por las impresiones de los sentidos y por repetidos ensayos experimentales (el titubeo y oscilación del niño al dar sus primeros pasos hasta que se suelta á

Acontece (la observación propia lo comprueba) que, consecuencia del hábito, ha obtenido la voluntad libre una gran habilidad para la ejecución de los actos; y entonces la voluntad cede y cede, porque es superflua la intervención de su iniciativa, en cuanto no hay necesidad del esfuerzo antes gastado (al formar el hábito) para ejecutar los actos.

A primera vista semejan los actos debidos á hábitos muy arraigados ser independientes de la voluntad libre y aun parecen ejecutados con un automatismo casi idéntico al de los fenómenos mecánicos. Pero este automatismo secundario se explica, sin caer en los errores del mecanismo, de igual modo que hemos explicado los casos del relojero que no oye los relojes en marcha, y del molinero que duerme con el ruido de la piedra y se despierta con el silencio que produce su detención (1).

No existe en tales actos más que una relativa preponderancia del hábito, pero la ausencia temporal de la voluntad libre no implica su negación completa. Sigue latente la voluntad libre en la ejecución de dichos actos, siquiera no se manifieste, mientras no se presenten dificultades nuevas que no pueda vencer nuestra habitual fa-

andar ágilmente) y á veces por la facilidad que imprime el poder del hábito continuamos andando, sin que tengamos conciencia efectiva (actual) de los movimientos que ejecutamos. Así acontece cuando paseamos distraídos y hablando, sin percibir que andamos mucho, hasta que la fatiga nos lo advierte. De igual manera se explica, como lo afirman testigos dignos de fe, que soldados fatigados por las largas marchas, continúan avanzando profundamente dormidos (y el caso observable fácilmente de dormirse uno que va montado á caballo), y que los criados indios encargados de mover grandes abanicos, sigan aún dormidos tirando y soltando la cuerda que produce el movimiento.

(1) V. núm. XI.

ilidad, adquirida por la repetición. Ejemplo de ello es que andamos, sin intervención directa de la voluntad, cuando paseamos absortos en una conversación, pero tropezamos, sentimos alguna dificultad ó molestia, y la voluntad se pone en seguida en acción. También hablamos á veces con una tan fácil locuacidad (exuberancia de palabra) que no necesitamos recurrir á nuestra voluntad reflexiva; pero si tratamos de hablar una lengua extranjera que no poseemos como la propia, en seguida el acto habitual, semi-automático de hablar, se convierte en reflexivo, es decir, gravita hacia la voluntad reflexiva de donde procede.

Establecido el acuerdo en la vida social de la teleología con el mecanismo y en la propia del individuo de la libertad con el hábito, se comprueba que es toda nuestra existencia (1) un compuesto de *necesidad* (*parte ejecutiva* de los precedentes, *mecanismo* y fuerza del *hábito*) con la *libertad* (*parte directiva*, *teleología* é *impulso* de la iniciativa del agente libre), sin que se conciba ni explique la vida, general ó individual, más que mediante el contrapeso del instinto conservador del hábito por el impulso innovador de la libertad y viceversa.

Constituye este resultado el punto de conexión de la Psicología con la Moral para precisar, mediante la solidaridad humana, el desarrollo de lo que hoy se denominan sentimientos *egoístas* y *altruístas*; con las ciencias sociales ó sociología para puntualizar el cruce de la energía individual combinada con las influencias del medio circundante; con la Historia para fijar la intervención insustituible en el decurso y marcha de los sucesos del ins-

(1) V. final del núm. XIV.

tinto conservador y del acicate del ideal ; y superiormente con la Cosmología y la Metafísica para concebir la realidad toda en una compleción gradualmente acentuada y diferenciada que nos sirva de condición favorable si hemos de *objetivar* nuestro criterio científico y cercenar de él los errores que abundan en las síntesis prematuras del empirismo actual.

En las consideraciones expuestas queda reconocida á la hipótesis mecánica su realidad efectiva ó parte de verdad, que se expresa en lo usualmente denominado *lógica inflexible del hecho* ; pero cuanto dejamos indicado respecto á la *inteligibilidad* de los fenómenos implica la exigencia, olvidada (ya que no desconocida) por el mecanismo de llevar el análisis científico de frente y paralelamente, ateniéndonos á la diversidad de factores que integran la realidad. Prescindiendo de uno de ellos, la cualidad específica y diferencial del principio de individuación, nada más fácil que dar por percibida toda la realidad según el color, que previamente hemos puesto en el cristal ó lente, de que vamos á hacer uso.

Este subjetivismo formalista del criterio hace que el pensamiento se atenga sólo y exclusivamente á la observación exterior del juego de las fuerzas físicas y sus movimientos que obedecen á las leyes mecánicas, y entonces nos *imaginamos*, como dice Marion, que el mecanismo es el *fondo* de las cosas, mientras que no es más que la *forma*. En este caso, lo que queda relegado al olvido es el *impulso cualitativo* que revela la índole específica y diferenciada de las energías que obran en nosotros y en el mundo.

Este impulso cualitativo y específico, que se manifiesta como sedimento y residuo de toda experiencia (substra-

tum) y como supuesto de toda inducción, es término lógico y á la vez factor real reconocido por Spencer, cuando señala como ley general de la vida el tránsito *de la uniformidad á una variedad armoniosa*. Esta ley de progreso que, como dice Guyau, implica un carácter teleológico, fué denominada por Spencer *evolución*. Pero aun revestida de fórmulas mecánicas, necesita la evolución, como dice el mismo Spencer, «efectuarse en el sentido» de un desenvolvimiento creciente de la individualidad; » se puede decir, añade, *que es una tendencia á la individuación.* »

Sea, por tanto, la que sea la naturaleza de los factores y elementos que engendran el engrane mecánico de los fenómenos, una vez que, según hemos hecho notar, el naturalismo contemporáneo reconoce orden, ritmo y ley en el cosmos (á diferencia del antiguo materialismo), ha de recurrir dicha teoría para justificar esta su concepción de la realidad, ó á un plan y finalidad intrínseca en los seres, ó á una indeterminación fortuítá y casual. Repugna el empirismo actual este último extremo y aun le estima como anticientífico, pues habrá de concluir reconociendo una finalidad intrínseca en los seres vivos. Si por pruritos escolásticos, por preferencias de método ó por una consecuencia aparatosa se opone al reconocimiento de este factor capitalísimo, declarando *a priori* su existencia como base y supuesto, *substratum* y residuo de la fenomenología externa, tendrá necesidad, pues á ello ha de impulsarle la lógica que existe también en el error, de concebir al término de sus procedimientos empíricos la resultante definitiva de sus observaciones reducidas á una incógnita, que es el principio cualitativo, dinámico y de diferenciación, propio de la energía psíqui-

ca. En efecto, se anuncia en los límites específicos que como síntesis primordial pone á todas las perspicuidades del análisis, resalta en lo típico y característico del ciclo evolutivo de cada sér vivo y adquiere relieve innegable en todos aquellos actos que constituyen la plenitud de la vida racional, señaladamente en los actos *intencionales* donde el *fin* precede á la ejecución como guía que da de sí norma y conducta (1). Cuantos expedientes arbitre cual recursos de última hora el moderno empirismo para salvar esta contradicción lógica y á la vez real, habrán de gravitar indefectiblemente hacia este obligado supuesto. Para no citar más que dos ejemplos, ¿quién que haya leído la obra de Hartmann, no ha pensado en seguida que lo *inconsciente* es el mismo principio de toda Metafísica y Ontología hasta con los atributos de providente y bueno? ¿Quién, además, que haya meditado las últimas conclusiones de la Enciclopedia científica de Spencer, no descubre en su principio de lo *indiscernible* el fondo caótico de todo lo cualitativo y específico (que ha menospreciado en el análisis), y á cuya sombra indefinida el célebre sabio inglés delinea un optimismo insustancial

(1) Lo *inestable* de lo homogéneo y lo *estable* de lo heterogéneo, ley según la cual dice Spencer que la *individuación* llega á ser *perfecta* constituyendo el carácter definitivo de la humanidad (V. su *Sociología* y sus *Principios de moral*), es una nueva prueba para corregir el mecanismo, puesto que á la integración cuantitativa sucede, en el sistema del filósofo inglés, la *diferenciación específica*. Dejando aparte las interpretaciones exclusivamente físicas que Spencer hace de la ley moral, puede decirse de su doctrina con Guyau (V. la *Morale anglaise contemporaine*) «que la doctrina de Spencer aspira á confundirse con la de Kant. El ideal de la sociedad *definitiva*, siendo cada uno libre en su individualidad, recuerda el *reino de los fines* y el concepto de la *individuación*, el del sér, que *obra por sí y para sí.*»

que encomienda la virtud y eficacia del bien y de la justicia al decurso inalterable del tiempo?

Quizá no pueda señalarse carácter más comprensivo del empirismo actual en la diversidad de sus manifestaciones que el que dejamos indicado. El empirismo es, en efecto, *una concepción cuantitativa, matemática y abstracta* de la realidad. El formalismo impera en absoluto, y cuando lo cualitativo y específico persigue al pensamiento como la sombra al cuerpo, los metafísicos empíricos se refugian en lo inconsciente, en lo indiscernible ó en la incógnita, que declaran insoluble, á pesar de haberla dado ya por resuelta, cuando no trasladan la dificultad (inherente al problema) del individuo á la especie y de la realidad viva á la indefinición del tiempo, que es lo que hace la hipótesis de la *evolución determinista*, en cuyo examen vamos á ocuparnos.

XVI

La evolución determinista y el Monismo.

Circunscrito el empirismo científico al razonamiento en serie, que la observación sucesiva de los fenómenos le ofrece, niega la libertad como principio dinámico y de diferenciación cualitativa entre los múltiples elementos y factores, que en montón indefinido se muestran en la concreción efectiva de lo real; se opone á concebir el orden del cosmos más que como una resultante cuantitativa de antecedentes cronológicos; considera las conexiones que percibe entre los fenómenos cual concatenación impuesta por la marcha inflexible y rítmicamente sucesiva

del tiempo, y explica la realidad y la vida como lucha entre factores que dan indiferentemente el triunfo á aquel que ha acumulado dentro de sí más fuerza y más energía. Para el empirismo científico, la realidad efectiva, la presente y actual es simple resultante matemática de los antecedentes cronológicos, sin que lo porvenir, el acicate del ideal, la previsión de lo que ha de suceder, la anticipación del pensamiento puedan variar un ápice de la línea inflexible ya fijada por un determinismo, que es después de todo una idea preconcebida para torturar la interpretación del pensamiento.

No detiene en su error al empirismo la consideración atendible y verificada en la experiencia misma por los ensayos de síntesis química de que en lo orgánico y en lo psicológico, como dice Ribot, *el todo no es igual á la suma de sus partes*, porque es un todo racional y no de suma. Y una vez admitido tal error, inquiere con diligencia excesiva la *causa* de los fenómenos en la *condición* que les precede, olvidando la distinción entre ambas (1), y pretende explicar la vida sólo por sus antecedentes cronológicos como si la complejidad de la existencia fuera repetición monótona de lo que ya ha sido, y cual si, según hemos dicho, no viviéramos de recuerdos y á la vez de esperanzas é ilusiones de lo porvenir. Concebida de tal suerte la vida, adolece de igual vicio su forma propia, ó sea el tiempo, representando para el empirismo un todo de suma en el cual se adicionan indiferentemente los instantes (que son diversos) de su duración como cantidades homogéneas y la *racionalidad* que debe presidir á los momentos de la sucesión, y que se traduce en el

(1) V. núm. VII.

enlace continuo del hábito (1) desaparecen por completo, sin que halle medio de expresión dentro de tales hipótesis el factor de lo cualitativo y específico, en cuanto queda reducido el presente á ser repetición del pasado. Y ya en este punto el pensamiento, la lógica marcha inflexible á su resultado final, formulando la siguiente conclusión, que implica la idea madre del determinismo: «conociendo los diversos elementos de lo pasado, conoceremos el presente como repetición de lo pasado, y por tanto el porvenir, que es sólo posibilidad del presente.»

El determinismo psicológico (base del cosmológico y metafísico, cuya más alta expresión es el Monismo) es un error del método exclusivamente experimental. Su vicio de origen consiste en considerar erróneamente el organismo individual (y más tarde el medio circundante) como un *receptáculo pasivo*, moldeable por la excitación exterior, cuando es un *coeficiente específico*. La lógica del error es tan sistemática como la de la verdad, y cuando el empirismo científico desconoce la espontaneidad (2), ha de concluir negando el principio de individuación, cuya base orgánica hemos referido á la unidad del sér vivo.

Mientras el verdadero método (empírico-ideal) consiste en integrar el principio de lo real y diferenciar su contenido cualitativo, el experimental suma en serie las condiciones genéricas y los antecedentes cronológicos, relegando á lo inconsciente el *substratum* ó característica diferencial de lo cualitativo. De la verdad de que todo estado psíquico tiene su correspondiente fisiológico no se

(1) V. núm. XV.

(2) V. núm. XIII.

puede inferir á la identificación del primer elemento con el segundo, ya que son iguales las razones que militan en pro de la asunción de uno por otro orden de la realidad y viceversa. Integrar sin diferenciar, que es lo que hace el método experimental, atribuyendo al determinismo un poder genérico de que carece, es sustituir el montón por la suma, la serie por el orden (1), la identificación, que precipitadamente iguala lo distinto y lo vario con lo homogéneo y semejante, por la racionalidad, que combina lo uno con lo múltiple.

Las dificultades inherentes á este determinismo formalista están reconocidas expresamente por autoridad nada sospechosa, por Mr. Ribot, que dice: (2) « Cree-
»mos haber explicado un hecho complejo, cuando por
»simplificaciones sucesivas lo hemos referido á sus ele-
»mentos constitutivos, lo cual es verdad en general; pero
»en el orden biológico y psicológico, la síntesis hecha des-
»pués del análisis no es idéntica á la síntesis anterior al
»análisis. Aquí el todo no es igual á la suma de sus par-
»tes.» Como la síntesis primitiva y germinal, propia de lo que hemos llamado con Aristóteles causa final, y con C. Bernard idea directora, es un *todo racional* que rige y preside el desenvolvimiento percibido en análisis empírico, no puede jamás el *complexus* de la vida sustituir á su idea directora. Si nos atenemos únicamente al resultado que percibe el análisis empírico, conocemos las condiciones en que se manifiestan los fenómenos vitales; pero se nos escapa el *spiritus intus*, que es el eje central

(1) «Filosofar es percibir las diferencias y semejanzas; no es sólo unificar, es también distinguir.» H. MARION, *De la solidarité morale*.

(2) V. RIBOT, *L'Hérité*.

de las conexiones empíricamente observadas. Aprehendemos intelectualmente la cáscara y arrojamos la nuez, revelándose el determinismo como la concepción de un molde lógico abstracto, cuya forma vacía é indiferente no acusa ni el indicio más lejano de lo cualitativo, que en él se concreta. Así lo reconoce también Mr. Ribot en las siguientes frases: «Semeja el determinismo la suma »de las condiciones vacías y de las posibilidades puramente lógicas de la existencia; atenerse sólo al determinismo es atenerse á la forma de las cosas más que á »su realidad (1). Hay necesidad de inquirir que es este »desconocido, en qué consiste la realidad que se oculta »bajo el determinismo psicológico, el fin, hacia el cual »tienden en cada sér los procesos vitales» (2). Del fondo del empirismo surge la necesidad lógica y práctica de la idea directora como principio ordenador del *complexus* de fenómenos que se observan empíricamente.

¿Cómo se salvan, al menos en la apariencia, estas dificultades enteramente inexplicables para el determinismo? Por medio de la evolución y del transformismo, es decir, reincidiendo en el mismo error, pues se introduce como cualitativo un elemento de cantidad que es el de la forma sucesiva del tiempo. Con él sólo se consigue alejar indefinidamente la cuestión, sin darla salida y aplazarla sin resolverla. Se admitan con algunos naturalistas cambios bruscos que influyen en el desarrollo del sér vivo y

(1) Prueba de que el determinismo es un molde abstracto y vacío del cual excede la realidad de los fenómenos que le integran, es que, como dice Secretan, «*nadie es determinista en la práctica.*»

(2) «El determinismo explica la *serie* de las cosas y la manera »según la cual se suceden en el tiempo, pero no dice *nada de lo que »son*», FOUILLÉE.

en el proceso de las energías que libran el combate de la vida dentro del medio circundante; se acepten con otras transformaciones lentas que en un tiempo indefinido y muy dilatado producen los mismos resultados; ó bien se adopten los cambios bruscos y á la vez las transformaciones lentas, siempre resultará referida la virtud genésica que ha de resolver la dificultad á la acción indiferente del tiempo. Sigue, pues, el método experimental integrando sin diferenciar.

La evolución es *ley formal* que expresa el modo, según el cual se suceden los fenómenos; pero la *indiferencia dinámica* del tiempo se opone á que se considere la evolución como un poder productor, como una causa diferenciadora de lo cualitativo de los fenómenos. Han coincidido en este punto dándole precisión y alcance, los presentimientos del arte, las anticipaciones de los pensadores y las experiencias de los científicos. Los hermosos y esculturales contrastes magistralmente descritos por Goethe en su Werther, entre los sombríos sentimientos que se apoderan del alma de su héroe y la espléndida exuberancia de una naturaleza primaveral; las antítesis que pone de relieve Byron con su inspiración habitual entre el negro y tormentoso horizonte que arrastra su genio al abismo de la muerte y el cielo sonriente de Grecia, son reconocidos también por Renan, por Hæckel y hasta por los mismos experimentadores, sin que el tiempo sea factor, que aisladamente por sí cambie ó pueda modificar el fondo cualitativo ó específico de los acontecimientos que en él se suceden (1). La sabiduría popular sabe

(1) «El tiempo es en sí indiferente», FOUILLÉE, *Causalité et Liberté*. LEIBNIZ decía: «El tiempo no es una realidad, una fuerza,

también que usa como frases metafóricas las de « buen tiempo » y « mal tiempo », entendiendo que la cualidad buena ó mala se refiere á lo que cambia y se sucede dentro de la indiferencia del tiempo. El tiempo sólo vuelve gradual y sucesivamente las hojas del libro de nuestro destino, pero su impotencia es radical si se pretende que altere ó cambie una de sus letras.

La evolución en el tiempo da de sí una *unidad cuantitativa* (suma de elementos que, si tienen aspectos homogéneos, poseen también cualidades diferentes) que supone el olvido del principio de correlación de la cantidad con la cualidad hasta para precisar, como dice Lange, la jerarquía de las relaciones. Tomada *grosso modo* la afirmación de que la Lógica equivale á las Matemáticas del espíritu como las Matemáticas á la Lógica de la naturaleza (ó que son idénticos el mecanismo y el logismo, según dice Wundt), el método exclusivamente experimental y los procesos inductivos de que usa y abusa han de concluir en un *nihilismo formalista*. Atrae, seduce y enamora el *quantum*, la fuerza; se desconoce, se olvida y menosprecia el *cuale*, lo específico (1).

Prueba cumplida de lo que indicamos ofrecen las enseñanzas de la Historia de la filosofía. La degeneración de la filosofía escolástica, desviada del sentido doctrinal de Santo Tomás, convirtió el pensamiento á un *tradicionalismo empírico-inductivo* que cuidaba con insaciable diligencia de aumentar la *extensión lógica* de los conceptos, suprimiendo de ellos las cualidades ó notas constitutivas

*una causa, ni por consecuencia, un principio de cambio y movimiento *que obre por sí*, sino que es una relación y un orden entre las realidades.»

(1) V. final del núm. XIV.

de su intensión. Guiada exclusivamente por semejante procedimiento, la inteligencia llegaba al concepto de completa extensión sér, ente ó algo que carecía, por esfuerzo de abstracción, de toda nota y cualidad intensiva. Esta filosofía verbal, que huye y evita el estudio de lo intensivo y específico condenado á una abstracción sin límite, termina revistiendo de formas lógicas una realidad creída ó supuesta, pero no conocida y observada. Cuando el génio gigantesco de Hegel construye su portentoso sistema idealista, llamado con sumo acierto catedral del pensamiento, pone en acción estas ideas abstractas ó conceptos puramente lógicos, sedimento final de la escolástica, y llega á decir, con apariencia paradógica, pero con lógica inflexible, « el sér es la nada » (*Das sein ist das nicht*); porque para llegar á concebir el ente ha sido necesario prescindir, de abstracción en abstracción, de lo intensivo y específico que constituyera su realidad (1).

El procedimiento abstracto de la Escolástica, que es estático, el *devenir* hegeliano, que es dinámico, y la evolución determinista, que es fenoménica, son *formalismos lógicos* que necesitan ser integrados, plenificados ó cualificados, el primero por la creencia dogmática de un creador que interviene milagrosamente en el decurso de los sucesos, el segundo por un poder genesiaco, que es el movimiento de la idea, y el último por una energía cósmica, reducida á una x por el *Deus ex machina* de lo inconsciente.

(1) La *abstracción* de la Escolástica, el *devenir* de Hegel y la *evolución* naturalista, la primera dogmática y teológica, el segundo molde metafísico, y la tercera un formalismo al cual se adapta la fenomenología externa, fueron y son, ante todo, un gravísimo y trascendental *problema lógico*. Iniciado por la Escolástica con la célebre cuestión de los *Universales*, entre nominalistas, realistas y

La evolución no puede dar de sí más que lo que posee una forma de sucesión de los fenómenos, completamente indiferente, en medio de su dinamismo continuo, frente á lo cualitativo y específico que dentro del tiempo se desarrolla. Como el todo de una adición no puede ser más que la suma de las cifras ó sumandos de que se compone, la evolución, que es el todo de los momentos sucesivos del tiempo, no puede explicar el pensamiento por la fuerza mecánica, si no intercala subjetivamente en la operación nuevas cantidades y factores distintos. Pero la idea evolucionista como hipótesis implica ya lo que niega el empirismo, cayendo en una de sus muchas inconsecuencias lógicas. Al aparecer en la historia del pensamiento, divide y aun separa el positivismo en toda cuestión científica el *cómo* (que es para él lo cognoscible)

conceptualistas, y cortada según usos del tiempo hasta con recursos de fuerza, quedó aplazado y quizá presentido en su solución definitiva por Santo Tomás con su conocida fórmula: *Universalis sunt ante rem et in re*. Reproduce el problema, aunque con nuevo tecnicismo, por Hegel, alcanzó un predominio relativo la solución extrema idealista,* contra la cual surgió después (según la conocida máxima de que la razón del uno consiste en la sinrazón del adversario) la protesta empirico-positivista. Pero en la primera como en las dos últimas se debate lo mismo (legitimidad del valor real que concedemos á nuestros conocimientos, sean empíricos ó ideales), y las tres hipótesis lógicas son formas vacías, de las cuales excede y trasciende el fondo intrínseco de lo que palpita en el problema. Para su solución con carácter definitivo enseña la historia del pensamiento y aun concibe la razón que es preciso proclamar (aceptando el método empirico-ideal) el principio de la exacta y rítmica correlación de la cantidad con la cualidad ó de la extensión con la intensidad. Sin este principio, la conclusión señalada por la extrema izquierda hegeliana «el sér es la nada», y en parte implícita en el empirismo, es la que se impone por exigencias ineludibles de la lógica. V. nuestro Manual de *Lógica*, nota de la página 93, y además FONSEGRIVE (R. philosophique) *Sur les sens equivoque des mots: analyse et synthèse*.

del *porqué*, problema que no puede formularse más que para declararle incognoscible y desviar de él completamente la indagación científica. Una vez en el terreno de la hipótesis, el positivismo inquiere el *porqué* de las cosas, pues aquélla supone una anticipación del pensamiento, que presiente, al contacto de una experiencia preliminar é insuficiente, una ley natural. Es absurdo hablar de hipótesis y aun concebirlas, si no existe cierta conformidad entre el espíritu humano y la realidad que trata de conocer, por cuyo motivo C. Bernard la denomina *idea anticipada ó preconcebida* (1), que si es insuficiente para suplir el conocimiento del hecho antes de ser observado, revela, sin embargo, al ser presentida que no es producto exclusivo de la sensación y que existe en ella algo que precede y domina á la sensación misma. Como aplicación preliminar del principio de causalidad es la hipótesis una previsión para explicar los hechos.

Ahora bien; si en la hipótesis evolucionista reside algo que no es producto de la sensación y que obliga al positivismo empírico á reincidir una y otra vez en el idealismo, ¿será acaso todo aquello que existe en la hipótesis y que excede de la experiencia debido á la asociación ó engrane de las sensaciones? Así lo ha pretendido la escuela asociacionista, que recabando para sí el sentido empírico de la Psicología escocesa, ha dirigido sus esfuerzos desde Hume hasta Spencer á explicar, mediante la combinación compleja de las sensaciones, la fenomenología externa é interna, y atacar lo que St. Mill denomina « el

(1) «Se puede afirmar que poseemos interiormente la intuición y sentimiento de las leyes de la naturaleza, aunque desconozcamos su forma.» V. C. BERNARD, *Introducción á la medicina experimental*.

baluarte de la escuela intuitiva», es decir, el principio de causalidad.

La Psicología inglesa ó de la asociación (cuyo último y más sintético representante es Spencer, llamado el Aristóteles moderno por su saber enciclopédico y por la penetrante sagacidad de su pensamiento) no ha sido influida tan directamente como la alemana por la idea del *devenir hegeliano*, que es el processus metafísico adornado con vestiduras empíricas por los modernos naturalistas (1). Como consecuencia de esta emancipación, los psicólogos ingleses se atienen más á la observación primitiva y á la fenomenología, y cuando caen por ley inflexible de la lógica en la especulación, conciben la realidad según un *idealismo subjetivo*, cuya trascendencia metafísica queda más disimulada por su espíritu práctico y por el bajo vuelo que gustan dar á su pensamiento. Pero es fácil comprender que el error latente y expreso de la Psicología inglesa, cuando concibe la asociación de las sensaciones y más tarde con Spencer la hipótesis de la evolución como principio de la fenomenología, consiste en confundir el *hecho de la sucesión* con la *idea de la causalidad* ó el antecedente con la causa. Merced á la intensidad y repetición de sensaciones concomitantes, se

(1) Aunque la doctrina de Spencer es conocida con el nombre de *Psicología de la evolución* y su teoría apellidada *evolucionista*, como entendemos que la evolución es *forma dinámica* de la asociación y además que aquélla tiene su precedente histórico en ésta, no hemos titubeado en declarar que el último, si se quiere el más sintético y comprensivo de los representantes de la Psicología asociacionista inglesa, es Spencer. Añade éste, es verdad, á la antigua doctrina su hipótesis de la evolución y con ella el caudal inmenso de su saber; pero continúa la tradición del espíritu científico de Inglaterra.

comete el sofisma *post hoc, ergo propter hoc*, á cuya sombra la imaginación perpetúa y atribuye cierta duración al engrane y enlace de las sensaciones. Efecto de un hábito intelectual cuyo origen está en experiencias continuadas, se induce del orden de sucesión en lo pasado á la determinación causal de los posibles en lo porvenir. Y como la idea de la causalidad *no puede ser imaginada*, se la declara por Spencer *indiscernible ó incognoscible*, á reserva de atribuir al enlace sucesivo de las sensaciones y al engrane de los antecedentes el *poder causal* negado antes, porque se confunde *la razón con la imaginación*.

Las reglas más elementales de la lógica prescriben que lo inconcebible (hipótesis, idea ó interpretación de hecho) se ha de considerar tal cuando implique lo absurdo y contradictorio, violando las leyes de la inteligencia y de la realidad; por ejemplo, que sean desiguales los radios de una circunferencia, que un atributo convenga y no convenga á la vez y bajo el mismo aspecto á un sujeto. En vez de aplicar estas reglas, la *Metafísica negativa* de Spencer declara inconcebible *lo que no puede imaginarse* ó no es susceptible de representación en la fantasía para circunscribir la esfera del conocimiento á lo exclusivamente sensible y empírico. Aunque no podemos, por ejemplo, imaginarlo sensiblemente, concebimos como racional el movimiento de la tierra, corrigiendo la fijeza aparente con que se ofrece á la observación empírica, y admitimos la existencia de los antípodas, sin que aquel movimiento y esta existencia ofrezcan límites para ser determinados en una imagen sensible. Algo semejante acontece con el principio de la causalidad, admitido sólo por Spencer en su *forma externa* ó evolutiva, es decir, en lo que puede circunscribirse á la plasticidad de una

imagen sensible en la *sucesión*. Pero ¿es lícita la identificación de la forma sucesiva de los fenómenos con el principio de la causalidad ó del antecedente con la causa?

Observemos, ante todo, que millares de antecedentes, seguidos de sus consiguientes, no pueden dar de sí más que antecedentes y consiguientes, sin engendrar jamás las causas y los efectos, á no ser que introduzcamos, según ya hemos indicado, nuevos factores ó agentes en la forma vacía del tiempo. Se suceden, por ejemplo, invariablemente el día y la noche, sin que aquél sea la causa de éste (1). ¿Y la causa? Hay que indagarla mediante nuestra actividad intelectual. Al lado de la duración indefinida de esta forma sucesiva del tiempo, dentro de la cual se engranan y asocian las sensaciones, existe la energía del sujeto pensante, que reacciona y subsiste para reconocer y declarar el lazo de una sensación con otra. Este lazo se circunscribe, reargüirá el spencerismo, á las formas de la sucesión y coexistencia; pero aun admitido que todas las leyes del espíritu puedan reducirse á la asociación, habrá, como dice Mr. Janet (2), por lo menos una ley irreducible, que es la de la asociación misma, implicando la unión de dos sensaciones distintas en *una misma conciencia*. Irreducible la unidad del sujeto pensante al enlace sucesivo de las sensaciones (cual si la personalidad humana fuese un montón ó serie indefinida

(1) En cuanto á la distinción de los antecedentes que fija St. Mill por los métodos empíricos, para distinguir los que son causas de los que se revelan sólo como precedentes cronológicos, conviene tener presente que la sucesión ó simultaneidad es únicamente una relación entre dos sensaciones y que para establecer ó justificar dicha relación se necesita un lazo ó un principio de síntesis.

(2) V. JANET, *Traité élémentaire de Philosophie*.

de percepciones sensibles), hay necesidad de reconocer á la vez que la unidad y realidad del objeto no se diluye ni pierde tampoco en esa sucesión. De suerte que al eliminar el principio de causalidad, se le consagra en cuanto se le explica mediante la asociación. Pero si con la ley de la asociación se sustituye el principio de la causalidad, aparece desde luego aquélla como una constante petición de principio y la evolución, según la cual Spencer informa la combinación sucesiva de las sensaciones, un elemento *a priori*, símbolo, como dice Mr. Pressensé (1), de que se vale Spencer para introducir el lobo (el idealismo) en el rebaño (el positivismo). Aunque no es del momento, importa notar que Spencer y los evolucionistas, que hallan tantos obstáculos para admitir las ideas *a priori*, explican su origen por una experiencia acumulada en la especie, trasladando (pero no resolviendo) las que consideran dificultades del problema á la *especie* desde el individuo, sin añadir más factores explicativos que la ley de la herencia y la virtud genésica del tiempo. Así es que á la Psicología inglesa y á la alemana, es decir, á toda la Psicología de la evolución se la puede argüir de idéntica manera.

Reduce, por consecuencia, la evolución toda la dificultad del problema á la indefinición del tiempo; pero ¿cuántas y cuán numerosas no son las objeciones que surjen y se presentan ante este aplazamiento de la cuestión? (2). ¿Estaba contenido, al menos virtualmente y como energía potencial, en el origen ó germen lo que aparece al término de la evolución? En este caso sólo existe entre el

(1) V. E. DE PRESSENSÉ, *Les origines*.

(2) V. L. LIARD, *La Metaphisique et la Science*.

embrión y el sér desarrollado una *ampliación geométrica*, la *unidad cuantitativa*, que es lo que puede dar de sí la evolución. ¿Aparece por el contrario en cada estado de la evolución ó momento de la sucesión temporal alguna cualidad nueva, que explica el tránsito del germen al ser desarrollado ó de la energía potencial á la actual, en que se manifiesta la vida? Entonces se reconoce y admite una *adición* de algo nuevo á lo que preexistía en el germen y no se concibe la transformación de una fuerza en otra, sino la intervención de un nuevo agente. Por último, si se admite el factor del tiempo cual poder informador, ¿cómo se puede explicar lo que el mismo Hæckel denomina *heteronomia* (1) y la sabiduría popular ha presentido al afirmar que el tiempo pasado jamás vuelve, sino que hay necesidad de suplir la cantidad de tiempo perdido por la intensidad y cualidad del esfuerzo?

Estas y otras muchas objeciones sólo obtienen satisfactoria explicación, admitiendo lo cualitativo y específico de la psíquis, que, como principio de individuación, traduce la energía que le es propia en la idea directora de la vida, que integra lo homogéneo y á la vez diferencia lo vario ó combina lo uno con lo múltiple, revelando en el *complexus* de los fenómenos vitales la gradual adaptación de los medios al fin, partiendo en su iniciativa de un centro propio, al cual revierte también toda su receptividad (racionalidad) (2).

Negar el concepto complejo, pero racional, que brota del fondo de las observaciones empíricas como exigencia del método y como necesidad de lo real; desconocer lo

(1) V. nuestro folleto *La Sociología científica*, núm. II, pág. 30 y siguientes.

(2) V. núm. XI.

cualitativo y específico, porque su principio y su génesis no pueden ser pesados y medidos, será cumplir con el requisito de no admitir nada que no sea palpable y tangible y que posea algún resabio de pensamiento *a priori*; pero aparte de que en las audacias de las hipótesis late toda una metafísica empírica, nunca se obtendrá con método tan deficiente una concepción racional del cosmos, ni se conseguirá más que reproducir la dificultad fundamental del problema en otros términos. Así acertadamente dice Siciliani: « los transformistas son inexpugnables cuando » tratan de la unidad originaria y de la filiación de las es- » pecies; ¿pero acontece lo mismo cuando llegan á la ex- » plicación de las diferencias? Aquí entran ya las hipóte- » sis. Invocar las acciones infinitesimales *en marcha secu-* » *lar* y el coeficiente del tiempo para pasar de la variación » á la transformación, es... cambiar el sitio de la dificul- » tad, pero no resolverla. »

Fácil es ya, dada esta indeterminación, con la cual elude el empirismo el riñón de la dificultad, caracterizar la *concepción monista*, que asume lo espiritual en lo fisiológico, lo cualitativo en lo cuantitativo y lo consciente en lo inconsciente, como manifestación suprema de la *Metafísica empírica*, latente en el naturalismo contemporáneo.

El espíritu filosófico moderno, que según hemos dicho (1) no es escéptico, ni dogmático, sino crítico, se caracteriza además, pues tal es la índole del pensamiento especulativo, por la *generalidad*, con que concibe su objeto de estudio y por la tendencia á indagar *un principio de unidad*. Ya Mr. Janet señala en su obra *El Materia*

(1) V. núm. I.

lismo contemporáneo como una de las causas que explica los éxitos numerosos obtenidos por el empirismo, *la tendencia á la unidad*, que persiguen diligentemente todos los sabios. Muchos son los precedentes de esta tendencia que pudieran descubrirse en la historia del pensamiento; pero el más acentuado, dentro del empirismo, es debido á la manifiesta influencia en él de la extrema izquierda hegeliana (con su idea absoluta del *devenir*, convertida por el empirismo en la ley formal de la *evolución*). Pero el naturalismo empírico ha aceptado nominalmente la unidad como *principio orgánico* y en realidad como un *sumando* de adiciones indefinidas, que no rompen nunca la *serie* y el *ritmo*, quedando de tal suerte olvidada, cuando no contradicha la complexión orgánica de la vida. La regularidad monótona y la rutina externa, propias del curso de las operaciones naturales, obligan á concebir un *unitarismo* infecundo, sin variedad ni distinción algunas, de que son manifestaciones la *concepción monista* y la idea á ella inherente de explicar la vida como indefinida agregación de sumandos ó fenómenos que constituyen series de coincidencias y *correlaciones*, cuyo molde general está en la evolución. √_r

Impuesta por la índole y naturaleza del conocimiento filosófico y aún de la ciencia en general (cuyo fin es explicar racionalmente lo vario por lo uno) la indagación de un principio de unidad, que sirve de fundamento á las verdades conocidas y á las que se trata de descubrir de norma y guía en la formación de teorías é hipótesis, se concibe fácilmente cómo y por qué la *tendencia á la unidad* no es característica exclusiva del naturalismo empírico, sino postulado lógico y exigencia real de toda labor científica. En tal sentido, toda filosofía aspira á ser un

monismo; pero éste requiere, ante todo, como condición y base, un análisis suficiente si ha de resultar una síntesis legítima. Los excesos de las especulaciones *a priori*, precipitando síntesis en las cuales se prescindía de la complejidad de los fenómenos, con abstracciones lógicas que equivalían al desconocimiento de la realidad concreta, y el monismo heckeliano ó naturalista, que toma como punto de arranque una observación parcial, el análisis cuantitativo que menosprecia lo cualitativo, enseñan de consuno que aquéllas y éste son hijos de un espíritu sistemático estrecho y cerrado, algo semejante á lo que hemos llamado *mote del sistema*, que queriendo decirlo genéricamente todo, nada significa en concreto. Entretanto, aquel espíritu de libre síntesis, de que habla Lange como señal imperecedera de la información exacta bajo ámplios moldes de la complejidad de lo real, queda de momento detenida y aún poderosamente solicitada para determinar una *selección intelectual*, indispensable en medio del enjambre de hipótesis erróneas producidas por el aluvión de la cultura actual, que necesita una discreción cualitativa cada vez mayor (1).

El monismo actual, con vestidura filosófica, es hijo del espíritu de sistema, que no se debe confundir con el espíritu filosófico (2). Aquél cierra y no deja como éste las cuestiones abiertas. Viciado de este modo, el monismo naturalista percibe sólo la cantidad y prescinde (quizá no

(1) Esta *selección intelectual* se halla presentida por Spencer, cuando dice «que existe un *alma de verdad* en toda opinión errónea.»

(2) «El monismo es un sistema metafísico; representa una fase del problema debatido en todo tiempo sobre lo uno y lo múltiple, la fuerza y la pluralidad.»

J. M. DA CUNHA SEIXAS, *Ensaio de Critica Philosophica*. Lisboa, 1884.»

se le acusa si se dice que niega) de la cualidad; es, en fin, una *síntesis prematura*. Tan prematura es la síntesis monista que su sistematizador Hæckel recoge todos los datos empíricos del darwinismo y los moldea según su concepción prévia, sin que el mismo Darwín, encerrado en una circunspección científica de que no gusta hacer gala el célebre naturalista alemán, dejara primero de extrañarse ante las consecuencias inducidas de sus observaciones empíricas. Siempre Darwín, prudente hasta un límite indefinido en hacer inducciones, cuidó con discreción excesiva de precisar el alcance de los copiosos datos por él recogidos en la observación de la naturaleza, estimando los análisis hechos todavía parciales é insuficientes para servir de base á una síntesis precipitada (1).

La escrupulosa diligencia con que Darwín demuestra la variación que los seres vivos sufren en su organismo merced á la complejidad de condiciones y circunstancias que les rodean, es un anuncio de la necesidad imprescindible que sienten el pensamiento especulativo y la observación empírica de reconstruir la idea de la *especie orgánica* (2) concebida antes cual estratificación típica y fundida en moldes, imaginados al calor del vicio antropomórfico que ha dominado á la inteligencia humana. Cuando

(1) A esta circunspección real ó fingida del Darwinismo, señaladamente entre los pensadores ingleses, se debe el raro fenómeno de que la *ortodoxia* haya acometido el empeño, en nuestro sentir peligroso para los intereses que defiende, de armonizar la doctrina darwinista con las verdades dogmáticas, bien cercenando el alcance de la primera, bien ampliando la interpretación de las segundas.

(2) El problema de reconstruir la idea de la *especie orgánica* ha sido formulado por C. Bernard, sin los entusiasmos precipitados del transformismo, en los siguientes precisos términos: «hallar las leyes y condiciones de fijeza y variabilidad de las especies.»

esta necesidad lógica, porque la impone el pensamiento especulativo, y real ó práctica, porque la exige la observación empírica, queda suplantada por la hipótesis transformista que en último término niega el concepto de la especie, se olvida el principio real de la unidad (verificable mediante la observación en todo sér vivo, en la célula y en la involución que la caracteriza) inseparable, aunque discernible en los miembros de toda división racional, como que ésta halla en ella su base necesaria. Se clasifican entonces los seres vivos por *analogías exteriores* (complexus de la organización anatómica funcional ó á lo más dinámica), hijas de generalizaciones precipitadas, que prescinden del elemento *involutivo* de los seres vivos ó de su idea directora. Se convierte de este modo las abstracciones de nuestra mente en realidades de la organización y se identifica la serie ordenada y ascendente de nuestras representaciones intelectuales (formadas por agrupación de caracteres externos) con la escala orgánica y racionalmente conexiónada de los seres vivos. Se sobreentiende en tal caso (cual si la realidad siguiera la dirección uniforme y rutinaria de la línea recta, contradictoria de la complejidad sintética que la caracteriza) que la escala de los seres vivos semeja la concatenación de eslabones en serie indefinida, sin que cada anillo tenga conexión más que con el inmediato, olvidando la verdad ya reconocida por el gran Linneo de que las especies se hallan distribuídas *sicut provinciæ in mappa geografico*, y disolviendo la idea racional del *medio* en un concepto mecánico, que es producto de adiciones sucesivas. Contra la serie formalista y abstracta del transformismo hay que proclamar la continuidad racional y orgánica del medio natural, interiormente diferenciado.

La célula, principio que diferencia los aparatos en la complejidad del organismo, delineando el límite y alcance inherentes al ciclo evolutivo del sér vivo, el principio de individuación que en lo psicológico representa lo cualitativo y específico de la energía espontánea y propia de cada sér y el *medio natural* que envuelve, como atmósfera vivificadora, la múltiple diversidad de todos los seres, son otros tantos factores ó elementos irreducibles á la observación empírica, que intervienen para condicionar la relativa movilidad y fijeza de las especies orgánicas.

Tal es, en efecto, el carácter de más relieve (siquiera se exprese en forma negativa) de los factores que colaboran al desarrollo y subsistencia de la organización y de la vida. La célula no es reducible á la experiencia, porque su sustancia protoplasmática y amorfa inicia su existencia por medio de un proceso de diferenciación, que da de sí elementos heterogéneos y no sumandos de igual naturaleza, según lo demuestran las *síntesis químicas* intentadas por Mr. Berthelot, impotentes para reconstruir el organismo y la vida. Tampoco es reducible á la experiencia el principio de individuación ó la psíquis, cuya espontaneidad excede la adición aritmética y cuyo poder asimilador implica una cualidad específica, que no se encuentra en las condiciones circundantes, según hemos probado al examinar (V. núm. XII) la relación de las sensaciones con el movimiento. Por último, el *medio natural* no es ni puede ser concebido como un todo de suma, puesto que, según ya hemos repetido con la autoridad nada sospechosa de Ribot, representa una *síntesis* anterior á todo análisis y que sirve á éste de antecedente explicativo; es, pues, el medio un todo racional, que si

se descompone en la variedad de sus factores (prescindiendo de lo que les es propio), no se reconstruye por medio de una suma. Surje por tanto del fondo del método experimental la necesidad del empírico-ideal, en cuanto el primero llega con sus análisis á términos simples, primordiales é irreducibles á la experiencia y que se ofrecen al pensamiento como realidades ideales y juntamente cual antecedentes explicativos de la complexión fenoménica (1).

No puede por lo mismo explicarse, como pretende el transformismo, la variedad de las especies sólo por medio de la selección sexual y la lucha por la existencia, leyes que, aún completadas por la admisión de los cambios bruscos y transformaciones lentas, no son factores bastantes para inducir á un transformismo universal, dando de sí la unidad indeterminada de la concepción monista. Así ha podido decirse justificadamente de Hæckel que es *más darwinista que Darwin* (2), y de su hipótesis monista, que suprime del orden lógico, aunque lo suponga en la esfera de lo real, lo cualitativo y específico, anulado por una unidad sustancial, indiferente, indeterminada é indeterminable (la materia amorfa pero formable), que, según afirma Lotze, lo mismo puede llegar á *materializar el espíritu que á espiritualizar la materia*.

Frente á esta síntesis prematura del monismo, no puede ni debe audazmente la Filosofía poner otra hipóte-

(1) Conviene recordar en este punto cuanto dejamos dicho (V. núm. XI) respecto á la proporción inversa entre el orden racional ó lógico y el temporal ó cronológico, de cuyo recíproco enlace (y no de la supresión de alguno de ellos) surje la complexión de la realidad orgánica y viva.

(2) V. HARTMANN, *Le Darwinisme*, pág. 147.

sis igualmente precipitada, sino atenerse á la ley de la circunspección científica y declarar (ante el estado actual del problema psicológico que revela ya señales precisas de sus conexiones con el cosmológico y superiormente con el metafísico) que el movimiento sincrético de la cultura novísima, guiada por la riqueza de los datos empíricos y por los anhelos de informarlos especulativamente en una síntesis racional, lleva á la reconstrucción empírico-ideal del concepto del cosmos, libre de los errores geocéntrico y antropocéntrico, como condición previa en el proceso lógico para concebir el principio de toda realidad, el fundamento metafísico de la ciencia y de la vida.

Este anuncio constituirá una realidad feliz, si especulación y experiencia se aunan y conciertan entre sí, verificando el impulso director de la psíquis por medio de la observación y de la experiencia, y justificando el determinismo mecánico merced á la idea directora y teleológica que filtra en él la gradual adaptación de medios al cumplimiento del fin general como base de la perfectibilidad y del progreso.

Hecha esta apreciación general del positivismo empírico y naturalista que ha dominado toda la cultura moderna, ¿cómo se podrá desconocer que del fondo mismo de sus experiencias surge la necesidad de la reconstrucción ideal? ¿Quién será tan míope que no perciba dentro de este ejército de hipótesis, que puebla todas las regiones exploradas por el empirismo, el relieve que adquiere como postulado impuesto por la lógica y solicitado por la realidad el pensamiento especulativo que ha de informar y sistematizar el indefinido tesoro de saber y cultura recogido por la observación?

Aunque gustemos dejarnos dominar por una crítica

descontentadiza y algún tanto tocada de resabios escépticos, que se respiran en la atmósfera social é intelectual que nos rodea, no pecaremos de cándidos y de confiados al recoger como voces proféticas y señales acentuadas las que indican los nuevos derroteros del pensamiento científico en el sedimento que la cultura novísima deposita como precedentes de una próxima reconstrucción filosófica. Toda la cultura moderna, influída y dominada por el positivismo, ha sido y aún es actualmente una *dilatación* de la pupila intelectual, una perspectiva más amplia y un punto de mira más extenso. ¿Qué necesita el horizonte intelectual? Condensar las múltiples fases que ha recogido la observación empírica y para ello penetrar (con espíritu filosófico, libre y de sentido crítico, despreocupado y con tendencias siempre abiertas á nuevas indagaciones) en la concepción sistemática del prisma de infinitas caras que llamamos la realidad. Esta realidad como objeto es una circunferencia, en cuyo centro debe colocarse el sujeto, haciendo que dentro de su inteligencia coincidan la diversidad de aspectos de aquélla y señaladamente la especulación y la experiencia como base de una síntesis completa.

Parecen escritas para el actual estado de la cultura científico-filosófica las siguientes frases de Bacon: « los »filósofos que han tratado de la ciencia se dividen en dos »clases: *empíricos* y *dogmáticos*. El empírico, semejante »á la hormiga, se limita á almacenar y consumir en se- »guida sus provisiones. El dogmático, como la araña, fa- »brica la tela con materias extraídas de su propia sus- »tancia (1), admirables por la delicadeza de su trabajo

(1) En tal sentido se ha dicho que la especulación idealista (que

»pero sin consistencia ni aplicación. La abeja ocupa el
»centro; toma la materia primera de las flores y de los
»jardines y después, mediante un arte propio, la traba-
»ja y la digiere. La verdadera filosofía ha de hacer algo
»semejante. Así se puede esperar todo de la estrecha
»alianza de la experiencia con la razón, cuyo lamentable
»divorcio ha perturbado hasta ahora todo en las cien-
»cias.»

XVII

Resultados de este estudio y consecuencias para el sentido de la indagación filosófica,

Considerada desapasionadamente la ruptura de los moldes tradicionales de la Psicología escolástica, reducida á una filosofía verbal, se observa que el problema psicológico se ha enriquecido merced al naturalismo empírico, ampliando su criterio (que de subjetivo se ha transformado en objetivo, orgánico y racional) (1), dando á su estudio un carácter dinámico, biológico y además cosmológico (2), y finalmente, añadiendo al *cognitio rei* el *cognitio circa rem* (3) como complemento del primero.

Resultados fecundos de esta transformación progresiva que ha sufrido el problema psicológico son en primer término la sustitución del concepto negativo (formulado

se niega á ser fecundada por la observación y la experiencia) semeja especie de *autofagismo mental*.

(1) V. núm. VIII.

(2) V. núms. IX y X.

(3) V. núm. VII.

en juicios *exponibles*) (1) del alma por el positivo y dinámico de la psíquis, la idea de ésta como principio de individuación, que parte de lo inconsciente y lleva mediante su desarrollo á la conciencia (2), el reconocimiento de que la psíquis es, más que una sustancia pasiva, una actividad ó energía teleológica con finalidad interna, que persigue un fin (aun en la esfera de lo inconsciente y en sus manifestaciones rudimentarias de los actos reflejos) para cuyo cumplimiento inquiere y elige medios dentro de sí y en todo lo que la rodea, y por último, que en la integración y diferenciación con la *neurosis* (desarrollo paralelo y en cada momento progresivo del sistema nervioso) la psíquis llega á la conciencia y á la libertad (3), revelándose como principio de diferenciación cualitativa de los elementos que la rodean y como agente perfectible que colabora con los demás al cumplimiento de su fin. Entre estas consecuencias es una de las más fecundas la que se deduce rectificando el error de la psicología tradicional, que estudia sólo el alma del adulto ya desarrollado é instruído, sin aprovechar las valiosas enseñanzas que ofrece, aun dado su carácter empírico, la observación del alma de los niños (Psicología infantil). Así como al nacer no somos en lo físico *tabulla rasa*, sino que á los caracteres específicos del hombre (unidad y comunidad de naturaleza con nuestros semejantes) unimos indivisamente un temperamento dado y cierta constitución orgánica propia (individualidad fisiológica, que desde lo más íntimo de las conexiones entre células llega

(1) V. núm. IX.

(2) V. núm. XI.

(3) V. núms. XIII y XIV.

á la contextura externa, en la diversidad de fisonomías); nuestra realidad espiritual no es tampoco *hoja de papel en blanco*, sino que en ella reside en germen, con las facultades esenciales del alma humana y los poderes fundamentales comunes á la especie, una complexión intelectual y moral propia y singularísima, base de la individualidad psíquica, de tal suerte que somos á la vez é individualmente el alma humana y ~~este~~ alma (la propia y exclusiva del individuo) (1). Constituye esta complexión lo que podríamos llamar la *idiosincrasia moral*, tomando de las ciencias médicas esta palabra expresiva, aunque algo en desuso por haber violentado su significación al darla como explicación de muchas cosas, cuando sólo sirve como símbolo de nuestra ignorancia de todo aquello que se refiere á lo exclusivamente individual, que por serlo no puede constituirse como objeto de ciencia: *Nulla fluxorum est scientia*. Pero ella, nuestra idiosincrasia moral, como dato positivo é inconcuso (del cual ni se puede ni se debe prescindir, si no hemos de caer en el mundo de las abstracciones) prueba por lo menos la existencia innegable de la individualidad psíquica y que todas las combinaciones psicológicas imaginables no son igualmente posibles, hecha abstracción de antecedentes y elementos complementarios de la síntesis anímica, y además enseña que existen leyes (flexibles como el asunto que rigen y ordenan) de la composición de los carac-

admirar
la individualidad moral

(1) Somos á la vez *el hombre* (representación ó tipo de la naturaleza humana, *unidad*) y *este hombre* (Fulano de Tal con sus cualidades singulares, *variedad individual*), y nuestro deber primordial es combinar esta *variedad* con aquella *unidad*, revelando en vida y conducta nuestro carácter específico, la *racionalidad*.

teres. El carácter se forma (1) teniendo en cuenta los antecedentes y factores (entre ellos el hábito y la herencia) de nuestra constitución anímica, y también el carácter se reforma y mejora (siendo un error del escepticismo cómodo y perezoso declarar irreformables los vicios de nuestro carácter) con el auxilio y cooperación de los

(1) Lo más complejo y sintético en el hombre es todo aquello que se refiere á la formación de su *carácter*. Como representa su *fisonomía moral*, llega á constituirse por un venero inagotable de influencias, factores y elementos que se condensan en la síntesis personalísima y especial, que es la *característica* de la existencia humana. Laboriosa por demás es en tal sentido la gestación del carácter, rebelde á todo análisis psicológico por perspicuo y minucioso que sea; en él se sintetizan las influencias que palpitan en toda nuestra vida; hacia él gravitan todos los resultados que recogemos de nuestra experiencia y educación, é iniciándose con lo más propio é ingénito en nuestra individualidad (predisposiciones y vocación interior) se desenvuelve con la dirección que imprimimos á todas nuestras facultades (tono y manera de ser) al par que se manifiesta en el sello singularísimo y personal con que damos plasticidad y relieve á nuestra existencia. Pero el carácter que, como dice Goethe, se forma en medio del torrente del mundo (mientras que el talento se desarrolla con el silencioso trabajo del gabinete) se manifiesta más que en nada en la práctica de la vida y su completo desarrollo se debe principalmente á la *relación dinámica* que le presta la voluntad. De aquí la importancia que tienen para la persistencia y mejora del carácter las dos formas de la actividad voluntaria, el *hábito* y la *libertad*. Mediante el hábito (que en la especie es la herencia) nos asimilamos todos aquellos antecedentes necesarios para la continuidad y racionalidad de nuestra vida, y que representan la parte de nuestro destino que se halla ya realizada por esfuerzos anteriores, ó al menos indicada la manera de cumplirla. Por virtud del impulso propio de la libertad inquiere, explora y elige el individuo nuevos elementos y fuerzas que ha de sumar con los adquiridos por el hábito para el cumplimiento progresivo de su fin. De este modo, la libertad y el hábito se contrapesan para constituir al individuo como un agente que colabora solidariamente con los demás al cumplimiento de su fin, asimilándose esfuerzos anteriores y aportando otros nuevos, en los cuales imprime un sello característico y especial.

consiguientes y factores (iniciativa libre y educación) que recogemos y condensamos en nuestra existencia.

Queda de este modo esbozadas ó indicadas las bases, según las cuales podrá constituirse la ciencia, que denominaremos con St. Mill (1) de la formación del carácter ó *Etología*, cuyo contenido no puede circunscribirse al estudio de la constitución íntima de nuestro espíritu, que necesita complementarse con los adelantos de la psicología científica. Ella ha de indicar las leyes empíricamente percibidas, que presiden el desarrollo de la psíquis, en lo que tiene de común dentro del género á que pertenece el sér vivo y en lo que le es propio y determina su individualidad. Es decir, que la Etología estudiará los caracteres en la *Estática espiritual*, examinando los elementos que cooperan á su genuína y primitiva constitución y además la *Dinámica espiritual*, precisando las condiciones de la manifestación y posible reforma del carácter como síntesis de toda la vida anímica. En íntima conexión con este aspecto *dinámico y biológico* de la energía psíquica, la individualidad, que es raíz de la sociabilidad, ofrece la causa ocasional y aún el punto de tránsito al estudio de la psicología social ó del espíritu colectivo (*Allgeist*) (2), que amplía y extiende el alcance del problema psicológico, convirtiéndole en cosmológico y superiormente en metafísico. Sin traspasar los límites de la consideración psicológica, circunscrito el estudio al concepto orgánico y racional de la individualidad psíquica (la unidad en medio de la multiplicidad, germen de nuestra superior cualidad, la *racionalidad*), se hallará justificada la idea de que es el indi-

(1) V. St. MILL, *Logique*. Tomo II.

(2) V. núm. III.

viduo por sí mismo una sociedad y á la vez núcleo de un organismo de relaciones sociales jerárquicamente señaladas, que dan margen al sentimiento y á la idea de la *solidaridad*. Aplicaciones múltiples de ella en el orden moral, intelectual y artístico son fáciles de presumir, máxime si se nota la eficacia virtual del vehículo común y del lazo, que sirve de expresión á esta misma solidaridad, es decir, del lenguaje. En el lenguaje expresan de consuno y en cooperación paralela el espíritu individual y el colectivo toda su vida, condensando dentro de él desde la iniciativa propia del primero (espontaneidad) hasta la consagración efectiva del signo (consagración por el uso (1) en que se traduce la intervención del espíritu colectivo) mediante la cooperación del segundo. Esta convergencia del espíritu individual con el colectivo queda taxativa y expresamente demostrada mediante los datos recogidos por B. Pérez, Taine, Egger y Darwín en sus minuciosas observaciones acerca del alma de los niños.— Merced á ellas podemos *reconstruir en vivo* nuestra existencia pasada, adquiriendo razonadamente la convicción que presiente el vulgo al afirmar que «son los niños hombres pequeños» y que «son los hombres niños grandes.» La psicología infantil prueba que no es lícito, con un análisis precipitado aceptar como típico y específico de la realidad anímica todo aquel conjunto de cualidades que hallamos desarrolladas y en completo estado de madurez en el espíritu del hombre adulto y civilizado, único objeto de observación para la psicología tradicional, que suele tomar *grosso modo* como primordial mucho de lo que es producto de es-

(1) Por tal razón expresa una gran verdad la afirmación de Horacio: *usus est jus et norma loquendi*.

fuerzos cumplidos en el tiempo. Todos los errores inherentes al *innatismo* de las ideas como *tipos estáticos* se corrigen, teniendo presentes las delicadas observaciones de Taine sobre la manera de usar los niños la generalización y los demás procedimientos lógicos. Muchas de las inextricables y mal formuladas cuestiones relativas al lenguaje, considerado como obra hecha de una vez, sin acertar con la explicación de su origen, alcanzan mayor precisión y claridad, observando con Egger la *iniciativa verbal* de los niños y la rapidez vertiginosa con que se asimilan el lenguaje ya formado, que les ofrece la conjunción fecunda en ellos del espíritu individual con el colectivo.—Desaparecen á la vez las antinomias que resultan para el sentido moral entre el instinto egoísta y avasallador del niño por una parte y su angelical inocencia, si se observa la ponderación que esta misma cópula de lo individual con lo colectivo establece en el alma de los niños entre lo que los moralistas denominan los sentimientos egoístas y altruistas.—De forma, que la psicología infantil es libro abierto, escrito con caracteres reales y vivos, para enseñar al pensador cómo y porqué hondos y delicados procesos va engranando la iniciativa de la espontaneidad individual sus impulsos iniciales con los esfuerzos del espíritu colectivo ya realizados y consagrados por la acción del tiempo.

Con estos resultados, cuya eficacia no está ni estará aún durante largo tiempo suficientemente precisada, queda aún subsistente la dificultad principal, que viene agitando de larga fecha en el seno del problema psicológico, á saber, la del dualismo, que no ha sido resuelta por las teorías ideadas para explicar la unión del alma con el cuerpo y que no halla solución en la síntesis prematura

Lenguaje

de la hipótesis monista, pues no debemos estimar que se resuelve una cuestión, suprimiendo uno de sus términos (la psíquis), que es lo que hace en fin de cuenta el monismo.

Permanece pues, en su fondo el mismo, el problema fundamental, el del *Unitarismo*, postulado de la razón, que se impone por igual al proceso lógico y al desarrollo de la fenomenología. Pero, sin aceptar el sentido estrecho de la solución monista, volvamos á reconocer que es problema *puesto* aunque no resuelto y opongamos á la Metafísica dogmáticamente negativa de Bois-Rymond, expresada en su célebre símbolo *Ignorabimus*, la fe racional en el progreso del pensamiento y de la ciencia, que significa la contestación de Hæckel: *Progrediamur*. Para llevar á cumplido término en el orden intelectual y práctico este propósito, recordemos que, según hemos hallado, somos agentes libres, que colaboramos con los demás á la vida universal de una manera constantemente progresiva y cambiemos por lo mismo los esfuerzos con que llevamos á cabo esta ley del progreso, dirigiendo nuestros anhelos y aspiraciones «á disminuir la servidumbre de las personas y aumentar nuestro dominio sobre las cosas» (1). A la vez preparemos nuestra educación y cultura, algo necesitada de un desquite contra el empirismo absorbente que la ha dominado, á sustituir la síntesis prematura del monismo con un análisis cada vez más ámplio del cosmos en un aspecto empírico-ideal. De este proceso tendrá que resultar la convicción firmísima de que en toda la realidad existe como *spiritus intus* y verbo informador de la compleción de los fenómenos una correlación ordenada

1) V. IVES GUYOT, *La Morale*.

de la cantidad con la cualidad, áncora de salvación para conciliar la teleología con el mecanismo y para concebir el *principio real y unitario*, que vienen presintiendo todos los pensadores desde los tiempos primitivos hasta los ensayos valiosos, pero malogrados de Hæckel y sus discípulos.

El molde lógico está adivinado; el *Mens agitat molem* está presentido; sólo falta integrar el molde y diferenciar su contenido cualitativo; ¿qué se necesita para ello? Poco y mucho; la indagación filosófica debe trabajar hondo y recio, marchando, á través de este mar sin brújula de las hipótesis empíricas, como ya recomendaba Bacon, con piés de plomo y no con alas, abriendo la inteligencia á una orientación ilimitada, recibiendo toda influencia legítima de la cultura y disponiéndose á concebir la síntesis de la realidad en la legítima ponderación y equilibrio de la cantidad con la cualidad que se revela en las mismas sinuosidades complejas de los fenómenos, perseguidas por el análisis empírico con una paciencia semejante á la requerida por el mismo Bacon para el génio.

En consonancia con la transformación sufrida por el positivismo empírico, que no es hoy el mismo apadrinado por Comte, sino el necesitado urgentemente de una sistematización filosófica, la indagación especulativa ha de renovar (y de hecho cambia) sus aspiraciones y tendencias y á ello le obliga en primer término la manera cómo se ha enriquecido de datos empíricos y de análisis cada vez más perspicuos el problema psicológico. La psicología fisiológica ha ampliado su estudio á las regiones de lo inconsciente; ha hecho entrar en su jurisdicción la ley evolutiva con límites y cortapisas indispensables; ha rectificado el intelectualismo abstracto, que de tiempo in-

memorial identificara el alma con la inteligencia (1); ha considerado iguales á lo intelectual, lo sensible y volitivo como elementos de una química mental, cuya síntesis es el desideratum de la racionalidad anímica, y por último ha desechado la idea de la sustancia pasiva del alma para aceptar la de una energía dinámica, que en connivencia con el medio natural y social coopera al triunfo definitivo de la verdad y del bien en el mundo. Como consecuencia práctica de esta transformación, no le basta hoy al filósofo la especulación individual y subjetiva, sino que ha de enriquecerla con el *cognitio circa rem* que la experiencia le ofrece. Cuando el arte en su manifestación más sincrética, que es la novela, declara que debe inspirarse en primer término dentro del medio que rodea á sus personajes; cuando la Filología, la Sociología y todas las ciencias, que con Spencer pudiéramos llamar abstracto-concretas ó teórico-prácticas, admiten como principio que consagra y verifica sus afirmaciones la energía del espíritu colectivo, que no sólo suma, sino que multiplica la cualidad conque los agentes individuales cooperan al fin común; ¿podrá el filósofo condenarse voluntariamente al lento suicidio que ha de causarle la asfixia de una especulación individual, subjetiva y exótica, arrancada violentamente del medio moral é intelectual, donde debe tomar tierra y asiento firme? ¿Qué éxito alcanzarán estas psicologías subjetivas, construídas exclusivamente con los datos que la reflexión introspectiva ofrezca respecto á los fenómenos de conciencia? La indagación filosófica necesitará por lo menos tener en cuenta los resultados de la observación y experimentación, llevadas á cabo por las ciencias naturales; seguir

(1) V. núm. V.

diligentemente sus constantes progresos; reconocer que el precedente cronológico de los fenómenos de conciencia se encuentra en los reflejos y en lo inconsciente, y penetrar, combinando la observación externa con la interna, en el análisis de lo inconsciente. Además es indispensable, rectificando antítesis y dualismos escolásticos, estudiar la jerarquía de los seres vivos para hallar la gradual evolución de lo inconsciente á la conciencia (algo de lo indicado por Siciliani bajo el nombre de *Psicogenia*), que ha de ser la raíz viva del concierto interno de la teleología con el mecanismo.

Esta Filosofía científica, empírico-ideal, que concibe lo cognoscible según un idealismo realista, justificado por las exigencias opuestas pero concurrentes al mismo fin del positivismo empírico y del idealismo *a priori*, (1) encuentra al presente un valladar fortísimo en la crítica negativa, que es el resultado del análisis de Kant. Pero si no fueran suficientes las voces íntimas de la sana razón común, que protesta de hecho contra las conclusiones negativas y escépticas de la crítica kantiana, atribuyendo realidad á nuestros conocimientos por cima de las antinomias del célebre fundador del escepticismo moderno (2);

(1) «Una cosa nos parece fuera de duda (y si diera por resultado hacer comprender esta verdad á todos los filósofos no habría sido estéril la lucha secular entre el empirismo y el idealismo): que es igualmente ilusorio pretender filosofar, prescindiendo de la razón ó de la experiencia; que es absolutamente necesario para descubrir el secreto de las cosas observarlas, interrogar la naturaleza, llevar hasta el escrúpulo el respeto á los hechos; pero que no es menos necesario creer en la exigencia de un orden en las cosas y en lo inteligible de los hechos; en suma, en la conformidad fundamental del mecanismo de la naturaleza con las facultades de nuestro espíritu.» V. HENRI MARION.

(2) En la misma inconsecuencia del sentido común ha caído

si espíritus dominados por la *ignava ratio* quieren dejarse seducir, señalando límites arbitrarios á lo cognoscible para cohonestar un escepticismo cómodo; si inteligencias descontentadizas, que fían todo á la panacea de una intuición genesiaca, huyen de sujetar su pensamiento al poderoso yunque de la reflexión personal; todavía les recordaremos que en el problema, tal cómo le trae planteado la cultura novísima, de encontrar el punto de cruce entre la especulación y la experiencia está el alfa y la omega de la filosofía y de la ciencia y reside todo el valor del saber humano, sin que valga eludir la cuestión, pues sale constantemente al paso. — De ello ofrecen declaraciones, bien explícitas los pensadores que en la hora presente (procedan del empirismo científico ó estén influídos por la especulación idealista) parecen marcar los derroteros á los espíritus cultos, por ser los más fieles representantes del sentido científico y de la intención filosófica, que gravitan hacia un concierto inevitable. Wundt, por ejemplo, declara el problema lógico (1) y su relación con el ontológico *alma-mater scientiarum*. Aunque Hartmann (2) estima sólo la conciencia en la distinción relativa de los términos, reconoce la cualidad consciente de lo que llama *Principio-madre* de todo fenómeno, ó sea el fondo inconsciente que reside en toda percepción conscia y no vacila en declarar, según ya hemos indicado, que se encontrarán

siempre el positivismo, dando por cima de toda crítica, realidad á las percepciones intelectuales. Puede por tanto afirmarse que en las entrañas del positivismo palpita, ante todo, un *problema lógico* (el crítico ó referente al valor de nuestros conocimientos), abandonado por él con una inconsecuencia manifiesta para acogerse al valor exclusivo de los procedimientos inductivos.

(1) V. WUNDT, Discurso sobre la *Filosofía en nuestro tiempo*.

(2) V. HARTMANN, *Philosophie de l'Inconscient*.

muy pronto la especulación y la experiencia. También merece consignarse la declaración de un pensador tan serio é ingénuo como Mr. Littré, que dice (1): «La inmensidad material é intelectual se une con lazo estrecho á nuestros conocimientos y viene á ser, merced á esta alianza, una *idea positiva*; quiero decir que, abordándola esta inmensidad aparece con su doble carácter: la realidad y la inaccesibilidad; pero lo inaccesible no significa nulo ó no existente.» Más explícito es aún Spencer, (2) que muestra como base ó punto final de todas nuestras percepciones relativas el *principio de lo indiscernible* y no admite, sino con grandes restricciones la tesis de la relatividad del conocimiento, sostenida por Hamilton y Mansel. «Todos los raciocinios, llega á decir Spencer, en pró de la relatividad del conocimiento suponen distintamente la existencia *positiva* de algo por cima de lo relativo. Decir que no podemos conocer lo absoluto es afirmar implícitamente que *existe lo absoluto*. Cuando negamos el conocimiento de lo absoluto, admitimos tácitamente su existencia y este solo hecho prueba que lo absoluto está presente al espíritu, no como nada, sino como una realidad... permanece siempre en nosotros como el cuerpo de un pensamiento al cual no podemos dar fuerza, pero su existencia es un dato necesario de la razón.» Al lado de tales autoridades aún puede citarse la de Lange, que en su noble aspiración de concertar la ciencia con la filosofía condensa su pensamiento, diciendo que el sentido científico y filosófico consiste en tener *espíritu de libre síntesis*. Este sentido fecundo prueba

(1) V. LITTRÉ, *A. Comte et la Philosophie positive*.

(2) V. SPENCER, *Premières Principes*. Chap. IV.

cuán laboriosa es la gestación del espíritu científico, pues las ciencias particulares, al reconquistar su valor contra los excesos de las especulaciones idealistas, tienden á *unificarse* y gravitan (á pesar de pueriles protestas) hacia las cuestiones primeras, hacia la indagación racional; que una nueva posición del problema filosófico es lo que, en último término representan los triunfos del naturalismo empírico (1). Sin móviles de proselitismo, que ponen el criterio objetivo de la verdad en el subjetivo de nuestros afectos, y entendiendo, según dejamos dicho al comienzo, que el imperio de las escuelas se derrumba, que al pensamiento cerrado deben sustituir las cuestiones abiertas y á la intransigencia del espíritu de sistema la tolerancia del espíritu filosófico, no abrigamos la loca esperanza (impropia de quien reconoce con los límites generales de la flaca condición humana los especiales y numerosos propios de su individualidad) de estatuir código definitivo del

(1) Ya dejamos indicado que el positivismo y el empirismo implican, en primer término, un *problema lógico*, que se ha diferenciado después en cuestiones psicológicas, morales, etc., para llegar á ser un problema genérico, filosófico y verdaderamente enciclopédico. Y no podía ser de otro modo, pues, negada la realidad de nuestros conocimientos ideales y admitida por una inconsecuencia palpable la de nuestras percepciones empíricas, había de tener su resonancia obligada esta *concepción* lógica en la de toda la realidad. Resulta así, voluntaria ó involuntariamente, el positivismo empírico convertido en una filosofía, si se quiere científica ó naturalista al par que en una metafísica empírica, á pesar de aquellas decantadas protestas anti-filosóficas y anti-metafísicas, conque en un principio se iniciara el nuevo método.—Fácil sería por demás (pues para ello basta repasar el título é índice de las principales obras de los naturalistas) probar que la necesidad más vivamente sentida hoy por todo el positivismo empírico es la de una *restauración idealista*, que ha de servir de nexo de la especulación con la experiencia, trayendo á sazón los datos ya recogidos por las ciencias particulares.

pensamiento y de la ciencia; antes bien, modestamente deseamos *caracterizar* el estado actual del pensamiento filosófico por su tendencia á la *unidad* y por el predominio del aspecto *crítico*. No es lo mismo, según dice Gu-
yau, criticar que refutar, ni la crítica equivale á la negación sino que la hay *positiva*, que consiste en mostrar la parte relativa de verdad, que sistemas, teorías é hipótesis van depositando como sedimento y abono moral en el campo, siempre fértil de la cultura humana.—Este carácter crítico del problema filosófico (puesto de relieve con sentido superior á todo encomio por Kant) consiste en emancipar el pensamiento de todo elemento extraño á su naturaleza, estudiando ó *pensando el pensamiento mismo*, cuya índole específica ha de indicarnos las condiciones propias de la verdad científica. Mostrar que no es solo un instrumento, sino un fin sustantivo, asunto propio de una ciencia el pensamiento humano, y dar valor objetivo á nuestros conocimientos es y seguirá siendo cuestión, la primera y principal para todo pensador serio. Progresos parciales que colaboran á la solución del problema existen seguramente en todas las escuelas y entre ellas en el naturalismo empírico (que parece dar tono y sentido á la cultura actual), que con su observación atenta del mundo fenomenal aporta un conocimiento más ámplio de la realidad. Pero el problema en sí queda en pie, siquiera se descubran ya en todas las soluciones parciales que ha recibido suficientes señales para presumir que es de todo punto imposible llevar á cumplido término el propósito de formar concepto científico de la realidad comenzando por separar y negar aspectos fundamentales de ella.

Este carácter crítico y esta tendencia á la unidad, notas especiales del problema filosófico contemporáneo, se

hallan puestos de relieve por el naturalismo empírico, señaladamente en las indagaciones que hemos examinado en el curso de este trabajo, tocantes al orden psicológico. Si en el problema psicológico se inician las exigencias propias del general y filosófico es porque el *Nosce te ipsum* ha servido siempre de punto de arranque para la renovación de la cultura científica. Así se observa que los progresos de la ciencia y de la filosofía han comenzado siempre desde el conocimiento psicológico. Para no citar más ejemplos que aquellos ya consagrados por la acción del tiempo, ¿quién puede olvidar que Sócrates, estimando su *Mayeutica* y el conocimiento de sí mismo como base de toda indagación filosófica; San Agustín con su aforismo: *In interiori homini habitat veritas*; Descartes, tomando como punto de partida el *cogito ergo sum*, y Kant, con su examen crítico y profundo de la inteligencia humana, han contribuído eficazmente al adelanto de la ciencia y de la filosofía? En este sentido es verdad incuestionable que «la psicología viene á ser la introducción ó primer capítulo de toda filosofía» (1).

A las causas ya indicadas para explicar el auge que adquieren hoy los estudios psicológicos y que hacen de la literatura psicológica, lo mismo en cantidad que en cualidad, una de las manifestaciones más brillantes de la actual cultura científica, hay que añadir esta otra razón no menos fundamental, pues justifica la importancia é interés del problema psicológico.

Esta íntima conexión entre ambos problemas se halla reconocida unánimemente por todos los pensadores y el

(1) V. AD. FRANCK, *Dictionnaire des Sciences philosophiques Article-Psychologie*.

modo según el cual fecunda el problema psicológico el general y filosófico se halla también indicado por nuestro respetable y querido maestro el Sr. Salmerón (1), con cuyas palabras queremos poner término á este ya dilatado trabajo. Dice el docto profesor de nuestra Universidad: «pues que el filósofo es *sinópticos*, como decía »Platon, necesita en suma afirmar la unidad de la ciencia en el concepto, que inside en el objeto, y cuya presencia real y eterna saca á luz y se hace íntima la conciencia racional del hombre. De esta suerte llegará á »resolverse la contradicción histórica entre el empirismo »y el idealismo, sin desconocer ni anular ninguno de ambos elementos esenciales para la construcción científica.» Y más adelante añade: «La psicología fisiológica »puede, en rigor, ser considerada como la prenda de »unión entre las dos tendencias en que se ha dividido »hasta ahora la construcción científica.»

(1) V. SALMERÓN, *Prólogo* al libro *Filosofía y Arte* de D. H. Giner.

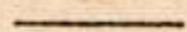
FIN.

1886

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I El problema psicológico; advertencias preliminares.	4
II La solución materialista desechada por las ciencias naturales.	13
III Apreciación general del organicismo y de su génesis histórico. Carácter que imprime al problema psicológico.	22
IV La fisiología cerebral y la hipótesis de la localización de las facultades anímicas.	33
V Error del organicismo, copiado del intelectualismo escolástico y cartesiano, que identifica el alma con la inteligencia.	43
VI Objeción fundamental á la hipótesis organicista.	51
VII Carácter de los datos con que enriquece la cultura actual el problema psicológico y relación entre las llamadas Psicología nueva y Psicología tradicional.	62
VIII Criterio de la Psicología fisiológica.	75
IX Errores de la Psicología tradicional.	83
X Nueva posición del problema psicológico.	95
XI El principio de individuación ó la Psiquis. Lo inconsciente y los reflejos.	107
XII La sensación y el movimiento. La Psico-física.	131
XIII Cualidad espontánea de la Psiquis.	153
XIV La espontaneidad consciente ó libertad.	161
XV La libertad y el mecanismo.	202
XVI La evolución determinista y el Monismo.	233
XVII Resultados de este estudio y consecuencias para el sentido de la indagación filosófica.	257

OBRAS DEL MISMO AUTOR



Estudios de Moral y de Filosofía.—Madrid, 1875; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Gœthe. Ensayos criticos.—Madrid, 1879; un tomo en cuarto, 4 íd.

La Psicología contemporánea.—Madrid, 1880; un folleto, 1,50 íd.

Manual de Psicología Lógica y Ética para el estudio elemental de esta asignatura en los Institutos de 2.ª enseñanza.—Madrid, 1880; 11 íd.

Ensayos de Crítica y de Filosofía.—Madrid, 1881; un tomo en 8.º, 3 íd.

Preocupaciones sociales.—Un tomo en 4.º, 2 íd.

Cuestiones contemporáneas.—Madrid, 1883; un tomo en 8.º, 3 íd.

La Sociología científica.—Madrid, 1884; un tomo en octavo, 2 íd.

La Sabiduría popular (2.ª edición).—Madrid, 1886; 1 ídem.

U. G. SIMBANO

V. A.

PSICOLOGIA
FISIOLÓGICA

1886

01910